

JEANNE KALOGRIDIS



*En el tiempo de las*  
**HOGUERAS**

Carcasona, 1357. En los tiempos del papa Inocencio VI, en el sur de Francia, reina la peste y la Inquisición. La abadesa Marie Françoise va a ser juzgada bajo los cargos de herejía y brujería por haber realizado sanaciones mágicas y haber atentado contra el Papa. Para unos santa y para otros bruja.

El monje escriba Michel es el encargado de obtener su confesión antes de que sea condenada a la hoguera. Sin embargo, a medida que la abadesa avanza en su relato, Michel se va sumergiendo en un mundo mágico donde se enfrenta al bien y al mal, y en su corazón irá creciendo la imagen de una mujer santa, valiente y noble.



Jeanne Kalogridis

# En el tiempo de las hogueras

ePUB v1.0  
Kundalpanico 08.07.13

más libros en [epubgratis.net](http://epubgratis.net)

Título original: *The burning times*  
©2001, Jeanne Kalogridis.  
Traducción: Eduardo G. Murillo  
Diseño de portada: Ilustración de cubierta: Xavier Comas

Editor original: Kundalpanico (v1.0 a v1.x)  
ePub base v2.1

Para mis seres queridos

El hereje es quien enciende el fuego,  
no quien se quema en él.

*Cuento de invierno*

No temas amar, porque el amor perfecto destierra el miedo.

*San Juan 4:18*

# Prólogo

## Sybille

Cae una lluvia torrencial, ensordecedora.

Nubes veloces y malignas cubren la luna y las estrellas, y el negro aterciopelado del cielo nocturno. Una oscuridad profunda vela el universo, salvo en esos instantes en que el rayo ilumina las montañas lejanas, y yo veo:

El pelaje de mi montura que brilla como ónice, y su crin mojada que se agita cual corona de Medusa por mor del viento iracundo. También veo la carretera de Carcasona, que se extiende ante nosotros, erizada de piedras, arbustos de rosas silvestres y matorrales de romero que proyectan su fragancia astringente cuando son pisoteados por el caballo.

El romero resucita recuerdos, las rosas no carecen de espinas, las piedras son duras.

Duras como la lluvia. A la luz de los relámpagos, parece larga, mellada, cristalina, una miríada de carámbanos, de pequeños rayos congelados. Aguijonean y taladran, y si bien parece lógico que este momento debería ser físicamente penoso, experimento una oleada de compasión por el corcel. Está agotado, jadea debido a la larga y extenuante huida. Aun así, cuando tiro por fin de las riendas se me resiste, echa hacia atrás la cabeza.

Cuando disminuye el paso a regañadientes, al tiempo que alza sus fuertes y gráciles patas para caminar, apoyo mi mano sobre su lomo y noto que sus músculos se tensan.

Es sensible, mi corcel, como casi todos los animales, aunque no posee la Visión. No sabe que nos persiguen, pero intuye el Mal que reside en un corazón concreto. Se estremece, pero no a causa del frío otoñal, y desvía sus grandes ojos oscuros para dirigirme una mirada inquisitiva. Veo terror en ellos.

Hemos huido de nuestros enemigos hasta este momento. ¿Por qué les esperamos ahora?

—No te harán daño —le digo en voz baja, y acaricio su cuello cuando relincha en señal de protesta. Su pelaje está frío, empapado de sudor y lluvia, pero debajo los músculos emanan calor—. Eres un caballo

excelente, te conducirán a un lugar seco y caliente y te darán de comer. Te tratarán bien.

Ojalá mi suerte sea la misma.

En este instante quiero llorar, con tanta fuerza y amargura como la lluvia. El corcel lo intuye y acelera el paso, angustiado. Me sereno y vuelvo a acariciar su cuello mojado. Mis perseguidores dirían que estoy echando un encantamiento sobre el pobre animal, pero solo consiste en abrir el corazón a otro ser, compartir en silencio la calma, una calma auténtica, y he de buscar en el fondo de mi ser para encontrarla. No se puede mentir a los animales.

Casi he llegado al final de mi viaje, pero la Diosa ha hablado: es inútil continuar huyendo. Aunque continuara huyendo, perseguida por el Enemigo, no lograría salvar a mis pobres Seres Queridos. En la rendición reside mi única oportunidad, tenue, frágil, erizada de peligros, y mi Visión no revelará el desenlace. Viviré o moriré.

Al poco, el caballo y yo nos quedamos inmóviles y en silencio. La lluvia ha menguado, y en la ausencia de ruido, oigo otro.

Un trueno, pero ningún rayo surca los cielos. No, no es un trueno. Cascos de caballos. Esperamos, mi corcel y yo, hasta que se acercan más, más, más...

Y de la oscuridad surgen cuatro, siete, diez jinetes cubiertos con capas, los mismos que he visto en el ojo de mi mente durante todas las oscuras horas de mi huida, materializados ahora en carne y hueso. Una nube negra se desplaza y deja al descubierto un gajo de luna nueva, y el centelleo de metal: nueve de estos hombres son guardias de Avignon, de la guardia personal del Papa. Estoy rodeada. El cerco se cierra poco a poco, y alzan sus espadas.

La luna nueva siempre indica un comienzo. Esta señala un fin.

Mi corcel y yo no nos movemos.

Suspicaces, algunos guardias recelan: ¿dónde están mis protectores? La verdad es que acechan muy cerca, preparados para saltar sobre mis captores. La verdad es que ni se les habría ocurrido abandonarme, una mujer menuda y desarmada, su supuesta reina bruja.

Ah, no. Fui yo quien intenté escapar sin ellos, pero su lealtad les impulsó a localizarme y reunirse conmigo. Y cuando la Diosa exigió mi rendición (la mía, no la de ellos, porque necesitaba sus servicios en otro lugar), les despedí. Al principio, se negaron a obedecerme. De hecho,



Edouard juró que sería el primero en morir. Solo pude cerrar mis ojos y abrir mi mente, y mi corazón al de ellos, para que oyeran a la Diosa igual que yo.

Edouard sollozaba como si su corazón se fuera a partir. Los demás rostros estaban ocultos por las capuchas, pero intuí las lágrimas silenciosas que resbalaban por sus mejillas. No dijimos nada más. No fue necesario, porque todo se sabía. De esta forma, mis valientes caballeros se alejaron a lomos de sus monturas.

Y ahora veo que tres hombres del Enemigo saltan de sus caballos y hunden las espadas en destellantes arbustos de zarzamoras, en el follaje alto y espeso; las espadas silban mientras fragmentos de hojas y tallos vuelan por los aires. Un hombre trepa a un olivo cercano y cercena ramas, hasta comprobar que no hay nadie emboscado.

Perplejos, regresan a sus monturas y me miran, tan serena y silenciosamente como mi corcel. Oscuridad o no, veo miedo en los rostros de los guardias. Se preguntan por qué no me limito a hechizarlos, a convertirlos en cerdos, por ejemplo, para luego escapar.

Todos, excepto el décimo, muy seguro de que esta captura es obra suya. Es el cardenal Domenico Chrétien. Al contrario que los demás, cubiertos con capas oscuras, lleva sobre su espalda y cabeza el color de la sangre. Su rostro es ancho y regordete, de labios gruesos y ojos ocultos por profundos pliegues. Su cuerpo también es blando, pero no su corazón.

—¿La madre abadesa Marie Françoise? —pregunta con voz autoritaria.

Este es el Enemigo. Solo nos hemos encontrado una vez en este plano terrenal, si bien en otro somos antiguos conocidos. No es difícil mirarle con desprecio familiar. Está tan envenenado de odio hacia sí mismo, que mataría a cualquiera que se lo recordase. Solo hay Uno vivo capaz de hacer más daño a mi pueblo, Aquel al que he venido a detener, de lo contrario mi Raza y yo seremos borrados de la faz de la tierra.

—La misma —contesto a su pregunta. Refreno mi odio con esfuerzo. De lo contrario, mi alma se cerraría tanto como la suya.

—Quedáis detenida bajo las acusaciones de herejía, brujería y maleficio dirigido contra el Santo Padre. ¿Qué decís?

—Que sabéis mejor que yo de qué soy culpable.

Una humilde admisión, pero mi Enemigo comprende esta velada réplica, y su expresión se ensombrece levemente, aunque no se atreve a



decir nada delante de

sus hombres; sus hombres, que no tienen ni idea de lo que está sucediendo, que no lo creerían aunque se lo dijeran.

—Vendréis con nosotros, abadesa.

No me resisto. De hecho, asiento en señal de aceptación. Aun así, me bajan con rudeza del caballo, el cual se encabrita, derriba a uno de los guardias y provoca cierta alarma hasta ser calmado. Como ya he explicado, es una montura excelente. Los guardias se dan cuenta, y uno de ellos se apodera de las riendas y le habla con voz calma hasta que el animal se tranquiliza.

En cuanto a mí, me despojan de la capa que oculta mi hábito, velo y toca oscuros, y ciñen los brazos a mi espalda. Después, me tienden cabeza abajo sobre la grupa de otro caballo y me atan a la silla. Un hombre murmura:

—Esa es la mejor posición para una dama de alcurnia.

Los demás resoplan, pero ninguno ríe, aunque estoy inmovilizada y a su merced. En el silencio que sigue, oigo su miedo.

Es un difícil regreso al hogar. Mi cara golpea contra el húmedo caballo, y cuando la lluvia se reanuda, mi hábito se empapa, y el frío lacera mi espalda. El agua resbala por mis brazos, piernas y cuello. Cabeza abajo, la lluvia aumenta el peso de mi velo, que no tarda en caer. Mi toca resbala, deja al descubierto mi cabeza rapada, y la lluvia se introduce en mis orejas, nariz y ojos.

Intento consolarme: es la voluntad de la Diosa. Es la misión de mi vida, predestinada desde mi nacimiento.

Camino de mi destino, el caballo pisotea de vez en cuando hierba aromática. Cierro los ojos porque su perfume me causa dolor.

El romero trae recuerdos.

# Primera Parte

## Michel

CARCASONA, Octubre de 1357

# 1

En el inmenso rectángulo de sombra que arrojaba la antiquísima, y terminada apenas, basílica de Saint—Nazaire, el hermano escriba Michel aminoró el paso para echar un vistazo a la actividad que se desarrollaba frente a la entrada de la catedral, y al punto se mordió la lengua para contener una oleada de cólera.

En lo alto de una berma, varios obreros descargaban mazos sobre postes de un metro veinte de alto. Aquel día, el sol del otoño caía con una fiereza inusual. Oleadas de calor se alzaban de la tierra perforada, brillaban sobre los tobillos y piernas de los hombres, como si las hogueras ya se hubieran encendido. Los postes formaban el tradicional semicírculo que se abría a las grandes puertas de la basílica. La catedral conservaba el estilo del siglo XI, un edificio gótico que se alzaba hacia el cielo con enormes ventanas altas, arqueadas como manos unidas en oración.

Los viandantes de las angostas calles adoquinadas (mercaderes, madres campesinas con sus hijos, mendigos, nobles a caballo, monjes de hábitos pardos y monjas vestidas de negro) contemplaban con curiosidad la escena. La gente caminaba con semblante sombrío, la boca torcida como si el inesperado calor la estuviera derritiendo, pero al ver a los obreros, rostros, conversaciones y gestos se animaban de repente.

Un mercader, con círculos de fieltro amarillo cosidos sobre su corazón, para advertir a los demás de lo que el famoso inquisidor Bernard Gui llamaba «el vómito del judaísmo», dice a su compadre:

—¿Ya se ha decidido, pues... una quema?

Una viuda con toca negra de la nobleza inferior, los ojos entornados de indignación, dice a la criada cargada con una cesta:

—Tienen la intención de martirizarla, y ya es una santa. Solo porque es de Toulouse, ya sabes...

Dos monjes a lomos de un asno:

—Dios nos libre, y que el diablo se la lleve...

—Podríamos venir a merendar con los niños.

Esto último lo ha dicho una matrona campesina algo estrábica, tocada con un pañuelo blanco, a su robusto marido, y al sonreír dejó al descubierto tres dientes delanteros rotos en una diagonal impecable.

Era imposible no oír cada palabra, sentir el aliento de quien las pronunciaba, tan estrecha era la calle. Mientras los cuerpos sudorosos de hombres, mujeres y animales rozaban el suyo, el hermano Michel se llevó una mano al tintero de cuerno ceñido a su cadera, no tanto temeroso de ser víctima de los rateros, como de que el congestionado tráfico se lo arrancara. Llevaba atada a la cintura una bolsa que contenía una tablilla de escribir, una pluma de ave y un rollo de pergamino. Por este motivo se mantenía a un brazo de distancia de su maestro, el sacerdote dominico e inquisidor Charles Donjon, que se abría camino con aire confiado entre el desorden.

Michel se obligó a apartar la vista de los obreros y los postes, porque este juicio en particular le inspiraba una rabia desmesurada. «¡Pensaba que el objetivo era salvarles, no matarles!», había gritado en una ocasión a su padre adoptivo, el cardenal Chrétien, máximo responsable de la inquisición francesa, en una circunstancia similar, furioso por la seguridad de las autoridades civiles de que iban a producirse ejecuciones. Aún sentía ira, incluso más ahora porque creía, como la viuda, que la abadesa era una santa, acusada injustamente. De hecho, en su ciudad natal de Avignon la había visto curar a un hombre herido con una simple imposición de manos.

Por eso Michel consideraba cada lejano martillazo como un desafío. Dios, que un poste no se utilice, rezó en silencio. Y después, otro...

A juzgar por todas las apariencias, el brazo secular de la ley ya había decidido que habría un elevado número de ejecuciones. No han ofrecido a ninguno la posibilidad de salvarse, pero arden en deseos de encender las hogueras, pensó Michel. Su misión le irritaba. Tan solo era su segunda inquisición, y las pesadillas provocadas por la primera aún le atormentaban.

La lechera que caminaba detrás de él le propinó un fuerte empujón con la rodilla, sin derramar ni una gota de los cubos suspendidos de sus hombros. La calle estaba demasiado abarrotada para volverse a tiempo y verla, pero oyó el remolineo del líquido y su olfato percibió que estaba empezando a agriarse por culpa del inesperado calor. La gente de delante no se movió, fascinada con las ejecuciones inminentes, y se vio obligado a pegarse a la espalda del padre Charles. El crujido del delicado pergamino logró que Michel se encogiera.

Pese al empujón de la lechera, Charles conservó el equilibrio. Toda su persona emanaba calma y dignidad. Era un hombre menudo, una cabeza

más bajo que su protegido, pero andaba con la espalda recta y porte seguro, el torso ancho y fuerte bajo el hábito, sencillo y negro, en una época en que el clero de su noble cuna y posición dentro de la Iglesia vestía con sedas de vivos colores, rasos y pieles. Michel y él habían sido invitados a alojarse en el lujoso palacio del obispo cercano a la basílica, construido sobre las antiguas fortificaciones de la ciudad. El padre Charles había encontrado una forma diplomática de aceptar y declinar la invitación al mismo tiempo: Michel y él se hospedarían cerca, en el convento de los dominicos anexo a Saint—Nazaire. Los dos se habían levantado muy temprano para los laudes, aunque no habían entrado en Carcasona hasta la noche anterior, y asistido a los maitines con los frailes a medianoche. En las primas habían compartido el refrigerio con los hermanos (cebada y sopa de col). Cuando el sol salió por fin, presentaron sus respetos al obispo, que insistió en ofrecerles un segundo desayuno, esta vez a base de sabrosos pasteles y salchichas en su espléndido palacio.

El obispo Bernard Rigaud era un anciano extraño y desabrido, con una coronilla tan rosada y aterciopelada como la de un recién nacido. Sus ojos azules sobresalían de una forma tan alarmante que a Michel le costaba apartar la vista de ellos... así como de la bandeja del obispo, sobre la cual pasteles y salchichas se habían convertido en una masa irreconocible.

—Por el bien de la Iglesia, y de su Suprema Santidad, la abadesa Marie Françoise ha de convertirse en un ejemplo. No podemos permitir que nadie cometa tamaña atrocidad contra el Papa, para colmo delante de su palacio, y viva para contarlo. —Rigaud se inclinó y bajó la voz, como si temiera que le oyeran—. Pero hemos de ser rápidos, lo más rápidos posible, y discretos. Muchos ciudadanos se han quejado ya de las detenciones.

Esto último no era sorprendente. El populacho del sur, sobre todo en la región de Languedoc, todavía recordaba las matanzas ocurridas aquí y en la cercana ciudad de Tolosa. Decenas de miles de personas habían sido masacradas por los caballeros del norte, en nombre

de Dios y del rey de París. Daba igual que las víctimas hubieran sido herejes, los albigenses, que creían en dos dioses, uno bueno y otro malo, y aquella facción radical de los franciscanos, los Fraticelli, quienes afirmaban que Cristo carecía de propiedades, y por lo tanto la Iglesia debía imitarle.

Pero la misma idea de condenar a muerte a la abadesa sin un interrogatorio y juicio justos llevó a los labios de Michel una indignada protesta. No se atrevió a decir las primeras palabras que acudieron a su mente («es una verdadera santa, enviada por Dios para mostrar su clemencia») por temor a que fueran poco diplomáticas. Antes de su detención, la actitud oficial de la Iglesia hacia la madre Marie Françoise había sido de decidido escepticismo, y Michel no había comentado sus opiniones para ahorrarse, y también a su protector, no solo vergüenza sino suspicacia.

Antes de que pudiera pronunciar la frase menos comprometida, «Pero, santidad, ¿cómo podremos estar seguros de su culpa sin el pertinente interrogatorio?», el padre Charles habló.

—Su santidad —dijo el diminuto sacerdote con profundo respeto—, comprendo vuestras preocupaciones, pero solo puedo guiarme por lo que Dios y la ley de la Iglesia...

—Haréis lo que el cardenal Chrétien ha ordenado —le interrumpió con crudeza Rigaud—. Digamos que está... preocupado por el escaso número de condenas que habéis obtenido, padre, y por vuestra reticencia a utilizar la tortura. La abadesa Marie Françoise representa una oportunidad de... redimiros.

—¿Redimirse? —preguntó Michel, y en sus prisas por salir en defensa de su protector olvidó imitar el tono deferente del padre Charles—. Pero, santidad, nos despedimos no hace menos de dos días del cardenal Chrétien y no nos dio orden semejante. De haber estado en su ánimo, no le habría costado nada decirlo entonces. Además, no existe enemistad entre su eminencia y el padre Charles... ni mucho menos.

Mientras hablaba, Charles apoyó una mano cautelosa en el hombro de su pupilo, sin el menor éxito.

Ante la desfachatez de Michel, el obispo echó hacia atrás la cabeza e hinchó el pecho, como una víbora dispuesta a morder.

—¿Me llamáis mentiroso, muchacho? —Después, cuando tomó conciencia de las circunstancias, se relajó y sonrió—. Ah, sí, sois su hijo adoptivo, ¿verdad, Michel? Bien, en tal caso no cabe duda de que vuestro padre os habrá adiestrado en el arte de la política. Me ha señalado que la abadesa era cristiana cuando ingresó en el convento. Por lo tanto, cuando se entregó a la brujería se convirtió en una relapsae.

Con gula se metió en la boca una cucharada de pastel y lo saboreó

antes de engullirlo.

Relapsae, una palabra fatal. Significaba un alma que había aceptado a Cristo para después rechazarle, el abominable «pecado contra el Espíritu Santo», que ni Dios ni la Iglesia podían perdonar. En cuanto se pronunciaba la palabra relapsae sobrevenía una ejecución.

Michel esperaba que el padre Charles saliera al punto en defensa de la abadesa, pero el sacerdote guardó silencio, lo cual impulsó al joven monje a continuar.

—Os pido perdón, santidad, pero ¿cómo podemos estar seguros de que es relapsae antes de escuchar su testimonio?

El obispo, con un leve movimiento de la cabeza y los hombros logró dar la impresión de que se lanzaba hacia delante. Sus saltones ojos azules, nublados por la edad, miraron a Michel con velada furia.

—¿Deseáis para vos y para el buen padre aquí presente caer en mayor desgracia todavía?

—No, por supuesto —repuso Charles—. Es un alma bondadosa, y solo desea que todo sea realizado a mayor gloria de Cristo. Al igual que yo.

—Un noble objetivo —admitió el obispo mientras se reclinaba en una silla, algo apaciguado—, pero que no siempre logra alcanzarse. Aún sois joven, hermano Michel. Con el tiempo llegaréis a comprender que existen almas cuya locura es tan inmensa, cuyos corazones están tan henchidos de maldad, que ni siquiera Dios puede salvarlas.

—Pero si... —repuso con humildad el escriba, sin mirar a los ojos del obispo— si puede demostrarse que la madre Marie no es relapsae... y que sus acciones fueron inspiradas por Dios y no por el diablo...

—Mera retórica —replicó Rigaud, irritado de nuevo—. Es culpable. Hay testigos. Si no me equivoco, vos sois uno de ellos.

Michel inclinó la cabeza con humildad, aunque su corazón estaba confuso. ¿Cómo podía el obispo, un dominico, acusar a la abadesa de obrar el mal? Los dominicos sentían especial devoción por la madre de Cristo, que había entregado el rosario a santo Domingo, y se decía que la madre Marie se había puesto en contacto directo con la Virgen y era su representante en la tierra. Los informes sobre curaciones milagrosas aumentaban a cada día que pasaba.

Era evidente que su santidad era viejo y estaba confuso. La verdad incontrovertible era que Chrétien nunca había dicho algo semejante en relación a la abadesa. De hecho, habría sido necesario que un mensajero



partiera de Aviñón y cabalgara durante toda la noche para entregar una carta a Rigaud antes de que Michel y Charles llegaran a Carcasona.

Al lado de Michel, el padre Charles continuaba sentado, sereno, silencioso e implacable.

Rigaud permitió que una leve sonrisa se insinuara en sus delgados labios, manchados de azul. Cosa sorprendente, todavía conservaba casi todos sus dientes delanteros, teñidos del color de la corteza de roble.

—Sé que puedo confiar en vos, padre, y en el joven hermano para que hagáis justicia. El crimen cometido contra el Santo Padre es merecedor de la sentencia más severa, pero también hay que considerar la influencia de la abadesa sobre el pueblo. Si sobrevive, aún en estado de excomuni3n, perdura la posibilidad de un levantamiento popular contra la Iglesia, y también el peligro de que reciba apoyo político de... ciertas autoridades mal aconsejadas.

Autoridades de la Iglesia, sabía Michel. Rigaud estaba en lo cierto cuando afirmaba que, debido a su reputaci3n de santa, la abadesa detentaba un gran poder político, hasta el punto de que antes de su detenci3n poseía más influencia sobre el arzobispado de Tolosa que el obispo de Carcasona. Todo se reducía a que Rigaud, asustado y celoso, estaba decidido a acabar con la vida de la abadesa.

Al instante, Michel oyó en su mente la admonici3n familiar del padre Charles: «Eres demasiado tozudo, hijo mío. Has de aprender a respetar a tus superiores. Dios los ha colocado sobre ti para que aprendas humildad».

Humildad. Era difícil recordar la necesidad de la humildad cuando se arrodillaba junto a la pira de alguien que se retorcía entre las llamas. Después de verse obligado a presenciar la quema del primer hombre condenado, con la asistencia de su escriba, Michel se había retirado dando tumbos a su celda del monasterio y vomitado. Después, había experimentado náuseas durante más de una hora. Chrétien le había seguido y sostenido su cabeza, tras lo cual, mientras Michel se reclinaba sobre el regazo cubierto de brocado del gran inquisidor, este había enjugado su frente con un paño húmedo, en tanto decía: «Es duro, lo sé, hijo mío. Es muy duro».

Michel había insistido en que quería marcharse, en que no podía continuar realizando una tarea tan espantosa, pero Chrétien se lo había explicado con sabias palabras:

«En primer lugar, la carga de sus muertes pesa solo sobre mis

hombros. No seas orgulloso, Michel, antes al contrario recuerda que solo eres un escriba.

»En segundo, Dios nos ha deparado la tarea más difícil, una que pone a prueba nuestro valor a diario. Si yo fuera uno de los acusados, desearía que me asistiera alguien tan devoto y compasivo como tú. Porque sé que tu corazón es bondadoso, y que rezas sin cesar por los pecadores, y sé que Dios te escucha. Te vi al lado del condenado mientras perecía por el fuego, y creo firmemente que tus plegarias entregaron almas a Cristo en la hora de su muerte. Dios ha decidido que cargues con una cruz especial durante tu vida. ¿Preferirías que alguien cruel y malvado ocupara tu lugar? ¿O aceptarás tu carga con júbilo, y de esa forma harás el mayor bien posible a los que más te necesitan?

»El día que te dejaron abandonado, cuando no eras más que un bebé, ante el palacio papal, Michel, Dios me envió un sueño: llegarías a ser el más grande de todos los inquisidores, aquel que uniría a la Iglesia de nuevo en una única fe verdadera. Dios te ha elegido para una elevada misión: sé valiente y pídele fuerza en tus oraciones».

Rigaud se levantó de su trono bien almohadillado, un esqueleto de hombros hundidos cubierto de piel y raso escarlata.

—Tres días —dijo—. Tres días para obtener confesiones de las mujeres, y entregarlas al brazo secular para su ejecución.

—Tres días... —silabeó Charles, estupefacto, antes de que Michel lograra repetir las mismas palabras. Aquello no debía ser orden de Chrétien.

—Será suficiente para vos —afirmó el obispo.

—Pero su santidad —contestó Charles—, hay seis mujeres implicadas, y se suele tardar días en conseguir una sola confesión, y con los únicos recursos del padre Thomas y yo no...

—Será suficiente —repitió Rigaud, esta vez con tono de que la discusión había terminado. Sin más, alzó los brazos con las palmas extendidas para bendecir a los dos hombres y despedirles.

Siguiendo el ejemplo de Charles, Michel bajó de su taburete y se arrodilló.

Algo brillante se deslizó entre los dedos del anciano, cayó unos centímetros y después colgó en el aire. Un crucifijo de oro suspendido de una cadena... no, dos, uno en cada mano. El obispo los pasó con solemnidad alrededor del cuello de cada hombre, primero Charles y

después Michel. La cruz era el doble de ancha que el pulgar de Michel, casi el doble de larga, y gruesa. Sus bordes no eran cuadrados sino adornados con filigranas, y el Cristo de oro que colgaba de ella estaba reproducido con tal detalle que podía distinguirse cada espina de su corona y las pupilas de los ojos. Sobre él estaba clavado un pergamino: «I.N.R.I., Jesús de Nazaret, rey de los judíos», y encima estaba grabada la estrella de David, un adorno inusual. El valor del oro era enorme.

El obispo, que temblaba un poco debido a la edad, hizo la señal de la cruz sobre los dos hombres arrodillados.

—Han sido purificados y bendecidos por el Papa en persona. Llevadlos siempre encima durante vuestra misión, porque es una mujer peligrosa y os protegerán de su poder. —Rigaud se dispuso a dar media vuelta, pero añadió con una sonrisa—: Necesitaréis esta protección, porque los espías de Chrétien andan por todas partes. No os quitarán el ojo de encima. Procurad no decepcionarle, padre. Vuestro fracaso sería castigado con mucha severidad.

Cuando terminó la entrevista con el obispo era la hora de las tercias, casi media mañana. Después de la penumbra del palacio, en la calle les recibió un sol cegador, que había empezado a calentar los adoquines. Ambos caminaron en silencio durante un rato.

—Padre, decidme que mis oídos me han engañado —dijo Michel al cabo—. Decidme que Rigaud no nos está amenazando si no declaramos culpable a la abadesa.

Charles se detuvo en seco y miró a su escriba.

—En primer lugar, Michel, nosotros no seremos quienes la declaremos culpable o inocente. Yo lo haré, y tú no debes preocuparte de este asunto.

Michel inclinó la cabeza con humildad.

—Crees que es una santa, ¿verdad? —preguntó Charles, con más dulzura.

Michel vaciló.

—Sí —contestó por fin en voz baja.

—En tal caso, comprendo tu desazón. Aun así, no eres tú quien ha de juzgar la inocencia o culpabilidad de los prisioneros, sino yo. Sabes que Chrétien y yo no compartimos tu opinión, y que somos tus superiores. En cuanto al obispo, que amenace todo cuanto le venga en gana, pero enviaré un despacho al cardenal esta misma noche para informarle acerca de los

inadecuados comentarios de Rigaud. No has de temerle.

Pese a las palabras de Charles en relación a la abadesa, Michel confiaba en que el sacerdote hiciera lo justo ante Dios, como siempre había sucedido. La madre Marie Françoise era una santa (de hecho, Michel le rezaba en secreto). Charles se daría cuenta cuando la conociera en persona y oyera su testimonio, y su veredicto sería justo.

Y Michel rezaría sin descanso para que Dios influyera en el corazón del cardenal.

El tráfico iba acompañado del olor agrio de la leche tibia, y los dos hombres bajaron a buen paso por la estrecha calle de ladrillo, flanqueada por tiendas angostas cuyos expositores de madera daban a la calle, de forma que la manga de Michel iba rozando fragantes hogazas de pan, aromáticas bolas de queso y chinelas recién cosidas. Sobre sus cabezas, los tejados de los edificios de madera, donde vivían los mercaderes y sus familias, se proyectaban peligrosamente. En algunos casos las viviendas de ambos lados de la calle se tocaban y proporcionaban sombra a los paseantes. Michel alzó la vista al oír unas carcajadas, y vio que la mujer del panadero sacaba la mano por su ventana del tercer piso y daba una palmada en el brazo de su vecina, la mujer del viticultor, que sonreía desde su ventana.

Al cabo de un rato, cuando la calle se ensanchó, vieron menos tiendas y más distanciadas. En un cruce con otra avenida ancha se alzaba la prisión, un gran cubo de piedra casi tan extenso y alto como una catedral. Michel y su protector subieron los gastados peldaños que conducían a las pesadas puertas de madera y dejaron atrás abogados y clientes quisquillosos. Un centinela, con su frente reluciente de sudor, perpetuamente ceñuda, señaló la puerta abierta sin decir palabra cuando los dominicos se acercaron.

Michel entró y parpadeó para adaptarse a la repentina oscuridad. En el largo y angosto vestíbulo no había ventanas. La única fuente de luz era una antorcha fija a la pared cubierta de moho.

—¡Carcelero! —llamó el sacerdote, y extrajo con delicadeza un pañuelo blanco de la manga y se lo llevó a la nariz, de forma que se cubrió el bigote negro y casi toda la barba. Hacía menos calor que fuera, desde luego, pero el ambiente era muy poco agradable. La fragancia de las rosas y la lavanda se mezclaba con el olor omnipresente a deyecciones humanas, orina mezclada con sangre y desdicha. Todas las cárceles olían igual, y

cada visita evocaba en Michel el mismo recuerdo infantil, el de un cerdo al que el cocinero del monasterio no había conseguido matar del todo. Solo había seccionado en parte la garganta del animal, y este escapó y corrió chillando por el patio, dejando una estela de sangre y excrementos, así como un hedor todavía más acre y horrible. El cocinero le había explicado más tarde que solo era el olor del miedo.

La tortura humana producía una espantosa peste similar, que se prolongaba mucho después de que los sufrimientos hubieran cesado.

Siguió un momento de silencio y a continuación se oyeron pasos y tintineo de metal. De la oscuridad apareció el carcelero, un hombre bajo, robusto, de miembros gruesos y un pie algo deforme. Al principio dio la impresión de que su coronilla estaba rasurada como la tonsura de un monje, pero una inspección más detenida reveló que era obra del tiempo y la naturaleza.

—¡Ah, padre! —gritó sonriente, y reveló la ausencia de dos dientes y un canino—. El padre Charles, ¿verdad? ¡Bienvenido, bienvenido! ¡Os estábamos esperando con ansia! No siempre tenemos la suerte de contar con un experto como vos.

Emitía unos sonidos sibilantes muy desagradables.

Detrás del pañuelo blanco, la expresión del sacerdote se suavizó un poco, pero no sonrió. La tarea que le aguardaba era demasiado horripilante. Cabeceó y habló con voz algo apagada.

—¿Podéis decirme si el padre Thomas y su ayudante han llegado ya?

El carcelero negó con la cabeza.

—Los torturadores están aquí, pero no hemos recibido noticias del padre Thomas.

Como miembro del tribunal de la Inquisición, Thomas tenía que haber viajado desde Aviñón con Charles y Michel, pero se había detenido unas horas para atender unos «asuntos personales». De haber sido otro sacerdote, Michel habría temido que hubiera sido atacado por bandidos en la carretera, pero había oído los rumores. A juzgar por el mutismo de Charles acerca del asunto, la tardanza de Thomas debía estar relacionada con su amante. Pero como era uno de los favoritos de Chrétien (más que el propio hijo del cardenal, sospechaba Michel), Thomas gozaba de una indulgencia especial.

—¿Podemos ver a la prisionera, pues? —preguntó Charles—. ¿La abadesa Marie Françoise?

—Ah, sí... —El carcelero alzó hacia el techo sus ojos oscuros, hundidos y estrechos—. La Gran Puta de Carcasona, como algunos la llaman, pero deberíais saber que ciertos ciudadanos todavía la consideran una santa, y su juicio les causa mucho disgusto. No es que yo sea uno de ellos. —Hizo una pausa. Su tono se tiñó de cierta lascivia—. Padre, ¿es cierto lo que hizo en el palacio papal, como se rumorea?

Michel apretó los labios en señal de desagrado. Había llegado a sus oídos el rumor de que la abadesa había realizado un acto sexual obsceno, un acto de magia, cuyo propósito era perjudicar al papa Inocencio. Pero no había cometido tal delito, sino todo lo contrario: había curado a un hombre herido con solo tocarle.

Como Rigaud había señalado, Michel había sido testigo del acontecimiento, y al principio pensó (aunque no lo confesó a nadie) que había visto a la Madre de Dios, cuyo interior proyectaba luz. Luego, la imagen se había desvanecido, y cayó en la cuenta de que solo estaba viendo a una mujer con un hábito franciscano. Sin embargo, no estaba menos convencido de haber visto a una emisaria de Dios, porque cuando alzó la vista de su víctima estupefacta, una luz divina resplandecía en su rostro.

¿Cómo podían los pecadores hablar con tal vileza de una santa?

En la antecámara de la cárcel, el padre Charles adoptó una expresión severa. Bajó el pañuelo para descubrir su cara majestuosa, de mejillas enjutas y espesas cejas negras.

—Veremos a la abadesa ahora —dijo al carcelero.

—Por supuesto.

El hombre suspiró, dio media vuelta con celeridad, de modo que las llaves tintinearón en el llavero que colgaba de su cinturón, y avanzó con parsimonia. Un hombro se inclinaba cuando pisaba con el pie deforme y el otro se alzaba cuando pisaba con el sano. Charles y Michel le siguieron por el corredor hasta una escalera de caracol, más estrecha aún que las calles de la ciudad, y los hombres tuvieron que bajar en fila.

Desde las profundidades se oyeron chillidos de mujer. Michel se esforzó por controlar el sentimiento de piedad, y empezó a rezar:

Dios te salve María, llena eres de gracia. El Señor es contigo. Bendita Tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre Jesús. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte...

Al oír los chillidos, el padre Charles apretó el hombro del carcelero.

—¿Hay otras prisioneras además de las hermanas franciscanas?

El carcelero vaciló, justo lo suficiente para que Charles comprendiera su respuesta no verbalizada.

—¿Qué están haciendo los torturadores con mis prisioneras? ¡No tienen derecho a actuar sin recibir mis órdenes!

Michel lanzó una exclamación ahogada, enfurecido.

El carcelero agachó la cabeza y estudió las zapatillas de Charles.

—Llegaron de París hace una hora, monseigneur, y pidieron que les llevara las monjas. Pensé, os lo aseguro, monseigneur, que seguían vuestras instrucciones.

—No es así.

El hombre levantó la vista, ansioso por verter acusaciones.

—Como ahora me doy cuenta, buen padre. Y ahora que habláis de ellos, tengo la impresión de que estaban muy borrachos cuando me dieron la orden. Sospecho que venían directamente de una taberna que también es burdel, sin haber apenas dormido durante la noche...

—Llevadme con ellos ahora mismo.

El padre Charles agitó su brazo de mangas negras en un breve y furioso ademán, indicando que el carcelero debía guardar silencio y continuar avanzando, cosa que el hombre hizo con presteza.

Llegaron por fin al final de la escalera, que se abría a un enorme sótano. A la derecha había una gran celda común. A la izquierda, varias celdas individuales, así como un par de anchas puertas entreabiertas. El aire era más frío allí, y más hediondo.

El carcelero, congestionado e irritado, precedió a los dos hombres por el pasillo que separaba las celdas individuales de la común, que consistía en un suelo de piedra sembrado de paja y rodeado de barrotes de hierro. Dentro, un grupo de seis monjas, todas despojadas de su hábito, en ropa interior, se acurrucaban juntas, furtivas y abatidas. Todas parecían de la nobleza francesa, de nariz larga y piel suave. El cabello corto acentuaba sus cuellos blancos y esbeltos. Habían nacido en la riqueza, las habían entregado de pequeñas a un convento y no hacían otra cosa en la vida que bordar, leer y rezar. Tendrían que haber estado sujetas con grilletes, pero estaban sentadas en el suelo sin encadenar, tal vez una muestra de la compasión inconfesa del carcelero.

Cuando Charles y Michel pasaron, la mirada de las monjas les siguió. Las mujeres volvieron la cabeza al mismo tiempo. Dos de las hermanas



(una rubia y otra morena) lloraban a lágrima viva mientras murmuraban oraciones, con los ojos hinchados y enrojecidos. Las demás exhibían la expresión de desconcierto silencioso que Michel había visto tan a menudo.

El carcelero se detuvo ante la cámara de torturas. De dentro salían risas guturales. Michel no pudo contenerse más. Aun a sabiendas de que se arriesgaba a recibir una reprimenda de su maestro, avanzó y abrió una de las puertas. Vio una pálida silueta suspendida unos quince centímetros sobre el suelo mediante una polea y cadenas que rodeaban cada muñeca, de forma que tiraban de los brazos hacia arriba y hacia abajo. Era la estrapada, que utilizaba el propio peso de la víctima para dislocar sus hombros. No solo era un invento eficaz, que causaba un dolor agónico al cabo de pocos minutos, sino que cuando la tortura cesaba el dolor aumentaba, hasta que la víctima se rendía y confesaba.

Al parecer, la mujer estaba inconsciente. La cabeza había caído hacia delante, con la barbilla apoyada en el pecho. Debajo de los pequeños pechos se extendía una pronunciada caja torácica, un vientre blanco y liso, y prominentes caderas sobre un triángulo invertido de vello dorado. Las piernas eran delgadas, largas, algo arqueadas. En la pared de piedra detrás de ella, su silueta (un mesías femenino suspendido de un crucifijo invisible) oscilaba a la luz de las antorchas.

Uno de los torturadores estaba frente a ella, de puntillas para manosear sus pechos. El segundo, casi demasiado borracho para mantener el equilibrio, estaba colocando una caja detrás de la mujer mientras intentaba quitarse las calzas.

—¡Bajadla! —ordenó Michel, mientras entraba a zancadas en la cámara y, con una precisión y fuerza que le sorprendieron, apartaba la caja de una patada.

El torturador, con ojos vidriosos debido a la bebida, soltó a su presa y se volvió con aire beligerante hacia

Michel, que era un hombre alto. Pero el segundo torturador era más alto todavía, y musculoso. Durante un segundo los dos se miraron. Michel se preparó para la pelea.

—¡Bajadla! —gritó Charles desde la puerta, con la ferocidad de Cristo cuando expulsó a los mercaderes del templo.

El torturador desvió su mirada hacia el sacerdote.

—Pero nos dijeron...

—No me importa lo que os dijeron otros. A partir de este momento

solo me escucharéis a mí.

—Pero vos...

El padre Charles levantó la mano en un gesto amenazador que exigía silencio.

El sentido común se impuso a la bebida y el temperamento, y el torturador, al darse cuenta que no le convenía ponerse a malas con el religioso, suspiró y aferró la polea de la estrapada. La mujer cayó al suelo como una marioneta. Michel la cogió en brazos, un guiñapo de piel y huesos, mientras el segundo torturador liberaba sus muñecas. La situación descartaba todo falso pudor. Michel no sentía vergüenza, solo horror por sus contusiones y dislocaciones, y por la indignidad que le habían infligido. Utilizó las mangas de su hábito para cubrir el cuerpo como pudo, y salió al pasillo.

La ley de la Inquisición prohibía a carceleros, torturadores o inquisidores golpear o violar a las detenidas, aunque esos delitos se cometían con frecuencia. Charles y Michel solían echar tierra sobre esos abusos, y sobre la ignorancia o absoluto desdén por los derechos de los prisioneros. La práctica prohibía la tortura sin la presencia o permiso del inquisidor. La *Practica Officii Inquisitionis Heretice Pravitatis*, publicada tres décadas antes por Bernard Gui, era muy específica a este respecto, y concedía al acusado ciertos derechos. Uno de ellos era la oportunidad de confesar antes de recibir tortura.

Otro era que la tortura nunca se aplicaba de manera gratuita sino con el exclusivo fin de arrancar una confesión.

—Debería denunciaros —le espetó el sacerdote a los dos hombres—, y acusaros no solo de violar las reglas sino del crimen que estabais a punto de cometer. No obstante, tengo poco tiempo. Por lo tanto, os ofrezco otra oportunidad. Procurad respetar la ley... o me encargaré yo mismo de interrogaros. Supongo que ya imagináis la creatividad con que un torturador puede ejercer su oficio sobre otro.

Charles volvió al corredor y entró con Michel, gracias a la ayuda de la llave del carcelero, en la celda común. Michel depositó a la hermana inconsciente sobre la paja. Al instante cayó sobre ellos una lluvia de moscas. Las monjas se congregaron alrededor de su compañera, sin hacer caso de los inquisidores. Cubrieron su desnudez con una sucia manta, entre sollozos y murmullos.

—Hermanas —dijo Charles con solemnidad desde el otro lado de los

barrotes—, os pido perdón por este error de la justicia, y os recuerdo que se os ofrecerá a todas la oportunidad de evitar este sino.

Algunas monjas le miraron con ojos velados. Era imposible decir si su expresión solemne significaba contrición u odio reprimido. Las demás siguieron con la vista clavada en la hermana torturada, y ninguna se dio cuenta de que los inquisidores se alejaban y el carcelero volvía a cerrar las puertas.

Sin más palabras, el irritado carcelero precedió a los dos clérigos por el pasillo. Pasaron ante una segunda celda común vacía, una fila de celdas individuales, y llegaron a la última de la hilera. Se detuvo ante una puerta de madera chapada de hierro oxidado, con barrotes en una ventanilla situada al nivel del ojo y una abertura cerca del suelo, para pasar al interior comida o agua. La puerta no estaba cerrada con llave. Se abrió con un crujido.

Michel entró detrás de Charles.

La celda era igual a las demás: un suelo de piedra sembrado de paja húmeda, un cubo lleno de orines, una pequeña antorcha de sebo cerca de la entrada, que proyectaba una débil luz y humo que lo cubría todo de hollín.

Al mismo tiempo, era algo diferente. En el suelo ardía una vela en un cuenco de cerámica, y arcos de luz resbalaban sobre las paredes. El hedor no era tan pronunciado, y Charles guardó el pañuelo en su manga.

Un lugar sagrado, pensó Michel, y creyó percibir un tenue aroma a rosas. El recuerdo de la última vez que la había visto en Aviñón entre una ruidosa multitud regresó con fuerza.

Una mujer yacía de espaldas sobre un madero suspendido mediante cadenas de la piedra, con la cara vuelta hacia la pared. En cuanto los dos inquisidores se interpusieron entre la mujer y la vela, sus sombras cayeron sobre ella y sobre la parte superior de la pared, mientras el oscuro humo remolineaba alrededor de sus hombros.

Aun en la penumbra, Michel distinguió que el contorno del pómulo estaba hinchado, tal vez roto, y que su respiración era la propia de alguien que tiene las costillas rotas. Los torturadores se les habían adelantado. Instintivamente pensó en su farmacopea de Aviñón, y prescribió en silencio corteza de sauce para el dolor, y una pasta de hoja de consuelda, pétalos de caléndula y aceite de oliva para las contusiones...

El padre Charles se sentó en uno de los dos taburetes reservados para los inquisidores. Michel le imitó, un poco detrás del sacerdote, y desanudó

la bolsa que colgaba de su cinturón.

—¿Madre Marie Françoise? —preguntó con dulzura Charles.

El cuerpo de la mujer se tensó un poco.

—Soy el padre Charles, un sacerdote dominico enviado por la Iglesia para investigar vuestro caso. Y este —indicó a su ayudante con orgullo casi paternal— es mi escriba, el hijo adoptivo del cardenal Chrétien, el hermano dominico Michel.

Se quedó inmóvil un instante, como si esperara que la abadesa se volviera para saludarles. Como no fue así, su semblante se ensombreció.

—Pero antes, madre, debo pedirlos perdón por la ignominia cometida contra vos. Esos hombres no tenían derecho a tocaros hasta haberos concedido la oportunidad de confesar. Serán denunciados.

La mujer volvió la cabeza poco a poco hacia ellos.

Michel contuvo una exclamación de horror. Había esperado encontrar a la mujer menuda y cubierta con un velo que había visto poco tiempo antes en la plaza pública de Aviñón, aplicando la mano al ojo de un prisionero arrodillado. Una mujer atractiva, de piel olivácea, grandes ojos y nariz respingona.

Ahora, la abadesa les miraba con un ojo castaño normal. El otro, semioculto tras el pómulo roto e hinchado, estaba cerrado por la hinchazón y cubierto de sangre coagulada de la ceja, que presentaba una hendidura en el punto más elevado del arco. La herida estaba en carne viva, y la sangre había resbalado sobre una sien y una mejilla, así como por un lado de la nariz, que también estaba rota y sangraba sobre el labio superior purpúreo.

Aparte de las heridas, su físico no era notable. Era menuda, no tendría más de veinte años, muy joven para haber conseguido el cargo de abadesa y reputaciones tan contradictorias.

Sin embargo, había belleza en su porte, en su serena dignidad ante una fortuna tan desastrosa. De los innumerables prisioneros que Michel había visto durante sus años de servicio con el padre Charles, era la única que no demostraba miedo.

La memoria le trasladó de nuevo a Aviñón, al momento en que había levantado la vista del hombre herido y le había mirado a él, a Michel. Se quedó convencido de que le conocía a la perfección, todos sus pensamientos, todos los impulsos de su corazón. Proyectó un amor especial hacia él, un amor tan santo, tan puro, tan intenso, que apenas pudo tenerse en pie. No obstante, le había devuelto la mirada, y su amor, con la certeza

de que Dios estaba allí.

Al punto, una lascivia más poderosa que nunca le había consumido, pero no concentrada solo en sus ingles, sino en todo su cuerpo, hasta los dedos de los pies le ardían de deseo. Avergonzado, contrito por sentir deseo sexual hacia una santa, había rezado de nuevo: «Vade retro, Satanás, Dios te salve María, llena eres de gracia...».

Y esta última frase la había dirigido a la abadesa.

La voz del padre Charles, teñida de indignación, le devolvió al presente.

—Pagarán por su crimen, madre. En el ínterin —el sacerdote adoptó una actitud perentoria—, no perdamos más tiempo. Se ha confeccionado una lista preliminar de cargos contra vos.

Sin mirar a su ayudante, extendió la mano con la palma hacia arriba en dirección al monje.

Michel se recobró, abrió su bolsa y desenrolló un grueso legajo de varios pergaminos. Escogió el adecuado y lo tendió a Charles. Aunque hacía mucho tiempo que Michel se había convertido en los ojos del sacerdote para el cometido de leer, se sabía de memoria las palabras: «La matanza de niños inocentes, el coito con el demonio, encantamientos varios, maleficium contra varios individuos de Carcasona, por no hablar de la acusación más horrenda: maleficium contra su santidad, el papa Inocencio...».

A excepción de la última acusación y el nombre de la acusada, todos los pergaminos que contenía la bolsa de Michel eran iguales.

Charles interrumpió sus pensamientos.

—Madre, os lo pregunto ahora: ¿confesaréis los cargos preliminares?

Las lágrimas anegaron de repente el ojo sano de la abadesa. Una gota resbaló por su nariz.

El padre Charles le mostró con semblante sombrío el pergamino, mientras Michel buscaba pluma y tinta.

—El documento ha sido preparado. Solo necesitáis firmarlo —dijo el sacerdote—. Es la lista de cargos que acabo de leeros.

Mientras tendía a Charles la pluma, Michel vio que la abadesa no miraba el pergamino, sino a él y luego al padre Charles, y en un momento de asombrosa e inexplicable revelación comprendió que no lloraba a causa del dolor infligido por los torturadores, por la vergüenza de estar encarcelada, o por temor a una muerte horrible. Lloraba de pena por ellos,

sus inquisidores, movida por una compasión sin límites. Notó un nudo en la garganta.

La mujer miró a Michel, con las mejillas húmedas a causa de las lágrimas, muy serena. Su aspecto era el vivo retrato de la inocencia, menuda y apaleada con su ropa interior blanca rota y sucia, como una niña andrógina de cabello corto y grandes ojos.

Nadie podía mirarla sin llegar a la conclusión de que era una santa, sin ver a Dios en su interior. Pese a sus horribles heridas, su rostro, su ojo abierto, albergaban algo sobrenatural. Tal vez, pensó Michel, los verdugos de Jesús le habían visto así la víspera de su crucifixión.

Quiso volverse hacia el padre Charles, observar su reacción, pero la cabeza le dio vueltas y se sintió al borde del desmayo...

Y ya no era él, el monje Michel, sino otro hombre, un desconocido, que tendido de espaldas contemplaba el cielo iluminado por el sol. Era muy azul, muy tranquilo, muy indiferente y frío, y ahora estaba muy silencioso. En la bóveda azul rielaban remolinos de oscuridad en movimiento. ¿Aves carroñeras?, se preguntó, ¿o bien la cercanía de la Muerte? Se sentía demasiado débil, sereno y desolado para preocuparse.

Entonces, un rostro humano sustituyó al cielo y las aves de rapiña, femenino y en forma de corazón, con ojos de un negro reluciente, una nariz diminuta y labios con forma de capullo recién abierto. Cejas y pestañas añil. Piel olivácea que había visto el sol. Extendió la mano hacia él, sonriente. El intentó devolverle la sonrisa, pero no pudo (había demasiada sangre por todas partes, sangre sobre metal, sangre sobre la tierra, sangre en su lengua), pero nada de ello importaba, porque por fin La había visto...

... y a pesar de su debilidad, estaba henchido de una devoción sin límites y un deseo físico insufrible. No obstante, con la objetividad de los difuntos, no sentía vergüenza. Tal pasión se le antojaba santa, inseparable del Poder que ella le había transmitido.

Su voz, suave y hermosa, era una voz que había conocido mucho tiempo atrás. Una voz que siempre había conocido pero no recordaba: el Dios que buscas está aquí, ¿no lo ves? Tu vida está aquí...

Las palabras y la ternura evocaban tal libertad, tal profunda alegría y alivio que exhaló un suspiro entrecortado y murió en paz.

Michel volvió al presente, sobresaltado. Era como si hubiera estado

soñando, pero sin dormir, porque había pasado la pluma al padre Charles como si nada hubiera sucedido, o mejor dicho, no había sido como en un sueño, sino como sumergido en la memoria de un hombre agonizante, un extraño al que no conocía.

Era una visión inspirada por Dios, pero cuyo significado le eludía. Al mismo tiempo, el elemento lujurioso le violentaba, porque sin duda había sido añadido por su naturaleza pecadora.

La mano de Michel se movió instintivamente hacia el crucifijo oculto sobre su corazón. En el mismo momento, el padre Charles le traspasó con la mirada, antes de extender la pluma y el pergamino a la mujer.

Las lágrimas de la abadesa cesaron al punto. Meneó la cabeza y dijo.

—No.

Por sorprendente que fuera, el padre Charles no insistió. Bajó los brazos y devolvió los objetos a Michel, que los guardó en la bolsa y extrajo una tablilla de cera y un puntero, de los utilizados para tomar nota de nombres adicionales, acusaciones y enmiendas a las acusaciones.

Con el puntero, el monje escribió en la cera: «El 22 de octubre del año 1359, la madre Marie Françoise, del convento franciscano de Carcasona, fue llevada a juicio ante el padre dominico Charles Donjon de Aviñón, y se negó a confesar los crímenes de los que era acusada». Y después esperó con el puntero preparado, para que Charles le preguntara si deseaba confesar otros crímenes o hacer una declaración.

Para estupefacción de Michel, el padre Charles dijo a la monja:

—Es evidente que no deseáis colaborar en esta investigación.

Y al punto se levantó y dio media vuelta para marcharse. Michel, abatido, recogió sus útiles de escribir y le imitó.

—Sí que confesaré —dijo la abadesa de pronto—. Pero no lo que afirma vuestro documento.

Charles se volvió para mirarla y Michel creyó percibir en su voz una tenue huella de decepción.

—¿Habéis dicho que...?

—Confesaré —repitió la mujer, pero ni su voz ni sus ojos revelaban el menor rastro de arrepentimiento o contrición—. Con mis propias palabras. Y solo a él.

Señaló a Michel.

Las pobladas y oscuras cejas del sacerdote se arrugaron ominosamente. Apretó los labios hasta que palidieron y clavó una



mirada iracunda en la abadesa.

—¿Debo deciros lo que ya sabéis? —contestó por fin—. ¿Que mi ayudante aún no es sacerdote y no puede legalmente tomar vuestra confesión? ¿Que nunca le permitiré quedarse a solas en vuestra presencia?

—¿Debo deciros lo que ya sabéis? —repitió la mujer con absoluta audacia y falta de respeto—. ¿Que habéis recibido órdenes de declararme relapsae, de condenarme a morir diga lo que diga? —Hizo una pausa para mirar a Michel—. Él no tiene miedo de oír la verdad y tomar nota de ella.

Charles, pálido, se volvió hacia Michel.

—Esta no tiene salvación. Llamad al carcelero, hermano.

—Pero padre...

—Obedeced.

Michel necesitó todos sus años de obediencia y lealtad monásticas para hacer lo que le pedían. Se asomó a la pequeña ventana erizada de barrotes y llamó al carcelero en voz más alta de la necesaria, porque el hombre estaba esperando muy cerca de la puerta, y su presteza al abrirla no consiguió disimular la vergüenza que le produjo haber sido sorprendido espiando.

Durante el curso de la jornada (tres interrogatorios improductivos más), el padre Charles pareció cada vez más mohíno, y al final, cuando los inquisidores salieron de la prisión al aire cálido y perfumado del exterior, tenía el ceño fruncido y caminaba con lentitud. En lugar de comentar los acontecimientos del día, como era su costumbre, se mantuvo en silencio.

Michel también se guardó mucho de hablar, porque la desazón del padre Charles era profunda. La ley exigía que se concedieran a la abadesa varias oportunidades de confesar, pero Charles había pronunciado palabras ominosas, palabras que nunca antes había dicho, palabras que sonaban como una sentencia de muerte contra la acusada: «Esta no tiene salvación».

Voy a volverme loco, se dijo Michel, porque el mundo y todo en lo que creía se habían trastocado. Su maestro era un hombre honrado a carta cabal. Nunca negaría a un prisionero un juicio justo. Sin embargo, de hecho había condenado a morir a la abadesa, sin apenas pronunciar una palabra. Y la Iglesia estaba gobernada por hombres buenos y santos, pero hoy Rigaud había chantajeado a un sacerdote para que hiciera caso omiso de la ley de la Inquisición.

El padre Charles suspiró y fijó la vista en la calle, cuyo ajeteo había

disminuido debido a la cercanía de la hora de cenar. A la luz del atardecer su aspecto era casi demacrado.

—Hermano Michel —dijo—, considero lo más pertinente que otro escriba me acompañe mañana por la mañana.

Ya estaba: Charles volvería al lado de la abadesa por la mañana y recomendaría la ejecución. Y no deseaba que su falso sobrino fuera testigo de su vergüenza.

Pero Michel se resistió a creer que fuera cierto.

—Pero ¿por qué, padre? Por alguna razón la abadesa confía en mí. Y si mi presencia puede ayudar a obtener una confesión...

—Quiere quedarse a solas contigo, Michel, pero sus razones no tienen nada que ver con la confianza. Me fijé en tu extraña expresión cuando la mirabas. Estabas fuera de ti. ¿Puedo preguntar qué pasaba por tu mente?

Michel vaciló. En parte, creía que no debía revelar su extraña visión, pero al mismo tiempo estaba convencido de que el padre Charles solo deseaba protegerle de todo mal.

—Fue como en un sueño... Miré por los ojos de un hombre que agonizaba, en otro tiempo, en otro lugar... Y ella, la abadesa, estaba allí. —Habló con más decisión—. Fue una visión inspirada por Dios, padre. Sentí Su presencia.

—Basta de tonterías sobre «sentir a Dios» y tener visiones. Tu enfoque religioso es demasiado emocional. Dios está en la liturgia y en el breviario, no en arrebatos fantasiosos. —El padre Charles meneó la cabeza y exhaló otro suspiro, esta vez más pesados—. Esa mujer te embrujó.

—Pero el obispo dijo que el Santo Padre en persona había bendecido el crucifijo que pro...

—Lo comprendo, hermano, pero el hecho es incontrovertible: ella te embrujó. Tu «ensueño» no fue inspirado por Dios. —Hizo una pausa—. Hijo mío, ¿por qué crees que te aparté de ella con tal celeridad? —Su tono se tiñó de ironía—. ¿O piensas que estaba ciñéndome a las órdenes de Rigaud?

—Si eso es cierto, rezaré para obtener el perdón —repuso Michel con humildad—. Aceptaré cualquier absolución que consideréis necesaria, padre, pero quiero ser útil, permanecer a vuestro lado. Sé que Dios puede salvarla, y sé que puedo ser útil. Lo sé.

—Michel, hijo mío, ¿es que no lo entiendes? Ella es veneno para ti.

—¿Cómo lo sabéis, padre? Solo habéis escuchado habladurías. Vos no estabais en el estrado como yo, viéndola... ¿No es importante averiguar la verdad, salvar un alma que tal vez sea inocente? ¿Tal vez un alma santa? Dios estaba hoy en esa celda, entre la multitud que se apiñaba aquel día durante mi primera ejecución en Aviñón... ¿o es que ya no Le reconocéis?

Charles se volvió hacia él como si le hubiera abofeteado. Michel lamentó el dolor provocado por sus palabras, pero insistió.

—Si en verdad es una bruja, ¿por qué quiere echarme un encantamiento? ¿Por qué no a vos? Soy un simple escriba, sin la menor utilidad para ella. Como habéis indicado, no seré yo quien decida su suerte. Solo puedo rezar por ella.

Los ojos castaños del sacerdote se llenaron de lágrimas. Abrió la boca para hablar pero la cerró de nuevo, dominado por la emoción. Por fin, habló con voz ronca.

—Daría con júbilo mi vida por protegerte de todo mal. ¿No complacerás a un anciano en esto? ¿No confiarás en mí? No permitiré que te ocurra ningún mal, ni que tu integridad se vea comprometida.

—Pero ningún mal... —le interrumpió Michel, al comprender a qué se refería Charles, a que deseaba proteger a su sobrino adoptivo de muchas cosas, no solo de un posible encantamiento, sino de sentirse culpable si condenaban a la abadesa con su ayuda.

Michel inclinó la cabeza con humildad.

—Debo protestar a mi pesar, padre.

—No tienes otra alternativa, hermano, que obedecer las órdenes de tu maestro. Yo empecé mi carrera como escriba, de modo que esta vez ejerceré ese oficio al mismo tiempo que el de inquisidor.

Aquella noche, Michel rezó en solitario, pero su exclusión de la celda de la abadesa le atormentaba. Quería confiar en que Charles concedería a la acusada un juicio justo, aunque ello significara incurrir en la cólera del obispo, pero la reacción del sacerdote ante la madre Marie en la celda le había parecido absolutamente sincera.

Por eso, Michel reflexionaba sobre el camino que debería tomar en caso de que la abadesa fuera ejecutada, maldito fuera el obispo. Como mínimo, debería denunciar públicamente la decisión, y hasta tal vez escribir una carta al Papa. Quizá Rigaud consiguiera que le expulsaran de la orden de los dominicos, una idea que poco le preocupaba, pues Chrétien

era mucho más poderoso y le protegería de la ira del obispo. Pero tras reflexionar, Michel decidió que la expulsión significaría un gran alivio para él. En lugar de servir a Dios contemplando a los culpables condenados a morir, tal vez se uniría a los franciscanos y viajaría por el país rezando y salvando almas antes de que irritaran a la Inquisición.

De momento, no obstante, la lealtad le exigía que obedeciera órdenes. Además, le reconcomía la posibilidad de que la aspereza de Charles hubiera sido fingida, de que finalmente declarara inocente a la abadesa y plantara cara a la censura de Rigaud. Si eso ocurría, ¿cómo podría proteger a su mentor?

Una cuestión muy compleja. Ambos resultados conllevaban el sufrimiento de una persona a la que reverenciaba.

Absorto en sus preocupaciones, cenó con los monjes y se encerró en su celda, en un estado de meditación y oración.

«Salvad a la madre Marie y a sus hermanas, Señor, y haré lo que me pidáis. Rezaré sin cesar, me flagelaré cada noche, me postraré de hinojos en público, ayunaré en el desierto...

»Y animad los corazones del padre Charles, el obispo y el cardenal hacia la caridad, Señor. Ayudadles a comprender que Ella es vuestra sierva.»

Mientras oraba, fue palideciendo la luz del sol que entraba por la pequeña ventana sin postigos de su celda, hasta que la oscuridad se apoderó del cielo. Durante todo ese rato permaneció de rodillas, casi hasta medianoche, cuando cayó dormido sobre la fría piedra.

Aquí estaba de nuevo el desconocido, que miraba a través de los ojos de otro, escuchaba con los oídos de otro, incapaz de ver el rostro del desconocido, porque era como si su alma se hubiera alojado en el cuerpo, el corazón y la mente de otro hombre.

El desconocido cabalgaba indiferente al frío de la mañana, con los muslos y las pantorrillas ceñidos a los flancos de su montura. Su mano diestra blandía una lanza, un arma pesada, pero su joven brazo tenía fuerzas de sobra para sostenerla, y junto a su cadera pendía una espada, larga como su pierna.

La vaina llevaba bordada una sola rosa roja.

A lo lejos, el estandarte escarlata del rey ondeaba en el viento, la Oriflama de lengua bífida, bordada en el reluciente oro. El hombre que

cabalgaba a su izquierda, un caballero de barba plateada, cuyo yelmo ocultaba el rostro, sostenía la bandera de Nuestra Señora rodeada de estrellas. El de su derecha, un hombre más joven de pelo rojo, le dirigió una mirada de sombrío aliento.

El conocía a estos hombres, íntimamente, como ellos a él. Avanzaban con parsimonia, y vio por fin que ellos tres no eran más que una gota en un mar de animales y hombres. Reinaba el silencio, salvo por los gritos de un halcón, el repiqueteo de los cascos de los caballos sobre las hojas caídas, una tos ocasional ahogada. Desde la cumbre de la montaña miró entre las ramas de árboles semidesnudos, y vio a través de la niebla una curva de río en el valle, que brillaba como plata bajo el sol que acababa de salir.

Repentinamente trompetas en la distancia.

La escena cambió de repente y vio a la abadesa, pero no era una monja ni una bruja, sino una mujer. Una mujer de impresionante belleza que ya no iba cubierta con un hábito de arpillera, sino con un vestido blanco, diáfano, luminoso como la luna. Ondas negroazuladas se derramaban desde sus perfectos hombros sobre los brazos y la espalda. Estaba sentada en el banco de madera de su celda, con las rodillas apretadas contra su pecho y los brazos enlazados alrededor de las pantorrillas.

Michel se erguía ante ella, con pluma y pergamino en ristre, dispuesto a tomar nota de su confesión. Advirtió con leve pánico que estaba solo, sin que el padre Michel le distrajera de su lujuria.

Sin embargo, el pánico se desvaneció cuando miró sus intensos ojos negros, el amor y deseo santos que albergaban. Ella se levantó, sin apartar la vista, y cuando avanzó hacia él, el vestido se fundió con la oscuridad y brilló ante él desnuda.

No se resistió cuando tomó el pergamino y la pluma de sus manos y los arrojó al suelo, ni se protegió cuando ciñó los brazos alrededor de sus costillas, y le inclinó para que apretara los labios contra los suyos, dulces y libres de magulladuras.

La besó y apoyó la mano sobre su seno con una emoción que jamás había experimentado. Fue un éxtasis, libre de cualquier pensamiento malvado, el inocente goce de Adán y Eva cuando copulaban en el Jardín del Edén.

Aunque era virgen, la tomó sobre la tierra fría y húmeda, y ella, más sabia, le guió. El instinto le consumió como fuego, y se apretó contra ella, carne contra carne, cara contra cara, el goce y el anhelo alcanzaron una

intensidad insoportable, hasta que ella tocó su cara con los dedos, y dijo: «Dios está aquí, ¿no te das cuenta? Dios está aquí...».

Michel despertó en el momento del orgasmo al tiempo que inhalaba una entrecortada bocanada de aire, y un profundo placer se mezcló con la culpa habitual cuando sintió la dolorosa contracción, el semen que brotaba, las contracciones de nuevo, que se fueron aplacando junto con el latido de su corazón.

Todo terminó al cabo de un momento, y recobró la plena conciencia. Era un monje y estaba en Carcasona, tumbado en el suelo de una celda que le habían proporcionado sus hermanos dominicos, avergonzado una vez más por sus pecaminosos pensamientos relacionados con la abadesa, y confundido por su sueño del soldado.

Con una presteza fruto de la repulsión, se incorporó y limpió con una mano, secó el semen con los pliegues de su ropa interior, con brusquedad, para eliminar la posibilidad de que el contacto le proporcionara placer. Se le presentó un dilema familiar: ¿debía enviar la ropa manchada a la lavandería del monasterio, proclamando así su depravación, o encontrar una forma de ocultar la prueba y conservar su pecado en secreto?

Alguien llamó a su puerta. Michel soltó la tela mojada y se esforzó por controlar su respiración agitada.

—¿Si?

No podía ser para los maitines. Habrían sonado las campanas.

—Soy el hermano André —fue la respuesta, susurrada con el fin de no despertar a los demás—. ¿Puedo entrar?

—Por supuesto.

La delgada puerta de madera se entreabrió y un monje anciano y jorobado entró silenciosamente. La lámpara de aceite que portaba en la mano iluminó su rostro con una luz áspera. Las sombras intensificaron las arrugas de su boca y sus ojos, produciendo un efecto algo espectral.

—Hermano Michel —susurró el anciano—. El hermano Charles está muy enfermo. Pide veros...

Michel se levantó al punto y cogió su hábito de un gancho clavado en la pared. Se lo puso, mientras la preocupación sustituía con presteza al recuerdo del sueño.

—¿Enfermo?

El hermano André se persignó y exhaló un suspiro sobre el que

cabalgó una sola y ominosa palabra:  
—Peste...



## 2

Habían trasladado al sacerdote desde una celda de monje hasta un aposento más cómodo, un cuarto de invitados con mobiliario digno de un noble y una auténtica cama de plumas con almohadas. Cerca de una mesa tallada, dos velas encajadas en un candelabro de seis brazos arrojaban una luz oscilante.

Sin embargo, daba la impresión de que el padre Charles era incapaz de apreciar aquellos cambios. Gemía sobre la cama, agitaba brazos y piernas, movía la cabeza de un lado a otro. A veces cerraba los ojos con fuerza y a veces los abría de par en par, horrorizados de algo que solo él podía ver.

A su lado, otro monje, de mayor edad, tal vez ya en su cuarta década, estaba sentado en un taburete.

Cuando Michel entró y su guía dominico, el padre André, se retiró, el otro dominico se levantó y alzó la mano en señal de advertencia. Habló en voz baja, como si no quisiera que su paciente le oyera.

—Es la peste. ¿Habéis...?

—No importa. —Michel se acercó a la cama—. Os ayudaré a cuidarle.

El padre Charles emitió una tos estrangulada. Al punto, el cuidador le levantó los hombros mientras le humedecía los labios con un pañuelo blanco.

Mientras el monje limpiaba una mezcla maloliente de sangre y flema de la barba y bigote del padre Charles, dijo en voz baja a Michel:

—En tal caso, aún lamento más decíroslo: esta es la peor, la que daña los pulmones. Casi todos los afectados mueren. Si Dios quiere, lo sabremos dentro de dos días, más o menos. Ya he llamado a un sacerdote.

Michel no sintió nada al principio, solo una fría y profunda sorpresa. Pero a continuación experimentó un dolor casi insoportable. Logró controlarlo y no lloró, pero el otro monje se dio cuenta.

—Todavía aparece de vez en cuando, sobre todo en el campo —explicó—. Es el aire, y este extraño y repentino calor...

—¿Michel? —jadeó Charles, con los ojos dilatados pero sin ver, mientras tanteaba al azar—. ¿Eres Michel?

Michel se acercó al sacerdote y le cogió una mano febril y húmeda. La piel de Charles estaba cenicienta. En su frente, gotas de sudor destellaban a

la luz de las velas.

—Estoy aquí, padre. Estoy aquí. Me quedaré y rezaré por vos toda la noche.

Al oír la voz de su sobrino, el sacerdote se tranquilizó. Michel se volvió hacia el otro monje.

—Id a acostaros, hermano —dijo en voz baja.

El monje asintió y salió. Michel se sentó en el taburete, sin soltar la mano de Charles.

—Estoy aquí, padre —repitió—. No os...

—Es por culpa de mi arrogancia, ¿no lo entiendes? —dijo el sacerdote con voz ronca, mientras intentaba incorporarse. Michel le obligó a tenderse con suavidad—. ¡Mi arrogancia! Hoy te he hecho trotar como un caballo bien adiestrado, te he exhibido como diciendo «¡Es mío, todo mío!». ¡Que Dios se apiade de mi alma!

Tosió con violencia. Michel le ayudó a sentarse y, sujetándole con un brazo, cogió el pañuelo que el otro monje había dejado sobre la mesa y le humedeció los labios.

Las toses se prolongaron un rato y la respiración de Charles se hizo estertórea. Cuando terminó, Michel retiró el pañuelo, manchado de un rojo brillante, y apoyó al enfermo sobre las almohadas para que respirara con más facilidad.

—Bendito seas, Michel —dijo el padre en un fugaz instante de sosiego—. Eres en verdad como un hijo para mí...

Michel se incorporó, cogió el rosario de su cinturón y se arrodilló.

—Rezaré por vos, padre. Si podéis, rezad conmigo... Virgen Santísima, interceded por vuestro servidor Charles, que sus sufrimientos desaparezcan y recupere la salud. Oh, Santa Madre de Dios...

—¡Ella! —El padre se incorporó en la cama con un brillo maníaco en los ojos—. ¡Ella me lo ha provocado!

Michel se santiguó al oír aquel sacrilegio.

—Es obra suya, ¿no lo ves? —continuó Charles, con tal vehemencia que roció saliva sobre la cara del joven—. ¡Me ha embrujado!

Solo entonces comprendió Michel que el sacerdote hablaba de la abadesa, no de la Virgen María.

Mantuvo una apariencia de calma mientras se ponía en pie, y obligó a Charles, firme pero cariñosamente, a tumbarse sobre las almohadas.

—No os preocupéis, padre. Dios es más fuerte que el demonio. El nos

protegerá y os curará.

—¡Dios y el demonio no tienen nada que ver con ello! —rugió el sacerdote, con los brazos rígidos y los ojos desorbitados—. Ignoras lo fuerte que es, lo desesperada que está... Fui un idiota, pensé que podría impedirle ver... Y el obispo, el obispo, has de ir con cuidado, no puedes confiar, Chrétien querrá verte muerto. No puedo impedir... ¡Qué idiota arrogante he sido! ¿Podrás perdonarme? ¿Podrás?

Y rompió a llorar, con tal sentimiento que Michel dijo por fin:

—Claro que os perdono. Por supuesto. Ahora, calmaos. No debéis decir tales cosas de vos ni del buen cardenal. Tranquilo, padre, tranquilo... —murmuró, hasta que Charles cerró los ojos.

De pronto, el cuerpo del sacerdote se agitó y vomitó una hedionda mezcla de sangre negra y bilis sobre el pecho. Michel cogió un paño que había junto a la jofaina y secó el líquido.

Durante la siguiente hora permaneció sentado en el taburete y empujando el líquido rojo que brotaba de sus labios, mientras otro dominico le administraba la extremaunción. Después de que el sacerdote se marchara, y al ver que Charles no recobraba la conciencia, Michel cayó de rodillas y rezó.

Por la mañana, afortunadamente más fresca, Michel volvió a la cárcel provisto de varias tablillas de cera nuevas y las restantes confesiones sin firmar. Había pasado la noche tendido en el suelo, junto al lecho del padre Charles, analizando la situación. Era un simple escriba, carente de poder para liberar o condenar prisioneros. Sin embargo, la madre Marie Françoise había dicho que solo se confesaría a él, y si bien estaba muy angustiado por la enfermedad del padre Charles, existía la posibilidad de que Dios la hubiera utilizado para responder a sus oraciones en favor de la abadesa.

Porque si a él, Michel, se le concediera el poder de condenarla o liberarla, elegiría liberarla y cargar con todo el peso de la ira de Rigaud. Y el padre Charles, que Dios tuviera a bien sanarle pronto, se vería libre de toda responsabilidad y venganza.

Cuando subió los escalones de la prisión, muy cansado, una voz le llamó a su espalda.

—¡Michel! ¡Hermano Michel! Se volvió y vio a un hombre apuesto recién afeitado, de cabello, cejas y pestañas color limo y ojos azul claro.

—¡Padre Thomas!

—¿Dónde está vuestra constante sombra? —preguntó Thomas de buen humor, un humor, como Michel sabía, que ocultaba un corazón endurecido. El joven y sonriente sacerdote iba vestido con un hábito de seda azul marino, ribeteado de cordón de raso púrpura (un atavío serio comparado con el hábito bordado de raso rosa que solía exhibir en el ambiente decadente de Aviñón). Había encajado en una manga ceñida un ramito de romero en flor, procedente de uno de los innumerables setos silvestres que crecían en el Languedoc.

Para Michel, Thomas representaba lo peor del sacerdocio: un bon vivant indisciplinado, poco religioso, más interesado en las mujeres y el vino que en Dios. Un año antes, había aparecido de la nada como uno de los protegidos de Chrétien, y el cardenal le mimaba tanto que corrían rumores de que el joven era su hijo bastardo. No se sabía nada del pasado de Thomas, salvo que había recibido una excelente educación y poseía los rasgos de la aristocracia francesa. No había revelado detalles de su vida, y nadie se atrevía a interrogarle por temor a despertar la ira de Chrétien.

Pero subsistía el hecho de que, pese a los favores que el cardenal dispensaba a Thomas, solo Michel había sido adoptado como hijo de Chrétien, y por ello era heredero de la considerable fortuna del cardenal. Por lo visto, Thomas nunca se lo había perdonado al joven monje.

—De hecho, el padre Charles está enfermo —dijo Michel.

Pronunciar las palabras reavivó su dolor, porque si Chrétien era su padre adoptivo, Charles, ayudante del cardenal, era un tío y un confidente. Las enormes responsabilidades de Chrétien le habían obligado a delegar la educación de su hijo adoptivo en primer lugar a las monjas, y después al sabio y tolerante Charles. Para Michel era su único pariente.

La sonrisa de Thomas se desvaneció.

—Santo Dios, espero que no sea la peste. Se ha producido un pequeño brote en el monasterio dominico donde mi escriba... —Miró a Michel con ojos entornados—. El padre Charles y vos os alojabais en él, ¿verdad?

Michel asintió, y a partir de ese leve gesto Thomas comprendió la gravedad del estado de Charles.

—Pobre diablo —murmuró el joven sacerdote, y añadió con énfasis—: Rezo para que os encontréis bien, hermano Michel.

—Me encuentro bien —respondió con sequedad Michel.

—Estupendo. —Thomas asintió en señal de aprobación y adoptó un

tono práctico—. Bien, Dios ha de tener un plan: a mí me hace falta un escriba y a vos un inquisidor. —Avanzó un paso hacia la entrada, pero como Michel se demoró, se volvió hacia él—. ¿Qué pasa, hermano?

—La abadesa —dijo Michel, asombrado y consternado por la facilidad con que había pronunciado las palabras—. Ayer se ofreció a confesar... pero no la declaración preparada.

—Y el padre Charles le concedió esa oportunidad, por supuesto —dijo Thomas. No era una pregunta.

Michel meneó la cabeza.

—Dijo que solo se confesaría ante mí, a solas. Sé que es irregular; no soy sacerdote. Pero no le han concedido la oportunidad que prescribe la ley...

El padre Thomas enarcó una ceja dorada.

—Menudo dilema —dijo en voz baja—, pues el obispo, ¿podemos hablar con franqueza?, vuestro padre, tiene mucha prisa en verla condenada. Si decimos que se negó a hablar... Bien, el pueblo ya está bastante disgustado. Pensarán que la condenamos a muerte sin un juicio justo. —Hizo una breve reflexión—. Hermano... me han dicho que habéis terminado el aprendizaje para ser nombrado sacerdote e inquisidor.

—Sí, Chrétien insistió en ello.

Michel quiso añadir algo más, pero Thomas le impuso silencio con un ademán, sin dejar de mirarle.

—Por lo tanto, estáis cualificado por la virtud del estudio y la experiencia para oír su confesión, si no por la ley de la Iglesia... —Hizo otra pausa—. Os propongo un plan. Iremos juntos a visitar a la abadesa. Si confiesa en mi presencia, misión cumplida. Si confiesa solo ante vos, continuaré con las demás prisioneras, y utilizaré toda mi influencia para que seáis ordenado hoy mismo. Al fin y al cabo, soy sacerdote. Es más correcto que yo, antes que un monje, cumpla la orden de Chrétien.

—Por supuesto —contestó Michel, sin reparar en la trampa de Thomas. En verdad, su corazón estaba henchido de gratitud. Jamás Dios había respondido a una oración suya con mayor eficacia.

Al mismo tiempo, su mente estaba turbada. ¿Era cierto, pues? ¿Había dado la orden su padre adoptivo, un hombre al que siempre había considerado justo, anticipándose a una imparcial Inquisición, de que la abadesa fuera ejecutada?

La ramita de romero del padre Thomas no fue rival para el hedor que les recibió cuando bajaron a las mazmorras. El olor de aquella mañana era particularmente intenso, como siempre que las torturas se iniciaban con entusiasmo. Era el olor de la sangre: olor de heces, orina, vómito, de sangre reseca en la piel, en las prendas y en el pelo.

La mazmorra estaba mejor iluminada gracias a que se habían encendido más antorchas, tal vez para lisonjear a los torturadores de París, a los que se oía hablar y reír tras las puertas de su siniestra cámara. Michel clavó la vista en el suelo, pero no pudo reprimir un vistazo a la celda común, donde vislumbró montones de ropa ensangrentada sobre la paja.

El carcelero abrió la celda individual de la abadesa. Esta vez, no se molestó en cerrar la puerta con llave cuando fue a buscar taburetes a petición del padre Thomas.

La madre Marie Françoise estaba sentada en el banco de madera suspendido. Sus heridas tenían un aspecto aún más horrible. El profundo corte que había partido su ceja tenía costras de sangre ennegrecida, el párpado había virado a un tono violeta intenso y estaba tan hinchado que de perfil tapaba el puente de la nariz. Tenía el labio superior hinchado, de un tono violáceo.

No había sufrido tortura desde el día anterior, y habló con voz temblorosa de furia y dolor.

—Mis hermanas... —dijo, cuando el carcelero trajo los taburetes.

Thomas acercó el suyo temerariamente a la abadesa y tomó asiento, con expresión fría y calculadora. Michel se sentó al lado. Pese a las heridas de la abadesa, la pasión del sueño de Michel se reprodujo en aquel instante, en la imagen de su cuerpo, desnudo y reluciente, sus pechos luminosos como la luna cuando se acercaba a él, le envolvía...

Las orejas y mejillas del escriba enrojecieron, y se preparó para dominar tanto su lujuria como su vergüenza. Que Satanás atacara si quería. Él, Michel, mantendría su mente concentrada en Dios, en la sagrada tarea que debía realizar.

—Mis hermanas —repitió la madre Marie, con otra clase de pasión—. Durante dos días las he oído chillar.

¿Por qué han de ser atormentadas, cuando yo soy la única acusada de un crimen? —Con un brazo se sujetaba las costillas, y con el otro se señaló con feroz emoción—. No obstante, desde la llegada de vuestros inquisidores, nadie me ha tocado. Fue a mí a quien encontraron en el

palacio papal, no a ellas. Fui yo quien...

—Basta de arrogancias, madre Marie —la interrumpió Thomas con calma—. Solo existen dos formas de acabar con vuestras penalidades y las de vuestras monjas: muerte y condenación, o confesión, que conduce a la vida eterna y acaba con nuestra necesidad de extraer información de vuestras secuaces. Por desgracia, el buen cardenal no nos ha concedido mucho tiempo.

»Bien, el hermano Michel —continuó Thomas, y cabeceó en dirección al monje— ya me ha informado de que no firmaréis la confesión que os presentaron. ¿Es eso cierto?

La mujer miró airada a Thomas y asintió con brusquedad. El día anterior, a Michael se le había antojado frágil y menuda. Ahora parecía capaz de dirigir un monasterio, de asustar a un obispo o de aconsejar al Papa con autoridad. Jesús en el templo, expulsando a los fariseos, pensó Michel, mientras Thomas proseguía.

—Y que solo os confesaréis a él y a nadie más.

—¡Sí, sí, lo he dicho, pero eso no tiene nada que ver con el sufrimiento de mis hermanas! —Una ira santa, porque estaba basada en la compasión por los demás, desprovista del menor egoísmo.

Thomas emitió un tenue sonido de exasperación.

—Vuestras monjas serán tratadas con justicia, según la ley de la Iglesia, al igual que vos, hermana. Ahora, hablad al punto y con sinceridad: ¿os confesaréis a mí?

—Os repito que solo me confesaré al hermano Michel.

—Muy bien —dijo el sacerdote—. Debido a vuestra posición en la Iglesia, accederé a la solicitud de que el padre Michel escuche vuestra confesión. En caso de que mintierais, o de que abusarais del privilegio que os he concedido, sufriréis junto con vuestras hermanas.

Dicho esto, Thomas se levantó y salió de la celda. Michel le siguió.

Cuando estuvo fuera, Thomas vaciló. Un estallido de roncadas procedente de la cámara de los torturadores resonó en el pasillo, pero Thomas aparentó no oírlo mientras se dirigía a Michel en tono confidencial y el semblante más serio que el escriba le había visto jamás.

—Tomaréis su confesión, hermano, y yo me ocuparé de que sea legal a los ojos de la Iglesia. Recordad tan solo que, con los tres días concedidos, tenemos pruebas suficientes para condenarla. Ya se han congregado grupos de protesta ante el palacio de Rigaud. Tuvimos que llamar a los guardias

para que los dispersaran. Pía de morir cuanto antes.

Thomas extendió las manos. Michel le pasó la bolsa negra y el cinto que contenía pluma y tinta. Se guardó las tablillas de cera y los punteros. A continuación, el sacerdote rubio se encaminó hacia la celda común.

Michel respiró hondo, con sensación de triunfo, entró de nuevo en la celda y cerró la puerta a su espalda.

—¿Madre Marie Françoise? —preguntó con deferencia. A solas con ella como había sucedido en el sueño, Michel se sentía capaz de controlar sus indecentes impulsos, aunque persistían. Solo deseaba ayudarla y tratarla con la devoción que su santidad merecía.

La mujer volvió hacia él su rostro hinchado, y le miró con una emoción tan profunda que él no supo interpretarla.

—Hermano. —Suavizó la voz, como si hablara con un amigo muy querido—. Tenemos tan poco tiempo... Sé lo que han preparado para mí. ¿Escucharéis mi confesión? ¿Tomaréis nota de ella con fidelidad, como mejor podáis?

—Sí —contestó Michel. Una extraordinaria sensación de serenidad y compasión emanaba de su presencia, impregnándole a él y a la pequeña celda. ¿Cómo era posible que el padre Thomas no lo hubiera notado, ni Charles, ni Chrétien?

Michel se sentó, cogió tablillas y puntero y, con el corazón agradecido a Dios, empezó a escribir:

«En el año 1359, el día 23 de octubre, la madre Marie Françoise, abadesa del convento franciscano de Carcasona fue llevada a juicio ante el padre dominico...—Dejó un espacio en blanco para que cupiera su nombre, o el de otra persona, y continuó—: Inquisidor de la depravación hereje, enviado por la Sede Apostólica al reino de Francia, y tras haber jurado por los Sagrados Evangelios decir la verdad y nada más que la verdad sobre los delitos de herejía y brujería, tanto respecto a ella como principal inculpada, como testigo en el caso de otras personas, vivas o muertas, ha dicho y confesado...».



### 3

Me llamo Marie Sybille de Cavasculle y nací en un pueblo extramuros de la ciudad amurallada de Tolosa con una membrana sobre mi cara. Según mi abuela, cuyas manos fuertes y hermosas me trajeron a mí y a otros cientos a este mundo, esto me señalaba como dotada de la Visión.

Según los sacerdotes e inquisidores, esto me señala como conchabada con el demonio.

No adoro a su demonio. Tampoco adoro a sus demás dioses (Jesús, Jehová, el Espíritu Santo), pero los respeto, porque todos los dioses son Uno. Adoro a la Gran Madre, la que muchos llaman Diana, cuyo Nombre secreto los inquisidores jamás sabrán.

Si esto me convierte en bruja por su definición, bien, soy una bruja, tan seguro como que ellos son cristianos y asesinos.

Durante mi vida han sucedido cosas terribles. He conocido la hambruna, la peste y la guerra, pero el peor sufrimiento residía en que eran innecesarias, innecesarias porque no estaban provocadas por el capricho de ningún dios, sino por la ignorancia humana, y el miedo humano. Ya es bastante difícil verse obligada a asumir las pompas exteriores de la religión y humillar la cabeza ante dioses que no se reverencian. Pero muchos inocentes han sido torturados, y muchos han perecido entre las llamas: las siervas de la Diosa, sea cual sea el nombre por el que la conozcan, los judíos, e incluso devotos cristianos que cometieron el error de irritar a los que detentan el poder. Todas las mujeres que osaron utilizar el antiguo conocimiento de las hierbas y encantamientos para curar a los enfermos, para traer un niño al mundo, y tuvieron la imprudencia de confesarlo, encontraron un destino horrible. Tanto conocimiento perdido para siempre...

Nuestros torturadores han difundido muchas mentiras sobre aquellos que sirven a la Diosa, para engañar a quienes les escuchan. He llegado a comprender que ni siquiera los inquisidores son conscientes de la magnitud de sus errores. Los que saben la verdad no osan hablar por temor a la estrapada y la hoguera. La Inquisición nos ha silenciado a todos.

Por eso cuento mi historia aquí. Parte la viví en persona, parte me la contaron, y parte la vi con la Visión. Seré lo más sincera posible, sin temor

a las represalias, porque he vivido y sufrido mucho, y sé el fin que me espera.

Pero temo por las siervas de la Diosa que me seguirán. Incluso ahora, Veo (con Sus ojos, no con los míos) las llamas que se elevan cada vez más altas. Lo peor aún está por venir. Han reclamado a mi Amado, el que era mi destino. Ya solo soy una, y sé con amargura que mi magia solitaria no es suficiente para evitar la maldad que se avecina.

Al contrario que los cristianos, no rezo para que mi historia sobreviva en estos tiempos peligrosos y llegue a las manos adecuadas. He tomado medidas para que así sea. Por el poder de la Madre, sé que ocurrirá.

## 4

Al oír las dos primeras frases, Michel había lanzado una exclamación de asombro y dejado de escribir: imposible, pero estaba proclamando con sus propios labios que era una bruja, que practicaba la magia. Sin embargo, él había sentido en su interior la presencia de Dios...

¡Señor, ayúdame!, rogó en silencio. He sido un loco y un orgulloso. El padre Charles y el obispo están en lo cierto.

Tal era su decepción, que estuvo tentado de levantarse y salir de la celda para no regresar jamás. Había rezado a esta mujer, a esta bruja.

La abadesa no dijo nada, sino que se limitó a esperar a que Michel se recobrara y levantara otra vez el puntero, en cuyo momento continuó hablando.

Cuando terminó, le estudió con pena.

—Pobre hermano Michel —dijo con ternura—. Os he escandalizado, y sé con cuánta desesperación anhelaís salvar a los... caídos. De hecho, sé cuál es la siguiente pregunta que deseáis formular.

—¿De veras? —preguntó el hermano con cautela, sin saber cómo reaccionar. ¿Debía abandonar el interrogatorio para que lo prosiguiera el padre Thomas, y evitar así que le hechizara más? ¿Debía cumplir su deber para con la Iglesia y confiar en que el crucifijo del obispo le protegiera?

¿Había sido un loco al pensar que Dios había respondido a su plegaria de salvar a la abadesa? Pero las cosas habían encajado tan fácilmente con el padre Thomas...

La mujer lanzó una breve y triste carcajada.

—No lo sé gracias a un truco de magia... sino porque sé que sois una buena alma. Deseáis preguntar si alguna vez fui cristiana, para aseguraros de que no soy relapsae y así poder rescatar mi alma.

—¿Fuisteis alguna vez cristiana?

—Jamás. Sin embargo, la realidad de lo que soy no es tan espantosa como la Iglesia quiere que creáis. —Hizo una pausa y luego dijo con firmeza—: Empezaré por la historia de mi nacimiento.

—Madre, no tenemos tiempo. De hecho... —Inhaló una bocanada de aire que era puro dolor, pero no podía negar su misión—, seguir tomando nota de vuestra confesión depende de lo que me respondáis a continuación.

¿Obrasteis magia negra contra su santidad? ¿Intentasteis, de alguna forma, hacerle daño?

—No. No pude. No es propio de mi naturaleza hacer esas cosas. Es como pedir a un pez que vuele. Vos estabais en Aviñón. Visteis lo que hice. ¿Escucharéis ahora mi historia?

—Sí —dijo Michel, tranquilizado—. Pero no es preciso empezar por vuestro nacimiento.

Ella le dirigió una mirada de incredulidad.

—Si no lo sabéis todo, ¿cómo vais a demostrar que no soy una relapsae, hermano?

Michel abrió la boca para replicar, pero al no encontrar argumentos suficientes volvió a cerrarla. Se le ocurrió que tal vez Dios sí había contestado a su oración. Después de escuchar su confesión podría intentar devolverla a Cristo, porque incluso en este momento sentía el bien que ella irradiaba. Se acomodó mejor en el taburete, decidido a quedarse.

El semblante de la mujer se nubló. La combinación de luces y sombras dotaba a sus heridas de un aspecto espantoso, y su voz se convirtió en un murmullo.

—Ambos sabemos, amigo mío, que los poderes a los que servís han decidido quemarme, y deprisa. ¿Me concederéis un pequeño favor, tomar nota de mi historia hasta que muera, para que algo de mí quede al final de la narración? Con el fin de conocerme, también debéis oír la historia de mi Amado, un caballero que fue destruido por las fuerzas malignas que me han traído hasta aquí. Sin él, ya no hay esperanza, ni para mí ni para mi Raza. Contaré nuestra historia en recuerdo de él.

—Madre Marie, no puedo...

—Juntos formamos una sola alma —replicó ella—. No puedo hablar de mí sin hablar de él.

—Apenas tengo tiempo para tomar nota de vuestra confesión —dijo Michel con sinceridad—. Sobre todo, madre, si hemos de empezar con la historia de vuestro nacimiento. Tal vez os habéis enterado del tiempo que las autoridades nos han concedido: tres días, ni uno más. Además, debo deciros que no me desviarán de mi meta vuestros hechizos y argumentaciones, y rezaré sin cesar para que vuestro corazón sea devuelto a Cristo, con el fin de que podáis salvaros.

Ella le estudió unos segundos. Luego asintió.

Michel levantó el puntero y se dispuso a escribir.

# Segunda Parte Sybille

TOLOSA, 1335

## 5

Nací en el fuego.

Esta es la historia, tal como me la contaron.

Fue a finales de verano, y en el aire se insinuaba una inminente tormenta, henchida de rayos. Los aldeanos que trabajaban la tierra volvían a casa con sus carros tirados por caballos, las ruedas crujían bajo el peso de la abundante cosecha de trigo. Mi abuela, Ana Magdalena, sudorosa, miró por la ventana carente de postigos, con la esperanza de ver a su hijo, pero el ocaso y los nubarrones se habían mezclado ya y era imposible distinguir a un hombre de otro. Aun así, la Visión le susurró que mi padre no tardaría en aparecer por la puerta. Era un campesino que trabajaba los campos del seigneur extramuros de la ciudad amurallada de Tolosa, nacido Pietro di Cavascullo en Florencia. Para evitar los prejuicios y suspicacias de mi nativa región del Languedoc, adoptó el nombre de Pierre de Cavasculle. Ella, por su parte, se negaba a responder al apelativo de grandmère, y siempre llamaba Pietro a mi padre.

No éramos tan pobres como algunos, aunque sí más pobres que muchos. Como aún no nos había corrompido el lujo del convento, e ignorantes del esplendor de Aviñón, pensábamos que éramos ricos. Poseíamos una cama, pero el colchón era de paja, no de plumas, y mi padre poseía un arado pero no un caballo. Como casi todo el mundo en la aldea, nuestra casa consistía en una habitación con un suelo de tierra cubierto de paja, un hogar, la cama familiar y una mesa para comer. Dos ventanas proporcionaban ventilación, de forma que siempre estábamos cubiertos de hollín. Nunca conocí la existencia de chimeneas, ni supe que estaba sucia, hasta que entré en el convento.

Mi madre, Catherine de Narbona, estaba en pleno parto cerca del hogar y sus gritos de angustia consiguieron que mi abuela volviera a su tarea. Catherine había resbalado desde la silla de parto al suelo. Estaba acuclillada a cuatro patas, y gemía como una bestia debido al dolor. Pobre hija, pensó la abuela. Los dolores la habían asaltado horas antes de que el sol se pusiera el día anterior, y ahora, agotada, y fuera de sí, solo sabía chillar como un animal salvaje y maldecir a todo el mundo y a todo, incluso a Dios y a la niña que estaba alumbrando. Había maldecido a su

marido y a su suegra casi desde el principio, pensó Ana Magdalena con cierta ironía.

Se arrodilló junto a la mujer postrada. Los antebrazos de Catherine descansaban sobre el suelo de tierra. Golpeó con un débil puño el suelo sembrado de paja. Ana Magdalena se inclinó y recogió el pelo de la parturienta, un velo rojodorado, hermoso y brillante pese al sudor, extendiéndolo sobre la espalda. La tradición advertía que traía mala suerte sujetar el pelo de una mujer que estaba dando a luz, y si bien Ana Magdalena, la comadrona más experta de Tolosa, no creía en dicha superstición, su nuera sí, y la confianza de la madre era de suprema importancia durante el parto.

Sobre todo en un primer parto, como este. Catherine parecía todavía joven, pero era vieja para la maternidad. Se había casado con Pietro hacía casi seis años, y seis veces se había quedado embarazada. Y seis veces, Pietro había consolado a su entristecida esposa, mientras Ana Magdalena cogía al diminuto nonato para enterrarlo en el olivar.

Seis veces, Ana Magdalena había confiado en que la visión inspirada por la bona Dea, la buena Diosa, se convirtiera en realidad: una niña destinada a ser una gran sacerdotisa como no se había visto en siglos, una niña que llegaría a ser mujer y salvaría a su pueblo, la Raza, gracias a los talentos recibidos. Una mujer dotada de una poderosa Visión...

La hija de un padre, había dicho la Diosa, y el hijo de una madre... Juntos salvarán a su pueblo del peligro que se avecina. Y tú serás la guía y maestra de la hija.

«¿Peligro?», había preguntado con humildad Ana Magdalena, acuciada por el pánico de repente. Pero no hubo respuesta. No le competía a ella saberlo, y no insistió ni se preocupó, solo experimentó la alegría de que le permitieran conocer a esta niña, su propia nieta, la hija de su amado hijo.

—Catherine —dijo con severidad mientras cogía un paño empapado en agua.

Cuando los dolores de la muchacha se calmaron y levantó al fin la vista, Ana Magdalena enjugó su cara y frente con firmeza y celeridad. Pese al calor, la muchacha temblaba. Se le puso la carne de gallina.

—¡Madre, ayúdame! —gritó con tal sentimiento que Ana Magdalena, inmune desde hacía mucho tiempo a la angustia de las parturientas, se conmovió—. ¡No sé si estoy ardiendo de calor o helándome de frío!

La mujer acomodó de nuevo a la muchacha en la silla de parto y fue a la única mesa de la casa, donde una jarra de té de hierbas ya se había enfriado. Volvió al lado de Catherine y acercó la jarra a sus labios.

—Bebe, hija.

Catherine, suspicaz de repente, volvió la cara.

—¿Cómo sé que no lo has embrujado?

Ana Magdalena soltó un suspiro de exasperación.

Estaba acostumbrada a las emociones vacilantes e inexplicables de las mujeres encintas, pero no a la desconfianza que Catherine había mostrado durante todo el embarazo.

—¡Madre de Dios, Catherine! ¡Ya has bebido otras dos jarras del mismo té antes de esta! Es corteza de sauce con una hierba calmante. Apaciguará la fiebre y el dolor. ¡Bebe!

Pronunció la última palabra con tal énfasis que la chica se sometió con repentina docilidad, se sentó en la silla de parto y bebió un largo sorbo.

—Poco a poco —la advirtió Ana Magdalena—, a pequeños sorbos, de lo contrario...

Antes de que pudiera decir «te revolverá el estómago», Catherine sufrió arcadas y vomitó un poco de bilis amarillenta. Con una presteza fruto de la experiencia, Ana Magdalena consiguió apartar la jarra a tiempo. El vómito cayó sobre la pechera del camisón de Catherine, manchándolo desde los pechos al estómago. Era inútil lavarlo ahora, pensó Ana Magdalena. El camisón ya estaba manchado del líquido del parto, sangre y tierra del suelo.

Enjugó una vez más la cara de Catherine con el paño.

—Aguanta, corazón —le dijo—. Voy a echar un vistazo a la niña.

Se acuclilló en la paja manchada de sangre. La silla de parto permitía a Catherine sentarse con las piernas abiertas, y la espalda, cabeza y brazos bien apoyados. Estaba hecha de heno trenzado. Un haz sostenía su hueso caudal. Otros dos, colocados longitudinalmente, sostenían cada hueso pélvico, con un hueco del tamaño de un bebé entre ellos. Ana Magdalena introdujo una mano experta bajo el mojado y retorcido camisón de Catherine y palpó el pubis hinchado.

Los dolores eran constantes. El parto no debería tardar mucho, pero en caso necesario la comadrona practicaría la cirugía y liberaría al bebé del útero. Era lo bastante hábil para hacerlo sin perder a la madre o a la hija. Últimamente pocas comadronas conocían ese arte, pues los barberos y



médicos de la ciudad se quejaban, afirmando que entraba dentro de sus especialidades, y no en las de ignorantes mujeres campesinas.

Sería analfabeta, pero dominaba la práctica que había elegido. Comprobó con sus dedos largos que sí, el bebé había caído. La cabeza aún no asomaba, pero ya no tardaría. La notó, justo debajo del hinchado sexo de la muchacha. Ana Magdalena sonrió cuando rozó con un dedo la blanda coronilla del bebé.

Rió, se secó las manos con el paño humedecido y lo tiró a un lado. Se arrodilló sobre la paja.

—¡El bebé ya está aquí, Catherine, querida mía! —exclamó con júbilo—. ¡Aquí! He palpado su cabecita... Ya falta poco...

Había estado a punto de decir «la cabecita de la niña», lo cual habría sido una grave equivocación. Catherine ya sospechaba bastante de ella. La muchacha sabía, con un instinto que debía de ser la Visión reprimida, que a su suegra le habían enseñado la sabiduría de la Raza y que practicaba en secreto la Religión Antigua. Los cristianos rechazaban las viejas creencias y la Visión, pues afirmaban que las inspiraba el demonio.

Catherine era uno de ellos. Años atrás, cuando su hijo se enamoró de aquella belleza pelirroja, Ana Magdalena supo al instante que la muchacha poseía una Visión casi tan potente como la misma Ana Magdalena. La tragedia era que Catherine había sido educada en el cristianismo más estricto. No solo había aprendido a rechazar su don, sino que había llegado a temerlo.

No obstante, Ana Magdalena había autorizado el matrimonio y pensó: Seré como una madre para ella, y la tomaré como la hija que nunca he tenido, y la educaré en la enseñanza de los Sabios. También creyó que la Diosa bendecía la unión.

Pero tanto el temor de Catherine hacia la antigua Sabiduría como su don no habían menguado con los años. Ana Magdalena descubrió que no solo no podía abordar el tema con la muchacha, sino que ni siquiera podía referirse a la Sabiduría en su propia casa, aunque fuera de manera sutil, a menos que su nuera estuviera ausente. Aun así, Ana Magdalena la quería, y en los últimos seis años Catherine había parecido devolverle su amor y a confiar en su suegra, hasta que se quedó embarazada de aquel bebé en particular. Desde ese momento su desconfianza había aumentado hasta erigir una barrera alrededor de sus afectos.

Si su suegra hubiera admitido que sabía desde su concepción que el

bebé sería una niña, Catherine hubiera corrido en busca del sacerdote del pueblo para denunciarla por bruja.

Bien, que lo haga, pensó Ana Magdalena. En ese caso tendrá que confesar que cuando supo que estaba embarazada por séptima vez vino a pedirme encantamientos. Por eso había un encantamiento de hierbas bajo la silla de parto, y otro de palabras pronunciadas sobre el té. Y había una protección mágica esparcida por toda la casa, magia demasiado sagrada para ser representada con hierbas o cánticos.

Un trueno retumbó en la distancia. Una brisa fría pero húmeda provocó que las ventanas golpearan con suavidad la pared de tierra. Los gritos de Catherine ahogaron esos sonidos.

Y pese a la importante tarea que tenía entre manos, la comadrona miró hacia la puerta abierta, pues sabía sin ver y sin oír que su hijo había aparecido en el umbral, con su blusa manchada de sudor y sembrada de trocitos de grano y tallos de trigo.

Pietro estaba inmóvil, vacilante, todavía con la hoz en la mano, y sus grandes ojos reflejaban un indecible cansancio. Los ojos de su padre, que llevaba el mismo nombre, habían albergado el mismo agotamiento, recordó Ana Magdalena con nostalgia. Una de las cargas del campesino consistía en trabajar constantemente en los campos que arrendaba al grand seigneur, y también en los inmensos campos propiedad del grand seigneur. Esa clase de vida consumía las energías de un hombre, hasta que quedaba muy poca para la familia.

Tenía los ojos de su padre y la Visión de su madre. Pero a medida que Pietro se fue haciendo mayor y trabajó con su padre en los campos, su interés en la antigua Sabiduría disminuyó. Ana Magdalena no insistió. Su destino no era utilizar su don, sino transmitirlo a su única hija.

Ana Magdalena sonrió con ternura a su hijo, que dejó en el suelo la hoz y se quitó los zuecos de madera cubiertos de polvo.

—Catherine se encuentra bien, y está a punto de dar a luz.

Cuando las facciones de Pietro compusieron una sonrisa luminosa, Ana Magdalena contuvo el aliento. La expresión de su hijo era siempre tan solemne que nunca sabía lo que pensaba. Y en aquel momento se sintió deslumbrada por su luminosa sonrisa. El hombre avanzó hacia su esposa con las manos extendidas.

—Catherine, ¿es cierto? ¿Tendremos un hijo por fin?

—No lo sé —gimió ella—. Es horrible, horrible... Estoy tan cansada

que creo que voy a morir... —se quejó con el rostro desencajado por el esfuerzo de contener un chillido.

Pietro se acuclilló a su lado.

—Oh, Cat. Grita, por favor. Sufro más cuando te veo comportarte con valentía...

La muchacha, con tal de complacerle, lanzó un chillido tan feroz que el hombre retrocedió, asustado.

Ana Magdalena se acercó al hogar para servirle un plato de estofado caliente, compuesto de calabaza, puerros y, a modo de celebración, pollo. Su estómago merecía un poco de carne, y Catherine también, en cuanto hubiera dado a luz. Pietro se sentó a la mesa y dejó que su madre le sirviera el estofado, acompañado de un trozo de pan. El hogar apagado aún irradiaba calor, pero por la ventana se coló una brisa fresca que dispersó el humo. La oscuridad llegó al mismo tiempo que la brisa, junto con un trueno que sobresaltó a Catherine, que movió la cabeza como una paloma asustada.

Ana Magdalena encendió la lámpara de aceite y la colocó con cuidado en el suelo, junto a la silla de parto, para poder ver al bebé cuando llegara. Al mismo tiempo, la joven empezó a llorar. Pietro, con semblante preocupado, se levantó y cogió su plato.

—Comeré fuera.

Salió a la oscuridad.

Ana Magdalena se arrodilló y palpó una vez más con dedos cariñosos y eficaces. El bebé estaba en la posición correcta, con el cordón umbilical lejos de su garganta.

—Hija, veo la cabeza del bebé, y todo va bien. Has de utilizar las fuerzas que te quedan para empujarlo hasta este mundo.

Mientras hablaba, una ráfaga de viento surcó la casa, agitó las ventanas y heló los huesos de Ana Magdalena, no a causa del frío sino por la maldad que arrastraba.

Diana, la bona Dea, protege a esta niña, rezó al punto, y en su mente fortaleció las barreras invisibles que rodeaban la casita, pero ya era demasiado tarde. Algo (una voluntad, una mente, una fuerza impía) había entrado. La mujer intuyó su presencia, tan cierto como que notó al viento evaporar el sudor de su cara y brazos. Pero ¿dónde estaba y qué era?

Antes de que Ana Magdalena pudiera buscar una respuesta, Catherine alzó la vista y la luz de la lámpara se reflejó en sus ojos, que proyectaron

un malvado brillo verdeamarillento, como los de un lobo cuando se aventura cerca de una hoguera nocturna.

Ana Magdalena respiró hondo. Eran los ojos de su nuera, entornados a causa del dolor, se dijo, pero una presencia los había invadido, mortífera y burlona. Era imposible que hubiera sorteado todas sus precauciones, todas sus plegarias, encantamientos, y el círculo protector que rodeaba la casa. No obstante, allí estaba, audaz y desafiante.

—¡Vete! —ordenó Ana Magdalena con furia. Y al punto, el brillo siniestro que alumbraba en los ojos de Catherine se transformó en una mirada de perplejidad y desdicha.

—¿Qué? —gimió la muchacha.

—Nada, hija —respondió con ternura la comadrona—. Empuja...

Cogió las manos menudas y pálidas de Catherine entre las suyas, más grandes y morenas.

La joven madre, mientras lanzaba gritos guturales y estrujaba los dedos de Ana Magdalena, empezó a empujar. Al poco asomó un poco más la coronilla del bebé. De pronto, Catherine paró y chilló:

—¡No puedo! No puedo... ¡Ayúdame, Madre de Dios!

—Ella te escucha y te ayudará —contestó Ana Magdalena, su mente concentrada en la niña que aguardaba su primer aliento—. Solo hace falta que empujes un poco más. Empuja un poco más, hija mía...

Sujetó de nuevo las manos de la joven.

—¡No soy tu hija! —chilló Catherine con repentina fiereza. Su rostro se deformó hasta recordar al de una bestia, con ojos entornados y feroces—. ¡Tú me has hecho esto, vieja bruja! Sabías que era demasiado débil, que moriría a causa del parto, pero me diste pociones y encantamientos para que conservara al niño. ¡Deseas este niño para tus malvados propósitos!

Apartó las manos de Ana Magdalena de un manotazo, con una fuerza tan sorprendente que la mujer, de rodillas, perdió el equilibrio y cayó de costado.

La lámpara, pensó aterrorizada Ana Magdalena. Una fracción de segundo antes de tocar el suelo, intentó esquivarla con desesperación, pero ya era demasiado tarde...

Su hombro golpeó la lámpara y la derribó, de modo que el aceite se derramó sobre el suelo como una lengua de fuego líquido. El aceite que no se consumió de inmediato empapó las faldas negras de Ana Magdalena,

que vio horrorizada cómo las llamas devoraban el dobladillo del vestido y corrían por el suelo hacia la silla de parto y hacia el nido de paja que había debajo, preparado para recibir al bebé.

Catherine no paraba de chillar, mientras agitaba brazos y piernas para rechazar las llamas, aunque Ana Magdalena no sabía si era de miedo, rabia o a causa de los dolores de parto, porque estaba enfrascada en apagar las llamas que habían consumido la mitad de sus faldas de viuda y amenazaban ahora su ropa interior.

—¡Pietro! —chilló—. ¡Socorro, hijo mío!

Catherine, que había conseguido salir milagrosamente de la silla de parto, yacía de costado, al tiempo que gritaba:

—¡Dios! ¡Dios! ¡Dios...!

Pietro se materializó entre el humo negro y el fuego, con ojos desorbitados pero conservando la extraña serenidad que poseía desde la infancia. Ana Magdalena manoteó sus faldas y fragmentos de ellas salieron disparadas al aire convertidas en cenizas llameantes. Chilló cuando el calor chamuscó el vello de sus brazos y piernas. El dobladillo de su toca negra empezó a arder, pero lo arrancó de su cabeza y lo tiró a un lado.

Al instante, Pietro la envolvió con la única manta de lana que poseía la familia. En cuanto las llamas se apagaron, cogió la manta y corrió hacia el fuego que amenazaba a su esposa.

Indiferente a las quemaduras de sus pantorrillas, Ana Magdalena corrió hacia el hogar, cogió el cubo del agua y lo vertió sobre la llamarada en que se había transformado la silla de parto. El fuego se apagó con un penetrante siseo y una columna de humo se elevó. Pietro apagó las llamas restantes con la manta.

—¡Auxíliala, madre! —gritó—. ¡El bebé ha nacido pero no emite ningún sonido!

Catherine yacía por fin en silencio, a excepción de su respiración entrecortada. De entre sus piernas colgaba un largo y ensangrentado cordón, y al final, tendido sobre el suelo, estaba el bebé: una niña de cabello oscuro perfectamente formada, con los puñitos enrojecidos, el rostro velado, el saco en que había pasado los últimos nueve meses manchado de sangre. Un amnios, comprendió Ana Magdalena, con un escalofrío que le puso carne de gallina pese al calor. Un presagio muy especial, la marca de la Diosa para señalar a un niño con doble Visión y doble destino.

—No está azulada, ¿lo ves? —gritó—. ¡Aún no está azulada!

Tiró a un lado el cubo y corrió hacia el bebé. Extrajo de su cinto el cuchillo, cortó el cordón umbilical, envainó la hoja, cogió al bebé en brazos y retiró el amnios. Con los restos de sus faldas chamuscadas, le limpió la sangre de la carita plácida y luego la puso cabeza abajo y le propinó una fuerte palmada entre los omóplatos.

El efecto fue mágico. El bebé tosió, inhaló por primera vez y empezó a chillar con entusiasmo.

Catherine se removió.

—¿Es un niño?

—Una niña fuerte y sana —anunció Ana Magdalena, y rompió a llorar de felicidad mientras Catherine sollozaba... ¿avergonzada de su sexo, o dolida por el hecho de que hubiera sobrevivido?

Pietro sonrió a la niña, pero su alegría estaba atemperada por la decepción.

—¿Soy la única que se alegra de dar la bienvenida a esta niña? —dijo con brusquedad Ana Magdalena—. ¡Demos gracias a Dios —y a la Diosa, añadió en su mente— por esta niña sana! —Por el derecho que la asistía en el hogar donde había crecido, proclamó—: Se llamará Sibilla.

Ya lo había dicho: Sibilla, un hermoso nombre pagano que le había sido enviado en sueños. Sibilla: la sabia mujer, sacerdotisa y profeta, el nombre de la Gran Madre. Catherine, mientras se esforzaba por sentarse, extendió los brazos hacia su hija y replicó desafiante:

—Marie. Su nombre será Marie, por la Virgen, y no aceptaré otra cosa. No estamos en Italia, con sus raras y viejas costumbres, y esta no es una casa pagana.

Ana Magdalena enarcó con frialdad una poblada ceja negra.

—Llámala como quieras, nuera, pero su nombre ante Dios y su Madre será siempre Sibilla.

—¡Pierre! —Catherine volvió la cabeza, con el pelo caído sobre un hombro y los verdes ojos suplicantes. Aun empapada en sangre y sudor era hermosa, y su marido no le negaría nada—. Pierre, ¿permitirás que tu único hijo lleve un nombre pagano, ni siquiera francés?

Ana Magdalena se alzó en toda su estatura y miró con furia a su hijo. Había cumplido el deseo de la Madre, y en tales momentos sentía que la Diosa descendía sobre ella con un poder sobrenatural. Sabía que Pietro podía verlo en sus ojos, y no hacía falta que ella dijera nada ni insistiera.

En cualquier caso, su hijo practicaba el cristianismo solo para conformar a su esposa, pero Ana Magdalena sabía que si adoraba a alguna deidad en el fondo de su corazón, era a la Diosa... y la mirada de Aquella que era Madre de todos serviría para recordarle su deber.

La miró, leyó el mensaje y comprendió. Pero al mismo tiempo, Ana Magdalena sabía que no disgustaría por completo a su adorable esposa.

Suspiró, siempre cansado, y dijo con calma: —No quiero oírlos discutir. Con fuego o sin fuego, este es un día feliz. Se ha recogido una buena cosecha justo antes de las lluvias, nuestra parte ya está resguardada en el establo del viejo Jacques, y ha nacido mi primer hijo. Se llamará Marie Sybille, y no hay más que hablar.

Ayudó a su esposa a tumbarse en la cama.

Ana Magdalena continuó su tarea como si el Mal no hubiera entrado nunca en la casa, no hubiera reclamado jamás a Catherine como su aliada. Ayudó a su nuera a quitarse el camisón manchado de sangre y líquido de parto, y después la limpió como pudo con el paño mojado. Estaba demasiado oscuro ya para ir a buscar agua al pozo. Como era de noche, la muchacha no volvió a vestirse. Cuando la piel desnuda de Catherine se erizó pese al calor, Ana Magdalena la envolvió con los restos de la manta chamuscada.

A continuación enrolló un paño alrededor de la hinchada cintura de Catherine y le ató otro paño para detener la hemorragia posterior al parto. Le administró un potente somnífero, mezclado con corteza de sauce. Por fin, limpió al bebé, lo envolvió en pañales y lo presentó a su madre. Pese a la decepción inicial de Catherine, arrulló con placer a la niña y siguió al pie de la letra las instrucciones de la comadrona para darle de mamar, mientras Ana Magdalena peinaba y trenzaba su largo pelo rojo. Cuando la niña se hubo saciado, la comadrona llevó a Catherine un cuenco del estofado frío y el resto del pollo, que la joven comió con avidez.

Al poco, Pietro colgó su ropa sobre el travesaño que había en la cabecera de la cama, y padre, madre e hija se quedaron dormidos. Ana Magdalena recogió en silencio los restos carbonizados de la silla de parto y la paja quemada y los arrojó fuera. Para entonces, la tormenta ya había llegado. Al principio cayeron gotas gruesas y escasas, para luego convertirse en largas y afiladas agujas. Llovía tanto que, cuando miró por la ventana, no pudo distinguir el olivo.

Recogió los paños sucios y el camisón manchado de Catherine, y los

colgó de las ramas del olivo para que la lluvia los lavara.

La lluvia también alejó el peligro que había amenazado a la niña. El Mal se había ido a otro lugar (de lo contrario, nunca habría permitido que Catherine cogiera a la niña), pero no había sido destruido, como bien sabía Ana Magdalena, y no tardaría en regresar.

Su deber para con su hijo y su nuera había terminado. Había llegado el momento de ocuparse de las heridas que laceraban sus pantorrillas. Gracias a la bona Dea, no eran tan graves como pensaba. Ana Magdalena levantó su camisón chamuscado y comprobó que ni siquiera tenía ampollas, solo grandes trozos de piel enrojecida. Como las quemaduras eran superficiales, no debía temer ninguna infección, y si bien estaba demasiado oscuro para recoger lavanda y preparar una compresa, la bondadosa Señora le había proporcionado la mejor medicina de todas para aliviar el calor y la picazón.

Ana Magdalena fue a buscar los restos del estofado y los huesos de pollo, en algunos de los cuales aún quedaba algo de carne. Después, se recogió las faldas hasta las caderas y se sentó en la puerta, con las piernas desnudas extendidas bajo la fría lluvia. Disfrutó de su cena y no se movió hasta que se le erizó la piel y sus dientes castañetearon. Después del calor del día, el frío era un placer.

Continuó sentada un rato, rezando y pensando en lo que debía hacer. De alguna manera, Catherine se había abierto al Mal, que deseaba hacer daño al bebé. ¿Qué le impediría abrirse de nuevo?

Pero ahora que Pietro estaba dormido, Ana Magdalena podía huir con el bebé a otra aldea, otro pueblo, otra ciudad, y educar a la niña como si fuera de ella. Le pareció lo más seguro. No obstante, su corazón estaba atormentado. Si lo hacía, ¿no estaría complaciendo sin saberlo los deseos del Mal?

Unas horas después, la tormenta había cesado. Solo el canto de los grillos y el ulular de un búho interrumpían el silencio de la noche. Catherine roncaba suavemente, acostada de espaldas junto a su marido. El bebé estaba entre marido y mujer, en el hueco del brazo de su madre. Como siempre, Pietro dormía en un silencio de muerte, tumbado de costado. Ana Magdalena sabía que aunque le gritara en el oído no se despertaría, al menos hasta una hora antes del amanecer, pero el sueño de Catherine era ligero y agitado. Había tomado una poción para dormir y



estaba agotada después del prolongado parto, pero el fuerte vínculo entre madre e hijo siempre era impredecible.

Aun así, pensó Ana Magdalena, he de cumplir los deseos de la Diosa. Se levantó con lentos y decididos movimientos y se acercó hacia Catherine y la niña.

El bebé dormía en silencio, bañado por la pálida luz de la luna. De hecho, no había llorado desde su nacimiento. Como su padre, pensó Ana Magdalena con ternura. Pietro había sido un niño tan dócil y tranquilo que, en ocasiones, poco después de nacer, Ana Magdalena se olvidaba de su presencia. El tono rojizo de la carita de Sibilla había virado a un rosado suave. A su lado, Catherine parecía pálida. Era un milagro que una mujer tan frágil hubiera parido a una niña tan sana.

La comadrona se inclinó y cogió a su nieta, con cuidado de no rozar el brazo de la madre. La niña se removió con los ojos cerrados pero no emitió el menor sonido. Ana Magdalena, sonriente, la levantó, lenta y cautelosamente.

Catherine se agitó de pronto y gimió en sueños. La comadrona se quedó inmóvil, todavía inclinada sobre la joven, con el bebé alzado.

Al cabo de unos segundos, Catherine se calmó y volvió a roncar. Ana Magdalena emitió un suspiro inaudible y, con el bebé en brazos, salió descalza a la noche.

Diana, protégenos esta noche, rezó cuando sintió la hierba mojada bajo sus pies callosos. Mientras andaba, un súbito brillo iluminó su camino, de forma que pudo ver cada flor silvestre, cada brizna de hierba, hasta la yegua marrón que olfateaba el aire. Alzó la vista y vio que la luna surgía de entre las nubes, ribeteada de una tenue niebla que proyectaba destellos rosa y azul. Al punto se sintió embargada por un sentimiento de amor y destino tan intenso que el momento se le antojó eterno. Había nacido para esto, no había hecho nada en su vida antes de esto, ni haría nada después, salvo avanzar por la hierba y las flores silvestres con aquella niña entre sus brazos.

Levantó el bebé dormido y le besó la frente, imposiblemente tierna. La niña arrugó el ceño como un monito perplejo y su abuela rió por lo bajo... Pero enmudeció al instante cuando oyó el aullido cercano de los lobos, en el corazón del olivar, el lugar al que la Diosa dirigía sus pasos. Se detuvo un segundo, ni uno más, y vio en la oscuridad el destello verde de unos feroces ojos, los ojos de Catherine durante los escasos momentos en

que había sido poseída, los ojos del Enemigo.

El miedo se agitó en su interior, pero lo domó.

—Seáis de este mundo o no —dijo a los lobos—, marchaos en nombre de la Diosa, y manteneos a una distancia prudente.

Empezó a moverse de nuevo con rapidez y determinación. Los aullidos y los ojos desaparecieron al punto.

La mujer y la niña no encontraron ni un alma hasta llegar a la linde del bosquecillo de olivos sagrado plantado por los romanos, donde árboles antiquísimos extendían sus ramas plateadas hacia el cielo. Ana Magdalena pasó bajo la primera rama protectora. Al instante, las gruesas ramas cubiertas de hojas apagaron la luz de la luna, solo dejando filtrar finos rayos aquí y allá que iluminaban pequeños parches de hierba y tierra que olía a humedad. A la comadrona le resultaba indiferente. A lo largo de los años había acudido a ese lugar muchas veces (al principio atraída por el instinto y las fases lunares, después por la camaradería), y conocía muy bien el camino.

Los árboles de la periferia habían sido despojados en fecha muy reciente de su fruto, pero cuando se acercó al aislado centro vio los árboles cargados de frutos, dejados en honor de la Reina del Cielo. Ana Magdalena sintió bajo los pies las aceitunas maduras e hinchadas, y aspiró la fragancia que liberaban cuando las aplastaba. Mañana habría acusadoras huellas de un negro purpúreo que debería esconder a Catherine.

Llegó por fin al pequeño claro, donde la réplica de tamaño natural de la Madre se erguía disfrazada de María. Tallada en madera, la estatua era muy antigua. La nariz estaba podrida en parte y se negaba a conservar la pintura que cada fiesta de mayo se restauraba con fervor. Había arañazos y marcas en los pies, como si algún animal los hubiera mordisqueado. Una guirnalda de romero reciente, adornada con gotas de lluvia centelleantes, había sido colocada sobre la coronilla de su velo azul claro, pero la lluvia había destrozado la delicada guirnalda de flores silvestres que rodeaba su cuello. Ana Magdalena avanzó con reverencia. Con la mano libre quitó las hojas de olivo pegoteadas a los hombros de la Diosa y repuso la guirnalda como mejor pudo.

Después, con cuidado de no perder el equilibrio, se arrodilló en la tierra mojada.

—La bona Dea —susurró—. Ella es Vuestra, y juro por mi espíritu que siempre lo será. Guíadme para que sea su maestra, y protegédnos de

las fuerzas que quieren alejarla de Vos.

Dejó a la niña sobre el lecho de hojas de olivo y flores mojadas, a los pies de la estatua. Extrajo el puñal del cinto y, con la delicadeza de una pluma, trazó el símbolo de Diana sobre la frente de la niña. Luego agachó la cabeza y formuló en su mente la siguiente pregunta: «¿Alejo a la niña de sus padres o nos quedamos todos juntos?».

No hubo respuesta. Ana Magdalena repitió la pregunta, sin resultado, lo cual significaba que no había respuesta definitiva. Fuera cual fuese el camino elegido, el resultado sería el mismo. Reflexionó un rato con los ojos cerrados, hasta que se le ocurrió una petición más concreta.

—Enseñadme la magia más potente para que pueda protegerla.

La Madre contestó: Te enseñaré tu elección.

Y la Visión acudió a Ana Magdalena con presteza e intensidad, más intensidad que en toda su vida, incluso cuando la forzaba con hierbas o placer.

De pronto ya no estaba en el bosque, sino sentada en una bonita casa, provista de una chimenea y dos habitaciones, taburetes y un hogar amplio repleto de leña y un fuego chisporroteante. A su lado se sentaba una joven encantadora: Sibilla, que estaba dando de mamar a una niña. Y a los pies de Ana Magdalena, un niño jugaba con una muñeca de madera. El corazón de la mujer se henchó de felicidad. Eran sus nietos...

Al punto se produjo una explosión, como el ruido del vidrio al romperse, un sonido que Ana Magdalena había oído una sola vez en su vida, cuando estaba a punto de desposarse ante el altar y alguien arrojó una enorme piedra contra el vitral de la catedral y los añicos volaron por el aire. En aquel momento, lo había considerado un mal presagio, y se encogió al lado del novio y el sacerdote. Ya entonces la trataban abiertamente de strega en la aldea, y había tenido que ir a la ciudad para encontrar a un cura que no la conociera. Ella y su nuevo marido se habían trasladado a otro pueblo al poco tiempo.

Un mal presagio, incluso ahora lo presentía, hasta que abrió los ojos y descubrió que estaba en el bosque, y que los grandes olivos ardían.

En verdad, las llamas parecían sobrenaturalmente brillantes, y una serpiente ondulante reptaba entre las ramas hacia Ana Magdalena... y la preciosa niña. Avanzó de rodillas hacia el bebé, pero el fuego saltó hacia delante, descendió por los troncos de los árboles y alcanzó las hojas y flores mojadas, corrió con la misma velocidad que alcanza el viento entre

el grano, y creó una muralla entre la mujer y el bebé.

Ana Magdalena extendió las manos hacia las llamas (estaba segura de que eran mágicas, porque pese a su brillo no consumían nada), pero las retiró con un agudo grito de dolor, y se contempló con estupor la palma roja y cubierta de ampollas.

—¡Sibilla! —gritó, pues ya no le importaba despertar a alguien, y se puso en pie. Al instante, el fuego alcanzó mayor altura y adoptó un tono opaco, de forma que no pudo ver a la niña, la cual no emitía el menor sonido. Ana Magdalena no podía ver otra cosa que los enormes árboles, en llamas pero incólumes, como la zarza de Moisés.

El terror la embargó, tanto por ella misma como por la niña. El calor alcanzó tal intensidad que sintió la piel de su cara, brazos y piernas cubierta de ampollas. Pese al miedo y el dolor que la consumían, escudriñó la oscuridad al otro lado del fuego, y vio aquellos relucientes ojos verdes que la miraban.

Eran de lobo, pero de una inteligencia muy superior a la de un animal, engastados en una forma todavía más siniestra: humana, alta y malévola. Al verlos, oyó en su mente el ruido del cristal al romperse.

El Mal siempre había estado presente. Ella había crecido consciente de su presencia, de que su vida era una lucha constante contra el Mal.

—¡Ayudadme, Diosa! —gritó.

Al punto, las llamas menguaron hasta que pudo ver las plácidas facciones de la estatua de madera. Ana Magdalena experimentó un inmenso alivio. No era un ataque del Mal, se dijo, sino la visión que había suplicado a la Diosa con el fin de aprender la magia más eficaz.

Calmó sus pensamientos. Con una fuerte ráfaga de viento, el fuego se retiró de los árboles, que volvieron a aparecer incólumes y verdes, y trazó un camino entre las hojas chisporroteantes y la tierra hasta formar un círculo alrededor de Ana Magdalena.

Aún sentía un gran dolor y por un instante el miedo aleteó en su interior como un pájaro que quisiera escapar. Luego se calmó, porque entre ella y el Enemigo se alzaba una mujer viva, en el lugar que había ocupado la estatua de madera.

Una mujer de pelo negro y lustroso, ojos oscuros como agua en un pozo. Joven y fuerte, con la nariz de su madre y los labios y la piel olivácea de su padre...

—Sibilla —susurró Ana Magdalena con voz temblorosa de alegría,

experimentó felicidad y amor al ver a su nieta, crecida y hermosa, pero también estupor, porque el rostro de la mujer se hizo beatífico y translúcido, transformado por un resplandor interno.

—La Dea viva —murmuró Ana Magdalena, porque ningún rostro humano, mucho menos una estatua de madera, podía expresar una paz, un gozo y una compasión tan infinitas.

Sabía que su nieta había sido elegida para un gran destino, pero nunca había sabido esto: que Sibilla había sido escogida para convertirse en un Recipiente vivo.

Y en aquel momento el corazón de Ana Magdalena se abrió por completo a la compasión y lo abarcó todo: las llamas, el dolor, el destino que la Diosa eligiera para ella. Incluso al Enemigo acechante, el que en el fondo merecía mayor compasión.

Cuando sintió que su compasión se dirigía hacia los malévolos ojos verdes, empezaron a empequeñecerse cada vez más, al igual que su forma oscura, hasta que el ser adquirió el tamaño de un lobo pequeño, y después de un perro. Los ojos verdosos centellearon, perdieron intensidad y se apagaron.

Miedo, comprendió Ana Magdalena. El miedo era para el Mal como la carne para el lobo: lo alimentaba, aumentaba su fuerza. Al instante comprendió el muro que rodeaba el corazón de su nuera, y la sustancia de que estaba construido. Pese a la magia y a todas las plegarias de Ana Magdalena, el miedo de Catherine había expuesto a la niña al peligro.

De repente, Ana Magdalena volvió en sí y vio que estaba arrodillada sola en el oscuro bosquecillo de olivos, silencioso salvo por los ruidos de animales pequeños. La niña dormía en silencio ante sus rodillas. Levantó la vista hacia la familiar estatua de madera y sus labios esbozaron una sonrisa bondadosa.

—Me habéis enseñado estas cosas por un motivo, bona Dea. Permitidme que lo sepa.

Dos caminos se abren ante ti, dijo la Diosa, con una voz inconfundible y silenciosa en el corazón de Ana Magdalena. Uno es seguro; el otro está erizado de peligros. Tú debes decidir. Solo la magia más poderosa podrá transformar a la niña en lo que ha de convertirse, pero no puede aprenderla sola. Por eso, de entre todas las personas del mundo, la he confiado a tus cuidados. Este es tu destino, el motivo de que nacieras. ¿Tomarás la decisión por ella? ¿Por mí?

—Lo haré —susurró Ana Magdalena, con los ojos llenos de lágrimas fruto del amor y el dolor—. Lo haré. Que las dos hallemos el camino más seguro hasta vuestros brazos protectores...

Estuvo un rato arrodillada con la cabeza gacha, sobrecogida, con el corazón abierto a la Diosa. Luego se levantó y recogió el bebé.

Sibilla y ella continuarían viviendo con los padres de la criatura. ¿Para qué crear dolor entre ellos, cuando el Enemigo seguiría a la niña dondequiera que fuera? Además, Ana Magdalena sabía ahora cómo intentaría derrotar al Mal.

Y he de procurar con todas mis fuerzas desterrar el miedo de mi corazón. Que la Diosa me ayude a mantenerlo alejado.

Por fin, Ana Magdalena inclinó la cabeza ante la Diosa y empezó a caminar de vuelta entre los árboles.

Catherine se removía sin cesar en el lecho, bajo el hechizo de un sueño turbador: el bebé estaba llorando, un sonido débil como un ulular, y Catherine sentía que algo se agitaba en sus pechos hinchados, una humedad repentina. Le había subido la leche de nuevo, y era hora de dar de comer a la niña, la niña... ¿Dónde estaba la niña?

Ya no estaba en la cama y a su alrededor solo había penumbras. Por más que se esforzaba no podía distinguir al bebé, aunque lo había dejado a su lado.

Intentó gritar: Marie, cariño... ¿adonde te han llevado, pequeña? Pero la voz murió en su garganta. No podía emitir ningún sonido, solo agitar los brazos, ciega, indefensa, muerta de amor y miedo por su hija recién nacida.

Ante ella, entre la niebla remolineante, se materializó una forma oscura. Catherine parpadeó hasta reconocer a su suegra, con sus faldas negras y el cabello negro—azulado suelto hasta la cintura.

Llevaba en brazos a la niña.

Catherine extendió los brazos hacia su hija, pero Ana Magdalena alejó al bebé, riendo. Y cuanto más se esforzaba Catherine en recuperar al bebé, más lo alejaba Ana Magdalena, mientras se burlaba de ella.

—La niña es mía, Catherine. Fui yo quien procuró su concepción, y la cuidó en tu útero. Yo la di a luz.

—¡No, no!—chilló Catherine—. ¡Mi bebé! ¡Dame a Marie!

Una carcajada sardónica.

—Su nombre es Sibilla.

Catherine despertó sobresaltada y se llevó la mano a los pechos, que estaban rezumando leche. Desde que había concebido a esta niña, sueños atroces e imágenes horribles la atormentaban, y siempre su suegra intentaba matar a la niña. Durante seis años había vivido en paz con Ana Magdalena, y hasta había llegado a quererla. Ahora, solo pensar en ella aterrorizaba tanto a Catherine que pensaba en huir, en abandonar a su adorado esposo y escapar con la niña. Ya lo habría hecho si el embarazo no la hubiera debilitado tanto.

A Aviñón, había decidido meses antes, aunque ignoraba por qué a esa ciudad. No conocía a nadie y nunca había estado. Pero era una ciudad santa, un pensamiento que la consolaba.

Volvió la cabeza hacia su marido en la oscuridad. Pierre dormía a su lado, con respiración lenta y tranquila.

Pero la niña, que había depositado entre ambos, había desaparecido.

Se incorporó de golpe, con el corazón martilleando en su pecho, y su primer pensamiento, veloz y horrible, fue que Pierre o ella se habían tumbado encima de la niña, que la habían aplastado y ahogado, pero no, no había señales de eso. La pequeña había desaparecido, así de sencillo. Volvió la cabeza hacia el rincón donde dormía Ana Magdalena, y vio que su suegra también había desaparecido.

Al punto recordó su sueño, y el pánico la embargó una vez más. Empezó a temblar. Así pues, todos sus temores eran reales: Ana Magdalena le había robado a su hija.

Emitió un leve sollozo y saltó de la cama, con una mueca de dolor cuando sus pies desnudos tocaron el suelo. Avanzó un paso y se sujetó los paños ceñidos en su entrepierna. El dolor era intenso, y Ana Magdalena la había advertido de que, si se movía mucho durante el día siguiente, la hemorragia podría reproducirse.

Con una mano contra el estómago (Catherine se sorprendió al descubrir que todavía estaba hinchado, pero blando y vacío) y la otra entre las piernas, se puso su sucio camisón y se tambaleó hacia la puerta entornada.

Se detuvo en el umbral y escudriñó la oscuridad.

—¡Ana! —gritó con un susurro ronco—. ¡Ana Magdalena!

No hubo respuesta. La luna brillaba en el cielo. Distinguió las casas de los demás aldeanos y el lejano contorno del bosquecillo de olivos. En dirección contraria, tan lejos que parecía del tamaño de su pulgar, se cernía

la ciudad amurallada de Tolosa.

Se aventuró tambaleante en la noche. A cada paso su angustia crecía. El incendio había sido un mal presagio. Las llamas la habrían devorado, y a Marie también, si Pierre no las hubiera salvado. Catherine había intentado, desde el primer día de su matrimonio, confiar en Ana Magdalena, incluso quererla como la madre que nunca había tenido, puesto que la suya había muerto al parirla. Todo daba para suponer que su suegra la apreciaba, pero en algunos momentos Catherine le tenía miedo. Ana Magdalena sabía demasiado acerca de las antiguas costumbres paganas, y aunque parecía muy devota de la Virgen María, nunca la llamaba por su nombre. La bona Dea, la bona Dea, una expresión italiana para designar a la Virgen. Pero eso significaba literalmente «la buena Diosa», y el cura de la aldea le había enseñado mucho tiempo atrás que María no era una diosa por derecho propio, sino una santa. Llamarla Diosa era un sacrilegio, y aunque se lo había comentado a Pierre, este solo había dicho que en Italia el término se utilizaba para María, que su madre era una buena mujer y que no quería oír nada más al respecto, dijera lo que dijese el cura.

Y además, no podía olvidar que Ana Magdalena sabía cosas antes de que fuera posible saberlas. La anciana intentaba ocultarlo, pero Catherine recordaba que había sonreído con suficiencia cuando le confió que esperaba tener un hijo varón, después de saber que estaba embarazada. Había visto un extraño fulgor en los ojos de la comadrona, y casi oído sus pensamientos: «Desees lo que deseas, será una niña».

Y así había sido... y Ana Magdalena le había puesto el nombre de Sibilla. ¿Cree que soy retrasada mental?, pensó con repentina ira. ¿Cree que no sé que ese nombre significa vidente, bruja...? Y Pierre...

Pierre, cuya madre todavía insistía en llamarle Pietro después de tantos años de residir en Francia. ¿Pensaba que aún vivía en Italia? Catherine nunca había estado en ese país, pero lo imaginaba como un lugar sin ley donde reinaba el demonio y todas las mujeres practicaban la brujería. Gracias a Dios que el papado se ha instalado en Aviñón, pensó, y que el Santo Padre es francés...

Y Pierre, como siempre, había sido demasiado permisivo con su madre, y había dado el nombre de Marie Sybille a la niña.

Catherine hizo una pausa. Se hallaba en las afueras del prado, frente a los campos de trigo cosechados, sin saber adonde iba. Una vez más, gritó el nombre de su suegra. Una vez más, la respuesta fue el silencio.



Como guiada por una fuerza invisible, sus pies se desviaron hacia el olivar. En aquel momento, un terrible pensamiento se apoderó de ella: Dios la castigaba arrebatándole a su hija. Había pecado, ¿verdad? Había permitido que la comadrona utilizara encantamientos, llevara a cabo todas sus brujerías, para que ella, Catherine, tuviera un hijo sano. Sollozó a pleno pulmón y recordó que, dos días antes, había visto a Ana Magdalena depositar una bolsa de hierbas bajo la silla de parto.

Y Dios había enviado un fuego santo para quemarla, un fuego que había consumido las faldas de la bruja e incluso amenazado a Catherine y al bebé. Había sido una advertencia. ¡Dios!, rezó en silencio mientras las lágrimas escapaban de sus ojos. ¡Devuélveme a mi hija sana y salva, y mañana mismo la bautizaré! Nunca permitiré que esa mujer malvada vuelva a tocarla. La educaré como una devota cristiana...

Todas las historias de horror que había oído acerca de brujas acudieron a su imaginación, y provocaron que su llanto se intensificara: brujas malvadas que robaban bebés, los descuartizaban durante las misas negras ante el altar del demonio y después hervían los cuerpecitos desmembrados para obtener carne y sopa. Brujas que robaban bebés de sus cunas y chupaban su sangre y abandonaban sus cuerpecitos blancos como espectros. Niños hechizados, devueltos posteriormente a sus familias con el fin de que, ya crecidos, mataran a sus padres en nombre del demonio...

Catherine recordaba que, en ciertas ocasiones, había despertado y observado que Ana Magdalena había salido en plena noche. Cuando en una ocasión le preguntó al respecto, su suegra sonrió con pesar y dijo: «Ahora que soy vieja ya no duermo bien, y a veces salgo a pasear para cansarme».

¿Y si todas las historias eran verdaderas?

El miedo la impulsó hacia el lejano bosquecillo. De día, el lugar se consideraba santo, bendecido por la Virgen, pero de noche... pocos osaban penetrar allí, pues se rumoreaba que les embrujaba. Algunos decían que los duendes obraban su magia en la arboleda, profanaban el altar de María, realizaban toda clase de fechorías, y si alguien les sorprendía quedaba hechizado, condenado a vagar eternamente por el bosque.

Catherine no tardó en sentir un dolor sordo en el útero, y notó entre sus piernas una humedad pegajosa. Mareada, cayó de rodillas, jadeante. La hierba que había frente a ella empezó a dar vueltas. Cerró los ojos.

Cuando volvió a abrirlos, distinguió una figura (medio a oscuras medio iluminada) que corría hacia ella a la luz de la luna.

Ana Magdalena, con el bebé gimoteando en sus brazos.

—¡Catherine! —la llamó, y la joven, al ver a la niña sana y salva, exhaló un suspiro de alivio.

—Mi bebé...

Extendió los brazos hacia la niña; un error, porque, mareada como estaba, cayó de bruces.

—Catherine... —Por fin, Ana Magdalena se arrodilló a su lado, con el bebé en sus brazos—. ¡Oh, Catherine, querida! Estás sangrando y temblando... ¿Por qué te has levantado?

Apoyó una fría mano sobre la frente de la joven, y su voz y su gesto fueron tan tiernos, que la joven se sintió avergonzada de haber dudado de ella. Y sin embargo...

Catherine miró los pies de su suegra y vio las manchas púrpura que los cubrían. Su decisión fue más fuerte que el mareo. Se enderezó y cogió a su hija.

Ana Magdalena no pasó por alto el significado de su mirada y su gesto. Empezó a explicarse de inmediato.

—No podía dormir, querida, y el bebé estaba inquieto. Para no despertarte a ti o a su padre, me la llevé de paseo para calmarla...

Catherine se bajó el camisón, y tras cierto esfuerzo, consiguió que la niña mamara. La anciana guardó silencio, y su nuera la ignoró con frialdad. Una repentina y agradable contracción suavizó el dolor de su útero. Y una extraña intuición la invadió. Miró a Ana Magdalena.

—Será bautizada mañana por la mañana —dijo con fría determinación.

—Imposible —replicó Ana Magdalena—. Mañana es demasiado pronto para que te levantes de la cama, aunque la hemorragia no se haya reproducido. Deberías quedarte en la cama una semana, como mínimo...

—Será bautizada mañana por la mañana —repitió con calma Catherine. Clavó los ojos en los de Ana Magdalena y supo que comprendía el significado de su mirada, aunque ella misma no acababa de comprenderlo por completo.

No será tuya, anciana, pensó. Es mía, y así será siempre, aunque tenga que alejarla de ambas.

Pero en los ojos de Ana Magdalena brillaba una determinación tan feroz como en los de Catherine, pues reclamaba al bebé para un Poder mucho más ancestral.

Por un momento, las dos mujeres se miraron en silencio. Luego, Magdalena se puso poco a poco en pie, y levantó a Catherine y al bebé.

—Ven, hija. Apoya el brazo sobre mis hombros, así... Poco a poco, poco a poco. Volvamos a casa.

Catherine sintió una punzada, pero no de miedo sino de remordimiento. Se habría esforzado en querer a esa mujer, confiar en ella, tener una madre por fin. Pero por el bien de su hija no se atrevía. Pues aunque Ana Magdalena le había hablado solo con ternura, y demostrado preocupación con sus últimas palabras, Catherine intuía el sentido oculto tras ellas, firme e inflexible: «Su nombre es Sibilla...».

## 6

Esta es la historia de mi nacimiento, con el nombre de Sybille, tal como la Diosa me lo reveló. Durante los años siguientes, mi niñez fue normal, pero en 1340, el inquisidor Pierre Gui, hermano del más conocido Bernard, vino a nuestra ciudad, y con él llegó un presagio y mi primera experiencia de la Visión.

Lo cuento tal como me sobrevino, porque solo recuerdo un aspecto, y de eso hablaré más tarde...

TOLOSA, junio de 1340

Intramuros de la ciudad de Tolosa, la plaza pública que se abría ante la catedral, solo construida en parte, estaba abarrotada de gente y reinaba un ambiente festivo. Más gente, decidió Ana Magdalena, de la que había visto nunca congregada en un lugar. Desde donde estaba sentada, veía un centenar de carretas procedentes de los pueblos que rodeaban la ciudad, cada una atestada de aldeanos con sus hijos. Delante de las filas de carretas, cientos de personas se congregaban ante una berma en la que se habían erigido postes para las hogueras. Docenas de guardias rodeaban la berma y el patíbulo levantado detrás.

Y solo se trataba de los campesinos. La catedral y la plaza estaban llenas de nobles sentados en palcos de justas. Para diversión de los aldeanos, después de dos semanas anormalmente calurosas, Tolosa había despertado un día de mediados de junio veinte grados más fresco de lo que cabía prever. Observaron con alborozo que los nobles temblaban a la sombra cada vez que se levantaba una brisa fría, mientras los campesinos se refocilaban al sol. Algunos susurraban que el extraño tiempo era obra de brujería, pero la mayoría se limitaba a señalar a los nobles temblorosos y a reír.

Al menos, parte de la diversión se debía a los nobles y a su atuendo: los hombres con blusas, calzas y gorras con plumas en tonos amarillo, azafrán y rojo intenso, las damas con vestidos de seda rubí, esmeralda y zafiro, adornadas con coronas y diademas de oro que sujetaban velos agitados por la brisa. Catherine, emocionada, al lado de Ana Magdalena, le daba codazos para llamar su atención sobre una u otra dama, o hacer comentarios sobre un nuevo color de tinte, un corpiño peculiar o un tocado más complicado.

En la parte posterior de una amplia carreta sembrada de paja, dos familias (la de Pietro y su vecino Georges, con su esposa Therèse y sus cuatro hijos, de edades comprendidas entre los tres meses y los cinco años) disfrutaban de un día de fiesta. Todos los campesinos habían sido dispensados de ir a trabajar y todas las personas que ocupaban la carreta de Georges se lo estaban pasando en grande, excepto una. Ana Magdalena se

obligaba a sonreír y asentir, a beber de la jarra común de cerveza y a comer pan con queso y mostaza recién hecha con aparente satisfacción. Pero su corazón estaba transido de dolor.

Solo una cosa aliviaba su tristeza: su nieta Sybille, el vivo retrato de la salud, que en aquel momento correteaba alrededor de la carreta con los hijos mayores de Therèse, un torbellino de piernecitas robustas, mejillas rojas y una sola trenza que volaba a su espalda.

—Sybille —llamó Catherine—. Ya es hora de que vengas a comer algo.

No tuvo que repetirlo. La niña se acercó obediente a un costado de la carreta.

A pesar de sus cuatro años, casi cinco, Sybille era una niña serena, una adulta encerrada en el cuerpo de una cría. Había heredado la tranquilidad de su padre, pero no así la angustia y el mal genio de Catherine. De hecho, durante el año anterior, había hablado sin las dificultades propias de los niños, y parecía mucho mayor que Marc, el hijo de Therèse, el cual le llevaba seis meses, pero su voz era todavía aguda y atiplada.

Cuando la niña cumplió seis meses, Pietro hizo valer su autoridad y dijo a las dos mujeres: «No se llama Marie, ni se llama Sibilla, sino Sybille, Catherine, un bonito nombre francés, el nombre de mi abuela, y para ti también, mamá, se llama Sybille, porque no es italiana, sino francesa. Y si os oigo discutir a las dos alguna vez, os tiraré al río Garona y educaré a la niña yo mismo».

Las mujeres habían llevado a cabo un esfuerzo notable por utilizar el mismo nombre. En cualquier caso, el nombre perduró, si bien en ocasiones Catherine revelaba cuál era el nombre que consideraba verdadero en su fuero interno y la llamaba Marie, al igual que Ana Magdalena se equivocaba a veces y la llamaba Sibilla, llevada por su afecto.

Desde la noche del nacimiento de la niña, Ana Magdalena intentaba cumplir las instrucciones que la Diosa le había dado en el olivar: alejar todo miedo de su corazón y, mediante la magia, también del de Catherine, con el fin de proteger a la niña. Las tres mujeres habían vivido en tanta armonía durante los últimos años que Ana Magdalena casi había olvidado el Mal que amenazaba a su nieta y que había infundido tantas suspicacias en su nuera.

Pietro izó la niña a la carreta. Sybille se precipitó a los brazos de su abuela, para regocijo de esta. Daba la impresión de que siempre había

querido más a su abuela, lo cual complacía a la anciana, que quería a la niña con toda su alma, más aún que a sus propios hijos, por los cuales habría dado la vida. Catherine las observó con una leve sonrisa, sin dar muestras de celos.

Sybille se sentó en el regazo de su abuela, con cuidado, sin dejarse caer de golpe como hacían casi todos los niños, le rodeó el cuello y la besó.

—¿Por qué estás triste, Noni?

Ana Magdalena la miró sorprendida, pero no hubo tiempo de contestar. Un murmullo se elevó de la muchedumbre. La anciana alzó la vista y su corazón se aceleró. Vio a un grupo de soldados en la berma. Ocho altos postes estaban hincados firmemente en la tierra.

Ayúdame a soportarlo, bona Dea...

Apretó los labios contra el pelo de Sybille, y aspiró el aroma de la niña sudorosa.

Pasaron susurros entre la multitud como una brisa, y a lo lejos una procesión salió de la catedral. Un grupo de prisioneros, escoltados por un contingente innecesariamente numeroso de guardias.

Seis mujeres y dos hombres, todos rapados, vestidos con el hábito de arpillera de los penitentes y sujetos por grilletes de hierro, de forma que solo podían dar cortos pasos.

Seis mujeres y dos hombres, rostros anónimos para la pira, pero Ana Magdalena vio a cada persona con la claridad de la Visión:

Una desafiante muchacha de quince años, de ojos enrojecidos pero porte orgulloso; una anciana tan encorvada y debilitada a causa de la edad que apenas podía andar con las pesadas cadenas; dos mujeres, fuertes y hermosas, leales amigas que se daban ánimos mutuamente con la mirada; una mujer canosa de edad madura, de rostro y ojos sombríos, abismada en sus pensamientos; y una joven madre (no habían pasado ni dos días del parto), de vientre blando y pechos rebosantes de leche. Y los hombres, uno viejo y lloriqueante, con la cabeza gacha, y el otro de apenas veinte años, que murmuraba con los ojos desorbitados. Un lunático, pobre hombre, que había mascullado alguna tontería sobre Dios y el demonio, y lo iba a pagar con su vida.

Todos presentaban moratones en la cara, con la mandíbula, los labios o los ojos hinchados. Los brazos de las dos amigas y el loco colgaban inertes, grotescamente dislocados. La anciana, cuyos escasos cabellos blancos brotaban como púas de su cráneo, tenía un antebrazo hinchado,

probablemente roto. El instinto de curandera acució a Ana Magdalena: deseaba con desesperación llevar a casa a la anciana, encajar el brazo con un movimiento veloz y preciso, para después confortarla con cataplasmas y un fuerte brebaje para el dolor. Pero solo podía contemplar la escena en silencio, impotente.

La anciana entró tambaleante en la plaza y se derrumbó sobre sus grilletes. Un guardia intentó ponerla en pie, pero no pudo. La arrastró mientras los demás avanzaban penosamente, hasta detenerse ante el cadalso.

Cuando los prisioneros y los guardias se pararon, cuatro hombres subieron al cadalso. Dos cuervos y dos pavos reales, pensó Ana Magdalena con asco. De hecho, sabía que eran dos inquisidores de París y dos vicarios del arzobispado local.

El inquisidor principal, un hombre de facciones afiladas, pobladas cejas negras y pelo corto, a la moda de Roma, fue el primero en subir a la plataforma y se preparó para hablar a la muchedumbre, mientras los demás se acomodaban ante él en sus asientos acolchados. Al igual que su alto ayudante, era delgado y vestía la sencilla sotana negra de los clérigos, en agudo contraste con los bien alimentados vicarios, embutidos como salchichas en sus hábitos de seda púrpura.

Se oyó una breve fanfarria de trompetas, y después subieron al cadalso el grand seigneur de Tolosa y su séquito, incluido su único hijo, un niño de rizos color zanahoria, vestido con una blusa azul claro y calzones blancos. Se aferró al brazo de su padre y miró muy serio a la multitud.

Al punto, Sybille se sentó muy erguida y miró al niño con ceño. Ana Magdalena la observó. Era más que la simple atracción de un niño hacia otro. ¿Le reconocía tal vez de otro tiempo?

Mientras Ana Magdalena y ella miraban, el seigneur y su séquito tomaron asiento. Les siguieron a continuación los cuervos y los pavos reales, con la sola excepción del gran inquisidor. Permaneció inmóvil, como una víbora enroscada.

Su ayudante se adelantó, y con considerable aplomo empezó a leer la lista de nombres y las correspondientes acusaciones.

Anne—Marie de Gorgel, por maleficium contra sus vecinos, culto al diablo, asistencia a su sabat y comercio sexual con maligno. Catherine Delort, por maleficium contra sus vecinos, culto al diablo, asistencia a su sabat y comercio sexual con maligno. Jehan de Guienne, por maleficium



contra sus vecinos...

La misma acusación repetida seis veces. Incluso contra la pobre vieja, caída de costado sobre sus grilletes. El lloroso hombre de pelo gris, tras oír su nombre en voz alta, se postró de hinojos y gritó:

—¡Confieso! Confesaré todas las acusaciones y suplicaré perdón al tribunal y a Dios. Pero salvadme de...

El inquisidor alzó la mano para ordenarle silencio.

—Aflige a este tribunal —dijo con serenidad— haber fracasado en nuestra misión fundamental, que es reconciliar con Dios a todos los herejes. Sin embargo, la palabra «hereje» significa «elección». Y estos desgraciados han elegido negar a Dios. Por consiguiente, les hemos entregado a vuestras autoridades locales, que les han sentenciado a muerte por sus actos pecaminosos. Estos buenos guardias se ocuparán de la ejecución, y el grand seigneur será el testigo del gobierno.

»Os exhorto, buenas gentes de Tolosa, a reprimir cualquier acto de hostilidad contra los condenados. No les maldigáis, antes bien tened compasión de ellos, y rezad para que su herejía os inspire fe. Pues las agonías a las que se enfrentan ahora son como pálidas sombras comparadas con el tormento eterno que padecerán antes de una hora.

Ana Magdalena experimentó la sensación de que ya no estaba sentada en el carro junto a su nieta de cuatro años, sino que se encontraba sobre la plataforma, tan cerca del seigneur que casi podía tocarle, no, tan cerca que estaban frente a frente, y podía sentir su aliento sobre las mejillas, podía ver cada arruga de su frente, podía ver su nuez de Adán agitarse cuando tragaba saliva, y sus mejillas moverse cuando apretó los dientes.

Tan cerca que podía sentir la angustia de su corazón y saber que era tan grande como la suya. Saber, como él, que eran inocentes, todos y cada uno, que las confesiones eran mentiras nacidas de los sueños inconfesables de los inquisidores. Saber que algunos de ellos (en especial la muchacha de quince años, y la matrona Delort y el hombre lloroso del pelo cano) estaban tocados por la Visión, y que solo habían sido imprudentes en su uso y a la hora de ocultar su talento a los demás.

Y Ana Magdalena examinó el rostro firme y hermoso del seigneur y el fondo de sus ojos, y después a su transfigurada nieta, y pensó: No me extraña que le mire. Es uno de los nuestros.

Su atención se desvió hacia el espectáculo que ofrecían los guardias, tres de los cuales arrastraron al joven hacia el primer poste. Se debatió con

todas sus fuerzas, pese a los grilletes que aherrojaban sus tobillos y brazos. Con la fuerza sobrenatural de los lunáticos, propinó un cabezazo a un guardia y luego a otro. Pero no fue suficiente. El tercer guardia intervino y le asestó un tremendo puñetazo en la mandíbula, haciéndole doblar las rodillas. Mientras la multitud aplaudía, los otros dos guardias le cogieron por las axilas y le arrastraron hacia el poste. Le obligaron a arrodillarse y le ataron.

Incluso entonces, el joven tuvo la osadía de escupirles a la cara.

Entretanto, otros dos guardias habían arrastrado a la anciana inconsciente hacia el segundo poste, la pusieron de rodillas y la ataron. Su cabeza se inclinó hacia delante, ocultando el rostro, de forma que solo se veía el halo blanco de su escaso cabello.

Las mujeres fueron atadas de dos en dos a los postes, y cuando los guardias terminaron su tarea sonaron las campanadas del mediodía. Una vez inmovilizados todos los prisioneros, uno de los guardias frotó dos trozos de pedernal. Un segundo acercó a la chispa una antorcha. Prendió al instante, y el guardia la llevó hasta la pila de troncos y leña que rodeaba al joven arrodillado.

Ana Magdalena apartó la vista y se cubrió la cara con las manos. Sí, apartó la vista, pero no logró ahogar la voz del loco, que aulló con furia desaforada:

—¡Iréis todos al infierno! ¡Al infierno!

Cuando la brisa transportó el olor a humo y carne quemada, la determinación que Ana Magdalena había cobijado en su corazón durante los últimos cinco años se quebró, y tembló al recordar el dolor experimentado en el olivar la noche del nacimiento de la niña. Había sido una visión a través de las llamas, la agonía física padecida había sido real, y la mayor agonía había sido el miedo que embargó el alma de Ana Magdalena. Desde su infancia en Toscana, su terror más secreto consistía en que la Iglesia descubriera algún día el don que la Diosa le había otorgado y que su vida acabara en la pira.

Ahora, ese temor se apoderó de ella una vez más. Sus dedos se crisparon mientras su mirada era atraída hacia el patíbulo y los hombres sentados allí: no hacia el grand seigneur y su hijo, ni hacia los pavos reales, ni siquiera hacia el gran inquisidor, sino hacia su ayudante, alto y de cara ancha. Le vio con absoluta nitidez y observó, temblorosa, que movía lentamente la cabeza y la miraba a los ojos, mientras sus labios esbozaban

una sonrisa de triunfo.

El sol destellaba en sus ojos verdosos. Ana Magdalena intentó respirar hondo.

Era el Mal, pero en una repentina revelación también supo que ese hombre que lo albergaba había nacido el mismo día que ella. Había sido destinado a ser su compañero del alma, el Señor de su Señora, un líder de la Raza, pero el odio hacia sí mismo le había transformado en lo contrario de lo que pretendía la Diosa. Utilizaba sus poderes mágicos innatos para perseguir a su propio pueblo, para aniquilarlo. Y su fuerza aumentaba cada día, y por tanto también el peligro para la Raza...

—Domenico —suspiró cuando reconoció al joven que había lanzado una piedra contra el vitral de la catedral para protestar contra su matrimonio. Ella le había rechazado porque había elegido negar a la Diosa y a su destino.

Y ahora la había seguido hasta Francia, con el fin de destruir a su nieta.

Parpadeó, y en lugar del loco apareció en la pira Sybille, hermosa como una diosa, con el cuero cabelludo carbonizado. Los labios en forma de capullo se habían fijado en un aullido perpetuo.

¡Sybille!, chilló en silencio Ana Magdalena, y el Enemigo susurró en su mente:

¿Quieres saber por qué el fuego te aterroriza? Porque siempre has sabido que ese sería tu destino, porque siempre has sabido que será el de ella. No puedes escapar de mí eternamente...

Ana Magdalena se sintió expulsada de la carreta, como si un viento huracanado la hubiera levantado, y cuando volvió a abrir los ojos se hallaba en medio de un gran incendio, ella y una Sybille adulta, y también todos los mártires atados a los postes que chillaban de dolor, rodeados por una cortina de llamas. Cuando gritaban exhalaban un vapor, que remolineaba sinuosamente hacia el cadalso...

El cadalso, donde el Enemigo, resguardado y lejano, sonreía. Sonreía e inhalaba los vapores exhalados por los mártires como quien absorbe el aroma de un delicioso manjar. Y los saboreaba con un suspiro.

No chillaré, se dijo Ana Magdalena. No le alimentaré... Y con un doloroso esfuerzo de voluntad, la anciana cerró los ojos y la boca. Al punto volvió a la realidad y descubrió que su nieta ya no estaba sentada en su regazo. La niña se había levantado y avanzado como en trance hasta el

borde de la carreta.

—Sybille, cariño —dijo Ana Magdalena, al tiempo que reprimía el pánico—, ven a sentarte conmigo antes de que te caigas.

La niña no obedeció a su abuela y siguió inmóvil dando la espalda a los demás, fascinada por el espectáculo.

—¡Marie Sybille! —dijo con brusquedad Catherine, con tono de sorpresa e indignación a la vez. Nunca la niña había hecho caso omiso de sus mayores, ni obedecido con reticencia—. ¿No has oído a tu abuela? ¡Ven!

Pero la niña continuó inmóvil, tensa y muy tiesa con su vestidito hecho en casa, y la trenza negra que caía sobre su espalda formando una línea recta.

—Las llamas —dijo con voz adulta y pesarosa a alguien invisible—. Madre de Dios, las llamas...

Catherine se acercó presurosa a la niña, y cuando pasó junto a Ana Magdalena, esta distinguió en los ojos de su nuera un extraño destello verdoso: la presencia del Enemigo.

La anciana retuvo a Catherine por el codo. La joven se volvió, gritó y lanzó el otro brazo hacia su hija, con un movimiento que podía ser un intento de asir o de empujar...

Sybille perdió el equilibrio y chilló al caer por el borde del carro. Siguieron más gritos: los de Catherine, el relincho sobresaltado de una mula, el grito de Pietro y el de la propia Ana Magdalena...

Esos son los recuerdos de mi abuela, tal como ella y la Diosa me los transmitieron. Mi recuerdo del incidente es muy diferente. Estaba mirando las llamas cuando todo el cielo empezó a rielar con el peculiar movimiento turbio del aire caliente sobre un fuego. Y luego empezó a fundirse, a disolverse, y reveló poco a poco una escena diferente, una realidad diferente. Tan cautivada estaba por el súbito cambio de escenario, que no era consciente de mi existencia separada de la visión. Me absorbió.

La Tolosa que yo conocía dio paso a una ciudad más grande, con una plaza más majestuosa, rodeada por una enorme y gloriosa catedral, un palacio de mármol blanco digno de un rey y otros edificios elegantes que pregonaban una gran riqueza, la de Roma en toda su gloria. Por un instante me quedé maravillada ante tanta grandeza. Al siguiente, fui arrojada al infierno y una muralla de llamas ocultó los resplandecientes edificios.

En el interior de las llamas se retorcían unas figuras, cuerpos atrapados que me gritaban: «¡Hermana, ayúdanos! Tú eres la única que puede salvarnos...».

Extendieron hacia mí brazos oscuros, suplicantes, y lancé mis manos hacia ellos, pero grité de dolor cuando el fuego lamió mi carne. No era inmune. Para mi vergüenza retrocedí asustada. En ese instante comprendí que estaba atrapada, porque las llamas y las víctimas me rodeaban.

No obstante, vi dos figuras de pie al otro lado de las llamas, una negra y otra blanca. Me embargó una acuciante necesidad de llegar hasta la blanca. Avancé un paso hasta las llamas, pero el dolor me hizo gritar y desistí.

Mientras miraba temblorosa de miedo, la figura negra se acercó más y más a la blanca... Con terrible certeza supe que si la oscuridad devoraba a la luz significaría el triunfo del Mal. Una vez más hundí mi brazo en el fuego y chillé de nuevo, tanto de dolor como de frustración, porque el terror no me permitía avanzar más.

Sin embargo, sabía que si no me exponía a las llamas y cruzaba el cerco, todo estaría perdido. Mientras miraba, la figura oscura rodeó la luz con movimientos sinuosos, de serpiente, y empezó a devorarla.

Antes de apagarse, la luz suplicó a Dios, no, a un poder mucho más antiguo, sabio y poderoso que Dios... y su petición fue atendida.

Me lancé al fuego y supliqué también al Poder.

Al punto me sumergí en un dulce éxtasis intemporal imposible de describir. Me puse en comunicación con un poder tan pavoroso, tan más allá de la comprensión humana, que me sentí humillada en su presencia.

Sin embargo, no se parecía en nada al severo Dios que nos describía el cura de la aldea, el Dios Padre del fuego del infierno, la condenación, los mandamientos y el purgatorio. A este Poder le importaban muy poco las convenciones, las normas, la mezquina política de los prelados, la forma de adorarlo, incluso que le adoraran. Era, simplemente. Era la Vida misma, gozosa, caótica, devastadora. Puro Éxtasis.

Cuando mi mente se recuperó por fin del vacío intemporal, me vi arrodillada en el olivar, ante la estatua de la Virgen, pero Ella estaba viva, era una mujer viva, la encarnación viviente del Goce indecible que yo había experimentado. Al principio, su rostro sonriente era el de mi abuela, y después se convirtió en mí de adulta, que reía y extendía los brazos amorosos a mi yo infantil arrodillado. Y ella sería mi hija, después de mi

muerte, y la hija de mi hija, que florecería de generación en generación...

Perdí el conocimiento de nuevo y esta vez, cuando la negrura se despejó, solo vi el techo de nuestra casa y la ventana abierta... y al otro lado, el sol de la mañana en un cielo azul transparente. La luz hirió mis ojos y me protegí con una mano.

—¿Estás despierta, Sibilla? Ven a sentarte conmigo, hija —dijo Noni.

Estaba ante mí con una taza. Por entonces su pelo era todavía como de ala de cuervo. Al igual que yo, era menuda, pero nervuda y fuerte, y llevaba su toca y falda negras de viuda. Yo pensaba que era la mujer más sabia de la tierra, porque sabía ensalmar huesos, reventar diviesos, colegir por la orina de la semana anterior de una mujer si estaba embarazada, hacer emplastos para las contusiones y tés para la fiebre y la tos. A veces hacía encantamientos para la familia, pero me ordenó que nunca hablara de esas cosas, porque mencionarlas disminuía su poder.

Me pasé la mano por la cara, y percibí olor a humo.

—Gente —dije, y rompí a llorar—. Moría gente. Los quemaban.

—Silencio, pequeña —dijo, y me quitó una brizna del cabello—. Su sufrimiento ya ha terminado. Siéntate, Sibilla.

Entonces comprendí que estaba en nuestra casa, y que mi padre ya se había marchado a trabajar en los campos, y mi madre a coger agua y lavar ropa en el río. También recordé los acontecimientos del día anterior en la plaza del pueblo, y comprendí que mi abuela pensaba que me estaba refiriendo a aquellas pobres víctimas.

Antes de que pudiera hablar, Noni levantó la taza hasta mis labios. Sabía que era uno de sus tés amargos, pero no lo rechacé (había perdido esta batalla particular muchas veces) y lo bebí, con una mueca debido al sabor astringente de la corteza de sauce, un ingrediente que mi abuela utilizaba para tratar todas las dolencias. Lo apuré hasta las heces. Noni devolvió la taza vacía a la alacena y se sentó a mi lado sobre la paja. Apoyó la mano en mi frente. Cerré los ojos, porque su toque era como una bendición.

Uno de los recuerdos más persistentes de mi infancia son las manos de mi abuela. No eran suaves como las de mi madre, sino curtidas por la intemperie, huesudas y callosas. Sin embargo, siempre estaban calientes, y si me quedaba quieta y prestaba atención, sentía la tibieza hormigueante que solo poseía el toque de Noni. Más de una vez, sobre todo de noche, había contemplado sus manos, cuando las posaba sobre mi madre, enferma

de gripe, o sobre mí, cuando me postraban las fiebres, y las veía brillar con una luz dorada interior, como si el aire que las rodeaba temblara con un resplandor de polvo de oro.

No me sorprendía verlo. Creía que todo el mundo veía esas cosas, que todas las abuelas poseían un toque sanador, dorado.

Aquella mañana sentí que el toque de mi Noni se retiraba y oí su suspiro. Abrí los ojos para verla, todavía sentada, con expresión muy seria.

—Ayer te desmayaste —dijo— al ver la quema de la plaza, y te caíste del carro. Te golpeaste en la cabeza. A veces dormías y otras delirabas. ¿Recuerdas lo que soñaste?

—No lo soñé, Noni. Lo vi. Era real.

La anciana asintió, miró alrededor para comprobar que estábamos solas y dijo en voz baja:

—Es una forma especial de ver. Algunos la llaman Visión. Es un don de la bona Dea que muy pocos poseen. Mi madre lo tenía, y su madre también. Tú lo tienes. ¿Has visto otras cosas de esta manera?

—Sí —murmuré. Su mención de la Madre Santa me hizo recordar el poder gozoso y risueño que, en mi visión, albergaba la estatua de la Diosa—. A veces veo una luz dorada cuando colocas las manos sobre alguien enfermo.

Ella sonrió.

—El Toque es mi don.

—Anoche, vi gente quemándose, pero no en la plaza, sino en mi... sueño.

Su sonrisa se esfumó.

—¿Por qué les quemaban, hija?

—No lo sé. Gente mala los mataba... —Y de repente añadí—: Son muy malos, Noni. Van a encender más hogueras, hasta que no estemos seguros en ninguna parte.

Siguió un silencio. Mi abuela apartó la vista y suspiró con tristeza.

—Sibilla —dijo por fin—, la gente teme lo que no comprende. Muy pocos son los bendecidos con la Visión o el Toque, y por eso los demás nos temen, porque somos diferentes.

—Como los judíos —dije.

Yo había visto judíos antes, los mercaderes y prestamistas con sus curiosos sombreros y los distintivos de fieltro amarillo sobre el corazón. Otros niños me habían contado que robaban bebés cristianos, los

crucificaban y bebían su sangre. Que, si no bebían sangre, recobraban su apariencia original, demonios con pezuñas y cuernos. Pero esas historias me parecían ridículas. Los judíos tenían bebés, como nosotros, y no daba la impresión de que quisieran menos a sus hijos, y nunca había visto uno con pezuñas y cuernos. Además, cuando le había contado la historia en una ocasión a mamá, me había hecho callar, y Noni se había reído de su ridiculez.

—Sí —contestó Noni—. Como los judíos. O los leprosos. Eres demasiado pequeña para acordarte, pero cuando llegó la enfermedad a la provincia de Languedoc hace muchos años, culpaban a los leprosos de envenenar los pozos. Quemaron a muchos de ellos, pero no se quedaron satisfechos. Después dijeron que los leprosos habían conspirado con los judíos, y muchos judíos fueron atacados y asesinados.

Me senté y rodeé mis rodillas con los brazos.

—Quizá la gente que vi eran judíos. O poseían la Visión.

—Es posible —admitió con tristeza Noni—. No quiero asustarte, hija, pero es peligroso hablar de los dones de la bona Dea con quienes no los comprenden. Tu madre no comprende, pobre alma, y por eso tiene miedo. Hablar de esas cosas, incluso con ella, y no digamos ya con un sacerdote, supondría para las dos un gran peligro.

Las lágrimas me anegaron la garganta.

—Entonces no quiero la Visión, Noni. No quiero atraer el peligro hacia ti.

La abracé y hundí mi cabeza en su hombro.

Ella me acarició el pelo.

—Ay, Sibilla. Siento decirte cosas tan desagradables, pero no tienes elección: la bona Dea te ha elegido, te ha favorecido con un don especial que puede ayudar a mucha gente. Has de usarlo. Si confías en la Diosa, no te acontecerá mal alguno. Pero si rechazas tu don, nunca encontrarás la felicidad.

Entonces le hablé, como mejor pude y con mis palabras infantiles, de mi visión de la Diosa, y ella escuchó con expresión de creciente orgullo. No le hablé del peligro que me acechaba, al igual que a ella.

Entonces se acercó y susurró:

—Te contaré un secreto. Antes de que nacieras, la bona Dea se me apareció en un sueño y dijo que te había elegido para un propósito muy especial en este mundo.



»Tú y yo somos de una raza especial, la Raza de los que sirven a la bona Dea. Algunos poseen dones especiales y otros están para proteger esos dones. Tú posees uno de los dones más especiales y el destino más especial. —Se contuvo—. No debes hablar a nadie de tu visión o te llamarán loca o, aún peor, hereje, y te matarán de la misma forma que a esas pobres gentes de ayer.

»Pero recuerda: la Diosa te ha enseñado esas cosas por un motivo. Nunca has de olvidarlas, sino guardarlas en tu corazón, y esperar a que Ella te guíe...

## 8

Por consiguiente, durante toda mi niñez recordé y esperé. Pero la Visión no acudió a mí hasta después de muchos años, de hecho, hasta el año más terrible que la humanidad había visto desde su creación.

De la Peste Negra dijeron que era el fin del mundo. Yo sabía que no era cierto. El mundo es capaz de vencer la enfermedad del cuerpo, pero todavía hay que ver si sobrevivirá a la enfermedad que roe las almas de nuestros perseguidores.

Cuando la plaga se desencadenó, carecía de nombre. En realidad, ¿qué apelativo podía derrotar su horror? La llamamos simplemente pestilencia: la peste. Nos llegaron noticias de su avance desde el sur y el este, primero desde Marsella, adonde llegó en enero en los barcos que cruzaban el Mediterráneo. Siguió la costa hasta el golfo de León, donde desembarcó en el puerto de Narbona en febrero. En marzo, cuando supimos que avanzaba en dirección contraria a nosotros hasta Montpellier, toda Tolosa exhaló un suspiro de alivio, pensando que íbamos a esquivarla.

El mismo mes, la muerte subió por el Ródano hasta Aviñón, sede del papado, y se rumoreaba que Dios había decidido castigar por fin al papa Clemente por sus excesos.

En abril, la epidemia llegó a nuestra vecina Carcasona.

Creo que, en realidad, no creíamos las terroríficas historias que nos contaban acerca de una enfermedad que ennegrecía las lenguas de los hombres y causaba que bultos del tamaño de manzanas aparecieran bajo la piel, de barcos encallados con toda la tripulación muerta, de conventos en Marsella y Carcasona donde ni un alma había escapado, de pueblos enteros aniquilados sin ningún superviviente. Nos gustaba contar esas historias estremecedoras, pero no las tomábamos en serio. Eran un entretenimiento siniestro, como los cuentos de fantasmas. Esos desastres acontecían a los forasteros, pero no a nosotros. ¿A nosotros? Nunca.

Arrogantes, no hicimos nada para protegernos ni intentamos huir de la plaga. Dios nos había sonreído. Los campos estaban sembrados y todos nos habíamos congregado a bailar festivamente. El mundo florecía con la promesa exuberante del verano, y nos complacía saber que comeríamos bien mientras los de Narbona y Carcasona se morirían de hambre, porque

no quedaban supervivientes suficientes para plantar cultivos.

Por entonces yo era casi una mujer, mi decimotercer verano, y durante los años anteriores Noni me había enseñado las artes de la magia y los encantamientos. Mis lecciones tenían lugar en secreto, cuando ella y yo estábamos a solas, lo cual era raro, porque daba la impresión de que mi madre sospechaba lo que nos llevábamos entre manos. Por ese motivo, mamá solía llevarme a misa a la iglesia del pueblo, y ese verano fui prometida en matrimonio al honrado cristiano Germain, un granjero viudo de treinta años cuya esposa solo le había dejado hijas, una de ellas mayor que yo. El acuerdo me disgustaba, no porque detestara a Germain,

que era muy amable conmigo, sino porque no quería dejar a Noni y mis estudios de magia. Tampoco me importaba abandonar mi vida fácil y cuidar de seis hijas, pero como ya era una experta y respetada comadrona por derecho propio, mis ingresos y posibilidades de trabajo me convertían en una candidata al matrimonio muy apetecible.

Ese verano, por lo tanto, mis pensamientos no estaban centrados en la plaga sino en el espectro del matrimonio, hasta que Noni cayó enferma con fiebre. Nos quedamos aterrorizados. ¿Había llegado la peste a Tolosa?

Durante dos días, mi madre y yo la cuidamos con té de corteza de sauce y emplastos fríos. Yo estaba desesperada, convencida de que moriría. Además, la mañana siguiente a que la abuela enfermara, descubrí una señal ominosa: uno de los gatos del pueblo muerto y tieso junto a nuestra casa, con la última rata que había cazado todavía entre sus patas.

Pero nuestro temor desapareció cuando el delirio de Noni pasó. Al tercer día pudo sentarse y comer un poco, y en cierto momento, cogió mi mano y dijo:

—La bona Dea me lo ha comunicado: aún no ha llegado mi hora.

Experimentamos un gran alivio. No era la plaga de Narbona y Marsella. Y si lo era, las historias que nos habían contado eran simples exageraciones.

Fue al cuarto día de la enfermedad de Noni, repuesta lo suficiente para estar de pie, cuando alguien llamó a nuestra puerta. Era una criada, apenas mayor que yo, rubia y regordeta, con un delantal blanco manchado, una falda oscura y las mangas cubiertas de harina. O trabajaba en la mansión del seigneur o había venido desde la ciudad amurallada. Daba la impresión de haber corrido todo el trayecto. Varios mechones castaños se habían soltado del paño blanco que llevaba alrededor de la cabeza.

—¡La comadrona! —dijo a mi madre, que se había precipitado hacia la puerta, cuya parte superior estaba abierta para dejar entrar el aire fresco de la mañana—. ¿Sois vos la comadrona? ¡Debéis venir cuanto antes! ¡Mi ama tiene dificultades, y no he podido encontrar al médico!

Mi madre miró a Noni, que estaba sentada en la cama, y a mí, en un taburete a su lado. La joven ladeó la cabeza y nos miró vacilante. Vi un destello de terror en sus ojos.

—Ha padecido fiebres —dijo mi madre—, y ya se encuentra mejor. Ella es la comadrona, y mi hija también, que te acompañará.

La criada me miró con ojo crítico. Al observar su reticencia, Noni dijo con voz débil:

—Mi nieta es tan diestra como yo. La he preparado durante seis años.

—Y yo seré su ayudante —añadió mi madre. Era algo que hacía de vez en cuando por la abuela y por mí, y lo dijo para apaciguar los temores de la mujer.

Noni se recostó contra mí y me susurró al oído:

—Ten cuidado con lo que digas, no sea que despiertes las sospechas de tu madre. —Sabía que yo utilizaba la Visión para ayudar en los partos.

Asentí, consciente de la penetrante mirada que mi madre nos había dirigido, como si supiera con exactitud lo que Noni había dicho.

—¡Vámonos, pues! —nos apremió la criada, al tiempo que se retorció sus manos regordetas.

Recogí la bolsa con las hierbas y herramientas de Noni y corrí hacia la puerta con mi madre. Fuera nos esperaba un carro tirado por un caballo esbelto y bien cuidado. Cinco niños llorosos estaban sentados en él. No preguntamos quiénes eran, aunque estaba claro que no eran de la criada. Las niñas llevaban vestidos de brocado ribeteados de piel y los niños blusas de seda bordada.

—Niños, ¿por qué lloráis? —les pregunté mientras mamá y yo extendíamos los brazos para consolarles—. ¿Es por vuestra madre? No os preocupéis. Nosotras la cuidaremos bien, y pronto tendréis un hermano o hermana nuevo.

Pero se acurrucaron entre sí y no hablaron. Dejamos atrás la plaza del pueblo y los campos en silencio, la mansión y las murallas, hasta entrar en la ciudad.

Un viaje de ida y vuelta a la ciudad duraba un día para nosotros, las pocas veces al año que íbamos al mercado. En cuanto traspusimos las

puertas, el mundo adquirió vida, con gentes de todas las clases y aspectos. En el campo solo veíamos aldeanos como nosotros, pero aquí había campesinos pobres con andrajos y nobles a caballo, vestidos con sedas y gorras adornadas con plumas, y mercaderes de distinta riqueza. Atravesamos el centro de la ciudad y pasamos ante los diversos comercios: la herrería, la hilandería, la panadería, la zapatería, la taberna y la posada. Por fin, doblamos por la rue de l'Orfevriere, donde se alzaba cierto número de edificios iguales, casas de cuatro plantas, de postes y vigas, muy parecidas a las de las demás calles, todas inclinadas las unas sobre las otras debido a la edad. Algunas estaban pintadas de azul, otras de un rojo intenso y otras encaladas.

Las plantas bajas estaban ocupadas por tiendas, con escaparates que se proyectaban hacia las ajetreadas calles, mientras sus cautelosos propietarios vigilaban que no aparecieran ladrones. Sobre las tiendas colgaban letreros pintados con colores alegres: un candelero para el platero, tres píldoras doradas para el boticario, un brazo blanco con franjas rojas para el barbero, un unicornio encabritado para el orfebre.

Nos detuvimos ante la tienda del orfebre. La criada saltó del carro, ató el caballo a un poste, dejó a los niños sentados, nos ayudó a bajar y entramos en la casa. La tienda estaba cerrada a cal y canto. Se me antojó extraño, pero estaba demasiado impaciente para alarmarme.

La criada entró antes que nosotros, subió un angosto tramo de escaleras y nos condujo hasta la zona del comedor, donde un hogar oscuro y las ventanas de un color parecido al del pergamino producían una sensación de penumbra. Aun así, la habitación me pareció muy limpia, porque el hogar contaba con una chimenea, lo cual impedía que las paredes se mancharan de hollín. Una buena precaución, porque estaban cubiertas de hermosos tapices, incluyendo el emblema del orfebre, el unicornio, cuya crin blanca centelleaba debido a las hebras de oro puro. Al parecer, los habitantes no compartían la casa con otra familia. De hecho, la casa estaba tan silenciosa que no parecía habitada.

Al otro extremo del comedor, con su amplia mesa de caballete desmontada, sobre la cual descansaban un par de trabajados candelabros de plata, otra escalera conducía al tercer piso. La cocinera se detuvo y señaló hacia arriba.

—La señora os espera en su habitación.

Me volví hacia ella.

—Necesitamos paños y agua. ¿Dónde podemos encontrarlos?

—Iré a buscarlos —dijo la cocinera con repentino entusiasmo, y desapareció por la puerta de una enorme cocina.

Aún oigo el ruido de los zuecos de mi madre y míos sobre los empinados escalones. Recuerdo la perplejidad en la voz de mamá cuando preguntó:

—Pero ¿dónde están los demás criados?

La inquietud me embargó cuando me di cuenta de que era media mañana, una hora en que los criados ya debían tener la comida casi preparada, pero el hogar estaba apagado, y de la cocina no salían sonidos ni olores. Si aquellos cinco niños llorosos eran del orfebre y su mujer, estarían hambrientos. ¿Por qué esperaban fuera?

Pese a mis recelos, continué, con mi madre al lado, sin vacilar ni un instante.

Al final de la escalera, la puerta del dormitorio de los amos estaba abierta, pero habían cerrado los postigos, de modo que la habitación estaba a oscuras. Mis ojos tardaron un momento en acostumbrarse a la penumbra. Había dos enormes armarios y una cómoda apoyados contra la pared exterior, y sobre la cómoda descansaba un gran espejo. Vi mi solemne reflejo, y el de mi madre, su cara hermosa y asustada tan pálida como la toca blanca y el velo levantado sobre sus trenzas rojizas. La cómoda estaba abierta, y no cabía duda de que la habían saqueado. Estaba vacía, a excepción de una ristra de perlas rota. Había muchas perlas diseminadas por el suelo. En un rincón de la estancia se erguía una silla de parto de madera, por lo general un buen presagio, pero me inquietó verla vacía.

Una cama de cuatro postes con colgaduras de brocado se apoyaba contra el centro de la pared interior. De ella surgían los sonidos de alguien que sufría, no los gritos desgarradores de una mujer en pleno parto, sino los débiles gemidos de un moribundo.

Hemos llegado demasiado tarde, pensé. Ha dado a luz y se está desangrando sin remedio. Avancé hacia la mujer, pero de repente sentí el impulso de retroceder. Tal vez debido a algo que impregnaba el aire, porque se percibía un tenue pero inconfundible hedor pútrido, que yo nunca había olido antes, y que no he olido desde entonces.

Fuera lo que fuese, mamá también lo percibió. En el mismo momento que me detuve, su mano aferró la mía para obligarme a retroceder. Recuerdo aquel instante con terrible claridad. Las dos permanecemos

inmóviles durante un largo momento en el umbral de la muerte, condenadas tanto si avanzábamos como si retrocedíamos.

De pronto superé el miedo, dejé a mamá en la puerta y crucé la habitación para abrir los postigos. Un rayo de luz hirió la oscuridad e iluminó a la mujer acostada en la cama.

A mis trece años ya había sido testigo de todo tipo de aflicciones. Los chillidos del parto y la visión de la sangre no me conmovían en absoluto. Había oído a mujeres maldecir a sus maridos con palabras que harían enrojecer al diablo, y visto a madres y bebés pasar de la vida a la muerte. Todo eso podía soportarlo con estoicismo, pero ver a aquella mujer enfermó mi corazón.

Estaba inmóvil, demasiado inmóvil, salvo cuando las contracciones del parto la estremecían y levantaban su vientre hinchado. Cuando pasaban, se desplomaba, flácida como una muñeca de trapo. Un montón de mantas había sido apilonado a puntapiés al pie de la cama, dejando al descubierto una mancha húmeda en el centro. La mujer había roto aguas en la cama, algo que casi todas las mujeres embarazadas evitaban a toda costa. Más extraño aún era que los criados no hubieran intervenido para impedir que el agua empapara el colchón, cubierto con una sábana.

La escena resultaba más extraña a medida que mirábamos. La mujer aún estaba desnuda, lo cual significaba que los criados no la habían vestido aquella mañana, y sus piernas separadas estaban cubiertas de negros moratones. Hasta las uñas de los pies estaban ennegrecidas. Al principio sentí ira. No cabía duda de que su marido le había propinado una brutal paliza, pese a la inminencia del parto. Luego me acerqué a la cama y vi su cara, y estuve a punto de caer de rodillas a causa del miedo. Tenía los ojos abiertos de par en par, pero no veían nada, cubiertos con la película opaca propia de los moribundos. Tal vez había sido una mujer hermosa, pero ahora su aspecto era espantoso, y tenía manchas violáceas por toda la piel. Tenía la boca abierta, porque ya no podía contener una lengua oscura e hinchada que sobresalía entre sus dientes manchados de sangre coagulada.

Por fin, mi madre se acercó, y se llevó una mano a la boca y la nariz debido al hedor. Por un instante, pensé que iba a desmayarse y me dispuse a sostenerla, pero se calmó y bajó la mano.

—Señora... —le dijo a la mujer.

—Mamá —dije—. Está demasiado cerca de la muerte para oírte.

Otro gemido, mientras las fuertes contracciones expulsaban el aire de

los pulmones y obligaban a su espalda a arquearse. Asomó la coronilla ensangrentada del bebé. Encima, en la piel moteada de púrpura del abdomen de la mujer, gruesos furúnculos supuraban pus.

Yo solía apoyar la mano en el estómago de la parturienta y utilizar la Visión para determinar el emplazamiento y salud del bebé, pero esta vez me sentía tan sobrecogida que no conseguí sentir nada.

Para colmo, mi madre lanzó una exclamación de sorpresa. Seguí su mirada hacia el suelo, donde un cuerpo, de hombre a juzgar por el tamaño, yacía envuelto en una mortaja. Llevaba allí unas horas, porque aún estaba rígido.

—Marie Sybille —dijo mi madre con el tono más autoritario que le había oído nunca—, la peste ha llegado a Tolosa. Pide a la cocinera que te lleve a casa y no te pares a hablar con nadie.

—No puedo abandonarles. —Señalé con la barbilla al bebé y su madre.

—Yo me quedaré —replicó mamá, y se puso a mi lado con valentía desafiante.

Este es el momento que intento recordar cuando la ira que siento contra mi madre amenaza con envenenarme. Pese a sus temores, me quería tanto que deseaba morir en mi lugar.

—Si te quedas, localiza a la cocinera —dije—, y averigua qué ha pasado con los paños y el agua.

Por lo general, mamá me habría soltado un bofetón por darle órdenes y no hacer caso de las suyas, pero en esta ocasión yo era la comadrona experta y ella no. Apretó los labios y salió al instante de la habitación.

Los suyos fueron los únicos pasos que oí, incluso en el piso de abajo. Comprendí que nunca más volvería a ver a la criada, los niños o el carro.

Cuando mamá regresó con los paños y el agua, la mujer de la cama se estaba retorciendo espasmódicamente. Al principio pensé que el bebé iba a salir, pero al cabo de un rato, sus movimientos se hicieron anormales y alarmantes. Se puso rígida y luego se agitó con violencia, como si intentara arrojar de la cama, al igual que un pescado intenta saltar de la tierra al agua. Mamá extendió los brazos para evitar que cayera o se hiciera daño. En ese momento la mujer gimió, apretó la mandíbula y mordió con ferocidad su hinchada lengua negruzca. Temí que iba a partirla en dos. Un líquido oscuro brotó y resbaló por su barbilla.

Entonces, sus movimientos cesaron con brusquedad, y su cuerpo se



derrumbó sobre el colchón. Sus ojos vidriosos se clavaron en alguna horrisona visión al otro lado del techo.

En el ínterin, había extraído el pequeño cuchillo de mango blanco de mi fardo. Lo utilizaba para cortar el cordón umbilical, pero esta vez no habría forma de liberar al bebé del útero. La parte más ancha de la cabeza todavía no había pasado. El rostro de mamá adquirió un tono ceniciento, y gotas de sudor perlaron sus labios, pero permaneció serena mientras yo cortaba.

Brotó sangre de la incisión practicada en el vientre de la mujer. Había olido sangre y nacimiento antes, y conocía el repugnante hedor fecal de las entrañas de una persona, pero jamás había olido algo tan fétido como cuando abrí a la mujer del orfebre.

Corté con cuidado y parsimonia, levantando con una mano la piel moteada por la peste, con su capa de grasa amarillenta ensangrentada. Primero vimos las nalgas del bebé, brillantes a causa de la sangre y la capa amarillo pálido, y luego su diminuta espalda. Hice una mueca al sentir el tacto blando y resbaladizo de la sangre y el útero, pasé las manos por su estómago, mientras mamá sostenía la piel. Tuve que tirar para liberar la cabeza del bebé, lo cual me exigió un esfuerzo descomunal. El bebé quedó libre con un sonido de succión, y casi resbaló de mis manos. Sonreí de júbilo, pese al macabro entorno (la llegada de un niño es capaz de disipar hasta el dolor más profundo), y se lo tendí a mamá, quien lo cogió con uno de los paños y empezó a secarle.

Nuestra alegría desapareció pronto, porque el niño no se movía, ni intentó aspirar una bocanada de aire pese a nuestras repetidas palmadas. Estaba flácido como un garito muerto.

Mi madre envolvió a la pobre criatura en paños de cocina y lo dejó entre los pechos muertos de su madre. Después cubrí el cadáver de la mujer con mantas y recuperé mi fardo. Bajamos juntas por la escalera.

No había nadie en la casa. La cocinera había huido con el carro. Sentí rabia hacia ella por abandonar a su ama y al niño nonato, y también por llevarnos a una casa infectada por la peste. No obstante, comprendí que era la clase de mujer a quien el miedo había arrastrado hacia el mal. Al menos, se había preocupado de que cuidaran a los hijos del amo y de que unas comadronas atendieran al recién nacido. Tal vez confiaba en que las hierbas de las mujeres salvaran a su ama moribunda.

Mamá y yo fuimos a la tienda del boticario, que era la contigua, donde

comunicamos a la mujer que la peste había llegado al vecindario, y pedimos que llamara a un sacerdote (por lo que nosotras sabíamos, la mujer y el niño habían muerto sin confesarse, sin los últimos ritos que les permitirían ir al cielo). Pero nos cerraron la puerta en las narices.

Habríamos vuelto a pie a casa, pero Dios intervino. Mi madre se encontró con un sirviente de la mansión del seigneur que nos reconoció como la esposa e hija de Pierre de Cavasculle, y nos dejó subir a la parte posterior del carro, al lado de las provisiones adquiridas para la mansión. Recorrimos a pie los escasos kilómetros que separaban el castillo de nuestra aldea. Cuando llegamos a casa, el sol acababa de ponerse y papá estaba terminando la frugal cena que le había preparado la abuela, la cual parecía casi recuperada.

Mamá les contó la horrible historia del parto y la peste, la piel ennegrecida, los furúnculos pustulentos. Mi padre escuchó con aire sombrío y dijo que uno de los aldeanos que trabajaban en las tierras del señor había informado que este, que había visitado en fecha reciente a los prelados de Aviñón, también estaba enfermo. Todo el mundo temía que la peste hubiera llegado al castillo, lo cual significaba que pronto se cebaría en el pueblo.

Noni no dijo nada, pero después de cenar y acostarnos, encendió la lámpara y se sentó a coser cuatro pequeñas bolsas de tela, las cuales llenó con una mezcla de hierbas y cerró a continuación con cordeles largos, que ató para poder utilizarlas como collares. Desde donde estaba yo, acostada al lado de mamá, fingí dormir y observé con los ojos entornados hasta que Noni terminó los encantamientos.

Una vez se hubo asegurado, por la respiración regular de mi madre y los ronquidos de mi padre, de que ambos estaban dormidos, se acercó a la ventana abierta y sostuvo las bolsas de hierbas como si las ofreciera a la luna. Guardó silencio un rato, y entonces vi que sus manos empezaban a brillar cada vez más con la luz dorada de la curación.

Entonces empezó a murmurar una bendición en su lengua nativa. Yo solo sabía unas pocas palabras de italiano, de modo que no puedo repetir con precisión lo que dijo, pero conocía muy bien una frase: la bona Dea, la bona Dea...

Pronunciaba el nombre como un amante acaricia, y en sus labios se convirtió en el sonido más dulce que había oído en mi vida. Mientras hablaba, dio la impresión de que las nubes se desplazaban, permitiendo que

la luz de la luna penetrara por la ventana y bañara las bolsitas. Al compás del lento cántico «Diana... Diana...», el resplandor dorado de las manos de Noni pasó a las bolsas y se mezcló con el brillo plateado de la luna, hasta que cada encantamiento emitió su propia aura radiante, blancodorada. Respiré hondo al ver la belleza de la luz. Creo que Noni debió de oírme, porque dirigió una sonrisa significativa a la luna. Después nos despertó a los tres un momento para colgar los encantamientos alrededor de nuestros cuellos. «Medicina —dijo a mis padres—, para ahuyentar la peste.» Yo sabía que era mucho más. Hasta mamá aceptó el collar de buen grado. Por lo visto, las horribles escenas que había presenciado aquel día fueron suficientes para silenciar todas sus sospechas.

En la oscuridad, el encantamiento despedía un resplandor dorado entre mis pechos infantiles. Me dormí con la sensación de estar protegida, a salvo en el cálido resplandor del amor de Noni y Diana.

Al cabo de unos días llamaron del castillo a mi padre para que fuera a trabajar en los campos del señor, porque los hombres que solían atenderlos habían caído enfermos. Papá gruñó, porque sus cosechas exigían también su atención, pero debía al señor varios días de trabajo y no podía hacer otra cosa. Abandonó sus campos y fue al castillo con el intendente, que había venido a buscarle.

El mismo día, un visitante llamó a nuestra puerta. Mamá había salido a buscar agua, y yo estaba barriendo el hogar, mientras Noni preparaba hierbas recién cogidas para secarlas en previsión del azote de la peste. Dejé la escoba al punto y corrí a la puerta, cuya mitad superior estaba abierta.

Vi a un hombre corpulento de edad madura, vestido elegantemente con una camisa corta bordada de seda roja provista de largas mangas acampanadas, calzones amarillos, zapatillas de terciopelo rojo y una gorra con una pluma amarilla. No obstante, su cara no estaba en consonancia con su ropa. Era ancha, de nariz y labios gruesos, y diminutos ojos hundidos. Detrás de él, atado a la lila en flor, se erguía un hermoso caballo negro.

La frente del hombre estaba fruncida de preocupación, y removía los pies presa de la agitación.

—¡La comadrona! —casi gritó, no con aires de superioridad sino impulsado por la desesperación—. ¿Vive aquí la comadrona?

—Sí, monseigneur —contesté con suficiente serenidad para hacer una pequeña reverencia. Descorrí el cerrojo, abrí la puerta y le invité a entrar.

Al instante, una mano aferró mi hombro con fuerza. Noni estaba a mi lado.

—No —murmuró en mi oído—. Hablaré con él fuera. Tú quédate aquí.

Obedecí, mientras Noni salía y cerraba la puerta a mi espalda.

—Yo soy la que buscáis —dijo, en un tono que comunicaba gentileza y suspicacia al mismo tiempo—. ¿En qué puedo ayudaros, monseigneur?

El rostro del hombre se contrajo en una mueca. Se llevó las manos a los ojos y empezó a llorar. Comprendí con un escalofrío el motivo de su visita, y por qué Noni no le había recibido en nuestra casa. Creí ver, incluso a plena luz del día, que un suave resplandor dorado emanaba del corazón de Noni, sobre el cual llevaba colgado el encantamiento, oculto bajo la ropa.

El hombre parecía incapaz de hablar, y por fin Noni preguntó con dulzura:

—Es la peste de Marsella, ¿verdad? ¿Tienen la piel ennegrecida y los furúnculos?

El hombre asintió, y logró farfullar unas palabras puntuadas por sollozos y gemidos. Era un próspero abogado cuya mujer y tres hijos habían caído enfermos, y sus criados indispuestos o huidos.

—¿Por qué no llamáis a un médico? —preguntó Noni.

Tolosa tenía seis médicos. Uno cuya tarea exclusiva era cuidar del grand seigneur y su familia, y cinco cuyos servicios estaban solo al alcance de los ricos. El que aquel abogado fuera a buscar los servicios de una comadrona de pueblo demostraba un grado de desesperación poco común.

—Los médicos que no han huido o caído enfermos están muy ocupados con sus pacientes. Por favor, soy rico. Pagaré lo que sea. Lo que sea...

Mi abuela meditó unos momentos, aunque su determinación no flaqueó.

—Os daré medicinas, pero no iré con vos a la ciudad.

—¡Sí, sí! —accedió el hombre—. ¡Pero daos prisa! Temo que mueran antes de mi regreso.

—Esperad aquí —ordenó Noni.

Volvió a la casa y reunió hierbas mientras yo miraba, silenciosa y sombría, junto a la puerta. Añadió té para la fiebre y unos polvos amarillentos de olor sulfuroso para los furúnculos. Luego salió y explicó al

hombre cómo debía utilizarlos.

El abogado escuchó con angustiada atención.

—Pero, señora, ¿no tenéis amuletos, alguna magia que pueda salvar a mi familia?

Noni retrocedió como escandalizada y apoyó una mano sobre su corazón, donde el encantamiento estaba escondido.

—Seigneur, soy una buena cristiana. La única magia que conozco es la medicina de las hierbas, que Dios en Su misericordia nos ha revelado.

El hombre rompió a llorar de nuevo.

—Y yo también soy un buen cristiano, pero Dios en Su misericordia ha tenido a bien infectar a mi familia con la peste. Por favor, señora, mi esposa y mis hijos se mueren. ¡Tened piedad de nosotros!

Sepultó de nuevo el rostro en sus grandes manos.

Noni suspiró, algo desconcertada por el hecho de que un hombre tan rico la llamara «señora», y volvió adentro. Hizo un pequeño atado de diversas hierbas, lo ató con un cordel, apoyó las manos encima y rezó unas palabras en voz baja. El atado brilló un poco, pero no con el resplandor de los encantamientos que había hecho para nuestra familia. Salió y se lo tendió al hombre.

—Llévalo encima en todo momento —ordenó—. Tocadlo con frecuencia, y al mismo tiempo pensad en vuestra mujer y vuestros hijos como un todo.

—¡Que Dios y la Virgen María os bendigan! —dijo el hombre, y a cambio le dio una moneda de oro. Tanto Noni como yo la miramos, fascinadas. Nunca nos habían pagado con oro.

Noni le devolvió la moneda.

—No puedo aceptarlo. No me debéis nada por el amuleto, solo por las hierbas. Esto triplica los emolumentos de un médico...

Pero el hombre montó en su caballo negro y se alejó al galope.

En aquel momento mi madre apareció en el umbral con el cubo de agua en equilibrio sobre el hombro. Miró con perplejidad al jinete, después a Noni, que estaba admirando la moneda de oro entre el índice y el pulgar.

—Más peste en la ciudad, y ahora los médicos están muriendo —explicó mi abuela, mientras mi madre entraba en casa.

Noni la siguió, y yo me incliné hacia ella para examinar la moneda. Más tarde descubrimos que era una livre d'or auténtica, un objeto hermoso y brillante. Noni mordió la moneda con fuerza. Cuando vio la débil huella

de sus dientes, sonrió. Éramos ricos.

Pero nuestra alegría, adquirida con el dolor de otra gente, fue interrumpida al instante. Oímos un golpe sordo a nuestra espalda, ruido de madera sobre madera, un chapaleo. Nos volvimos y vimos a mamá esparrada en el suelo de paja, con la falda empapada y el cubo volcado sobre sus rodillas.

Se llevó una mano a la cara y nos miró con expresión estupefacta.

—He tirado el agua.

—¿Te has hecho daño, Catherine? —preguntó Noni, mientras cogíamos cada una de un brazo a mamá y la ayudábamos a levantarse. Noté muy caliente la carne, debajo de la manga mojada.

—He tirado el agua —repitió, mientras paseaba la vista entre Noni y yo con leve desesperación, como si quisiera decirnos algo importante, pero no encontrara las palabras apropiadas para transmitirlo.

—No pasa nada —dije en tanto la acompañaba hasta la cama—. Cogeré el cubo e iré a buscar más.

—¿Hace frío hoy? —preguntó mi madre, recorrida por un violento escalofrío. Mientras le quitábamos la ropa mojada, el tenue resplandor del encantamiento que colgaba entre sus pechos parpadeó de repente como una llama y se apagó.

Mamá pasó el resto del día en la cama, con escalofríos y fiebre alta.

—¿Me estoy muriendo? —preguntaba durante los escasos momentos que recobraba la lucidez—. ¿Es la peste?

La tranquilizamos: su piel no se ennegrecía, y no había señales de furúnculos. Era la fiebre que había afectado a Noni antes, y no tardaría en recuperarse.

Dijimos lo mismo a mi padre cuando, cansado y desalentado, regresó al anocheecer. Se mostró muy preocupado por ella e intentó darle la sopa, pero la fiebre alteraba su estómago y no podía comer nada.

Papá se alegró un momento al ver la magnífica livre d'or, y después de cenar nos habló con aire sombrío de los problemas que afectaban al castillo.

—La peste se ha propagado ahora entre nosotros, los siervos de la gleba —dijo con tristeza, los ojos grises concentrados en el potaje de cebada que Noni había preparado—. Dicen que el senescal morirá antes de que pase un día. Sus responsabilidades recaen ahora sobre el intendente, un

idiota incompetente que no sabe nada de administrar campos o trabajadores. Yo mismo vi a un hombre, un trabajador contratado de otro pueblo, que se desmayó en los campos. Tenía un gran bulto rojo en el cuello.

Los ojos de Noni se entornaron al instante. Estaba de pie junto a él. Nunca comía hasta que su hijo se había saciado, y esperaba con el cucharón en ristre para volver a llenar su plato. En cuanto a mí, me senté frente a papá y le escuché con creciente temor. Quise decirle que no volviera al castillo, que no volviera a trabajar en las tierras del señor, y colegí por el miedo que transparentaban los ojos de Noni que ella deseaba decir lo mismo. Pero que un villano se negara a trabajar en los campos del señor cuando se lo ordenaban era un delito que se castigaba con la horca. Por eso las dos nos mordimos la lengua.

De todos modos, Noni reunió fuerzas para decir:

—Pietro, hay paja limpia junto al hogar. Duerme ahí esta noche. —Y cuando papá la miró, con repentino pánico en los ojos, ella añadió, con el punto exacto de irritación para que él la creyera—: No, no es porque piense que Catherine ha contraído la peste de Marsella, sino porque si te acuestas con ella y te despiertas con las fiebres, debilitará tus fuerzas y serás presa fácil de la enfermedad que asola el castillo.

Mi padre se negó, dijo que no permitiría que Catherine durmiera sola, y tal vez el calor de su cuerpo le haría bien. Yo dormí junto al hogar, sobre la paja al lado de Noni, que se levantó en una ocasión para cuidar a mamá. Estuvo sentada durante una hora, y luego yo la sustituí.

En las horas previas al amanecer me despertaron unos gritos débiles. Me incorporé y vi que mi madre agitaba los brazos en la cama, intentaba abofetear a mi padre, mientras este se esforzaba por impedir que cayera de la cama al suelo. Noni procuraba ayudarle.

Mientras miraba horrorizada, mi madre, en su delirio, tiró del amuleto que colgaba de su cuello, con tal fuerza que el cordel se rompió, y entonces arrojó al suelo la bolsita.

Noni la rescató, pero mientras lo hacía miró a su nuera con expresión dura, como si estuviera furiosa con mamá por lo que había hecho, pero me dije que debía estar equivocada. Mi padre, con rostro apesadumbrado, se quitó su amuleto y lo deslizó por la cabeza de mi madre. Luego, se sentó sobre la paja a mi lado, y yo oculté mi cara en su espesa barba oscura mientras ambos llorábamos.

El segundo día de la enfermedad de mi madre, la mujer del herrero vino desde la ciudad. Noni la recibió fuera, le dio las hierbas y la despidió, como había hecho con el abogado. Después, los habitantes de nuestra aldea empezaron a desfilar, uno tras otro. Noni les dio hierbas, hasta que casi no quedaron para nosotros. Por fin, cerró la puerta, dejando la parte superior apenas abierta para permitir que escapara el humo del hogar, y explicó desde el otro lado a los desesperados aldeanos qué hierbas debían buscar y cómo utilizarlas.

Entre visita y visita, mientras Noni sesteaba junto al hogar, yo bañaba a mamá para aplacar su fiebre. Su cuello estaba un poco hinchado, pero no le concedí importancia, porque suele ser un síntoma de las fiebres. Pero cuando desaté las cintas de su camisón y le bajé la prenda, vi un bulto, duro, del tamaño de un huevo, y rojo. La piel circundante estaba moteada de púrpura, el color de la sangre vieja.

Desperté a Noni y le dije que mamá había contraído la peste. Preparamos una cataplasma y se la pusimos en el furúnculo de debajo del brazo, y después descubrimos dos bultos más en las ingles de mamá. No pude por menos que pensar en la pobre mujer embarazada que había muerto.

Avanzada la tarde, mi padre regresó del castillo. Me sorprendió verle por dos motivos: uno, porque nunca regresaba a casa de sus propios campos hasta que oscurecía, y dos, porque había vuelto a pie, y la costumbre era que el intendente trasladara en carro a su casa a los siervos que trabajaban en los campos del señor.

Alcé la vista cuando oí el ruido de la puerta al abrirse. Mi padre estaba en el umbral. Se demoró un poco con su gorra usada en las manos. Nunca olvidaré aquella escena: un hombre apuesto, ancho de hombros, de barba negroazulada, tan moreno como mi madre rubia.

Al oírle, Noni se apresuró a preparar la cena, que aún no había puesto a calentar en el hogar debido a las visitas y la hora temprana.

—¡Papá! —exclamé—. ¿Por qué has vuelto tan pronto?

Me levanté y avancé hacia él.

No contestó, sino que vaciló en la puerta, mientras retorció la gorra entre sus grandes manos de nudillos ensangrentados. Algo pasaba. Sus ojos eran los de un muchacho asustado y confuso.

Pese a la confusión, miró primero a mi madre, después a mí, y cerró los ojos.



—Catherine —susurró, pues había comprendido por fin que la peste había llegado a nuestra casa. Experimenté un inmenso deseo de consolarle, como si él fuera un niño y yo su madre.

Al fin, se quitó los zuecos y entró, sin acordarse de cerrar la puerta, y la luz del hogar reveló manchas oscuras en su camisa.

—¡Papá! —grité alarmada tras inspeccionarlas. Porque eran de un color pardorrojizo, el color de la sangre seca.

Él las miró, como sorprendido de verlas.

—Nadie fue a trabajar a los campos, salvo otro siervo, Jacques la Campagne, que vomitó sangre y cayó muerto a mi lado mientras trabajábamos. Intenté encontrar ayuda, pero todo el mundo había desaparecido, salvo el cura, que vino a dar la extremaunción a la madre del señor.

—¿Ha muerto? —pregunté horrorizada.

Una extraña expresión cruzó el rostro de mi padre, como si intentara escuchar las palabras de un alma invisible.

—Estoy muy cansado —dijo de repente. Fue a la cama y se acostó junto a su esposa, y ya no volvió a levantarse.

Pese a los muchos años transcurridos, el recuerdo del sufrimiento de mis padres no se ha borrado con el tiempo. El dolor sigue vivo.

Mi padre cayó enseguida en un profundo delirio, y pese a que le di mi amuleto resplandeciente, como él se lo había dado a mamá, nunca volvió a recobrar la cordura. Aunque estaba muy afectado por la fiebre, la enfermedad tomó un curso diferente. Los furúnculos de la peste no aparecieron bajo sus brazos o en las ingles. La enfermedad afectó a sus pulmones, de modo que escupía un esputo sanguinolento. Murió al cabo de dos días.

A esas alturas mi madre se había convertido en un ser digno de compasión, con la piel moteada de manchas negras y bultos que supuraban pus y sangre. Era la enfermedad que hacía oler a los vivos como si estuvieran muertos, aunque todavía conservaran la vida.

Cuando mi padre murió, mi madre gritó su nombre y luego se hundió en un silencio total. Noni y yo estábamos seguras de que seguiría a su marido.

Yo estaba muy abatida. Cuando mi padre falleció, fui al pueblo en busca del cura para que le administrara la extremaunción. Aunque era

mediodía, la aldea parecía desierta. Ningún siervo trabajaba en los campos y ninguna mujer sacaba agua del pozo, pese a que había muchos animales. Las vacas deambulaban sin que nadie las controlara entre las cosechas recién plantadas, comían lo que se les antojaba, y un rebaño de cabras, cuyas hembras balaban lastimosamente porque nadie las ordeñaba, se acercó a mí.

El sacerdote no estaba en la iglesia ni en la rectoría. Cuando crucé el cementerio, me topé con el enterrador, que estaba cavando otra tumba. Le pregunté por el cura.

—Muerto o agonizante —dijo el enterrador—, o dando la extremaunción en alguna parte. Solo es cuestión de tiempo que le entierre también a él.

Su cara y ropas estaban negras de muchos días de mugre y muerte. Indiferente a las lágrimas que resbalaban por mi cara, hablaba con tono inexpresivo, el de alguien muy fatigado y aturdido por la omnipresente visión de la muerte. A su lado había una docena de montículos nuevos y tres tumbas recién cavadas, mientras trabajaba en una cuarta. Señaló las otras tres.

—Pero esas estarán llenas antes de mañana. Si tienes muertos, tráelos tú misma, porque ya no queda nadie que pueda ayudarte. Y será mejor que los traigas pronto, mientras aún queda sitio. —Hizo una pausa y ladeó la cabeza de una forma rara—. Es el fin del mundo, ¿sabes? El sacerdote nos leyó la Biblia. El último libro, el de las Revelaciones... —Lo recitó de memoria—: «Cuando abrió el sello cuarto, oí la voz del cuarto viviente, que decía: Ven. Miré y vi un caballo bayo, y el que cabalgaba sobre él tenía por nombre Mortandad, y el infierno le acompañaba».

Al anoecer volví a casa con el corazón contrito, y le dije a Noni que tendríamos que transportar el cadáver de papá al cementerio sin ayuda. Y así, con los ojos de mi padre abiertos en la muerte, solo pudimos bendecir su cuerpo nosotras, y le bañamos y envolvimos en su mortaja blanca. Estuvimos en vigilia toda la noche, rezando y observando a mamá, para ver si aún respiraba.

Por la mañana, para nuestro asombro, la fiebre de mamá había remitido, pero seguía sumida en un sueño profundo. Tuvimos que encargarnos del entierro de papá sin más dilación, porque hacía calor. Cerca vivían Marie y Georges, nuestros vecinos más acaudalados, porque poseían un mulo y una carreta. Fui a su casa y al descubrir la carreta, y el

animal sin atar, llamé desde fuera. La mitad superior de la puerta estaba abierta, pero un silencio de muerte reinaba en la casa. Cogí la carreta y el mulo sin remordimientos, porque sospechaba que los propietarios nunca más volverían a necesitarlos.

Cuando llegué, Noni y yo emprendimos la triste tarea de levantar el cadáver de papá. Los muertos pesan mucho más que los vivos, de modo que yo alcé a mi padre por debajo de los brazos, mientras Noni lo hacía por las piernas, pero me di cuenta que nos resultaría imposible depositarle en el carro.

En aquel espantoso momento alguien llamó a la puerta abierta. La cabeza de papá me impedía ver a nuestro visitante, y Noni estaba de espaldas a la puerta.

—¡Idos! —gritó encolerizada Noni entre lágrimas, al tiempo que detenía nuestro lento avance hacia la puerta—. La peste ha llegado a nuestra casa. ¿No veis que mi hijo ha muerto? ¡Ya no me quedan más hierbas!

—No he venido a pedir sino a ayudar —dijo una voz bella y profunda.

Una curiosa luz alumbró los ojos de Noni. Bajó poco a poco las piernas enfundadas de papá en la mortaja hasta el suelo y se volvió. Yo también deposité a papá en el suelo con ternura y miré hacia la puerta.

Vi a un hombre alto, curtido por la intemperie, con una franja blanca que partía su larga barba gris. Sus ojos, grandes y de espesas pestañas, y su nariz aquilina le habrían identificado como un judío, aunque no hubiera llevado la marca de fieltro amarillo y el sombrero característico. El que un judío se aventurara más allá de las murallas de la ciudad era inusitado. Por su propio bien, se quedaban en el barrio de la ciudad que les había sido asignado, daban a luz a sus bebés y cuidaban de sus enfermos.

Pensé en las historias que había oído acerca de los judíos, pero no había la menor señal de monstruosidad en la apariencia de aquel hombre. Sus ojos eran viejos y acuosos, con los blancos amarillentos y los iris tan oscuros que las pupilas apenas se veían. Eran los ojos más poderosos y bondadosos que había visto en mi vida.

Entonces supe que era un miembro de la Raza.

Noni también estaba impresionada, porque contestó con voz débil:

—¿A qué habéis venido, señor? Este lugar es peligroso. La peste nos ha golpeado.

—No hay ningún sitio seguro —respondió el anciano judío—, y Dios

me ha concedido muy poco tiempo.

Sin más, entró en casa y me indicó con un gesto que le dejara sitio. Levantó a papá por las axilas. Ahora, con la distancia de los años, parece muy extraño, pero en aquel momento me pareció la cosa más natural del mundo correr al lado de Noni y ayudarla a levantar las piernas de papá. Cogí la izquierda y ella la derecha, y con la ayuda del desconocido depositamos el cadáver en la carreta de Georges sin problemas.

—Monseigneur —le dije, un título honorífico que los judíos recibían pocas veces—, gracias por vuestra ayuda.

En respuesta, de su capa negra sacó un pequeño cuadrado de seda negra doblado y me lo tendió. Vacilé.

—No queremos dinero —se apresuró a decir Noni—. Ya nos habéis ayudado bastante. Además, hoy he recibido oro suficiente por los sufrimientos de los enfermos.

El hombre la miró y esbozó una sonrisa de disculpa.

—No es una moneda.

Extendió la mano de nuevo y esta vez, al sentir el calor que emanaba de ella, cogí la seda y la abrí con reverencia.

Era oro, ciertamente. Un disco del tamaño de una livre, sujeto a una gruesa cadena de oro. En su superficie tenía grabados círculos, estrellas y letras extrañas. Aunque en aquella época aún no sabía leer, intuí que se trataba de una lengua más misteriosa que mi francés nativo.

El disco proyectaba el resplandor más cálido y más blanco que había visto en mi vida, el brillo de una estrella, y entonces lo comprendí. Aquel judío conocía a la Diosa. Aquel judío conocía una magia mucho más poderosa que la que Noni me había enseñado. Era mucho más que encantamientos curativos, o hechizos para protegerse de un enemigo o para hacer crecer las cosechas.

—Guardadlo siempre —dijo—. En tiempos de peligro, como estos, llevadlo encima. El Mal acecha.

Alcé la vista para darle las gracias de nuevo, pero antes de que pudiera pronunciar una palabra, volvió a hablar:

—Carcasona es un lugar seguro.

Noni le miró como si estuviera loco.

—¡Señor, en Carcasona solo hay muertos y agonizantes!

—Aun así —la interrumpió, y se marchó sin añadir más, con tal celeridad y sigilo que Noni y yo nos quedamos estupefactas y confusas por

su repentina desaparición. Cuando miramos alrededor de la casa, no vimos ni rastro de él.

Noni cogió de mi mano el amuleto, lo pasó por mi cabeza y lo ocultó debajo de mi vestido, pese a mis protestas de que debía ser ella quien lo llevara.

—La Diosa le envió —dijo en relación al hombre misterioso—. Y el amuleto iba destinado a ti, solo a ti. Llévalo siempre, por tu bien.

Cedí, porque sabía que sus palabras eran ciertas.

Cuando el disco de oro tocó mi piel, sentí un intenso calor y unos cosquilleos que me sobresaltaron.

Por fin, subimos al carro y nos dirigimos al cementerio. En el camino que conducía a la plaza de la aldea vimos el cadáver de una mujer.

—No mires —ordenó con severidad mi abuela, pero ya había visto suficiente.

Dos perros estaban mordisqueando la carne podrida de la mujer, y uno de ellos había conseguido arrancarle un brazo. Sujetaba el codo entre sus mandíbulas y tironeaba del jirón de carne que aún unía el brazo al hombro.

—Sálvanos, santísima Virgen —susurró Noni, y coreé su plegaria en silencio.

Cuando nos acercamos a la plaza que había frente al cementerio distinguí las primeras señales de vida en el pueblo vacío. Olí, y luego vi, un hilillo de humo negro. Tal vez estaban quemando los cadáveres, pensé, y después oí gritos, seguidos por chillidos de agonía que no supe distinguir si eran de animal o de hombre, masculinos o femeninos.

En el centro de la plaza ardía una pequeña hoguera. En su interior se veía la silueta oscilante de un hombre. Al principio no le reconocí, porque había perdido la gorra. Sus ropas, pelo y barba ardían, y su cara estaba negra de hollín. Intentando escapar, llegó al borde del fuego y cayó de rodillas, pero un aldeano le agujoneó por la espalda con una horca. Le acompañaban dos hombres, uno de los cuales blandía un cuchillo, y una mujer, y los tres se burlaban de la víctima.

Noni lanzó un grito de indignación y tiró de las riendas de la mula, que intuyó nuestro horror y relinchó.

La mujer nos miró. Su falda y delantal estaban manchados de sangre negra escupida por el agonizante, y su cabello revuelto sobresalía de la cofia. Sus ojos estaban desorbitados y febriles.

—¡Le envió el diablo para envenenar el pozo! —nos gritó. Con los

ojos de la Diosa, vi una sombra oscura sobre su pecho, y supe que la peste ya se había adueñado de ella—. ¡El judío vino de la ciudad para traer la peste al pueblo! ¡Ha asesinado a mi esposo y a mis hijos! ¡Todos muertos! ¡Todos!

El hombre del cuchillo la coreó.

—¡El judío envenenó el pozo y volvió para acabar con los que quedábamos! ¡El judío trajo la peste desde la ciudad amurallada!

De pronto, mis ojos se encontraron con los del alma atormentada que moría abrasada, aquellos ojos oscuros, hermosos y agonizantes, y reconocí al hombre que había venido a nuestra casa. Me levanté en el carro y chillé, y la mula se sobresaltó.

En aquel instante, al parecer no pudo soportar más el dolor, porque saltó hacia delante y se empaló a propósito en la horca. El aldeano le sujetó como si estuviera asando un pedazo de carne, y miró con satisfacción hasta que el peso del cuerpo dobló el instrumento de su muerte.

—Por el único Dios verdadero —clamó Noni con voz temblorosa—, os maldeciría hasta la decimotercera generación por vuestra maldad, pero no hace falta. Vuestras familias han perecido y vosotros estaréis muertos mañana.

Medio me desvanecí. En ese estado, dejé atrás la hoguera y entré en el cementerio. Recuerdo poco de lo que sucedió a continuación, excepto la visión de las tumbas abiertas que el enterrador había cavado tan solo el día anterior. Estaban llenas de muertos putrefactos, amontonados unos encima de otros, a medio cubrir. Cerca había una fosa más grande, en la que el enterrador, también muerto, estaba sentado muy tieso con su pala al lado, clavada en la tierra con el mango vertical. Hasta la altura de su regazo yacían muertos sin amortajar, arrojados apresuradamente sobre él. Parecía una versión siniestra de María lamentando la muerte de Cristo.

La verdad es que no recuerdo qué hicimos con el cadáver de mi padre. Mi memoria ha borrado ese recuerdo horripilante. Sospecho que le bajamos del carro y le dejamos sobre otros cadáveres. Era horrible, pero ¿qué otra cosa podíamos hacer? Estábamos demasiado débiles para cubrir el cuerpo con tierra, y acercarse a las fosas hediondas significaba cortejar a la peste.

Debimos regresar a casa, pero tampoco lo recuerdo. Me adentré en un mundo febril que era en parte Visión, parte sueño y parte delirio, un mundo compuesto de peste y fuego. Vi en las llamas la cara del viejo judío, y las

caras de toda mi familia, el pobre papá, mamá, incluso Noni. Vi de nuevo las sombras de personas atrapadas en las llamas, y oí sus chillidos. Una vez más, luché por ellas, hasta caer exhausta. Y cuando ya no pude luchar más, me rendí a las llamas y grité:

—¿Qué maldad es esta?

Y la Diosa dijo:

—El miedo.

Volví a este mundo con un sobresalto, y abrí los ojos al interior de nuestra casa, y vi que estaba acostada en la cama de mis padres. Estaba amaneciendo, y un sol débil se colaba por los postigos abiertos. El fuego del hogar casi se había apagado, y sobre la paja dormía Noni.

Su delantal estaba manchado de sangre, se había quitado la toca de viuda y soltado los rizos oscuros de pelo que cubrían sus orejas, de modo que las gruesas trenzas caían hasta su cintura. Su cara estaba descompuesta y cenicienta. Estaba tan inmóvil que, durante un terrible momento, pensé que había muerto de la peste mientras yo dormía. Me incorporé y lancé un aullido, pues me di cuenta de que estaba sola en la cama. Mamá

también debía de haber muerto, y no me quedaba ningún familiar vivo.

Noni se puso en pie de un brinco y corrió a mi lado. Sollocé de alivio.

—¡Noni! Pensé que habías muerto.

Mi amada abuela se deshizo en lágrimas, al igual que mi madre, sentada cerca del fuego con aspecto enfermizo y frágil. Sostenía un cuenco de sopa. Cuando Noni pudo hablar de nuevo, explicó que yo había estado desvariando durante tres días, casi muerta debido a la peste. No podía hablar con claridad delante de mi madre, pero supe lo que pensaba: que cuando había cedido mi amuleto a mi padre agonizante, me había vuelto vulnerable. Sabía que el amuleto del judío me había salvado.

Avanzada la noche, me desperté y descubrí la paja del colchón empapada de sangre. Temí que la plaga hubiera rebrotado, pero Noni se limitó a sonreír.

—Tu sangre mensual ha llegado —susurró—. Pronto te integrarás en la hermandad de la Diosa.

## 9

Como resultado de la plaga, la vida se transformó en una extraña mezcla de riqueza y pobreza. Tanto el molinero como su mujer murieron, de manera que nadie molía el trigo almacenado en el granero del viejo Jacques. Tantos siervos, mi padre incluido, habían perecido, que los supervivientes se aprovecharon de los campos abandonados, así como de los huertos y viñedos del grand seigneur, puesto que nadie los vigilaba.

Lo que no cogíamos, se pudría, como la mayoría de almas que morían sin familiares supervivientes que los enterrarán. Tal fue el destino de nuestros pobres vecinos Georges y Thérèse, y de todos sus hijos. Pese al hedor que salía de sus casas, sobre todo cuando el calor aumentó, el temor a la peste nos impidió entrar.

Sin embargo, heredamos parte de su riqueza: su mulo y su carro, seis cerdos y varios pollos, y todas las hortalizas que crecían en el potager de Thérèse. Pese a la escasez de pan, vivíamos de las verduras, las carnes y la leche, pues cabras, ovejas y corderos vagaban en busca de sus propietarios muertos, y cualquiera que quisiera se apoderaba de ellos. Por fin experimenté el placer de una noche de sueño con el estómago lleno. Hasta mamá empezó a engordar.

No obstante, el dolor impregnaba nuestro pueblo, al igual que el hedor a muerte. Germain, mi pretendiente, murió, no de la peste, sino de la enfermedad que la siguió, en este caso, una que convertía los intestinos en sangre. Una inmensa tristeza me invadió (porque era un hombre honrado) y después me sentí culpable por experimentar alivio. Durante una breve temporada adopté el velo y la falda de duelo, y me convertí en una versión tan similar de mi abuela, que incluso mi madre nos confundía de lejos.

No solo yo, sino todo el mundo vestía de duelo. Todos los lugares adonde íbamos (el mercado, la orilla del río, los campos) parecían desiertos, habitados por fantasmas. Mamá me llevaba a misa cada día, y encendía una vela por papá. En parte, me rescató de la soledad que sentía por la desaparición de mi padre, pero también porque intuía que Noni me estaba alejando del sendero de la cristiandad. Y estaba en lo cierto.

Porque si bien asistí a misa cada día, todas mis plegarias iban dirigidas a la Madre Santa, con el ruego de que me revelara cuanto antes



cómo debía cumplir mi destino. Noni había empezado a enseñarme la sabiduría de los pagani, los campesinos, a los que ella se refería como la Raza.

Pronto caí en la cuenta de que había observado muchos aspectos de la magia de Noni, por ejemplo, cómo llenaba las bolsas y las cargaba de magia con una sencilla oración. En cuanto me recuperé, me llevó con ella a los campos en busca de comida. Como mamá aún estaba débil, no nos acompañaba, y mi abuela podía hablar con toda libertad de las antiguas tradiciones.

Ya conocía la mayoría de hierbas, cuyas virtudes eran medicinales, pero Noni me habló ahora de su uso mágico. La lavanda, que se usaba para hechizos curativos; el romero, utilizado para la protección y la restauración de la memoria; la eufrasia, que fortalecía la Visión.

Pero me mostró dos hierbas que poseían virtudes mágicas. Eran peligrosas, se utilizaban en muy contadas ocasiones y solo las manipulaban los expertos. Cuando llegara el momento, me enseñaría su uso. El beleño, que proporcionaba la capacidad de volar, y...

«Y aquí —susurró con reverencia, las dos acuclilladas al pie de un viejo roble, admirando una seta rugosa— está la clave del inicio.»

El inicio, decía siempre, aunque años después oí que lo llamaban la iniciación.

Un día, cuando las dos estábamos arrodilladas cavando en el potager frente a la casa, y mamá estaba descansando dentro, Noni alzó la cara hacia el cielo. Seguí su mirada y lo vi, sobre la línea del horizonte: el fantasma lunar, un círculo perfecto de marfil transparente.

—Una luna llena ideal —dijo Noni con tono admirativo—. Esta noche nos reuniremos. Prepárate.

Y continuó cavando.

Yo me quedé sin habla debido a la impaciencia, de lo contrario la habría atosigado con preguntas. Terminé mi trabajo en silencio y aparente calma, mientras mi corazón y mi mente se debatían entre el júbilo y el miedo.

Avanzada la tarde, Noni nos preparó un delicioso pollo y un caldo de verduras. Llevé a Noni el plato de mamá para que lo llenara, y vi, asombrada, cómo Noni, con expresión imperturbable, servía una generosa porción de caldo al que añadió unos polvos, para después removerlo con la cuchara de mamá. Como las dos dábamos la espalda a mamá, dirigí a mi

abuela una mirada inquisitiva, pero ella no hizo más que encogerse de hombros, y añadió una pata de pollo al plato.

Llevé el plato a mi madre con una punzada de emoción y culpa. Dio cuenta de él con más apetito del habitual, mientras Noni y yo comíamos nuestras raciones menos generosas, libres del polvo.

Al cabo de una hora, antes del ocaso, mamá estaba roncando en la cama, mientras mi abuela y yo esperábamos sentadas en silencio junto al hogar. Estuvimos así durante una hora, cada una abismada en sus pensamientos y rezando por los acontecimientos inminentes. Yo pedí que el sacrificio del judío no hubiera sido en vano, que me fuera revelado, como sierva de Diana, lo que debía hacer.

Cayó la noche por fin, aunque la luz de la luna era tan brillante que parecía de día. Cogidas de la mano, nos pusimos en pie y salimos de casa.

Sentimos la hierba y las flores silvestres blandas y frescas bajo nuestros pies desnudos mientras nos alejábamos del pueblo, de Tolosa, que se recortaba contra el cielo iluminado por la luna. No me sorprendió descubrir que nuestro destino era el olivar. Había visto la estatua de madera de María muchas veces, durante las fiestas de primavera, cuando estaba engalanada con flores. Yo misma me había postrado ante la imagen de la Virgen con los demás niños para realizar la ofrenda floral. Incluso había intuido que pisaba suelo consagrado a la Gran Madre, y Noni había dicho después que la estatua de madera sustituía a una antigua imagen de piedra romana, la de Diana, coronada por una media luna.

Nos adentramos en la arboleda, bajo ramas plateadas y hojas verduscas. Mi atención se centró en el claro que se abría ante nosotras, del cual emanaba un tenue resplandor azulado.

Llegamos por fin al claro, con su brillante techo de luna y estrellas. Tres figuras se distinguían dentro de un globo azul oscilante: la estatua de la Santa Madre, adornada con guirnaldas de romero, y dos personas llorosas, un hombre y una mujer, sentadas dentro de un círculo trazado en la tierra. Cuando nos acercamos, nos miraron (mejor dicho, miraron a mi abuela), y sus rostros anegados en lágrimas se iluminaron de alegría.

—¡Ana Magdalena! —exclamó la mujer.

—¡Creíamos que habías muerto! —gritó al mismo tiempo el joven.

—¡Hijos míos! —sollozó Noni, al tiempo que me urgía con un ademán a guardar silencio.

Se acercó al círculo y practicó una abertura con el dedo en el

resplandor azul. Borró con el pie parte del arco grabado en el suelo. Obedecí sus gestos y pasé por la abertura. Ella me siguió, luego selló la hendidura para que el globo azul nos albergara, y después completó de nuevo el círculo con el dedo índice.

Entonces abrazó a la mujer con ternura.

—¡Ay, Mattheline! ¡Mi Mattheline! ¿Somos los únicos que quedamos?

—Sí —contestó Mattheline entre sollozos. Era una matrona de unos veinte años, o tal vez de más, porque tenía el tipo de cara infantil que nunca parece vieja, y estaba delgada como un pájaro famélico. Su pelo era dorado oscuro, con mechas casi castañas, y sus ojos tenían un color similar —. Mi Guillaume ha muerto, y también mi pequeño Marc, mi hombrecito.

Mi abuela la alejó hasta el límite de su brazo.

—Pero tu bebé, tu Clotilde...

—Viva. —La desdicha no había abandonado su voz—. Pero sufre cólicos, no quiere comer y yo no tengo leche...

—¡Ay, pobres míos! —Noni cogió con dulzura la cabeza de la mujer, y apoyó los labios sobre su frente—. Ahora estamos juntas, con la ayuda de la Diosa...

Mattheline se apartó, enfurecida.

—¿Dónde estaba Ella cuando mi hijo y mi marido murieron?

—Ya hablas como una cristiana, Mattheline —la reprendió el joven, con voz calma y profunda pese a sus lágrimas recientes. Se agachó y abrazó a mi abuela con afecto y respeto, y en ese momento comprendí que Noni siempre había sido la guía espiritual del grupo.

—Justin —murmuró. Cuando se separaron, preguntó en voz baja—: ¿A quién has perdido tú, hijo mío?

Justin, de profesión herrero, alto y corpulento, conocido por su carácter reposado y sereno, respondió al borde de las lágrimas:

—Mi padre. Mi madre. Mi hermana Amelie, aunque las demás se han salvado. Y mi... —respiró hondo—, mi Bernice. —Irguió su enorme cabeza y lloró desconsoladamente, mientras mi abuela le acariciaba el brazo.

—Mi Pietro también ha muerto —dijo Noni—. ¿Dónde están Lorette, Claude, Mathilde, Georges y Marie, Gérard, Pascal, Jehan y Jehanne— Marie...?

—¡Ay! —gritó Mattheline—. Éramos trece y ahora solo quedamos

tres. —Dirigió un torrente de palabras mezcladas con sollozos a mi abuela—. El cura dice que todo es por culpa de las brujas, que adoran en secreto al diablo. Le besan el culo y yacen con él. El padre Jean dice que utilizan la magia, como nosotros, pero la suya siempre es malvada, y nada les agrada más que maldecir a la gente humilde. Vagan de noche por el bosque. Mi corazón se encoge de terror ante la perspectiva de toparme con una. Además, roban niños pequeños y les extraen la grasa para pergeñar ungüentos mágicos. He llorado cuando le di el beso de buenas noches a mi pequeña Clotilde. —Calló por fin, respiró hondo y continuó—. Parece que el diablo es un dios muy poderoso, y si es verdad que su magia es lo bastante potente para traer la peste, y destruir casi nuestro pequeño círculo, quizá sea más poderoso que nuestra Diosa...

—¡Basta! —la conminó Ana Magdalena—. Mattheline, este es el resultado de escuchar al cura: el miedo y la desconfianza. Durante treinta años he venido al bosque de noche y nunca he visto a ningún demonio. Tampoco voy a hacer caso de la menor insinuación de que su diablo, un dios menor entre sus cuatro, es más poderoso que la Madre de Todos los Dioses.

»No, este cuento de brujas malvadas que provocan la peste es la misma locura que floreció hace veinte años, cuando las cosechas murieron y la hambruna asoló el Languedoc. Vuelven a quemar judíos. Muchos ya han huido al sur, hacia la seguridad de España. —Hizo una pausa y el abatimiento se reflejó en su rostro—. Hemos de procurar que, como grupo, no nos descubran haciendo encantamientos, o reunidos en el bosque, o nos acusarán de brujería y nos quemarán. Pues haya brujas o no, los curas y los aldeanos ya se las arreglarán para encontrarlas.

—Si no existen brujas —replicó Mattheline, con tal dolor que mis ojos se llenaron de lágrimas—, y si la magia de la Diosa es la más poderosa, ¿por qué no salvó a nuestros seres queridos de una muerte horrible?

—La Diosa trae la vida y la alegría. Por lo tanto, también ha de traer la muerte y el sufrimiento. Tal es el coste de venir a este mundo. ¿Cómo conoceríamos uno si no conocemos a su contrario? —preguntó en voz baja Ana Magdalena, y apretó la mano de la joven mientras la guiaba hacia nuestro pequeño grupo—. Date cuenta de una cosa: estamos vivos. ¿No es un motivo de regocijo? Y no solo somos tres, sino cuatro. Esta es mi nieta, Sybille.

La presentación parecía innecesaria. Había conocido a aquella gente, superficialmente, durante toda mi vida. Si bien mi familia nunca había precisado los servicios de un herrero, a menudo habíamos pasado al lado de Justin y su padre cuando trabajaban cerca de la plaza del pueblo, o habíamos visto a Justin mirar a los ojos de su prometida Bernice, extasiado. Yo había visto con frecuencia a Mattheleine y a su marido por el pueblo, sobre todo en el mercado.

De todos modos, me sentía como una extraña entre ellos, porque ahora los veía de una forma muy diferente.

Mattheleine se serenó, dio un paso adelante y me besó en ambas mejillas.

—Bienvenida a la hermandad.

Justin la imitó, si bien sus besos fueron más tímidos, aunque también más enérgicos, y el roce de su barba sobre mi cara provocó que respirara hondo. Al oír el sonido me miró a los ojos, y reparé al punto en dos cosas: que sus ojos eran verdes, y que estaba muy desconcertada por la súbita oleada de calor que se había iniciado en mi estómago y ascendía hasta mis mejillas (lo cual debía ser obvio para todo el mundo, supuse).

Ahora, os diré algo que os convencerá de que estoy loca, pues lo que Vi era imposible, pero de todos modos lo Vi. Y os diré, hermano, que vos también veríais tales cosas si os acordarais de Mirar.

Cuando me libré del abrazo de Justin, observé junto a Mattheleine (cerniéndose sobre ella y dos cabezas más alto) un gran gato oscuro, más alto que cualquier hombre que yo hubiera visto. Erguido sobre sus rollizos cuartos traseros, tenía enlazadas sus garras como si fueran manos, y su cara (aterradora, con grandes y gruesos colmillos que crecían de su mandíbula inferior, aunque su expresión era bondadosa) estaba inclinada hacia su ama, como temeroso de perderse una palabra o un cambio de expresión. De vez en cuando empezaba a disiparse, y yo veía a su través como si fuera transparente, y en una ocasión desapareció por completo. De hecho, temí haberme vuelto loca, o que Noni hubiera añadido alguna hierba extraña a mi cena, pero el resto de las cosas parecía muy normal.

Hasta que miré a Noni, queriendo susurrarle un comentario sobre lo que había visto. Y a su lado se erguía el espectro de un joven apuesto, con la cabeza envuelta en el turbante blanco del turco. El ser juntó la yema de los dedos y me dedicó una reverencia, sonriente. Yo le respondí con un leve cabeceo, esperando que nadie se diera cuenta.

En cuanto a Justin, estaba acompañado por un adorable espíritu femenino que recordaba a su amada Bernice de niña.

Antes había visto cosas en visiones similares a sueños, muy diferentes del mundo real, incluso bebés dentro del estómago de sus madres durante el parto. Pero nunca me había tenido en pie y visto seres que no eran de este mundo, lo cual me inquietaba. Extendí la mano hacia Noni, y cuando advirtió mi expresión preocupada, ordenó con una mirada que me mordiera la lengua. Así lo hice, y disimulé durante el resto de la velada, pues ni Mattheline ni Justin habían reparado en nuestros acompañantes sobrenaturales. Incluso creo que Noni tampoco vio gran cosa.

Por fin, Noni soltó mi mano, e indicó con un gesto que los demás debíamos ocupar nuestros puestos en el círculo, detrás de ella. Lo hicimos, y yo me dediqué a imitar los movimientos de los demás.

Ana Magdalena se volvió hacia el norte, donde, al otro lado del bosque de la Diosa y el velo grisáceo de las hojas de olivo, dormía la ciudad de Tolosa, oscura e impenetrable. Empezó a entonar con voz aguda y gutural palabras en su lengua nativa (o eso supuse, porque no entendí ninguna), al principio poco a poco, después un poco más deprisa, mientras su voz se alzaba lentamente...

Alcé mi cara hacia el cielo y vi que la luna y las estrellas proyectaban su luz hacia un punto situado encima de nuestro pequeño círculo, y allí la luz aumentó de intensidad, hasta que empezó a moverse... Deosil, había explicado después Noni. La dirección de las manecillas del reloj, la dirección de la invitación, del encuentro. Continuó girando, un vórtice que descendía, hasta que al fin penetró en el tenue velo que nos rodeaba, y envolvió a Ana Magdalena.

¡Cuan bella se volvió! Aunque no podía ver su cara, vi que su figura se enderezaba más, que aumentaba de corpulencia y estatura, como si la luz se hubiera infiltrado en sus huesos y la alzara hacia el cielo. Y cuando levantó los brazos para darle la bienvenida, las mangas resbalaron hacia atrás, y revelaron una piel que ya no estaba tostada por el sol ni moteada por la edad, sino incandescente, delineada por un resplandor tan intenso como el de la luna. Tan intenso que entorné los ojos, y a su luz ya no pude distinguir la forma sutil del espíritu turco.

Su cabeza cayó hacia atrás, y la toca resbaló sobre su espalda, hasta dejar al descubierto el pelo suelto negro—azulado, vetado de plata luminosa, que le llegaba más abajo de la cintura. Se enderezó y bajó los

brazos, señaló al norte y gritó una orden con voz aguda.

Incapaz de contener mi júbilo, reí en voz alta, porque el aire se había transformado en algo vivo, vibrante, como alimentado por la energía de un millar de abejas, o el remolineo de una brutal tormenta. Justin y Mattheleine, que me flanqueaban, parecían en trance, ajenos a mi alegría.

Entonces, Ana Magdalena (y algo mucho más poderoso que Ana Magdalena) se volvió hacia el este. Al mismo tiempo, su dedo índice trazó a la altura de la cintura una gruesa franja de luz dorada. Aún recuerdo el perfil de su rostro, tan hermoso, eterno.

Otra vuelta, y otra, y estábamos encarados de nuevo hacia el norte, rodeados por el anillo dorado. El tenue velo azul se había transformado en un grueso globo zafiro moteado de chispas doradas.

Un globo transparente. Para mi sorpresa, Vi seres al otro lado del círculo. En las cuatro direcciones hacia las que Noni se había vuelto se alzaban gigantes que casi tocaban el cielo, y cada uno irradiaba un color diferente: los verdes musgosos y castaños de la tierra; el amarillo tembloroso de la luz del sol; los rojos y naranjas intensos de la llama, y el azul profundo del mar. Gigantes, he dicho, pero solo dos, el amarillo y el verde musgoso, adoptaron una vaga apariencia humana. Los otros, el rojo y el azul, eran pura fuerza, columnas de luz prismática viviente que parecían sol, estrella o luna antes que personas o seres.

Su aspecto era despiadado y desapasionado como el de una piedra, o el de la muerte, pero no me dieron miedo, porque estaba claro que se trataba de centinelas enviados para custodiarnos, y que nos obedecerían si les dábamos órdenes.

Más allá del consuelo del círculo se cernía una plétora de seres oscuros e informes, ansiosos por adoptar cualquier forma impresa en ellos, y otros ansiosos por pegarse como líquenes a los que carecían de voluntad para rechazarles.

Pronto perdí mi interés por ellos, porque Noni se volvió hacia nosotros, una representante viva de la Diosa, cuya estatua se alzaba a nuestras espaldas. Su rostro era radiante, tenía las manos y los brazos extendidos en el mismo gesto acogedor que he visto en muchas estatuas de María. El brillo que emanaba de ella, de su interior, hirió mis ojos, pero la visión era demasiado hermosa para apartar la vista.

Hasta Justin y Mattheleine estaban extasiados, aunque no cabía duda de que habían visto a la Diosa en mi abuela muchas veces.

—¿Qué me piden mis hijos? —preguntó Ana Magdalena.

Mattheline hizo una reverencia.

—Mi hija —dijo con sincera reverencia—, mi Clotilde, está enferma. Deseo que sane.

En respuesta, mi abuela extendió las manos, invitando a Mattheline, a mi derecha, y a Justin, a mi izquierda, a que cogieran mis manos.

Al punto sentí una chispa, como se siente a veces en invierno cuando reina un ambiente seco, y ambos me transmitieron una corriente, como el hormigueo del rayo antes de tocar la tierra. La sensación se intensificó cuando empezamos a caminar poco a poco de lado, de forma que nuestro pequeño círculo dentro de otro círculo empezó a moverse en la dirección de las manecillas del reloj. Ana Magdalena nos guiaba, aumentaba paulatinamente el ritmo y cantaba en voz baja palabras que yo no comprendía, salvo una frase:

Diana, Diana, la bona Dea...

Los demás la corearon y yo les imité como pude, hasta que Mattheline acercó su cara a la mía y repitió el cántico poco a poco, y luego me lo explicó:

—Estamos imaginando un gran cono blanco con la punta en el centro de nuestro círculo. Se hará cada vez más fuerte, hasta que lo enviemos a mi Clotilde.

Y en verdad, eso es lo que vi: un vórtice de luz blanca, que giraba cada vez más rápido, a medida que nosotros bailábamos cada vez más rápido. La noche era fría, pero no tardamos en empezar a sudar, no por culpa del baile sino debido al increíble calor generado por el cono, y nuestra voz continuaba ascendiendo hasta que pensé que no podría lograrlo más, pero lo hizo.

El calor, la corriente de energía y el cántico que vibraba en todo mi cuerpo habían llegado a ser casi insoportables, como en un éxtasis. Para entonces, el cono había aumentado tanto de tamaño y anchura que perforó la parte superior de nuestro globo azul y nos envolvió, y tan opaco que no podía ver a Noni frente a mí.

En aquel momento oí el grito de mi abuela.

—¡Ahora!

Nuestro baile cesó con una exclamación colectiva y nos derrumbamos unos contra otros. Noni, Justin y Mattheline levantaron los brazos al aire (alzando al mismo tiempo los míos). Al instante, la energía que



almacenábamos salió despedida hacia arriba. El cono partió hacia el cielo nocturno en busca del bebé de Mattheleine.

Y lo localizó: lo Vi girar a través de nuestra aldea, entrar por la parte superior de la puerta de una casa, donde una niña de pocos meses dormía un sueño intranquilo sobre una amplia cama de paja. Estaba pálida y enferma, calva como un recién nacido, con piel amarillenta y mejillas hundidas, y sombras bajo los ojos demasiado grandes para una cara tan diminuta. El cono de luz la envolvió, como la ballena había tragado a Jonás. Poco a poco, su persona absorbió la luz, hasta que pareció brillar por dentro, y un tono rosado, como el de una manzana, sustituyó al color amarillo de su piel. Mientras yo miraba, emitió un leve suspiro y se sumió en un sueño profundo y reparador.

Los demás no Vieron, pero tenían los ojos brillantes, el rostro sonrosado y alegre. Todos estábamos agotados y sudorosos debido a la experiencia. Yo también me sentía jubilosa, porque había experimentado el poder de la Diosa de una nueva forma.

No fue el único hechizo que hicimos esa noche. Noni había llevado sus hierbas al círculo, que comimos cargadas de poder mágico, con la intención de que la Diosa ayudara a nuestro pueblo durante el otoño y el invierno.

También elevamos plegarias y súplicas, por mediación de los cánticos de Noni. Por fin, Ana Magdalena se encaminó a las cuatro esquinas de nuestro círculo y empezó a despedir a nuestros guardianes, uno por uno. Me sentía decepcionada, porque nunca había experimentado tal libertad en la Visión, ni la presencia de la Diosa de una forma tan constante. Quería que el círculo no acabara nunca.

En el preciso momento en que el gigante amarillo se volvía para marcharse, vislumbré un globo de luz blanca un poco más allá, fijo como un faro, que me llenó de una alegría inexplicable, porque sabía que me estaba esperando a mí.

Pero cuando el guardián zafiro del oeste se alejó, vislumbré una columna del negro más oscuro...

No, utilizar las palabras «oscuro» o «negro» para describir lo que vi es denigrarlas a ambas. Pues sin el dulce alivio de la oscuridad y el negro enojado de la noche, llegaríamos a odiar la luz del día. Pero aquello era un vacío, ni luz ni oscuridad, sino la desolada ausencia de todo, de vida, de esperanza.

Y también me esperaba a mí.

Mis rodillas empezaron a temblar. Conseguí tenerme en pie, mientras Noni deshacía el círculo. Cuando despidió a cada guardián, y borró con el pie el último resto del arco grabado en la tierra (provocando que el globo azul y el anillo dorado se desvanecieran, junto con los demás seres sobrenaturales), pregunté:

—¿El Círculo es siempre tan corto?

Mattheline se adelantó a Noni.

—No. A veces dura casi hasta el alba, pero tú no has iniciado el Camino y todavía desconoces sus secretos. Con el tiempo, tal vez dentro de un año...

—Su ceremonia de iniciación será dentro de una luna —dijo Noni, que ya no era la Diosa sino mi abuela, con una brusquedad que retaba a todo disentimiento.

Mattheline enarcó sus finas y pálidas cejas.

—¿Un mes? ¿Por qué la nieta de la sacerdotisa espera un mes, cuando yo he esperado ocho y Justin nueve?

—Matthe —la reprendió Justin, al tiempo que apoyaba una mano en su hombro—. Ella es la sacerdotisa. Tiene derecho a...

Mattheline se calmó y no dijo nada más, pero una arruga de desaprobación perduró en su frente.

—Siempre has sabido que mi Sybille está doblemente dotada con la Visión —explicó Noni—. Toda su vida ha sido un adiestramiento en el Camino. La he traído hoy porque ya está preparada. Empezará con la siguiente luna.

No se dijo nada más aquella noche, hasta que Noni y yo nos despedimos de los demás y volvimos a través del prado. Al cabo de un rato de silencio, mi abuela dijo:

—Justin es un muchacho estupendo. No posee una Visión tan fuerte como madre, pero su gente es de la Raza.

—Los de Mattheline no —manifesté para ponerla a prueba.

Noni suspiró.

—Sí que lo son, las generaciones pasadas. La han perdido por culpa de matrimonios defectuosos. Aun así, se siente atraída hacia el Camino.

Hubo otro silencio. Noté que ciertas palabras colgaban en el aire entre nosotras, pero esperé el momento adecuado.

—Es tu destino, hija —dijo por fin Noni—, trascender nuestro

pequeño Círculo. La peste ha aflojado su presa, pero se avecinan peligros mayores. Tu Visión es mucho más potente que la mía. Dentro de un mes tu magia también lo será. Cuando llegue ese momento...

—Pero ¿qué magia existe en el pueblo superior a la que he visto esta noche?

—La magia que anida en tu interior, Sybille. Tu destino aguarda en otra parte.

Hablaba con tanta dulzura y deferencia que me quedé anonadada. No obstante, sabía que lo decía con la mayor seriedad, porque pocas veces me llamaba por mi nombre francés cuando estábamos solas.

—Pero no entiendo...

—Lo harás con el tiempo. Toma. —Extrajo del bolsillo de su falda negra una pequeña bolsa de tela negra, atada con un cordel, y me la ofreció—. Esto te protegerá de toda influencia maléfica durante esta importante etapa. Porque nunca has sido más vulnerable.

La cogí y la colgué con agradecimiento de mi cuello, pero Noni seguía con la mano extendida, expectante.

—Todavía llevas el amuleto de oro, ¿verdad?

Al advertir mi vacilación, Noni hizo un ademán de impaciencia.

—Hija mía, no debes estar bajo otra influencia que la de la Diosa. No cabe duda de que el talismán del judío te ha protegido, y salvado tu vida de la peste, pero mi amuleto protegerá no solo tu vida en este mundo, sino en el Invisible, el que ahora conoce tu presencia. Necesito ese talismán ahora. ¿Me lo das?

Sin más protestas, me quité por la cabeza el talismán de oro, junto con su hermosa cadena, y se lo entregué.

—Lo cuidaré con mucho esmero —dijo mi abuela, sonriente, y hasta cierto tiempo después no comprendí el significado de sus palabras.

El mes antes de mi iniciación, tuve tiempo para reflexionar en lo que Noni había dicho, pero nunca se me había antojado la Diosa tan distante, o mis pensamientos tan confusos y encontrados. Tu destino aguarda en otra parte...

Una idea estúpida. ¿Por qué iba a abandonar mi aldea? Jamás abandonaría a Noni y a mi madre. Jamás...

Cuando esos pensamientos aterradores me visitaban, los rechazaba intentando imaginar mi vida como esposa de un herrero. Al cabo de pocos

días después de mi primer Círculo, Justin fue a ver a mamá y la convenció de que debíamos prometernos cuanto antes, teniendo en cuenta la escasez de buenos partidos. Cerraron el trato. Se fijó una fecha de septiembre, el mes siguiente, y me obsequió el excelente telar de roble de su difunta madre. La idea de casarme con Justin no me desagradaba, porque era apuesto y joven, de temperamento bondadoso y músculos que despertaban en mí pensamientos nada infantiles. Mamá estaba complacida porque Justin y sus hermanas supervivientes se contaban entre las personas más acaudaladas del pueblo, y tenía la vejez asegurada. No paraba de hablar del inminente matrimonio. Sin embargo, había cambiado desde la muerte de papá: el apetito la había abandonado, sus mejillas se habían hundido y la suspicacia se transparentaba en sus ojos.

Escuchaba con el mayor respeto sus consejos por las noches, sentadas junto al hogar, mientras trabajábamos en mi edredón de boda. Mamá lloraba a menudo cuando pensaba en el edredón que había hecho veinte años antes, con motivo de su compromiso con papá. Sin embargo, mi corazón y mi mente estaban más concentrados en la iniciación inminente, y la extraña distancia que se estaba forjando entre la Diosa, la Visión y yo.

Por fin, llegó el día, o mejor dicho, la noche, una noche en que nubes espesas oscurecían la negrura del cielo y derramaban una lluvia pertinaz. Cuando Noni y yo nos ceñimos las capas, mientras mamá roncaba, me sentí muy nerviosa. Mis dedos temblaban, y no sentí la emoción y la impaciencia que había anticipado, sino verdadero miedo. No podía mirar a los ojos de Noni, y ella no intentaba encontrar los míos, y cuando salimos a la lluvia no dijimos ni una palabra. Mi abuela caminaba con celeridad y determinación inusuales, y debido a la humedad del aire empecé a sudar bajo mi capa y mi falda.

Nos dirigíamos hacia el olivar, al menos eso pensaba yo, hasta que Noni se desvió de repente a la izquierda, hacia las colinas que se alzaban al este del pueblo. Nos adentramos en el bosque de robles y árboles de hoja perenne, y de vez en cuando resbalábamos en la alfombra de hojas muertas. Subimos por la suave pendiente, donde las ramas de árboles ancianos nos protegían de la lluvia.

Una figura saltó hacia nosotros desde detrás de un árbol, un hombre alto, enmascarado y cubierto con una capa negra, una mera silueta en la noche, pero el destello de su espada fue inconfundible.

Era un guardia, pensé aterrada. Nos detendrían y quemarían como brujas. Lancé un grito y caí de rodillas.

—¡No sigáis adelante! —ordenó. Reconocí la voz de Justin con gran alivio, aunque era diferente, como cuando mi abuela había hablado con su voz de sacerdotisa.

Una figura menuda, también enmascarada, apareció detrás de él: Mattheline, advertí. Solo se trataba de Justin y Mattheline, que estaban escenificando un antiguo ritual, pero cuando ella me vendó los ojos y sentí la punta afilada de la espada rasgar casi la piel que separaba mis pechos, sentí una oleada de terror.

—Pobre de ti —dijo Justin— si revelas los nombres de tus hermanos y hermanas a quienes no sirven a la Diosa, o si alguna vez renuncias a Ella. Pues serás maldecida con toda Su ira y furia, y también la nuestra, y te buscaremos no solo en este mundo sino en los demás. No solo en esta vida sino en la siguiente. ¿Lo has entendido?

—Lo he entendido —contesté con una voz tan débil que apenas reconocí como mía.

—¿Juras por tu vida y magia que serás fiel a la Diosa y al Círculo, y nunca, ni siquiera bajo amenaza de muerte, revelarás los nombres de tus hermanos y hermanas a alguien que no sea de la Raza?

—Lo juro por mi vida y mi magia.

—Entonces empecemos —dijo, y la presión entre mis pechos desapareció.

Me obligaron a ponerme en pie, sin la menor gentileza, y me empujaron colina arriba. Me encogí de dolor cuando pisé una pina caída. Subí hasta que oí a los demás jadear detrás de mí. Por fin, la colina empezó a nivelarse, y me guiaron sobre rocas mojadas hacia el interior de lo que supuse una cueva, porque la lluvia había cesado tan repentinamente como la tierra que pisaba se había secado.

Me obligaron a sentarme contra una pared de piedra fría. La voz de Noni me ordenó:

—Traga.

Me metieron un bolo alimenticio en la boca y empecé a masticar, porque me parecía demasiado grande para tragarlo con facilidad. Era tan amargo y repugnante que sentí arcadas y casi lo escupí cuando noté una copa contra mis labios, y oí la orden:

—Traga.

Tomé un sorbo de la copa y me alivió descubrir que sabía a té de menta. Aun así, engullí el bolo alimenticio con asco y por unos momentos reprimí las náuseas, mientras Noni me administraba más sorbos de té.

Por fin, el malestar pasó e intenté levantarme y quitarme la venda, pero antes de que pudiera hacerlo mis tres acompañantes me tendieron en el suelo por la fuerza. Ya se estaba apoderando de mí una gran lasitud y no ofrecí resistencia.

Hacia la tierra, hacia la Diosa...

Fuera, el tamborileo de la lluvia. Dentro, el sonido casi ensordecedor de mi propia respiración.

Me quitaron la capa mojada, mientras dos pares de manos pequeñas, manos femeninas, levantaban mis faldas y empezaban a frotar mis piernas, lenta e incesantemente. Al cabo de poco, noté que me untaban un ungüento que olía a hierbas. El efecto fue casi inmediato. Mi respiración se hizo más lenta y me serené completamente. El tacto de la tela en mis brazos y mi torso, cuando me quitaron las faldas y la ropa interior, fue puro placer, y mi desnudez no me causó ninguna alarma...

Se oían truenos profundos y retumbantes, mientras yo yacía en trance en la cueva, y sentía el estruendo en mi interior. Tres pares de manos descendían lenta, sensualmente por mis brazos, por todo mi cuerpo, y todos entonaban un cántico sin palabras de armonía absurda. El tono se fue agudizando, hasta que se convirtió en un zumbido enloquecido, y reí a carcajadas.

De pronto, el ritmo de las caricias disminuyó, y ya no pude distinguir las diferentes manos. Sentí una enorme caricia, sentí que mi cuerpo empezaba a contraerse y expandirse como una mujer al dar a luz, sin dolor, pero con la misma sensación de esfuerzo y desesperación por dar a luz algo, por liberarme...

Al instante, un terrible fuego frío me consumió. Me incorporé y vomité. De inmediato me sentí mejor. Volví a sentarme, me liberé de la venda y descubrí que estaba sola, y que la cueva estaba iluminada como si fuera de día (mis ojos captaron una luz cegadora), porque habían encendido un fuego cerca de la boca, a tiro de piedra de donde estaba yo. Era una distancia considerable, pero lo vi todo con una claridad imposible, sobrenatural: un fuego tan brillante como el sol y prismático como una piedra preciosa, engalanado con lenguas de zafiro, rubí, esmeralda, fileteado de hebras de cobre, plata, oro. Si fuera era de noche, no la vi,

porque todo el mundo parecía en llamas.

Si algo recuerdo de esa experiencia, es el brillo de la luz.

Alcé una mano para protegerme los ojos, pero era un espectáculo tan glorioso que no fui capaz de apartar la vista. El fuego aumentaba de altura y anchura cada vez que yo respiraba. A medida que crecía, sus colores se intensificaban: oro, plata y cobre se fundían con escarlata, zafiro y esmeralda ominosos, hasta virar a negro.

Las llamas eran oscuras, despiadadas y voraces. Me acurruqué en vano contra la pared de piedra, y vi que zarcillos rojo sangre avanzaban hacia mí. Una chispa solitaria se alzó en el aire y flotó hacia el suelo, una ceniza negra como el azabache cuando se posó sobre mi pierna y me arrancó un chillido de miedo y sorpresa.

Pero no podía apartar la vista, porque sabía que las llamas contenían visiones y destino. Al mismo tiempo que retrocedía, me acercaba más al fuego, y cuando escudriñé su núcleo Vi:

En miniatura, miles y miles de hombres, miles y miles de mujeres, nacidos mil años antes y mil años después, y en todos los años intermedios: moros y judíos, cristianos, paganos y ateos, leprosos y sanos, esclavos, siervos, mercaderes, señores y damas; todos atrapados en la cárcel de las llamas y aullando de dolor. Muchos gritaban a la Diosa, con todos Sus nombres; otros, que no eran de la Raza, gritaban a sus dioses, o a la humanidad, suplicando el final de tamaña crueldad. Todos se abrasaban por los siglos de los siglos.

Grité el nombre secreto de la Diosa, desesperada.

Y Ella contestó con una repentina oleada de calor que confortó mi corazón, una oleada de vida pura.

Al punto me encontré en la cueva de nuevo, a una distancia respetable del fuego, que ya no parecía tan amenazador ni brillante. Pero aún no podía levantarme, porque Justin estaba encima de mí, con su cuerpo apretado contra el mío, sus labios se movían sobre mi mejilla, mi cuello, y su mano izquierda se adueñaba de mis pechos. Su mano derecha se movía con delicadeza, pero también con firmeza, entre mis muslos para separarlos.

Luego se apoyó sobre un brazo para alzar el torso. Él también había salvado las fronteras del mundo real para estar conmigo. Sus ojos eran del verde grisáceo nublado de un mar revuelto por la tempestad, sus pupilas grandes e infinitamente negras.

Aquella noche se me antojó un salvaje, con el cabello revuelto y

desgreñado, el cuerpo desnudo brillante de unguento y con polvo adherido. Los músculos de sus brazos, de su pecho, me parecían mucho más hermosos que la talla o la escultura de un artista. Anonadada, alcé mi mano hacia ellos, y reí en voz baja cuando temblaron bajo mi caricia. Pasé los dedos por ellos, desde el hombro hasta el abdomen pasando por el pecho. Después me detuve en el nido oscuro y aterciopelado de su vello púbico, del cual emergía su miembro viril, erecto y tumefacto.

Lo toqué vacilante, movida por una curiosidad inocente, y un repentino y violento anhelo de ser empalada por él. Bajo los dos, habló una suave voz silenciosa.

Ahora no es el momento...

Antes de que pudiera decir nada, Justin apartó mi mano de su pecho y guió su miembro viril entre mis piernas, después arqueó la espalda y se alojó en mi interior con un gemido.

Fue una sensación de fugaz dolor mezclada con un intenso placer. Una segunda embestida, y yo también gemí con un anhelo desesperado.

Pero no de Justin. De Justin no. Ahora no es el momento...

Una fuerza imposible se apoderó de mí. Le aparté, con tanta facilidad como a una mosca, y me incorporé.

Se desplomó sobre una cadera, jadeante, y en aquel instante vi las emociones desfilas por su rostro: la lujuria, el dolor y finalmente el pesar de comprender que nunca hallaría en mí a su adorada Bernice.

La lujuria se apoderó de él una vez más, y extendió la mano hacia mí. La aparté y dije con la mayor dulzura posible:

—No. Tú no eres el Elegido.

—Pero has de hacerlo —suplicó como un niño—. Es el camino de la iniciación.

—Para mí no.

Me levanté y descubrí que la fuerza había regresado a mis miembros, y que todo el aturdimiento y la incomodidad habían desaparecido. En cuanto al pobre Justin, no volvió a protestar, sino que se dejó caer en el suelo con los ojos clavados en el techo.

Corrí con pies ligeros hasta la boca de la cueva, sin temor al fuego, sino disfrutando de su calor. Apoyé una mano contra la pared de piedra y oteé el exterior. La lluvia había cesado, y el velo de nubes se había descorrido para revelar unas estrellas tan brillantes que sus rayos casi tocaban la tierra. La luna era gigantesca y opalescente, veteada de rosa y



azul, tan radiante que pude ver cada gota de humedad, temblorosa y radiante, que colgaba de las hojas del bosque.

La Diosa estaba conmigo una vez más.

Reí en voz baja y distinguí a lo lejos una pequeña esfera blanca de luz que se desplazaba entre los árboles. Crecía a medida que se acercaba, y cuando se plantó ante mí, era más alta y ancha que yo.

Era la luz que había visto esperándome más allá del círculo de la luna anterior. Me arrodillé, con la esperanza de recibir una visión de la Diosa. Pero lo que emergió de la luz fue un anciano, de barba gris y rizos que le llegaban hasta la cintura. El judío que me había salvado, encorvado y vestido como en vida, con la kipah escondida bajo el sombrero, el distintivo de fieltro amarillo cosido a su oscura blusa de mercader. Sus ojos oscuros albergaban un amor tan infinito que las lágrimas anegaron los míos.

—Jacob —le saludé, asombrada de saber su nombre, pero comprendiendo que siempre lo había sabido, como siempre le había conocido y amado como profesor y guía.

—Mi señora —dijo, para mi sorpresa. Cogió mis manos entre las suyas, me puso en pie, se arrodilló y besó mis nudillos como un caballero cuando jura lealtad a su reina.

—No —dije, estupefacta—. Jacob, no has de arrodillarte ante mí.

Como si obedeciera una orden, se levantó y señaló la gran esfera blanca, que continuaba en su sitio.

Mi mirada siguió su dirección. Vi otra figura que tomaba forma en el interior de la esfera. Otro hombre, cuyo cabello era del color del cobre pulido, y de facciones delicadas y hermosas. Iba vestido con las sedas y los terciopelos de los nobles, y una enorme espada colgaba de su cinto.

Yo le conocía y al mismo tiempo no le conocía, así que me volví hacia Jacob.

—¿Quién es? —pregunté.

—Edouard. Uno entre muchos —contestó Jacob—. Nos recordarás poco a poco.

La figura encerrada en el globo luminoso se transformó en la de un clérigo. Después, en la de un tercer hombre, y luego un cuarto. A continuación, empezó a cambiar con tal celeridad que me aturdió, hasta que apareció un anciano caudillo, sobre cuya cabeza descansaba una tosca corona de oro.

—¿Y ese? —pregunté.

—Un ser legendario —contestó Jacob—. Su nombre significaba Oso.

Y después, otro anciano, de bigote y barba blancos recortados, vestido con la sencilla cota de malla de un caballero del siglo pasado. Sobre el pecho llevaba una holgada blusa blanca, adornada con una cruz rojo sangre. Su cara era larga y severa, las cejas pobladas, de un negro feroz. Vi que las llamas consumían barba, cejas y pelo.

—Jacques —susurré cuando el rostro besado por el fuego del chevalier se transformó en el de mi querido judío—. Jacob... —Miré al espíritu y contuve las lágrimas—. Jacob, ¿cuántas veces has de sufrir martirio por mí?

Él se limitó a sonreír y cabeceó en dirección al globo de luz, que aún flotaba ante nosotros.

Miré la luz y vi la cara de mi Amado, el Elegido al que siempre he amado y siempre amaré. Un anhelo casi insoportable se apoderó de mí, un anhelo que yo desconocía hasta entonces. Era un dolor físico, un deseo sexual que consumía mi cuerpo como fuego (igual ocurre ahora, cuando hablo de él), pero todavía más un auténtico anhelo de mi alma. Con la esperanza de satisfacerlo, he permitido que me prometieran a Guillaume y después a Justin, y las dos veces solo he encontrado decepción. Por su bien, había rechazado a Justin, y me sentí aliviada cuando el pobre Guillaume murió. Por su bien, no dejé de buscarle hasta que le encontré de nuevo, en esta vida. Pues sin él, yo y mi destino no nos realizaríamos. Sin él, yo y nuestra Raza no sobreviviríamos a las llamas.

—Hay un tiempo y un lugar para encantamientos y cánticos —dijo Jacob—. Y talismanes. —Tras pronunciar esta palabra, me dirigió una curiosa mirada antes de continuar—. Pero tú has de aprender la forma más elevada de la magia, si la Raza ha de continuar.

»Porque en esta generación, mi dama, nos aguarda una maldad especial, una tan grande que hasta una vidente tan dotada como vos no puede conocer con seguridad el desenlace... si sobreviviremos, si alguno de nosotros escapará de las llamas. Y si morimos, todos los hombres y mujeres estarán perdidos sin nuestra guía, condenados a matar a sus vecinos y a sí mismos hasta que el mundo quede desierto.

—Entonces enséñame esa magia —dije, pero él meneó la cabeza con tristeza.

—Ojalá pudiera hacerlo en este momento, y así salvar el mundo, pero

son el señor y la señora quienes deben descubrirla, y enseñarse mutuamente...

Mientras hablaba, sentí un placer inconmensurable al imaginarme copulando con mi señor. Por unos instantes estuve abstraída, hasta que oí a Jacob decir:

—Solo entonces su magia será la más poderosa. Necesario será, para combatir a los enemigos de la Raza y la humanidad.

Jacob se volvió con aire sombrío hacia el globo luminoso, y vi aterrorizada que ya no había luz sino oscuridad. Algo más profundo que la oscuridad. Era la madre de todos los vacíos, la negación de la negación, el compendio de la desesperanza: el horror que había intuido esperándome fuera de mi primer Círculo.

Escudriñé su interior y vi diferentes caras. De nuevo, un noble armado con una espada, un clérigo y otros, todos hombres diferentes de los que había visto en la luz. Enemigos, pero extrañamente similares al mismo tiempo.

—¿Estos hombres también son de la Raza? —dije, consternada.

—Sí —contestó Jacob con voz y ademanes serenos, incluso meditabundos, mientras yo conseguía a costa de un esfuerzo descomunal impedir que mis rodillas flaquearan. Se volvió hacia mí y me dirigió una mirada de compasión.

—Pero ¿por qué...? —pregunté, y él se apresuró a contestar:

—Ellos temen lo que eres. La tragedia, señora, es que la mayoría quieren hacer el bien, pero hasta una fuerza tan poderosa como el amor, cuando está contaminada por el miedo, solo puede conducir al mal.

Una vez más clavó la vista en el terrible vacío. Su compasión me infundió fuerzas. Yo también miré el pozo, y la progresión de rostros, y pensé que nunca había visto nada tan penoso.

Y entonces, el vacío...

Perdonad, padre Michel, no me sale la voz. No puedo hablar. Os pido un momento para... No; estoy bien. No lloraré.

Entonces, el pozo se vació, aunque siguió remolineando ante mí, ominoso, a la espera. Un terror aún más grande se apoderó de mí cuando Jacob dijo a mi lado:

—Este es nuestro mayor Enemigo.

Y dentro del vacío se formó el cuerpo de un hombre, poco a poco, indistinto, como si un velo de niebla lo envolviera. Las facciones fueron lo

último en aparecer, y una espantosa sensación de horror descendió sobre mí.

—¡No!—grité—. ¡No! ¡No puedo mirar! ¡No puedo...!

Caí de rodillas y me tapé los ojos.

Jacob se acuclilló y susurró a mi oído:

—Debéis hacerlo, señora. Debéis hacerlo, de lo contrario estamos perdidos...

Pero no podía soportarlo. Ya había visto bastantes horrores por una noche. Seguí con las palmas apretadas contra mis ojos y me acurruqué sobre la hierba húmeda y las hojas. No sé cuánto tiempo permanecí así, arrodillada y temblorosa, pero cuando por fin abrí los ojos, Jacob y el vacío habían desaparecido.

El cielo también había cambiado, de noche oscura a la penumbra menos intensa de la hora que antecede al alba, y las estrellas habían empezado a desvanecerse. Ya no parecían imposiblemente brillantes, aunque nunca las había visto tan radiantes. Tampoco el bosque parecía luminoso como el día.

Me di cuenta, sobresaltada, de que la noche había pasado y de que mamá se levantaría pronto. Corrí a la cueva, pero Justin se había ido y el fuego estaba apagado. Por suerte, mi camisa, faldas y capa seguían en su sitio, dobladas con esmero, y la capa se había secado. Me vestí a toda prisa y corrí colina abajo hacia casa.

Mamá roncaba en su cama, y Noni también, como si no hubiera ido al bosque. Me desvestí y acosté a su lado, mientras intentaba calmar mi respiración.

No pude dormir durante la hora que Noni tardó en levantarse. Si bien Jacob había desaparecido, era como si ahora residiera en mi mente, y recibiera respuesta a todas las preguntas que me habían turbado desde mi primera visión, una tras otra. Recordé que había aparecido en la puerta de nuestra casa el último día de su vida, y había dicho: «Carcasona es un sitio seguro». «Señor —había gritado mi abuela—, ¡en Carcasona solo hay muertos y agonizantes!»

Pero de repente comprendí, a la luz grisácea que precede al alba, que no había hablado de la plaga, sino del mal al que nos enfrentábamos: las llamas prendidas por nuestros enemigos para destruirnos.

Cuanto antes fuera a Carcasona, antes se cumpliría mi destino.

Mi destino: Noni había estado en lo cierto. No aguardaba en el pequeño Círculo de nuestra aldea sino en otra parte, con la ayuda de los hombres que había visto en el interior de la esfera luminosa. Sobre todo, no aguardaba con Justin, sino con Aquel cuyo rostro jamás podría olvidar. Estaba decidida a encontrarle. Pues solo entonces salvaríamos a la Raza y derrotaríamos al Mal Supremo.

Ardía en deseos de contar a Noni todo lo que me había sucedido. Al mismo tiempo, sentía pena. ¿Cómo podía decirle que la abandonaría con mamá hasta el fin de sus días, que le negaría el derecho a traer al mundo a su bisnieta?

Cuando Noni se levantó por fin, no nos dijimos ni una palabra, mantuvimos un silencio indiferente mientras nos dedicábamos a nuestras labores matutinas. Mamá se despertaría pronto y sería estúpido hablar de lo sucedido por la noche, sobre todo cuando había tanto que decir. Habíamos anunciado con mucha antelación nuestro propósito de recolectar aquella mañana las últimas bayas de verano, en la propiedad del seigneur, que producía demasiado fruto para su diezmado hogar, y ahora estaba abierta a los siervos, a sabiendas de que mamá, aún abatida por la muerte de mi padre, se quedaría en casa como siempre.

Mamá despertó en un estado agitado, y dijo que no se encontraba bien. Cuando Noni y yo pasamos a su lado, con las cestas en la mano, camino de los campos, agarró mi brazo con fuerza inusitada.

—Quédate conmigo, Marie Sybille —suplicó—. Sé que mi enfermedad es grave. Necesitaré tu ayuda, y además, solo tu presencia me conforta.

Vacilé y miré de reojo a Noni. Como hija obediente, no debería negarme a los deseos de mi madre, pero confiaba en que mi abuela dijera a mamá que regresaríamos a casa cuanto antes.

Noni solo vaciló un instante. Entonces, para mi sorpresa, dijo en voz baja pero firme:

—Quédate con tu madre, Sybille. Te necesita.

¿Qué podía decir? No podía desobedecer ni a mi madre ni a mi abuela. Dejé mi cesta a regañadientes, y mi abuela se fue sola. En cuanto a mamá, la acosté y empecé a administrarle té para aliviar los dolores, por si acaso, aunque no tenía fiebre, solo una inquietante y extraña expresión en los ojos. El dolor ha vencido por fin la resistencia de sus nervios, decidí, pese a la poción somnífera calmante que había tomado antes de acostarse. Le di

más hierbas calmantes, después me senté en la cama con ella y trabajé en mi colcha de boda, mientras le contaba habladurías divertidas del pueblo para calmar su angustia.

Pero se mostró más inquieta a cada hora que pasaba, y no paraba de mirar por la ventana. Seguía a menudo su mirada, y solo veía la carretera polvorienta que conducía a Tolosa, y la gran ciudad que se alzaba al norte. Más cerca, al este, el castillo y los viñedos del seigneur. Cada vez que me levantaba para hacer algo, aferraba de nuevo mi brazo y suplicaba que me quedara a su lado.

A media mañana, estaba tan agitada que apenas podía estarse sentada.

—¿Qué pasa, mamá? —preguntaba yo una y otra vez, pero ella se limitaba a murmurar:

—Ya veremos, ya veremos.

Y continuaba mirando por la ventana.

Por fin, se levantó de la cama con asombrosa celeridad y me indicó que fuera a su lado. Apoyó un codo en el antepecho y señaló un punto en la distancia.

—Marie Sybille, tus ojos son mejores que los míos. Dime lo que ves.

Obedecí. A lo lejos, un carro tirado por dos caballos negros traqueteaba hacia nuestro pueblo, y detrás de él se alzaba una nube de polvo. Se fue acercando cada vez más, hasta que distinguí dos hombres en el pescante.

—¿Quiénes son? —jadeó mamá. Observé las espadas que colgaban de sus cintos, sus gorras y blusas idénticas.

—Guardias —dije, mientras me preguntaba qué asunto tan grave podía haberlos traído hasta nuestra humilde aldea. Entonces reparé en que un tercer hombre, vestido de negro, iba sentado en la parte posterior del carro—. Gendarmes y un clérigo.

A mi lado, mamá empezó a temblar con tanta violencia que las piernas le fallaron. La cogí justo antes de que cayera. Mientras la transportaba casi en volandas hasta la cama, aferró mis hombros y abrió los ojos de par en par.

—¡Eres mi hija, Marie Sybille! —gritó—. ¡Mi única hija! ¡Ya sabes que te quiero más que a mi propia vida!

—Lo sé, mamá, lo sé. Ahora, calla —la tranquilicé, mientras alisaba la manta sobre sus piernas flacas y la apoyaba contra una almohada, pero no se serenó.

Miré por la ventana, sin que mamá soltara mis hombros, y observé que el carro y los caballos se habían desviado hacia el este.

—Escucha, mamá —dije—, no debes temer nada. Han tomado el camino que va al castillo del seigneur. No vienen aquí.

Pero mis palabras no la calmaron.

—Te quiero, Marie Sybille. ¡Has de comprender lo mucho que te quiero!

—Sí, mamá, y yo también te quiero —contesté, temerosa de que tal vez se encontrara en las primeras fases de la fiebre cerebral, porque sus temblores y su agitación continuaban. No obstante, tenía frías la frente y las mejillas.

Volví a sentarme en la cama y cosí a su lado, mientras intentaba tranquilizarla y distraerla de su misteriosa afección. Se calmó un poco y guardó silencio por fin, sentada muy rígida contra la almohada, los ojos desorbitados y clavados en el mundo que había al otro lado de la ventana. Sus manos aferraban con tal fuerza la manta que tenía los nudillos blancos.

Al cabo de un rato lanzó un grito, y vi que estaba mirando por la ventana otra vez, a los guardias del carro, que ahora regresaban del castillo.

Me levanté y fui a la ventana.

—No pasa nada, mamá, ¿lo ves? Vuelven a la ciudad. No vienen hacia aquí... —Pero incluso mientras hablaba, un profundo terror se apoderó de mí. Porque en la parte posterior del carro no iba una persona, sino dos.

No podía distinguir detalles ni facciones, debido a la distancia, solo la impresión de que era un clérigo, y la otra persona, también vestida de negro, era una mujer. Pero todos poseemos la capacidad de reconocer a nuestros seres queridos, incluso en la distancia.

Antes de que pudiera volverme hacia mi madre, horrorizada, ella se incorporó a mi lado, agarró mi muñeca con fuerza sobrenatural y me obligó a mirarla.

—Solo porque te quiero tanto, Marie Sybille, he hecho esto —dijo—. Mira lo que he encontrado. ¡Mira lo que me ha hecho esa mujer!

Tan conmovida estaba en aquel momento que pudo arrastrarme hasta la cama. Sacó de debajo de la cama un objeto envuelto en seda negra raída. Lo arrojó sobre el colchón y abrió la seda para revelar su contenido.

Una muñeca, cosida con trozos de tela sin tinter y rellena de hojas y tierra. Era femenina, bordada para dar la impresión de pelo y facciones, toda de negro, puesto que yo había estado tejiendo y cosiendo con un hilo

más claro y me habría dado cuenta si faltaba algo. Atado a su pecho con cordel negro estaba el talismán dorado de Jacob, y una pequeña franja de tela negra le vendaba los ojos.

Negro: el color de la protección, cuando se lleva de forma voluntaria.

Negro: el color de la represión, de la sujeción, cuando no.

—Una maldición —siseó mamá—. Me maldijo, al igual que maldijo a tu pobre padre. Le asesinó, ¿lo comprendes? Pero ella no puede matarme. Soy una mujer cristiana, temerosa de Dios, y El me ha salvado para que te salvara a ti. Eso dice el padre André. Ella siempre ha querido corromperte, dulce Marie, y guiarte hasta el diablo. Siempre, pero no lo permitiré. Me sorprende que no me haya estrangulado mientras dormía...

Oía las palabras de mi madre, pero no encontraba la voz. Mi Noni, mi querida Noni, utilizar la magia para controlarme... Imposible. Pero la verdad estaba ante mis ojos, y mientras mi madre miraba desenvolví el talismán dorado que me vinculaba con Jacob y con aquellos que me habían servido siempre.

Entonces quité la venda. Al instante Vi, y lancé un grito de dolor y amor angustiado cuando supe lo que mi abuela estaba haciendo por mí. Por la Raza.

Encerré el talismán en mi mano y, sin una palabra de despedida, abandoné a mi madre para siempre.

Huí. Huí por la carretera de tierra hacia la gran ciudad de Tolosa, tan rápido como pude, hasta que los pulmones y las piernas me dolieron. Incluso entonces continué corriendo a toda velocidad, con la mente atormentada por terribles imágenes. De mi querida Noni, torturada por sus captores. De mi Noni, gritando de dolor sin que nadie la ayudara.

De mi Noni, retorciéndose entre las llamas, como aquellas pobres víctimas que habíamos visto mucho tiempo atrás en la plaza de Tolosa.

De mi Noni, que quería sacrificarse por mí.

Una voz, ronca y siniestra, susurró en mi mente, como si un ser invisible me hubiera hablado al oído:

El mismo destino te aguarda, si no corres a salvarla. La quemarán. Como algún día te quemarán a ti también, si no corres a la cárcel cuanto antes, la cárcel sepultada en las entrañas de Saint—Sernin...

Solo la idea me produjo un espasmo de miedo, y continué corriendo hasta quedarme sin aliento. Sin embargo, pese a mi agitación, me llegó el



recuerdo, diáfano y puro, de Noni diciéndome: «Confía en la Diosa...».

Y recé mientras corría. «Santa Madre de Dios, que tu paz descienda sobre mí. Guíame, permite que ayude a mi abuela como pueda. Enséñame la magia necesaria para protegerla de todo mal...».

Empecé a calmarme, y poco a poco tomé conciencia de la procedencia de la siniestra voz. Era la oscuridad que había visto en mi visión de la infancia, por segunda vez en el Círculo, y una tercera en mi iniciación, la oscuridad cuyo propósito era consumir la luz.

Basta, ordenó la voz de Jacob, y yo obedecí. Me detuve con tal brusquedad que tosí por culpa del polvo levantado. Y mientras abría más mi corazón a la Diosa, el instinto me decía que volviera sobre mis pasos, pero no por completo, porque conducían al pueblo, sino hacia el sur y el este, a Carasona... y a la seguridad. Me adentré en el bosque, donde me abrí paso entre árboles y arbustos, durante horas y horas, hasta que cayó la noche y la oscuridad, me obligó a parar.

Aun así, el dolor no me permitió conciliar el sueño durante largo rato. Cuando por fin me dormí, empecé a soñar...

En la ciudad, me arrodillé en el interior de una gran catedral que reconocí de mis visitas infantiles como la imponente basílica de Saint—Sernin, con las grandes puertas orientadas al oeste abiertas al sol de la tarde. A mi lado, en el santuario principal, había más personas de las que había visto en mi vida: monjas y monjes, por supuesto, pero también gente de todas las clases, campesinos, mercaderes y nobles inferiores, todos rezando y llorando.

En el altar ardían cientos de velas por los muertos. En los pasillos había penitentes tumbados de bruces, con los brazos y las piernas abiertos para formar una cruz romana, mientras murmuraban Padrenuestros y Avemarías, observados por un bajorrelieve de Cristo en toda su majestad. Algunos se flagelaban con correas de cuero erizadas de púas, con las espaldas en carne viva mientras rezaban.

Aun en mi desesperación, la visión de aquel santuario me llenó de admiración, con capacidad para albergar cinco mil almas, alto hasta tocar el sol. Y en algún lugar, bajo la belleza y la serenidad, mi abuela sufría. El cielo arriba, el infierno abajo.

Me trasladé a un punto alejado del altar, me arrodillé sobre la piedra fría y recé mi oración de antes: «Santa Madre de Dios, que tu paz

descienda sobre mí. Guíame, para que pueda ayudar a mi abuela...».

Repetí la oración una y otra vez hasta calmarme un poco. Con una sensación de amor y alivio me dejé conducir, paso a paso, hasta mi destino.

Había cinco naves cavernosas. Contemplé mis pies mientras caminaban hacia la tercera. Reparé en un pequeño crucero que conducía a la escalera, la cual descendía hacia un oscuro corredor que concluía en una puerta de madera tres veces más alta que yo y dos más ancha. Con la confianza del que sueña, atravesé la madera como si fuera un fantasma.

Dentro había un joven alto y musculoso que tal vez me doblaba la edad, con un bigote de color canela, como también el pelo. Blandía una espada con aire amenazador.

Pasé por su lado y entré en un pasillo de piedra oscura.

Al final, tras unos barrotes de hierro, estaba mi Noni.

Se alegró tanto al verme que derramé lágrimas de felicidad, aunque intuí que ya la habían torturado y que sufría dolores. Pero así son los sueños a veces, y no siempre vemos con claridad.

—Sibilla —dijo, y extendió las manos entre los barrotes.

Se las cogí y me senté, como si los barrotes se hubieran fundido y no se interpusiera nada entre nosotros, ni distancia ni paredes, ni siquiera la edad y los cuerpos que nos alojaban en esta vida.

—¿Por qué, Noni, por qué? ¿Por qué me escondiste mi Visión?

—Hija —contestó sin dejar de sonreír—, ¿por qué me haces preguntas cuya respuesta ya conoces?

Era verdad. De haber conocido el peligro, hubiera insistido en ir con Noni a los huertos del seigneur para protegerla. No habría permitido que subiera a la carreta ni entrado en la cárcel sola. Insistí:

—¿Has de estar aquí? Puedo venir con Justin y Mattheleine, y encontraremos una forma de liberarte, encontraremos una forma...

—Investiga en tu corazón —dijo Noni, y por un momento pareció infinitamente joven.

La vi como debía haber sido de joven, con el cabello lustroso y oscuro, los labios carnosos y rojos, hermosa de pies a cabeza. Y derramé amargas lágrimas.

—Ay —dijo Noni—, ya ves que no puedes negar a la Diosa. Ella te ha dicho lo que ha de suceder.

—Pero no puedo permitir que te hagan daño. Tiene que existir otra forma —susurré.

—En verdad existe, y sabes tan bien como yo adonde conduce el camino de la salvación. A la muerte de todos nosotros, hija. A la extinción de la Raza, que con el tiempo llevará a la destrucción de todos los hombres. ¿Cómo podríamos vivir sabiendo que compramos unos pocos años de felicidad a ese precio? —Apoyó una mano firme y tibia sobre mi mejilla húmeda. Os aseguro que esa caricia no fue un sueño, porque yo la sentí, tan cierto como que ahora siento el dolor de los golpes del torturador—. Soy feliz con mi elección. Tomé la decisión el día que naciste, cuando la Diosa me mostró mi destino y el tuyo. El tuyo es más duro, Sibilla, porque ahora has de aprender a ser más humana. —Hizo una pausa y retiró la mano—. Y has de encontrarle, porque solo tú puedes salvarle del Mal que nos amenaza. Solo tú puedes enseñarle a Iniciarse tal como los dos estabais destinados. Una vez unidos, Dios y Diosa son los mayores poderes, y el Mal no puede derrotarles.

»Ahora, apresúrate a seguir tu camino —continuó—, y procura no volver a casa, porque tu pobre madre ha caído en las garras del Enemigo y representa un peligro para ti. Toda tu magia no puede salvarla. Que la Diosa te bendiga y derrame sobre ti todos sus dones. En ti se multiplicarán por mil.

—¡No puedo dejarte sufriendo así! —insistí, pero daba igual. Ella ya me había dejado, y me desperté sentada en la oscuridad, con el regazo lleno de hojas secas de otoño.

Durante tres días crucé el bosque, guiándome por el sol y los impulsos de mi corazón. Dicen que el patriarca Jacob peleó con Dios en la forma de un ángel. Bien, en aquellos días peleé con la Diosa en cierta manera, rezando con fervor a cada paso que daba, como una suplicante que se aferra a la pierna de su benefactor y no la suelta hasta que su petición es atendida. No sentía nada por Noni, obra de su magia, imagino, para ahorrarme más dolor.

Hasta la tarde del tercer día. Fatigada, caí dormida bajo un bosque de robles, y desperté con el corazón acelerado cuando la Visión se apoderó de mí.

Estaba en la gran plaza a la sombra de la basílica de Saint—Sernin. En la plaza habían habilitado una berma, y sobre esa berma habían clavado postes. Hacia los postes estaban conduciendo prisioneros encadenados.

Dejé escapar una exclamación ahogada, pero estaba tan impresionada que no salieron sonidos ni lágrimas.

Había varios prisioneros, de eso estoy segura. Pido disculpas a sus espíritus por mi falta de compasión y atención, porque aquel terrible día solo vi a un ser, lastrado por sus pesados grilletes y conducido hasta su destino final:

Noni.

Mi adorada Noni, despojada de toda vida y belleza. Ya no existía la robusta matrona que yo había conocido. Una débil anciana ocupaba su lugar. Habían rapado su largo y reluciente cabello, negro como el azabache con algunas mechas plateadas, y en su lugar aparecía una capa irregular que se había vuelto blanca casi por completo desde la última vez que la había visto. Tenía las mejillas hundidas, porque le habían roto casi todos los dientes, y sus ojos estaban tan hinchados que había perdido la vista. Ignoro cómo la reconocí, porque hasta su cuerpo se había alterado de una forma horrible: las piernas arqueadas, los brazos colgando.

Todos los prisioneros estaban encadenados entre sí por los tobillos y las muñecas, y los guardias les obligaban a seguir andando. En una ocasión Noni, que era la más débil, tropezó y cayó. El guardia la puso en pie y le propinó un puñetazo en la espalda que casi la derribó de nuevo.

Cuando por fin la desencadenaron del otro prisionero y le ordenaron arrodillarse en la pira, se dejó caer con un profundo suspiro de aceptación, como si hubiera dejado atrás lo peor de sus sufrimientos y lo que quedara fuera mera formalidad. Dos verdugos se paseaban entre los prisioneros, y uno se acercó a Noni. Aflojó con una llave el grillete de un tobillo, y la colocó de forma que la estaca quedara entre sus pantorrillas antes de volver a ceñir el grillete. Hizo lo mismo con las cadenas de sus muñecas: las aflojó, pasó los brazos a su espalda (ella hizo una mueca de dolor) y volvió a asegurar los grilletes.

Esta medida imposibilitaba la huida, incluso para alguien fuerte, pero no era suficiente, porque aún existía la posibilidad de que se desmayara o cayera hacia las llamas, y muriera de prisa. Para impedirlo, el verdugo ató su torso varias veces con una cuerda, con el fin de mantener recta la espalda y asegurar que la muerte se produjera tras la agonía del fuego.

En cuanto hubo terminado, el segundo verdugo llegó y rodeó de leña a mi abuela arrodillada, y luego de troncos para conseguir una hoguera rápida y eficaz.

En ese momento Noni empezó a cantar:

Diana e la bona Dea,  
Diana e la bona Dea

Las palabras eran confusas, poco claras, pero agucé el oído hasta entenderlas. Las siguió repitiendo con orgullo, un canto mágico, tal vez, y una declaración, que nunca había osado hacer en público o en su propio hogar.

Por fin, la muchedumbre también la entendió y empezó a abuchearla. Alguien arrojó una piedra que le rozó la mejilla. Noni sonrió, reveló sus encías ensangrentadas y siguió cantando con voz débil:

Diana es la buena Diosa, la Santa Madre.  
¡Salve, Diana, la bona Dea!  
La que siempre ha sido  
la Madre de Dios.

Arrojaron una segunda piedra, y una tercera. Las dos erraron su blanco. Los gendarmes amenazaron a los fanfarrones con sus espadas. El populacho se calmó al instante, aunque algunos continuaron abucheando a Noni.

Daba la impresión, no obstante, de que Ana Magdalena no les oía. Sin dejar de cantar, alzó la cabeza hacia el cielo. Por estragado que estuviera su rostro, se lo veía radiante. Luego se volvió hacia uno de los clérigos sentados en una plataforma cercana. Intenté distinguir sus facciones, pero la figura iba cubierta con una capa y estaba escondida a la sombra. Ana Magdalena le cantó:

Diana e la bona Dea,  
Diana e la bona Dea.  
Domenico, tú que rompiste el vitral de la catedral hace tanto tiempo,

tú, la brisa traicionera el día que nació la niña,  
tú, el cuervo de aquella fría mañana de verano,  
piensas que tu odio ha vencido por fin.  
¿No lo entiendes? Solo ha permitido que el Amor venciera de  
nuevo, para ser  
más fuerte que antes.  
La victoria es nuestra, no tuya.  
Vuelve tu corazón hacia la Santa Madre una vez más y encuentra  
la paz...

¿Qué puedo decir sobre la muerte?

Nos han hablado de santos y héroes que, atravesados por flechas, crucificados cabeza abajo, arrancados sus ojos de cuajo, no gritan sino que dan una bienvenida jubilosa a su fin, los rostros embelesados. Os digo ahora que no son más que cuentos, que no hay dignidad ni clemencia en una muerte dolorosa, ni valentía ni belleza. Los mortales chillamos como cerdos.

Así pasó con Noni, al principio, pues en cuanto la leña prendió las llamas lamieron los pies de los prisioneros. Casi todos empezaron a chillar al unísono, pero Noni no silenció su cántico hasta que los troncos prendieron. Entonces lanzó chillidos de angustia.

Como Jacob, me encomendé a la Diosa y recé con todo mi ser: «Quítale el dolor. Quítale el dolor, y dámelo a mí».

No había ninguna magia en ello. Ni encantamiento, ni conjuro, ni cántico, solo pura voluntad. Voluntad combinada con amor, y tal vez esa sea la magia más grande, porque al punto me consumió una agonía como no había conocido en mi vida, y me arrojé al suelo chillando, satisfecha por la rápida respuesta obtenida y empujada a la locura por el dolor.

Todos hemos tocado, por accidente o desconocimiento, calderos al rojo vivo. Tanto es el dolor que el brazo, mano o dedo afectado, incapaz de soportarlo, se retira al instante. Luego, el sufrimiento es tan intenso que los niños aprenden enseguida a no repetir el error. ¿Cómo puedo describir la sensación de sumergirse en fuego? El cuerpo se retuerce, incapaz de escapar de un dolor insufrible, un dolor que embota todos los pensamientos, todos los sentimientos, todos los recuerdos, hasta que solo existe el dolor...

Mi voz se unió a la de las víctimas en un coro incesante de aflicción cuando las prendas interiores se transformaron en cenizas dejando al descubierto la piel enrojecida. El fuego consumió la tela hasta los hombros, después pasó del cuello y la barbilla al cráneo, donde estalló en una llamarada de Pentecostés. Todo el pelo desapareció en un instante espectacular, solo quedó el cuero cabelludo enrojecido, que al punto se cubrió de ampollas, las cuales se ennegrecieron, para teñirse de rojo una vez más...

Pero a pesar de mis sufrimientos, caí en la cuenta de que la voz de mi abuela no se oía con las demás, y la miré con ojos anegados en lágrimas.

Noni se había convertido en una tea viviente. No era una figura carbonizada y patética como los demás prisioneros, sino la encarnación viviente de la Divinidad, una mujer joven, hermosa, fuerte, incandescente, rodeada de cabellos y llamas entrelazados, los cuales formaban un halo dorado. Comprendí que no estaba viendo a una santa sino a la Diosa en carne y hueso, la Diosa sonriente, triunfante, y mis lágrimas de dolor se convirtieron en lágrimas de alegría.

Habló, con una voz que fue la música más melodiosa que he oído en mi vida, al Enemigo que la miraba sentado:

—Crees que has vencido, Domenico, pero aquí está la magia: la victoria es nuestra...

Ignoro cuánto duró mi tormento físico, pues llegó en un momento en que estaba demasiado débil para chillar, para susurrar, y me había quedado ciega. La agonía se había transformado en un profundo dolor en el centro de mi ser.

Pero llegó el momento en que mi abuela murió por fin, pues al principio el dolor aumentó de repente. Luego, sentí que su espíritu la abandonaba. De hecho experimenté una extraña oleada de calor, como si hubiera penetrado en mí.

Ella, y Algo más grande...

Debo confesar que, en aquel momento, no entendí con el intelecto lo sucedido. Pero mi corazón y mi intuición habían comprendido muy bien que el sacrificio de Noni por mí, y en cierta forma, mi sacrificio por ella, había sido un intercambio necesario, de lo contrario habría luchado por impedir su muerte con todas mis fuerzas. Pero aquel día Vi que su forma de morir había sido un gran honor, un destino que había abrazado de buen grado: morir sin dolor y triunfante.

Con esa certeza llegó la aceptación, y la paz, cuando los últimos rayos del sol tiñeron de coral las nubes, y me sentí confortada por la presencia de la Diosa y el espíritu jubiloso de Noni.

Pero yo también soy humana. Y cuando cayó la noche, ya no sentí la presencia de Noni y Diana, y el dolor se apoderó de mí. Me levanté y eché a correr. Corrí hasta que el bosque se transformó en montaña y de nuevo en bosque, hasta que ya no pude moverme y me derrumbé sin aliento sobre piedras, hojas y tierra de rico aroma.

A veces el destino es amargo.

Sobre mí pasaban negras nubes, preñadas de truenos que despertaban ecos en las montañas. Cuando por fin se desató la tormenta de verano, yo también me desaté y lloré con la lluvia.



# Tercera Parte

## Michel

CARCASONA, Octubre de 1357

# 10

Después de vísperas, Michel regresó al cuarto del padre Charles y encontró a Thomas esperando en la puerta.

—Buenas noticias —dijo Thomas, aunque su tono lúgubre significaba cualquier cosa menos eso. La luz de las antorchas se reflejaba en su frente despejada, a la que se pegaban mechones de cabello claro, oscurecidos por una sombra de sudor—. Acabo de hablar con el obispo. Ha concedido permiso provisional a vuestra ordenación, que se celebrará hoy. Una carta anunciando el acontecimiento se enviará al arzobispo de Tolosa. Está prácticamente hecho. Por supuesto —añadió con orgullo—, Chrétien dará la aprobación final porque yo lo he pedido.

Michel suspiró, pero no de alivio. Thomas jamás hubiera accedido a ayudarlo si conociera las intenciones de Michel en relación a Sybille, la madre Marie Françoise, se corrigió al instante.

Thomas indicó la puerta con un movimiento de la cabeza.

—Lamento comprobar que su estado es tan lamentable como el de mi pobre escriba —dijo con tristeza—. De todos modos, nadie más ha caído enfermo, loado sea Dios. —Calló mientras ambos miraban a Charles, tumbado contra las almohadas con rostro ceniciento e inmóvil—. Es duro verles sufrir tanto. Hemos de rezar, hermano. Hemos de rezar con el corazón.

Apoyó una mano en el hombro de Michel.

—Al menos, no está peor que anoche —dijo Michel, aunque el aspecto de Charles no había mejorado. Era imposible adivinar si estaba reuniendo fuerzas o agonizando, porque continuaba inmóvil como una piedra e igual de gris. Solo el lento movimiento de su pecho al respirar le distinguía de un cadáver.

Al cabo de una pausa, Thomas se volvió hacia él.

—La abadesa. ¿Ha ido bien hoy?

Michel bajó la vista. En verdad, había sido desastroso. Su historia le había intrigado y fascinado, sobre todo el relato de su iniciación. Solo después de abandonar su celda comprendió que, según las prescripciones de la Iglesia, había sido un ritual satánico, y ella había confesado sin ambages que su destino era realizar magia sexual con su «señor».

No obstante, se había conmovido cuando ella narró la muerte de su abuela. Conocía demasiado bien el sufrimiento de la anciana, fuera o no hereje, y estaba claro que Sybille, o sea, la abadesa, la había querido de corazón y aún sentía un gran dolor.

El carcelero llegó para anunciarle que había anochecido y que el padre Thomas se había marchado mucho rato antes. Michel había resumido con rapidez a la abadesa la esencia de su herejía, y la había urgido a arrepentirse y aceptar a Cristo. Ella le había contestado con silencio.

Silencio y aquella mirada magnética.

Luego había insistido en que al día siguiente hablaría de su «Amado». Michel se había negado de nuevo, indicando que la investigación giraba en torno a ella, y a nadie más, y que solo quedaba tiempo para oír su historia.

Ella se había refugiado en el silencio una vez más.

Incluso ahora experimentaba la misma extraña mezcla de fascinación e irritación, al recordar con qué inocencia se había referido al «viejo caballero» en su visión. Tal vez sus orígenes fueran campesinos, pero era de Tolosa, donde todo el mundo conocía a los caballeros templarios. Le había llamado «Jacques». Seguramente habría oído hablar del jefe de la orden martirizado, Jacques de Molay.

Lo cual sugería que la orden todavía existía, y que la abadesa se había puesto en contacto con ella, pues los templarios habían practicado la magia más depravada y abominable. O al menos eso había proclamado el rey Felipe el Justo un siglo antes, y por consiguiente la orden había sido disuelta, y De Molay (y muchos otros que no habían logrado escapar a tiempo del país) ejecutado en la hoguera.

Y cuando había incluido en su historia al anciano caudillo de corona dorada... Oso. Artos. Arturo... También había un grupo de caballeros en esa leyenda.

Locura en el mejor de los casos, blasfemia en el peor. De todos modos, no podía por menos que encontrar intrigante la historia...

Con repentina desazón, censuró esa línea de pensamiento. Al menos, su historia plasmaba a una mujer de noble carácter y buen corazón, por no hablar de una determinación que le había permitido pasar de sierva a poderosa abadesa. Le recordaba mucho al mal aconsejado Saulo, un alma bienintencionada que dedicó la primera parte de su vida a perseguir cristianos con gran celo.

¿Quién podía afirmar que no se convertiría y llegaría a ser otro san

Pablo, una gran fuerza del bien dentro de la Iglesia?

—No puedo decir cómo fue —dijo a Thomas, eligiendo las palabras con cautela—. Lo que la abadesa me dice no es tanto una confesión como una fantasía, pero ha admitido que no es cristiana. —No mencionó que su intención era utilizar esa admisión para demostrar que no era relapsae.

El padre Thomas palmeó el brazo de Michel con gesto tranquilizador.

—Continuad vuestra buena obra, Michel. Si ella considera que puede confiar en vos, a la larga revelará lo que asegurará su condena. Sabía que hacía bien al depositar mi confianza en vos. —Hizo una pausa—. Rigaud también me dijo que el cardenal Chrétien viene hacia aquí.

—¿De veras?

Michel frunció el ceño. Se trataba de algo inusitado. Técnicamente, como jefe de la Inquisición, Chrétien podía tomar el control de cualquier procedimiento, y era el cardenal que había presidido la detención de la madre Marie. No obstante, la costumbre dictaba que el obispo local debía responsabilizarse del asunto: Rigaud, que afirmaba seguir los dictados de Chrétien.

Thomas asintió con semblante sombrío.

—Llegará pasado mañana. Está... muy preocupado por la enfermedad del padre Charles y desea que el caso de la madre Marie Françoise se lleve con la mayor corrección. Las ejecuciones han de tener lugar el día posterior a su llegada.

—¿Las ejecuciones? —repitió Michel, anonadado—. Thomas, no creeréis la afirmación de Rigaud en el sentido de que mi padre ya ha decidido la suerte de la abadesa. Yo estaba en el estrado antes de las ejecuciones. Vi lo que hizo al prisionero. ¿Cómo puede decir alguien que fue obra de Dios o del diablo?

Una expresión de desagrado se dibujó en las facciones de Thomas.

—Sois mucho más idiota de lo que pensaba. ¿Cómo es posible que Chrétien os haya educado y sigáis siendo tan ingenuo en lo concerniente a las maquinaciones políticas de la Iglesia? —Hizo una pausa—. Recuerda que el mismísimo Papa fue amenazado, y eso...

—Eso aún hay que demostrarlo —replicó Michel, pero antes de que pudiera terminar la frase Thomas alzó la voz y ahogó las últimas palabras del monje.

—Haréis lo que se ha ordenado y la declararéis culpable.

Siguió un largo y tenso silencio, al final del cual Michel bajó la vista,

con su habitual y reticente humildad.

—Procuraré trabajar con la mayor presteza —dijo. Y rezaré para que no haya ejecuciones..., pensó.

Cuando cayó la noche, se presentó el padre André, y debido a su insistencia Michel se vio obligado a quedarse en el cuarto de invitados contiguo al del padre Charles, más cómodo que las celdas de los monjes. La falta de sueño de la noche anterior y las tensiones del día habían eliminado toda resistencia a la comodidad. Cuando Michel se tumbó sobre el suave colchón de plumas y la mullida almohada, cayó dormido al instante. Y mientras dormía, soñó...

Su mejilla estaba apoyada contra un hombro firme, cubierto de lana y que olía a moho, y tenía la cara vuelta hacia un cuello bronceado y nervudo al que aferraba con manos pequeñas, manos infantiles. Aspiró un olor curiosamente familiar a sudor, cabello recalentado por el sol y caballos. Brazos fuertes le llevaron en volandas por un espacioso pasillo de piedra, con las paredes cubiertas de tapices ribeteados de oro.

Les precedía un sirviente armado con una espada que colgaba de su cinto. De repente, el sirviente se detuvo ante una puerta alta y arqueada de madera, chapada de hierro negro, y levantó un pesado pestillo de madera. Cuando la puerta se abrió, entró e indicó al hombre que sostenía al niño que entrara.

Dentro aguardaba una dama de compañía arrodillada, con la cabeza tan gacha, cubierta con una toca de seda, que no se le podía ver la cara. La habitación estaba amueblada con enormes sillas y una gran mesa, varios candelabros de plata, almohadones de terciopelo escarlata y más tapices.

Dos arcadas conducían a otras estancias, pero los hombres no estaban interesados en ellas. El que sostenía al niño se rezagó, mientras el sirviente desenvainaba la espada y abría con cautela una puerta pequeña que acaso daba acceso a un gabinete. Entró con paso vacilante e indicó a los demás que le siguieran.

Cosa sorprendente, la habitación era más grande que la anterior, de paredes encaladas, revestidas de madera y pintadas en delicados tonos rosa. Una pared entera estaba cubierta con madejas de hilo grueso, en tonos escarlata, azafrán, añil y verde bosque. En una esquina se alzaba un enorme telar, con un tapiz a medio terminar: mujeres que cogían naranjas de un

árbol. El olor, aparte de un tenue aroma vegetal procedente de los tintes, era maravilloso. El suelo de piedra estaba sembrado de lavanda, poleo, romero y los pétalos caídos de jarrones con rosas rojas y blancas.

Una mujer estaba sentada en mitad de aquel ambiente espectacular, de espaldas a ellos ante un torno de hilar. Al oír su entrada, no reaccionó hasta que el hombre habló.

—Mi señora Béatrice, os he traído a vuestro hijo.

Entonces la mujer se volvió hacia ellos, con una expresión atterradoramente inexpresiva, pero al ver al niño su rostro se iluminó de alegría. Era una mujer hermosa, de rasgos delicados y cincelados como los de una estatua romana, y piel pálida y suave. Su cabello dorado estaba recogido en trenzas y ensortijado en las orejas, y sus ojos eran de un verde profundo. Llevaba una camisa de lana color crema bajo un vestido de seda lavanda.

Se levantó sin decir palabra, se arrodilló y abrió los brazos. El niño se debatió contra el pecho de su padre, con el deseo de correr hacia ella, pero su padre le contuvo y el criado se interpuso entre la mujer y su hijo.

—Ya conoces la norma, Luc —dijo su padre—. Has de estar a mi lado en todo momento. ¿Comprendido?

—Lo prometo, papá —contestó el niño con voz aguda.

Su padre le depositó en el suelo, pero apoyó una manaza en su hombro, como dispuesto a retenerle.

Mamá ladeó la cabeza, de una forma siniestra y sinuosa, y miró a su marido con ojos entornados iluminados por algo salvaje, depredador. Luc pensó que brillaban como los ojos de un gato en la oscuridad.

Al mismo tiempo, papá habló con forzada alegría.

—Luc, ¿por qué no cantas lo que el tío Edouard te enseñó esta semana?

La señora Béatrice bajó los brazos poco a poco, con tal desdicha en sus hermosas facciones que Luc quiso llorar. Al instante cantó la canción indicada, una melodía triste de las Cruzadas, de un pobre peregrino que se adentra en una tierra hostil, tal vez para no regresar jamás.

*Chanterai por mon coraige  
Que je vuil reconforter  
Ne quier morir n'afoler*

*Quant de la terre sauvage  
Ne voi mais nul retourner.*

Mientras cantaba con excelente voz, vio que su expresión se hacía más melancólica y agitada. Por fin, para su horror, mamá empezó a llorar y se precipitó hacia él.

Al punto, papá levantó al niño, lejos del alcance de la mujer.

—Ya basta. Tu madre necesita descansar.

Y salió a toda prisa de la habitación, mientras el criado impedía que mamá la siguiera. En cuanto el sirviente escapó, cerró la puerta con el pestillo, pero Luc oyó que la mujer gritaba su nombre con voz plañidera:

—¡Luc, mi Luc...!

No pronunció ni una palabra más, pero mientras su padre atravesaba con él la cámara de la dama de compañía y salía al pasillo, su voz se convirtió en un aullido feroz.

—¡Luc...!

Y Luc lloró porque no entendía por qué la vida no podía ser más amable y sencilla, por qué su madre vivía separada de ellos, por qué no podía correr hacia ella cuando le sonreía y abría los brazos. Lloró y hundió la cara en el cuello de su padre, mientras salían a una antesala (con el hogar encendido para calentar el pasillo) que comunicaba la cámara del señor con la de la señora. Su desdicha se acrecentó cuando comprendió que su padre estaba preocupado por algo más que su atormentada esposa. La aflicción flotaba en el aire como humo, y el niño, más sensible que cualquier adulto, leía ojos y caras, manos y cuerpos, oía todas las palabras no verbalizadas.

Aunque nadie hablaba a Luc de ello, sabía que los adultos se estaban preparando para un acontecimiento inminente. Su padre llevaba su mejor manto, sujeto con un broche de oro y rubíes, sobre una blusa de seda azafrán. Luc lucía también sus mejores galas: una blusa y pantalones que ya eran demasiado cortos, y unas zapatillas de caballero de punta curvada hacia dentro, demasiado grandes.

Una larga travesía a través de habitaciones invadidas de amargura, y después a las escaleras de fuera. Al cabo de un rato, el pequeño Luc se encontró en una vasta sala de techos altos, a una mesa colocada sobre una plataforma que dominaba dos docenas más de mesas llenas de comensales,

señores y damas, cien caballeros vestidos con limpios sobrevestes blancos bordados con un halcón y rosas. A la cabecera de la gran mesa se sentaba su padre, de cabello castaño rojizo, con feroces cejas de un rojo tan oscuro que casi parecía negro. Luc estaba sentado a tres sillas de distancia, a la derecha de su padre.

La silla era demasiado grande para él, apenas podía llegar a la gruesa rebanada de pan que servía de plato y a la copa de plata llena de hipocrás, el mejor vino especiado de la casa. Tomó un sorbo y sonrió. Una familiar sensación de alegría se agitó en su interior al olfatear la comida que empezaba a llegar: anguilas y pescado guisados, carnero asado, liebres a la parrilla con vinagre y cebollas, guisantes al azafrán y un guiso de puerros con jamón, crema y migas. A su lado, Nana cortaba la carne con su cuchillo y lo dejaba sobre el pan de Luc.

—Recuerda que debes comer trocitos pequeños —susurró sobre el sonido de las arpistas—, y masticar con la boca cerrada. Y esta vez, haz el favor de recordar que debes utilizar la cuchara para coger los guisantes y puerros.

Al oír su voz, extraña y familiar al mismo tiempo, levantó la vista. Era una matrona de cabello gris sujeto con trenzas y rizado, contenido dentro de una toca con un largo velo blanco, sujeto con firmeza por debajo de la mandíbula para alzar una doble papada. Su manto era un impresionante brocado de púrpura oscuro sobre lila. «Al infierno el negro —solía decir Nana—. Vestí de viuda durante toda mi juventud. Ahora que solo soy una vieja, haré lo que me dé la gana.» A veces su carácter era duro, pero su corazón era blando como su regordete cuerpo de generoso busto. Y Luc, que compartía su cama y pasaba con ella más tiempo que con sus padres, estaba satisfecho de ser el objeto de su mayor afecto.

—Nana —musitó al ver a su abuela, pero otra voz de la mesa ahogó la suya:

—Hemos de dar ejemplo —dijo el arzobispo. Sus ojos estaban inyectados en sangre; su cara, fofa y redonda—. Hemos de recordar a la gente del Languedoc que la Iglesia ya no tolera ninguna forma de herejía. Y creo que necesitan que se les refresque la memoria. Con tantas enfermedades y las malas cosechas de los últimos tiempos, exigen una razón, alguien a quien culpar. ¿Quién puede negar que tal vez Dios nos está castigando?

»La herejía es como una mala hierba. Se esparce deprisa, con las



raíces escondidas. Se pensaba que De Monfort había matado a todos los cátaros y que el rey Felipe el Justo hizo lo propio con todos los templarios. Pero en verdad acechan entre nosotros...

Detrás de Luc, habló una voz en tono casi burlón.

—¿Los templarios? Pensaba que habían muerto todos o huido a Escocia.

—¡Tío Edouard! —gritó Luc, y antes de que Nana pudiera agarrarle por la blusa, giró en su silla, casi la volcó y se lanzó en brazos de su tío.

—¡Uf! ¡Edouard Luc! Creo que este es el último año que podré levantarte —dijo Edouard.

Si la madre de Luc fuera un hombre, sería idéntica a su gemelo Edouard, con los mismos asombrosos ojos color malaquita y hermosas facciones, pero con una mandíbula más cuadrada, cejas más pobladas y cabello dorado veteado de rojo, el color del cobre batido. Edouard devolvió a su sobrino a la silla, y después se giró hacia su cuñado, que se había levantado.

—Seigneur De la Rose —dijo Edouard e hizo una reverencia. Cuando el padre de Luc avanzó sonriente hacia él, añadió—: Paul, ¿cómo estás, hermano?

—Bien —contestó Paul, cuando ambos se abrazaron con afecto.

Luego Edouard retrocedió y buscó una respuesta en los ojos de su cuñado, claramente negativa, porque los ojos de Paul eran evasivos. Un oscuro destello de decepción cruzó la cara de Edouard. Se sentó.

—Mis disculpas, su santidad. Os ruego que continuéis...

—Fueron los templarios —dijo el arzobispo— quienes trajeron la magia del diablo desde Arabia, cuando en teoría fueron a proteger a los peregrinos y a combatir a los sarracenos en Tierra Santa. Sí, algunos eran nobles, al principio, y se sacrificaron por reconquistar el Templo de Jerusalén para la cristiandad, pero la verdad es... —El anciano se inclinó y su voz se convirtió casi en un susurro—. Algunos descubrieron debajo del templo documentos mágicos, escritos por el mismísimo Salomón, una fuente de inestimable poder. Y lo que averiguaron lo compartieron con los judíos y las brujas, como parte de la conspiración universal del mal.

—No sabía que las brujas aprendieron magia de los templarios —dijo Nana—. Pensaba que la habían heredado de las antiguas costumbres paganas anteriores a los romanos.

—En parte —admitió el arzobispo—, pero las mujeres son veleidosas,

y así como pasan de dios pagano en dios pagano, y de conjuro en conjuro, roban magia de todas las fuentes disponibles. En cualquier caso, todas proceden de una sola fuente: Lucifer, que es su dios, con independencia del nombre que utilicen para invocarle. Y si bien los templarios preferían las orgías satánicas solo con hombres, los templarios y las brujas gozaban, y todavía gozan, de la posibilidad de... ¿cómo decirlo con delicadeza? Relacionarse.

El padre de Luc tenía los ojos clavados en el plato y comía durante el discurso del arzobispo. Cuando terminó, alzó la vista y dijo, sin convencimiento ni desaprobación:

—En efecto.

Nana sonrió al arzobispo y no dijo nada, pero Luc notó que estaba tensa, y se dio cuenta de que tanto ella como su padre detestaban a aquel hombre. ¿Por qué fingían todos darle la razón al arzobispo, cuando no era así?

De pronto, el arzobispo estaba cruzando el gran salón entre los comensales arrodillados, con Paul de la Rose a su lado. Nana y Edouard les seguían a respetuosa distancia, con Luc entre ellos, que cogía la mano izquierda de su abuela y la derecha de su tío.

Luc notó en la mano de Edouard calor, fuerza y cierto pesar, lo cual significaba que había ido a ver a su gemela Béatrice antes de ir a cenar. Edouard amaba con locura a su hermana, así como al único hijo de esta. Y Luc, que lo sabía, devolvía ese amor con idéntico fervor.

Pese a cualquier tristeza, el tacto de Edouard siempre era igual: lleno de alegría. No se trataba de una euforia desaforada, sino de una felicidad firme y decidida, aun enfrentado a la tragedia, de un hombre que sabía lo que creía, y que creía en algo maravilloso y bello.

Hoy, hasta esa alegría estaba contaminada por algún horror no verbalizado, el mismo temor mudo que emanaba de la mano de Nana. Estaban llevando a cabo una interpretación impecable para el arzobispo y los comensales, todos adultos, pero no podían engañar a un niño.

De pronto estuvieron fuera. Luc, sentado en una silla dorada frente a su padre, a lomos del magnífico corcel negro de Paul. Delante, a cierta distancia, los ayudantes acomodaron al arzobispo en un chariot de cuatro caballos, con la madera recubierta de cuero blanco y dorado, en el cual se habían grabado los símbolos de la cristiandad, así como el emblema de la familia del arzobispo. Un tapiz a juego de brocado blanco bordado con hilo

de oro hacía las veces de dosel, mientras el anciano apoyaba sus frágiles huesos contra almohadones de terciopelo escarlata. Imágenes veloces:

Una ruidosa plaza pública, el murmullo de miles de voces. El susurro de su padre en su oído: «Recuerda siempre lo que estás a punto de ver y oír. Y deja que te recuerde, en cualquier circunstancia, que has de refrenar tu lengua».

Subiendo a una plataforma de madera, donde aguardaban cuatro hombres: dos vicarios, un monje y un sacerdote llamado Pierre Gui. Debajo, en el centro despejado de la plaza, postes de madera sobresalían del suelo.

Un cielo rutilante, azul, tan penetrante como la mirada de su padre. Luc temblando mientras aferraba la mano de su padre y contemplaba las llamas, llamas del color de la sangre, llamas que transformaban hombres vivos en estacas carbonizadas y ennegrecidas.

Luc había vuelto la cara, pero su padre le obligó a mirar sin decir palabra.

Y había mirado. Y cuando todo el mundo murió por fin y los guardias rompieron en pedazos los cuerpos carbonizados con atizadores, para que quemaran con más rapidez, había regresado al castillo con su padre y su tío para tomar una cena ligera. Apenas pudo comer, y luego vomitó.

Mareado y débil, se aovilló en su lugar favorito, el antepecho de una ventana que ofrecía una vista estratégica de los patios del castillo, y de la tierra que se extendía al otro lado de sus muros. El sol había calentado la pequeña habitación situada entre los aposentos del señor y la señora. Mientras Luc dormitaba, oyó discutir a su padre y su tío:

—Entonces, no has dicho nada al chico.

—Es mi hijo, Edouard, no el tuyo, ni de tus queridos templarios.

La voz de su tío, más baja pero todavía audible:

—Por el amor de Dios, Paul, los criados pueden oírte. Además, los nombres son irrelevantes. Ya te he dicho que no soy más templario que cátar, moro o cristiano. Tal vez los cuatro a la vez, o ninguno. La verdad es la verdad, por más etiquetas que le pongas. Y la verdad es que tu hijo...

—Mi hijo, recuerda.

Un suspiro.

—Sí, tu hijo, Paul. Tuyo y de Béatrice. No puede escapar a su...

La voz de papá, alzándose iracunda:

—¿Quieres que se vuelva loco, como su pobre madre? ¿O que le asen

como a un cerdo, como a esos pobres desgraciados de hoy?

Edouard, con calma:

—Sin tu ayuda, hermano, y sin la mía, es posible que se vuelva loco. Y sin buenos consejos, es posible que utilice sus talentos de forma imprudente, delante de las personas menos convenientes.

Más deprisa, y con voz más alta, cuando Paul hizo un ruido como si fuera a interrumpirle:

—Oh, sí, tiene talento, tanto como su pobre madre, por más que odies el hecho.

Paul:

—¿Cómo puedes decir eso? No ha demostrado ni la menor pizca...

—Tú no lo has visto porque no quieres verlo.

Una larga pausa y Edouard añadió:

—Deja que el chico se venga conmigo. Deja que le adiestre. Este lugar no es seguro, con Béatrice en su estado. Sirve a los ojos y oídos de nuestro adversario, y cuanto más se quede el chico aquí, más grande es el peligro de que el Enemigo encuentre una manera de que ella...

Un repentino sollozo ronco surgido del pecho de su padre.

—¿Cómo puedo dejarle marchar, después de ver en qué se ha convertido su madre? Dime, ¿qué ha hecho para merecer tales tormentos? ¿Es un castigo de Dios, me pregunto? ¿Simple locura? O...

—No sé la causa —replicó Edouard—. Pero sí sé quién.

Repentino silencio.

—Uno de los nuestros —dijo Edouard, y aunque Luc no comprendió el significado de las palabras, se le puso la piel de gallina.

—¿Uno de la Raza? No. Imposible. ¿Cómo puede corromperse hasta tal punto alguien bendecido con el don?

—Ha sucedido, Paul.

—No, no. Es culpa mía, te lo repito. Tú y yo la empujamos. Siempre ha sido sensible. Quizá no sea un ataque. Demasiado sensible. Tú, su hermano gemelo, lo sabes mejor que nadie. Siempre he hecho lo que me has pedido, lo que tú y ella dijisteis que era mi destino, ¡y mira qué ha sido de ella! Todas las visiones, la magia, la condujeron a la locura.

Edouard, con tono tranquilizador:

—Los más dotados son los que corren mayores riesgos. Tendría que haber intuido algo, tendría que haber comprendido que su propio miedo la aplastaría. Tendría que haberos prohibido trabajar sin mi presencia, o al

menos, haber coordinado el día y la hora cuando la distancia nos separaba. Todos cometimos errores. Tú, Bea, y sobre todo yo. Si bien en muy raras ocasiones la locura se adueña de aquellos mejor dotados, ahora sé cómo habríamos podido impedirlo. El chico ha de ser adiestrado con mucho cuidado para que no le suceda. Es su destino, Paul, al igual que el de Bea fue engendrarle por el bien de la Raza. Sería una tragedia que ahora nos negáramos...

Ruido de metal al chocar contra la piedra. Tal vez una copa de hipocrás arrojada contra una pared. Luc se encogió cuando, al otro lado de la pared, su padre gritó:

—¡Maldito sea el destino! ¡No puede haber mayor tragedia que esta!

Silencio durante un rato, y después la voz de Paul otra vez, serena y pesarosa:

—Ella es una joya, Edouard, una piedra preciosa, el amor de mi vida. ¿Cómo puedes hablarme de destino cuando ella está sentada cerca, aprisionada entre muros y fallebas para impedir que se haga daño a sí misma o a su hijo, sufriendo Dios sabe qué clase de tormentos mentales? ¿Qué me importa la Raza, cuando he perdido a mi Béatrice?

—Entrégame al muchacho —dijo con firmeza Edouard—. Aunque mi hermana ya no pueda salvarse, aún estamos a tiempo de ayudar al chico.

Paul, ronco:

—No. No oses pedirlo, Edouard. He perdido a mi esposa. Luc es todo lo que me queda.

—Ignorar quién y qué es no cambiará las cosas, hermano. El destino le encontrará, tanto si está preparado como si no. —Edouard hizo una pausa y luego volvió a hablar, siempre con tono sereno, razonable—: Entrégame al muchacho.

—No.

—Entrégame al muchacho...

Luc cayó en un delirio. Tal vez gritó, porque recordó la cara preocupada de su padre sobre él, y la de Edouard, y la de Nana. Se arrojó, afligido, en la cama que compartía con Nana.

Y atormentado, no solo por el insufrible recuerdo del sufrimiento que había presenciado, sino por el terror de que estaba condenado a terminar como su madre.

Eso, y el recuerdo de haber visto a otro niño, cuando estaba sobre la plataforma, contemplando las llamas vivientes. Una niña campesina de

pelo oscuro, recogido en una gruesa trenza, con los sucios pies descalzos balanceándose sobre el borde del carro mientras chillaba... y después caía de espaldas y quedaba inmóvil, como muerta. Había seguido una pequeña conmoción cuando su familia se precipitó a recogerla y la subió al carro. Habían abandonado las ejecuciones públicas al punto, con dificultad, teniendo en cuenta la muchedumbre apiñada.

Por qué Luc se había fijado en eso seguía siendo un misterio, pues el pequeño carro era uno más entre una multitud de miles de campesinos y mercaderes, y su padre y él, el grand seigneur, estaban separados del populacho por la berma y las llamas.

No obstante, pese al dolor que le embargaba, Luc revivió el momento una y otra vez, como si hubiera estado al lado de la niña: sus ojos negros, abiertos de par en par y angustiados, sus labios entreabiertos, sus brazos bronceados que se agitaban para conservar el equilibrio...

Luego el chillido, la caída. Y cuando la multitud se abrió, su forma silenciosa...

En su lecho de dolor, Luc se removía de un lado a otro, obsesionado por la campesina. Estaba desesperado por salvarla, por encontrarla, por saber si aún vivía. De todos los curiosos de la muchedumbre, sabía que ella había sentido, tanto como él, el sufrimiento de los condenados. Ella había comprendido, igual que él, todo el horror de lo que sucedía ante sus ojos.

Y él había pensado: De todos los aquí presentes, ella es la más parecida a mí. Y si ha muerto, eso quiere decir que yo también moriré...

Preguntó a los rostros que se cernían sobre él (papá, Edouard, Nana) si habían visto a la niña que había chillado y caído del carro. Ninguno la había visto, y todos sonrieron con paternalismo de su verdadera aflicción, y luego intentaron distraerle. Era demasiado pequeño para dar nombre a su condescendencia, pero le enfureció igual. Pues había pensado que, si averiguaba su nombre, tal vez podría localizarla, saber que se había recuperado y se encontraba bien.

Por la noche, el monje Michel despertó con la mente todavía enmarañada en el sueño, con el corazón henchido de una satisfacción tan profunda que llevó lágrimas a sus ojos:

Sybille. Se llama Sybille...

Casi al instante, cayó en otro sueño.

Un año después, o tal vez dos, el pequeño Luc despertó en una amplia cama, tan alta que cuando bajó los pies por el borde, colgaron a cierta distancia sobre el suelo. Medio se deslizó y medio saltó a la piedra fría, y salió a la antesala, fría debido a la llegada del invierno, aunque el fuego estaba encendido. Sereno pero decidido, experimentaba la sensación de que alguien se hubiera apoderado de su corazón y le guiara con ternura y determinación hasta la entrada de los aposentos de sus padres.

La puerta estaba entreabierta, lo cual era una sorpresa, lo suficiente para que se colara un niño, como si alguien hubiera conspirado para dejar paso a Luc.

Su padre estaba tendido sobre una gran cama, cubierto por pieles de oso y mantas de lana. Un fuego agonizante teñía la escena de un naranja tenue. El fiel criado

Philippe y Nana esperaban sentados en sillas junto a la cama. Los dos roncaban con el abandono de la vejez.

Luc avanzó de puntillas hacia la cama para ver a su padre. El rostro del grand seigneur mostraba una palidez aterradora. Gotas de sudor resbalaban por su frente y la barba incipiente de las mejillas. Era un rostro severo, con el ceño fruncido.

Entonces, el padre de Luc se removió y emitió un gemido débil y angustiado. Sufría terribles dolores pese a los esfuerzos del médico. La herida de su pierna se había infectado y era de esperar que le matara.

Una lanza había atravesado su muslo durante un torneo celebrado en honor del rey. Casi todos los caballeros veteranos habían participado, y Paul había sido nombrado favorito del rey, pero había luchado sin ganas. «Casi —habían susurrado los criados—, como si quisiera morir.»

Una oleada de compasión, pena y adoración embargó a Luc, hasta el punto de que por un instante creyó que no podría soportarla, y antes de darse cuenta de lo que hacía, subió a la cama, bajó las mantas y dejó al descubierto el muslo herido de su padre, envuelto en vendas húmedas e hinchado hasta alcanzar el doble del tamaño normal. La piel que las vendas no cubrían se veía de un violeta intenso.

La visión era horrenda, por no hablar del olor a mostaza ácida, carne podrida y sudor amargo, pero Luc no sintió temor, solo el instinto de apoyar sus manitas sobre la cataplasma caliente.

Al punto, experimentó una extraña sensación, de calor, el zumbido de mil abejas, que recorría su cuerpo y pasaba a través de sus manos a la

herida de su padre. El calor de sus palmas aumentaba y las vibraciones se intensificaron, y con ellas llegó una sensación de alivio tan profunda que perdió todo sentido del tiempo. El niño permaneció inmóvil hasta que la pierna empezó a moverse bajo sus manos. Luc, sobresaltado, vio que su padre le estaba mirando con estupor.

—Luc —susurró, y se irguió poco a poco sobre los codos—. Luc, Dios mío...

El niño siguió la mirada del padre hasta la pierna vendada, que ya no estaba hinchada y cuya piel había adquirido un color saludable.

El niño aplaudió y emitió una carcajada de alegría. No obstante, la timidez le impidió rodear con sus brazos el cuello del grand seigneur. Al punto, el viejo criado roncó sonoramente y se removió en su silla. El padre de Luc se llevó un dedo a los labios, e indicó a su hijo con un gesto que se acercara y le abrazara.

El niño obedeció, le rodeó el cuello y apretó su mejilla infantil contra la de su padre, curtida por la intemperie y con barba incipiente. Ante la alegría de Luc, su padre le abrazó con afecto.

—Perdóname, hijo mío —dijo Paul. Sus ojos se humedecieron—. Te he injuriado al intentar olvidar la verdad, apenado por la suerte de tu madre. Había confiado en que la ignorancia te protegería de tu herencia, pero ya veo que se impondrá con o sin mi ayuda. Mejor que sea con mi ayuda. Mejor que sea...

En la oscuridad, el monje Michel se incorporó con las manos hundidas en el blando colchón. El asalto de las imágenes (procedentes de la mente de otro hombre, de los sueños de otro hombre) le hacía sentir perplejo y violado.

—Bien —susurró—. Ella cree que me va a hechizar...

A la mañana siguiente se encaminó antes de la hora acostumbrada a la prisión. Mientras el carcelero le acompañaba hasta la celda de la abadesa, la puerta se abrió y el padre Thomas salió. El borde de su hábito color berenjena rozó el suelo de tierra.

—Hermano Michel ¿o debería decir padre? —dijo Thomas, y sonrió, pero algo amenazador acechaba detrás de aquella sonrisa.

—¿Qué os ha traído por aquí tan temprano, padre? —preguntó Michel, y logró mantener una expresión severa, aunque ver a Thomas le



causó angustia. ¿Había ido para interrogar en persona a la abadesa, descubrir su herejía, y que ya existían pruebas suficientes para condenarla, lo cual demostraría al mismo tiempo que Michel estaba entorpeciendo los procedimientos con el fin de protegerla?

La sonrisa se desvaneció. Con expresión inescrutable, Thomas ladeó la cabeza y miró a Michel.

—Sentí curiosidad por saber cómo estaba la abadesa. No hablaré conmigo, por supuesto, pero parece que habéis decidido no utilizar más a los torturadores.

Su tono era suave y apacible, pero Michel intuyó el peligro que entrañaba.

Antes de que Thomas pudiera formular la pregunta evidente, Michel habló con firmeza.

—No había necesidad, padre. Como ya os dije anoche, habló con toda libertad. Pronto contaré con las pruebas exigidas.

—Procurad que sea así —dijo el joven sacerdote, con la misma voz calma e inquietante—, pues a nuestro entender, ahora sustituís al padre Charles. No me cabe duda de que le acompañabais durante su audiencia con el obispo Rigaud. Sin duda comprendéis que no deseamos... deslices en el interrogatorio de la abadesa. No toleraremos retrasos ni ideas erróneas de clemencia.

Michel asintió sin cambiar de expresión.

—La censura es un castigo muy razonable por errores judiciales.

Thomas replicó:

—No estamos hablando de tibiezas tales como censuras o degradaciones, hermano... ni siquiera del castigo mucho más grave de la excomunió. Tal vez el obispo Rigaud no expresó con claridad las intenciones de la Iglesia. Los que simpatizan con la madre Marie Françoise están, como ella, conchabados con el diablo. Y como ella sufrirán el mismo castigo.

Una vez más, Michel no mostró ninguna reacción, pero en su mente vio que un mazo caía sobre una estaca clavada en el fértil suelo de Carcasona.

—Comprendo.

—Bien —dijo Thomas—. Espero que os toméis este asunto muy en serio... tan en serio como tomáis vuestra vida.

Se marchó con la misma sonrisa en dirección a la celda comunal.

Michel le siguió con la mirada.

La abadesa estaba sentada en el banco de madera. Su cara estaba un poco menos hinchada y los moratones se habían oscurecido. El ojo antes oculto estaba casi visible, tan oscuro y brillante como el otro.

En cuanto el carcelero cerró la celda a su espalda, Michel dijo con amargura:

—Decidme por qué no debería condenaros ahora mismo, madre. He oído vuestro testimonio, en el cual confesáis que os habéis entregado a la brujería. Os he dado la oportunidad de arrepentiros y recibir el perdón de Dios, que habéis rechazado. ¿Por qué debería seguir escuchándoos?

—No deberíais —contestó ella en voz baja.

—Para colmo, habéis intentado embrujarme. Me habéis enviado los sueños de otro hombre, un hereje poseído por el diablo.

Hizo una pausa, asumiendo por fin las palabras de la abadesa, y se sentó en un perplejo silencio. Experimentó la sensación de que tanto su mente como su corazón estaban divididos. Como cristiano, sabía que sus historias de magia constituían herejía y que sus palabras sobre los asuntos sexuales eran impuras. Pero no podía negar las fuertes emociones, sagradas y profanas, que le atraían hacia ella. Pese a sus maldades confesas, aún la consideraba una mujer santa, una verdadera curadora enviada por Dios. Al mismo tiempo, seguía dominado por una lascivia como jamás había sentido, mezclada con amor puro y santo.

—Os envié esos sueños —dijo la abadesa—. Cuentan la historia de mi Amado, Luc de la Rose. No era un hereje, sino un héroe. Curaba en lugar de destruir, y al final se sacrificó por amor. Los sufrimientos que padezco no son nada comparados con los suyos. Quiero contar su historia. Si no la oís de día, la soñaréis de noche. —Hizo una pausa—. No me dejáis otra alternativa. —Su tono se suavizó de nuevo—. Tengo un oído muy fino. Sé lo que el padre Thomas os ha dicho en la puerta. Al parecer, ha amenazado vuestra vida, ¿no? —Como Michel no contestó, ella continuó—: Mi pobre hermano, vuestro destino está unido al mío. No hay vuelta de hoja. Permitid que rechace el arrepentimiento. Me habéis deparado varias oportunidades, como la ley exige, y no hace falta que os consideréis culpable por condenarme. Mi destino estaba decidido antes de que fuera conducida a esta prisión. Pero el vuestro está en vuestras manos. Id y decid al padre Thomas que habéis obtenido una condena.

Michel meditó sobre sus palabras. Parecía lógico condenarla. Era una bruja confesa, había rechazado el arrepentimiento y, según la ley, él podía segar su vida. No obstante... no podía negar que, pese a su historia, todos sus actos demostraban que era una santa, tal como él creía. Incluso ahora estaba preocupada por su

bien, indiferente a su destino. Hereje o no, el bien predominaba en ella. Y aunque no fuera así, merecía, como todos los hijos de Dios, la oportunidad de conocerle antes de morir.

Y, en cualquier caso, no podía desechar la esperanza de que, una vez convertida, Chrétien, su protector, mostrara clemencia.

Respiró hondo.

—Madre —dijo—, no tenemos tiempo para enzarzarnos en tales discusiones. Os ruego que continuéis vuestra historia, lo más rápido posible.

Los labios de la abadesa estaban demasiado hinchados para sonreír, pero sus ojos lo hicieron cuando empezó a hablar...

# Cuarta Parte Sybille

CARCASONA, Octubre de 1348

Dormí donde caí exhausta, expuesta a la lluvia y los animales, y desperté mojada y temblorosa en un húmedo amanecer. Con las faldas pegadas a mis piernas eché a andar de nuevo. Mi meta estaba cercana. De hecho presentía que la encontraría aquel mismo día.

Avancé a través de bosques y prados, campos desiertos y el fantasma vacío de un pueblo. Frente a una pequeña fonda encontré colgado de un árbol el hábito blanco de una monja, que la brisa balanceaba. No cabía duda de que lo habían abandonado allí meses antes quienes habían cuidado a su propietaria, ahora perecida junto con todos los demás, porque estaba acartonado, como si hubiera recibido mucho sol, viento y lluvia.

Pero también había escapado de la tormenta que yo había encontrado por la noche. Me quité mi ropa mojada y la sustituí por el hábito, con velo y todo, contenta no solo de estar seca otra vez, sino también disfrazada.

Mi renovada confianza me condujo a caminar por el terreno más regular y despejado. Por fin, salí a un camino que conducía a pueblos habitados y a una ciudad, Carcasona, a juzgar por sus famosas almenas de madera.

Pese a mi pena y cansancio, sonreí al verla. Carcasona, un lugar seguro, pensé. En ella podría encontrar comida y cobijo. Mi mirada se concentró en la ciudad, aceleré el paso y avancé, y casi me topé con una enorme figura oscura que se interponía en mi camino. Era un fornido monje con hábito negro y capucha ribeteada de blanco: un dominico.

Un inquisidor. Había algo raro en su apariencia, algo que no pude identificar de inmediato. Pese a saber que la Diosa estaba conmigo, no pude reprimir un estremecimiento de miedo. ¿El Enemigo le había enviado para localizarme?

—Buenas tardes, hermana —dijo con una sonrisa—. ¿Por qué viajáis sola por esta parte del bosque?

Pensé: Si huyo despertaré sus suspicacias. No es más que un monje. No ha venido de Tolosa y no me conoce.

—Buen hermano —repliqué—, yo podría preguntaros lo mismo.

—Ah —dijo, y sus mejillas gordezuelas se alzaron un poco, hasta casi ocultar sus ojos—, pero es que yo no estoy solo.

Enseguida obtuve la confirmación de sus palabras. Unas fuertes manos aferraron mis muñecas y me echaron hacia atrás, hasta tropezar con el cuerpo de otro hombre, al menos igual de fuerte y alto.

Pataleé y pedí socorro. Por un instante conseguí volverme a medias hacia mi captor, que también llevaba el hábito dominico.

Así pues, me habían capturado, decidí. El Mal les había enviado y yo estaba perdida, pero no me rendiría. Hundí los dientes en un antebrazo musculoso, hasta que el hombre situado detrás de mí gruñó y soltó mi mano.

El primer dominico me retuvo. —No lleva bolsa —informó el otro, y su compañero rezongó.

Al punto, oímos el retumbar de cascos y el chirrido de ruedas, y la voz de una mujer que gritaba:

—¡Atrás! ¡Atrás, bergantes! ¡Perros! Pero no canis Dominis, ni por asomo. He encontrado a los pobres monjes a quienes robasteis los hábitos y no vacilarán en acusaros. ¡Atrás, he dicho!

El chasquido de un látigo. Otra vez. Y otra.

Algo (¿una piedra?) golpeó mi cabeza, y caí hacia atrás, sin que ninguna mano me retuviera. Solo el suelo, que me dejó sin respiración. Los monjes desaparecieron de mi vista. En su lugar apareció el cielo, flanqueado por las ramas de altos árboles. Era brillante y azul, y una brisa seca e insistente disipó las nubes de tormenta restantes.

Al instante, otro rostro ocultó el azul, el rostro de una mujer, cuadrado y pálido, rodeado por una toca blanca y coronado por un velo blanco. «Madre», murmuró alguien detrás de ella, y supe que era la Diosa. Iba vestida exactamente como yo, y cuando nuestros ojos se encontraron, los suyos estaban henchidos de tanta compasión que rompí a llorar, pese a mi aturdimiento.

—Dios nos ha traído a las dos aquí —dijo, secó mis lágrimas y sonrió.

Se llamaba madre Geraldine. Con el tiempo llegaría a conocerla como la madre Geraldine Françoise, pero aquel día solo supe cómo la llamaban las demás monjas. Me ayudó a subir a una amplia carreta con un techo de lona que nos protegió del sol. Guardo un vivo recuerdo de aquel viaje, de los rebuznos de los asnos, de los tumbos constantes que daba la carreta, lo cual lastimaba mi espalda y mi cabeza, todavía resentidas de la caída. Recuerdo la bondad de las mujeres, que me ofrecieron pan y una copa para

beber, y que dejaron descansar mi cabeza sobre sus blandos regazos. Se pasaron casi todo el camino rezando:

«Dios te salve María, llena eres de gracia; bendita Tú seas entre todas las mujeres...».

El viaje continuó hasta el ocaso, cuando nos detuvimos para acampar. Anocheció enseguida. Dormí a intervalos, y recuerdo que la madre Geraldine no dejaba de cuidarme en la carreta. Las monjas habían encendido un buen fuego, cuya luz oscilante teñía la piel y el hábito blanco de mi benefactora de un ominoso tono naranja pálido.

A la mañana siguiente, las monjas viajaron en silencio. Recuerdo vagamente que llegamos a un enorme edificio de piedra que olía a muerte y que me llevaron a una cama, donde caí en un sueño profundo.

Desperté por fin, despejada por completo, y vi que una hermana con toca blanca y velo negro estaba inclinada sobre mí, los labios y la nariz tapados con un pañuelo alrededor de la cara. Al verme, sus ojos se arrugaron y dio una palmada.

—¡Alabados sean Dios y san Francisco! —dijo con cautelosa alegría—. ¿Cómo os sentís, hermana?

—Mejor —grazné, mientras me preguntaba si el pañuelo era producto del delirio, cuando reparé en que el olor desagradable (un leve matiz de lo que había olido en la habitación de la esposa del orfebre) persistía, y por lo visto era muy real.

No tuve tiempo para preguntar al respecto. Mi enfermera abandonó la habitación a toda prisa, y volvió, entusiasmada, con un cuenco de sopa.

Era una mujer joven y agradable, y muy parlanchina para alguien que había tomado los hábitos. Mientras yo comía con parsimonia, me refirió mis circunstancias: estábamos en un convento de monjas de Carcasona, ella se llamaba madre Marie Madeleine y, en efecto, alguien había muerto en la habitación contigua, pero ya habían sacado el cadáver y las demás hermanas estaban limpiando a fondo la estancia, el olor no tardaría en disiparse.

Habían temido que muriera a consecuencia del golpe propinado por los ladrones, porque dormía mucho y no podían despertarme. La madre Geraldine, la más piadosa y compasiva de las mujeres, había pasado la noche rezando junto a mi cama.

Pese a mi debilidad, estaba lo bastante lúcida para llevarme las manos

a la cabeza, para ver si palpaba las largas trenzas rizadas que revelarían mi falsedad. Toqué con alivio el algodón de la toca que cubría mi cabeza. Habían doblado el velo, que descansaba en un rincón.

Si la hermana Madeleine había visto mi pelo debajo del lino, no lo mencionó.

—¿Cómo es que estabais sola en el bosque, hermana? —preguntó.

Es inusitado que una mujer, sobre todo una monja, viaje sola. Mi mente buscó una explicación, pero no descubrió ninguna.

—No lo sé —dije al cabo de varios segundos.

—¿No os acordáis? —Apareció una arruga entre sus cejas—. ¡Ay, pobrecita! ¡Quién sabe lo que os hicieron esos villanos, o a vuestras hermanas! ¿Fue el golpe en la cabeza? ¿O tal vez...? —Supuso que aquel último pensamiento era demasiado horrible para expresarlo con palabras.

—No me acuerdo —dije, agradecida de que me hubiera proporcionado una explicación que cubriera mis numerosas lagunas.

Pero no podía explicar mi pelo. Cuando me dejó a la hora de las vísperas para ir a rezar, me quitó la toca, cogí el pequeño cuchillo que descansaba junto a la bandeja de sanguijuelas que había junto a mi catre, y a la luz vacilante de la vela corté el pelo que había crecido intocado desde mi nacimiento. Lo acerqué a la llama, vi que se chamuscaba y consumía, me encogí al percibir el horrible hedor y pensé en Noni.

Al día siguiente me sentía más fuerte, lo bastante bien para levantarme y utilizar el orinal del rincón, aunque no tenía ganas de asistir a las oraciones en la capilla con las demás monjas, porque eso revelaría mi ignorancia y mi latín atroz. Madeleine, mi cuidadora, no pasó el día a mi lado, sino que solo vino a traerme comida y llevarse los restos.

Fue durante una de sus ausencias cuando la cabeza de la abadesa asomó por la puerta.

—¿Puedo entrar? —preguntó sonriente.

—Desde luego —contesté, e hice ademán de levantarme, porque no había duda de que era de noble cuna, y yo una muchacha campesina. Me indicó que no era necesario y yo me apoyé contra las almohadas. Se sentó al pie de mi catre.

De la hermana Madeleine había intuido que era una muchacha sincera e inofensiva. La Visión me lo había revelado cuando estaba sentada a mi lado. Pero la abadesa...



No pude sentir nada, ni Ver nada, del corazón de la abadesa, como si un muro invisible se hubiera erigido a su alrededor, pese al gran afecto y confianza que sentía por ella desde la noche que me había rescatado. Tal vez me habían descubierto, me dije. Tal vez ella o alguna de las hermanas había visto el talismán dorado colgado de mi cuello mientras me cuidaban el hombro. Tal vez una de ellas había visto mi pelo largo antes de que yo me las ingeniara para cortarlo.

—Me llamo madre Geraldine Françoise —dijo la abadesa con dulzura, como ajena a mi inquietud—. ¿Y vos...?

—Marie —dije como un autómeta, y corregí—: Hermana Marie... Françoise. —No me atreví a dar el nombre de Sybille. Marie era muy común pero, dominada por el miedo, había repetido el segundo nombre de la abadesa por equivocación.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¡Hermana Marie Françoise! —exclamó muy contenta—. ¡Por fin nos presentamos oficialmente! —Con impulsivo afecto cogió mis manos, mis ásperas y callosas manos, entre las de ella, suaves, de uñas cortas y limpias, y me dio un beso en cada mejilla—. Perdonadme, querida hermana —continuó—, por no venir antes a presentarme y explicar quiénes somos, pero como estabais débil, pensé que sería mejor no visitaros después de trasladar a la fallecida...

—La fallecida —interrumpí, al recordar los terribles olores que me habían asaltado la primera noche—. Sí, la hermana Marie Madeleine me dijo que alguien había muerto en la habitación de al lado.

—En más de una habitación, para ser exactos. Más de sesenta hermanas franciscanas, todas arrebatadas al cielo por la peste —dijo sin pestañear—. No había nadie que pudiera enterrarlas —explicó al ver mi expresión—, y con la dispensa del obispo, lo estamos haciendo nosotras, con la ayuda de unos bondadosos monjes benedictinos, los pocos que Dios ha dejado. Lamento muchísimo el olor, pero pronto nuestra primera tarea habrá concluido y podremos dedicarnos a la segunda, es decir, repoblar el convento.

»Por eso he venido a veros. —Hizo una pausa y bajó la cabeza, de modo que apenas podía verle los ojos ocultos por los párpados. Su sonrisa se desvaneció—. La hermana Marie Madeleine dijo que ayer teníais dificultades con vuestra memoria. ¿Os ha regresado hoy?

—Lo siento, no...

—Pero recordáis vuestro nombre. ¿Recordáis algo más? ¿Tal vez el convento del que procedéis? ¿Las hermanas que viajaban con vos?

—No... No; lo lamento.

—Está claro que venís de muy lejos. Lleváis el hábito de una franciscana, cierto, pero quedan pocas de nosotras últimamente. Creo que el convento más cercano se halla en Narbona, pero las noticias viajan con mucha lentitud desde el azote de la peste. Ni siquiera sé si alguna hermana de allí ha sobrevivido.

Alzó la cabeza, mostrándome su rostro largo y serio, sus ojos penetrantes. La intensidad de su mirada era desconcertante.

—¿Narbona? —vacilé. Si quería sobrevivir, debía ceñirme a la mentira que la hermana Marie Madeleine me había servido en bandeja—. Madre, no deseo crearos dificultades, pero no puedo recordar.

—Ya —dijo con tono enigmático—. Bien, escribiré a las hermanas de esa ciudad y les preguntaré si conocen a la hermana Marie Françoise... aunque es un nombre muy común en la orden. Es lo menos que puedo hacer para ayudaros a encontrar el lugar al que pertenecéis.

Se levantó para salir, pero se detuvo y giró de nuevo hacia mí. Mantuve una expresión neutra.

—Hermana... —Su tono y maneras eran vacilantes—. No intento ser presuntuosa, pero cuando vi a una monja franciscana, y profesa además, pensé que Dios había querido que nuestros destinos se cruzaran. Aquí solo tengo postulantas y novicias, ninguna profesa. Necesito una hermana experimentada para colaborar en la organización y enseñar a las demás.

»¿Me ayudaréis hasta que podamos encontraros un hogar? Para ser tan joven, apenas llegada a la mayoría de edad, y ya profesa, está claro que Dios ha intervenido con decisión en vuestra vida. ¿Os quedaréis con nosotras?

Ahora fue mi turno de vacilar. Como inculta que era, no sabía casi nada de monjas, salvo que sabían leer, pues en aquellas escasas ocasiones en que mamá nos había arrastrado a todos a rezar a Saint—Sernin, cuando nos reclamaban otros asuntos en Tolosa, había visto a las hermanas tocadas con velo en el santuario, atentas a sus libros mientras otra leía. En aquel momento no habría podido distinguir una hermana cisterciense de una dominica. Sin embargo, no tenía otra alternativa que confiar en aquella mujer. La Diosa me había conducido hasta allí con algún propósito, y allí me quedaría mientras estuviera a salvo.

—Madre Geraldine —dijo con cierta sinceridad—, tengo miedo. No sé quién soy. Apenas recuerdo mi latín. Temo que ni siquiera seré capaz de leer o de recordar todas mis oraciones. Habéis sido tan bondadosa conmigo... No puedo negarme a devolveros tal caridad. Pero ¿cómo os seré útil, si ni siquiera puedo recordar la experiencia que deseáis?

—No temáis —dijo con dulzura, y sus dedos acariciaron mi mejilla—. El tiempo os devolverá la memoria. Y aunque no sea así, yo os ayudaré. Empezaremos las lecciones esta misma tarde, y sabréis leer y escribir dentro de un mes. Estoy convencida de que habéis sido enviada para ayudarme, no al contrario.

Sonreí, aliviada de momento. Porque sabía que si me quedaba allí un tiempo, aprendería a leer y escribir y a imitar los modales de una dama. Entonces, los inquisidores nunca me reconocerían como la muchacha campesina que había sido. Si conseguía ocultar a las monjas mi verdadera identidad.

Esta madre superiora parecía una mujer muy inteligente. Tal vez hubiera compasión en sus grandes ojos, pero también astucia, una astucia que algún día, estaba convencida, penetraría en el disfraz y vería a la mentirosa.

Al cabo de otro día me había recuperado lo suficiente para empezar mi vida de monja. Era más diferente de lo que había imaginado. Siempre había oído que era una vida de terribles privaciones, de ayuno y flagelación, de crueles penitencias, de trabajo interminable.

Y quizá lo era, para una noble, pero para la hija de un siervo era casi una vida de lujo. Tenía mi propio colchón, mi propia celda, y disfrutaba de la impensable comodidad de un guardarrobe situado en la misma planta donde nos alojábamos las hermanas. Sois hombre de noble cuna, hermano. No podéis imaginar la gloria de no tener que aliviarse a la intemperie en pleno invierno.

El ritual diario era cómodo. Cinco veces al día nos encontrábamos en el santuario para cantar en latín, rezar y para escuchar una lectura de los Evangelios. Una vez al día, un sacerdote venía de la ciudad para celebrar la eucaristía.

Las restantes horas se dedicaban a la oración en privado, las comidas de la mañana y la noche, el trabajo y el estudio. Lo llamaban «trabajo», aunque a mí me parecía más entretenimiento, comparado con el trabajo en

los campos o el de comadrona. Atendíamos a los enfermos en la parte del gran convento transformada en hospital, con la ayuda de algunas hermanas legas que, tras haber enviudado de resultas de la peste, dependían del monasterio para recibir comida y cobijo. Como la población de los pobres de Carcasona había sido diezmada, quedaban pocos a quienes cuidar, pese a que la madre Geraldine había destinado un ala del convento a los leprosos supervivientes de la ira de las turbas enfurecidas por los embates de la peste. De esta forma, cada monja debía dedicar solo unas horas diarias a atender a los enfermos. Todas las hermanas trabajaban el mismo número de horas.

De todas las cosas nuevas a las que me adapté, la igualdad entre las hermanas fue la más difícil. A menudo me descubría rindiendo pleitesía a las monjas de noble cuna cuando me las presentaban, y me costó superar esa costumbre. Era el legado del buen san Francisco, el cual, aunque hijo de un mercader acaudalado, trataba a todos los hombres, por pobres que fueran, como a sus iguales.

Y cada tarde pasaba dos horas, a veces más, en secreto con la hermana Geraldine, aprendiendo a leer en francés, y después en latín. Algo milagroso, la palabra escrita. Había abordado la primera lección con terror, pues siendo mujer y campesina me consideraba un ser demasiado estúpido para aprender. Ante mi asombro, aprendí el alfabeto y sus sonidos muy deprisa, y al cabo de una semana podía leer palabras cortas. La abadesa atribuía la rapidez de mi aprendizaje a que mi memoria dormida se estaba despertando, y yo no hice nada por desilusionarla.

Después del dolor y el terror que había experimentado, el convento me resultó un paraíso. Los ritos cotidianos me proporcionaban la oportunidad de comunicarme con la Diosa, y hasta cierto punto calmaban mi pesar, pues eran hermosos, y es mediante la experiencia de la belleza que recordamos lo mejor de la vida y a nuestros seres queridos desaparecidos. Si me hubierais visto rezar con expresión calma, incluso serena, habríais pensado que era tan buena cristiana como las demás.

Pero cuando, a las horas prescritas, me arrodillaba sola en mi celda solitaria, solo lo hacía por si alguna de las otras me veía. Y cuando, como buena monja, murmuraba el rosario, no elevaba mis oraciones tan solo a la Madre de Dios, sino a la Madre de Todos.

Cada día rezaba. Y cada día hacía las mismas preguntas: «¿Cuál es mi destino aquí? ¿Cuándo encontraré a mi Amado?» Sabía que allí encontraría

las respuestas. Mi abuela había muerto, pero había plantado una semilla que empezaba a crecer en la fértil tierra del convento.

Me quedé en el convento, viviendo con las demás hermanas en el espíritu de la obediencia, la pobreza y la castidad, como san Francisco había predicado. No se puede pasar mucho tiempo de rodillas sin reflexionar.

Es casi imposible ver los rostros de las hermanas, extasiadas en la oración, y no conmovirse. Empecé a encontrar paz en el convento. La verdad, nunca he creído haber nacido tan malvada y pusilánime para que un hombre debiera derramar su sangre por mí. No podía adorar a un dios que exigiera esa sangre para ahorrar al mundo una eternidad de tormentos, o que considerara dichos tormentos un castigo apropiado para los deslices sexuales o la falta de asistencia a misa.

Pero empezaba a sospechar que Dios podía ser otro nombre para la experiencia que yo conocía como la Diosa. Lo veía en el rostro radiante de la hermana Geraldine, lo oía en su alegre voz cuando, en vísperas, hablaba de la belleza del Hermano Sol cuando sus rayos entraban a chorro por las ventanas de la capilla, de que san Francisco tenía razón cuando decía que la gloria de la naturaleza trascendía la belleza de cualquier creación humana. Toda la tierra es una magnífica catedral, decía la hermana, y nosotras, las almas afortunadas que rinden culto en su interior.

No podía discutir tales afirmaciones. Aquella noche me retiré a mi catre sabiendo que la Diosa me rodeaba, me protegía, habitaba dentro de mí.

Pero en cuanto caí dormida, soñé con Jacob, su barba y sus largos rizos grises en llamas, su brazo derecho extendido en una súplica, y decía: Las llamas se acercan más a cada día que pasa, mi Señora.

Las llamas se acercan más a cada día que pasa.

Durante el segundo año de mi estancia, un día fui a trabajar como de costumbre a media mañana al lazareto, acompañada por la hermana Habondia. Era como un pajarillo, una mujer de escasos dientes, ojos brillantes y huidizos, y una cara surcada por profundas arrugas. No recuerdo haberla visto nunca sonreír. Era viuda, y sus labios se fruncían en cuanto se le mencionaba a sus hijos. Hacía años que la habían internado por la fuerza en el convento y, teniendo en cuenta su carácter agrio, no era

muy difícil adivinar por qué. Me compadecía de sus ocupaciones, porque las llevaba a cabo en un hosco silencio, sin compasión, y en sus días de peor humor oía gritar a sus pacientes porque los bañaba o curaba sus llagas con rudeza.

Ay, sí, observo vuestra inquietud a la sola mención de los leprosos. Después de tantos años cuidando de ellos, ya no les temo como antes. Yo también estaba aterrorizada la primera vez que la madre Geraldine dispuso que me ocupara de ellos. Nuestro hospital improvisado tenía un pabellón para leprosos demasiado enfermos para cuidarse solos, que vivían en las colinas en los alrededores de la ciudad y sus pueblos.

Pero todas las monjas con las que hablé no temían contraer la lepra. Muchas habían atendido a leprosos durante años y ninguna había enfermado. Por lo visto, el secreto consistía en una jofaina con agua, que se cambiaba cada tanto, en la que cada hermana se lavaba las manos después de abandonar el lazareto, y la oración especial a san Francisco que se pronunciaba sobre el agua cuando se sacaba del pozo. Al fin y al cabo, Francisco había sido un amigo especial de los leprosos. Tras volver a casa después de la guerra, antes de que Dios le llamara a una vida de pobreza, se había encontrado a un leproso en la carretera. El pobre desgraciado había escondido su cara bajo la capa gris que debía llevar obligatoriamente, y agitó su cencerro para advertir al santo que se alejara, pero Francisco, movido por la compasión, había saltado de su caballo y abrazado al hombre, al que dejó aturdido y con una bolsa de comida.

Sí que estaba horrorizada la primera vez que entré en la gran estancia que albergaba el lazareto. Me habían educado en el temor a los leprosos. Aparecían en muy escasas ocasiones en las afueras del pueblo, cuando el hambre les azuzaba. Recuerdo siluetas agazapadas, envueltas en capas grises raídas, pies deformes y manos envueltas en trapos, rostros ocultos que acechaban bajo capuchas, el sonido de cencerros y carracas. Mi madre me tiraba del brazo mientras corríamos hacia la seguridad de la casa, mientras mi padre les lanzaba fruta desechada desde lejos. También recuerdo la expresión de mamá cuando bajamos al río para lavar ropa y sobre una roca descubrimos la falange de un dedo exangüe.

El primer leproso al que bañé era una joven de noble cuna, que afirmaba haber sido bella en otro tiempo. Lloró de vergüenza cuando se quitó la capa gris que la señalaba como impura, y yo lloré de pena. Su cara apenas era humana, el puente de la nariz se había hundido y una

protuberancia de carne blanca e hinchada brotaba de la comisura de la boca y subía hasta tapar su ojo. Había venido porque había perdido la sensibilidad en un pie y ya no podía andar. Como casi todos los demás, vivía con el terror de ser descubierta por los habitantes de la ciudad y acabar en la hoguera en desquite por la plaga. Pese a nuestros cuidados, murió poco después, pues las heridas de los dedos perdidos se le habían gangrenado.

Qué silenciosa estaba aquella cámara, y qué silenciosos los pacientes. Cierto es que muchos de ellos padecían deformidades de la boca o la mandíbula que les imposibilitaban hablar, pero los demás guardaban silencio por vergüenza. Muchos habían sido oficialmente «enterrados», o sea, declarados muertos, y habían asistido a su propio funeral en una iglesia vacía a excepción de un sacerdote que guardaba una prudencial distancia.

Era el caso de un hombre que atendí aquella mañana, un viejo campesino llamado Jacques, de ingenio vivaz y espíritu increíblemente jovial, teniendo en cuenta las circunstancias. La enfermedad había devorado sus pies hasta los tobillos, pero utilizaba sus muletas para desplazarse con altanería e ir solo al garderobe (pues insistía en que prefería morir antes que mearse en la cama). Era toda una hazaña pues solo le quedaban los pulgares, y unas facciones tan deformes que cualquier otro no haría el viaje por temor a ser visto. El puente de su nariz se había hundido hasta tal punto que había tenido que cortar la carne y el cartílago podridos con el fin de dejar al descubierto los orificios en la cara, y así respirar. Había perdido un párpado, de modo que el globo ocular se había secado, y luego ulcerado en la cuenca.

En conjunto, la apariencia de Jacques era grotesca, pero llevaba cinco años en el lazareto, y me había acostumbrado tanto a él y a los demás internos que era capaz de ver más allá de las deformaciones, y podía imaginar al hombre que había sido. De hecho nos apreciábamos, por mi parte porque medio imaginaba que era mi padre de viejo, al que me dejaban cuidar. Creo que tenía una hija, a la que ya no podía ver por culpa de su enfermedad. De esa manera, nos confortábamos mutuamente.

Todas las mañanas me saludaba con un «¡Buenos días, mi querida hermana Marie! ¿Cómo la trata Dios?», y yo respondía: «Bien, por supuesto», y me interesaba por su bienestar, a lo cual contestaba: «¡Mejor que nunca! Vivir con esta comodidad y paz, y atendido por unas mujeres

tan guapas... ¡Ay, es una vida mucho más maravillosa de la que soñaba cuando trabajaba en los campos! Jamás sospeché, que, cuando llegara a la vejez, podría hacer de cuerpo en la intimidad, como un grand seigneur». Sonreía con sus labios deformes y revelaba unas encías grises sin dientes, y yo sonreía a mi vez cuando pedía que le limpiara las llagas.

Sus heridas eran tan terribles como las de los demás. De hecho, la enfermedad había devorado casi todo su cuerpo, pero de alguna manera sobrevivía. De alguna manera conseguía escapar de la maldición de la gangrena y una muerte segura.

Bien, vuelvo de nuevo a aquella mañana particular con la hermana Habondia. Nuestra primera tarea en el hospital era vaciar y limpiar los orinales en la bomba del cercano garderobe. Después volvíamos al lazareto para limpiar a aquellos desgraciados demasiado tullidos o enfermos para andar hasta los orinales de la cámara.

Cuando regresé, esperaba el saludo acostumbrado de Jacques, pero aquella mañana guardaba un silencio ominoso. Me acerqué a él enseguida y descubrí, para nuestra mutua vergüenza, que por primera vez se había hecho sus necesidades encima. De haber sido otro no habría sentido la menor incomodidad, pero se trataba de Jacques, quien se enorgullecía de acercar los orinales a los demás. Me preocupaba que su enfermedad se hubiera agravado de repente. Él apartó la vista, en apariencia avergonzado, y no dijo ni una palabra, ni siquiera después de que le llevara una muda.

Aquel incidente amargó mi mañana. Atendí a mis enfermos con menos alegría que de costumbre, mientras la hermana Habondia se dedicaba a ellos con sus imprecaciones habituales.

Tal vez una hora más tarde, cuando estaba vendando una llaga en la pierna de un viejo leproso, oí un ruido suave, como un carraspeo ahogado, pero poseído de una viva desesperación. Muchos pacientes gemían y tosían sin cesar. Por lo general, no me habría fijado en un ruido tan leve, pero algo en él me obligó a volver la cabeza.

Detrás de mí, Habondia también estaba arrodillada en el suelo de piedra, curando las heridas de un leproso. Al otro lado, Jacques estaba tendido en su colchón de paja, y se aferraba la garganta con las manos.

Vi al instante, Vi con una compasión dirigida tan solo a Jacques, no a mí, ni a mis temores ni a mi pérdida inminente. Solo a Jacques, y al alma valiente y cariñosa que había seguido siendo en circunstancias que habrían derrumbado a muchos hombres. Solo a Jacques, y a la energía y bondad



que había demostrado no solo a sus hermanos leprosos, sino también a sus cuidadoras. Y Vi con absoluta claridad su lengua leprosa, que se había soltado y bloqueaba su garganta.

—¡Hermana! —grité a Habondia. Sorprendida, dejó caer el paño en la jofaina—. ¡Atended a Jacques! ¡Su lengua...!

Aún arrodillada, miró por encima del hombro a Jacques con el ceño fruncido.

—¡Deprisa! —grité mientras me ponía en pie—. ¡Se la ha tragado! ¡Se está ahogando!

La hermana Habondia se movió con tal lentitud y yo con tal rapidez que ambas llegamos al lado de Jacques al mismo tiempo, aunque ella estaba junto a su cama y yo al otro lado de la estancia.

Con una mano abrí la boca de Jacques tanto como pude, y luego deslicé los dedos de la otra mano en el interior. Su aliento era indeciblemente repugnante, pero yo solo pensaba en pescar su lengua hinchada. Solo quedaba la punta, pues se había tragado la raíz. Tiré y tiré hasta que el miembro quedó libre con un ruido de succión. La estudié por un instante, gris y reluciente como una babosa. A mi lado, la hermana Habondia se tapó la boca y miró con tal expresión de asco y aprensión, que me sorprendió que no vomitara o se desmayara. Al mismo tiempo, Jacques inhaló una enorme bocanada de aire por la boca y las hendiduras que hacían de nariz.

Entonces ocurrió algo peculiar.

Una sensación de paz e infinito amor se apoderó de mí. Una suave tibieza descendió desde mi cabeza, como si estuviera de pie al sol. Durante un momento eterno me disolví en ella, olvidada de mí. Era la misma sensación de la presencia de la Diosa que había experimentado después de la muerte de Noni.

Y cuando oí una exclamación ahogada a mi lado, me volví, observé la mirada de la hermana Habondia y la seguí hasta mi palma abierta, donde vi una lengua que ya no era grisácea, hinchada y deforme, sino perfectamente formada, sana y rosada. Y alrededor de mis manos, visible incluso a la luz del día, brillaba un radiante resplandor dorado.

Las manos de Noni. Manos bendecidas con el Toque. No me cupo duda de que su gloriosa muerte había logrado aquello, porque noté su presencia a mi lado.

No hubo pensamientos, sorpresa, temor ni confusión. Solo la

realización del acto correcto, introducir de nuevo la lengua en la boca abierta de Jacques, sentir el intenso pero agradable calor en mis dedos, dejarlos un momento sobre la lengua y luego retirarlos con suavidad... Al punto, el tiempo se puso en movimiento de nuevo. Fui consciente de mí, de lo que acababa de hacer, y me quedé sin habla.

Me arrodillé y miré a Jacques, tendido sobre el colchón. De pronto se incorporó, su ojo sano desorbitado de asombro, su rostro (aunque todavía deforme y estragado) radiante de dicha. Cogió mi mano (la que había sostenido su miembro leproso) y empezó a besarla repetidas veces.

Por fin, me miró con turbadora adoración.

—¡Vos me habéis curado! —proclamó—. ¡Habéis salvado mi vida, me habéis devuelto el habla!

Y movió la cara para que todos los leprosos le oyeran hablar, con más claridad que nunca.

—¡Oíd todos! ¡Esta buena monja es una santa, una obradora de milagros enviada por Dios! Anoche, la lengua se me soltó y yo, abatido al pensar que ya no podría traducir mis pensamientos en palabras, y al descubrir que la lengua estaba tan hinchada que no podía escupirla, decidí conservarla. Confiaba en tragarla, atragantarme y morir con rapidez.

»Pero este ángel —me señaló con un gesto ampuloso— no solo advirtió desde lejos mi apuro, sino que extrajo la lengua después de que me la hubiera tragado, y me la ha devuelto perfecta, y por obra de un milagro la ha colocado en su sitio para que pueda hablar otra vez.

»Loado sea Dios por habernos enviado una verdadera santa: ¡la madre Marie Françoise!

En mi espalda sentí la quemadura fría que se siente al apoyar un carámbano sobre la piel. Al instante, mi comunicación con la Diosa se truncó, pues a mi lado oí un sonido suave, un sonido que no debería haber oído en la cacofonía de vítores y preguntas que siguieron, pero que provocó un escalofrío en mi espina dorsal.

—Magia —silabeó la hermana Habondia—. Brujería...

¿Cómo puedo describir la peculiar mezcla de sentimientos que experimenté? Por supuesto, estaba muy contenta de que mi amigo Jacques hubiese recuperado el don de la palabra, y muy agradecida por el sacrificio de Noni, que lo había hecho posible. Pero no estaba preparada para admitir el milagro que acababa de realizar. De hecho, la reacción de la hermana

Habondia suscitó en mí el deseo de negar lo sucedido.

Sin embargo, los leprosos pensaban de una forma muy diferente. Los que pudieron levantarse cojearon hacia mí con la mayor rapidez que permitía su enfermedad, y se aferraron a mi delantal con sus manos carentes de dedos, apoyando sus llagas abiertas. Tan desesperados estaban por curarse y yo tan imposibilitada para complacerles, que cuando la hermana Marie Madeleine vino a sustituirme yo estaba a punto de llorar.

La hermana Habondia no había pronunciado ni una palabra más, ni me había mirado a los ojos desde el episodio de Jacques. Cuando nos marchamos, tuvo la precaución de caminar unos pasos detrás de mí. Su desconfianza me llevó a acariciar la idea de escapar, porque sabía que cuchichearía y envenenaría las mentes de todas las hermanas en mi contra. En un abrir y cerrar de ojos me entregarían al obispo, y después a los inquisidores.

Corrí a unirme con las demás para cantar el Opus Dei en la capilla. Si huía en aquel momento, todo el convento se pondría en estado de alerta y no tardarían en capturarme. Pero si me iba después del ocaso y las vísperas, nadie descubriría mi desaparición hasta los maitines, lo cual me proporcionaría horas de oscuridad.

Puse al mal tiempo buena cara y canté las horas junto con mis hermanas, y cometí varias equivocaciones por culpa de mi nerviosismo. Durante todo el rato fui consciente de la mirada de Habondia clavada en mí, que desviaba cada vez que yo me volvía.

Después de la capilla, cada monja debía dedicarse a una tarea concreta (en mi caso distribuir los cuencos) antes de la cena, y por fin llegó la hora de sentarnos a la larga mesa de caballete e inclinar nuestras cabezas, mientras la madre Geraldine daba las gracias por la comida.

Las reglas prohibían que las hermanas hablaran en la capilla o durante la colación comunal que seguía a continuación. Habondia tendría un tiempo muy breve para vomitar sus acusaciones, antes de que las monjas se retiraran a sus celdas para rezar en soledad. Las autoridades no se enterarían hasta el día siguiente.

No obstante, cuando alcé la cabeza para mirar a la congregación reparé en un extraño fenómeno: las mujeres, que solían sentarse cada día en el mismo sitio, habían cambiado sus lugares. Más de la mitad estaba sentada con sus cuerpos y rostros sonrientes vueltos hacia mí, en el lado izquierdo de la mesa. Las demás, muy juntas y con la boca apretada,

estaban inclinadas hacia la hermana Habondia, a la derecha.

Solo la madre Geraldine ocupaba su puesto habitual, en el centro. Después de dar las gracias, se levantó y empezó a servirnos, una por una, del caldero que colgaba sobre el enorme hogar. En el ínterin, la hermana Habondia me miraba, y me señaló con dos dedos, en el gesto utilizado contra el mal de ojo.

Geraldine lo vio, y si bien la regla prohibía hablar durante las colaciones, salvo en casos muy extremos, la abadesa clavó la vista en Habondia.

—Estáis excusada, hermana —dijo—. Hablaré con vos más tarde. Id a vuestra celda y rezad a Dios por lo que acabáis de hacer. —Después volvió hacia mí su expresión severa pero inescrutable—. Vos también estáis excusada, hermana Marie Françoise. Acompañadme. —Sin más, pasó su cucharón a una estupefacta Marie Madeleine.

Seguí a la abadesa, con rodillas temblorosas. Sin embargo, después de muchos años de convento confiaba en la madre Geraldine, porque siempre me había tratado bien.

Abandonamos el refectorio en silencio, atravesamos la cocina y salimos al pasillo. Para mi sorpresa, la abadesa me condujo sin más hasta el santuario desierto. Allí, a las sombras del atardecer y el resplandor de las velas que ardían a perpetuidad por las almas del purgatorio, miró un momento el altar, se persignó y arrodilló sobre la fría piedra.

Yo hice lo mismo, naturalmente, pero mi corazón dio un vuelco, porque su expresión seguía inescrutable, su porte grave, y no me miró ni un momento. Esperaba sentir de un momento a otro una mano sobre mi hombro, para alzar los ojos y ver a un dominico con su hábito negro y la capucha ribeteada de blanco, un auténtico cuervo.

No apareció nadie, y al cabo de un rato la abadesa se puso en pie, volvió a persignarse y después, en cuanto yo hube hecho lo mismo, me indicó con un ademán que la siguiera.

Obedecí. Fuimos al lazareto y la madre Geraldine se acercó al catre de Jacques.

—¡Querido Jacques! —exclamó—. ¡Mi buen amigo!

Como si fuera la cosa más natural del mundo, se arrodilló ante él, aferró su mano sin dedos y la besó.

—Dulcísima madre —dijo él, complacido por la claridad de su pronunciación—. Y mi dulce hermana Marie, que es una santa, como ya

deberíais saber, enviada por Dios. Ha realizado un verdadero milagro y me ha devuelto la lengua. Me estaba muriendo, madre...

La madre Geraldine le interrumpió con expresión extrañamente serena.

—Querido amigo, ¿puedo inspeccionar la prueba? Mi oído percibe la mejoría, pero si hemos de declarar santa a nuestra hermana, se necesitará otro testigo ocular.

Jacques accedió de buen grado. Las ventanas del lazareto estaban orientadas hacia el oeste, y por ellas entraba el sol poniente. La madre Geraldine tendió a Jacques sus muletas, y le permitió la dignidad de cojear sin ayuda hacia una ventana sin postigos. No puedo olvidar la escena: Jacques, encorvado sobre sus cortas muletas, la hermana, más alta, inclinada para inspeccionar el fondo de su garganta. Ambos, siluetas oscuras recortadas contra una luz escarlata.

Volvieron hacia mí, y por fin pude ver mejor a la abadesa. ¿Cómo podría describirla? Tenía los labios muy apretados. Bajo el hábito, su pecho oscilaba a causa de su respiración acelerada. Estaba muy conmovida, reprimía tanto la emoción como las palabras, pero en mi angustia yo ignoraba si su comportamiento era positivo o negativo para mí.

—Gracias, amigo mío —dijo al leproso. En cuanto volvió a acomodarse en su catre, nos despedimos, mientras Jacques gritaba:

—¡Dios sea loado! ¡Dios sea loado, y que bendiga eternamente a la madre Marie Françoise!

La abadesa me guió con celeridad y en silencio hacia su celda, la más pequeña y espartana, carente incluso de un catre. Aunque la costumbre exigía que las monjas dejaran su puerta abierta, la cerró y se volvió por fin hacia mí.

—Entonces es verdad —dijo, o mejor dicho, preguntó, porque deseaba obtener mi confirmación— lo que dijo la hermana Habondia: que de alguna manera supisteis que Jacques se estaba atragantando, y cuando le sacasteis la lengua, se regeneró en vuestra mano y se la devolvisteis.

¿Cómo podía negarlo? Había visto la prueba con sus propios ojos, y dos personas le habían confirmado de palabra que yo era culpable. Me apreciaba, cierto, y si solo hubiera sido mi palabra contra la de Habondia tal vez habría mentado, pero no podía acusar a Jacques.

—Es verdad —dije con la cabeza gacha—, pero fue Dios quien lo hizo, no yo.

—Habondia dice que fue brujería —contestó en voz baja, y sentí un escalofrío.

No dije nada, y seguí con la cabeza gacha, hasta que Geraldine habló de nuevo.

—Hay mucha gente como ella. Y en estos tiempos peligrosos, lo mejor es ser precavida.

Alcé mi cabeza poco a poco, esperanzada.

—Quizá recordáis la primera vez que nos encontramos —continuó—, cuando os dije que era la intención de Dios cruzar nuestros caminos. ¿Creéis que fue un accidente encontrar un hábito de monja, y encima de franciscana, colgando en el bosque? Fui yo quien lo puso allí.

Asimilé sus palabras en silencio.

—Yo Sueño. Soñé que os encontraba, atacada por bandidos. Soñé con el suceso de hoy. Mi destino es serviros, hermana, al igual que vuestro destino es alcanzar metas mucho más elevadas.

Caí de rodillas mientras hablaba.

—No puedo... No debo... —Mi voz se convirtió en un susurro y me cubrí los ojos—. Soy una impostora... Madre, no soy una monja. Ni siquiera soy una verdadera cristiana.

Se arrodilló a mi lado y cogió mi mano. Era mucho más alta que yo, un detalle que consideré consolador en aquel momento, como si yo fuera una hija y ella mi madre.

—Dios es más grande que la Iglesia —dijo—. Más grande que las doctrinas del hombre, más grande de lo que cualquiera de nosotras sabe. Sea cual sea el nombre con que le llamemos, a Él o a Ella, la Diosa: Diana, Artemisa, Hécate, Isis, santa María... —Guardó silencio un momento—. Cuando nos encontramos la primera vez, vi el Sello de Salomón alrededor de vuestro cuello.

Parpadeé, estupefacta.

—El talismán de oro con la estrella y las letras hebreas grabadas. Aún lo lleváis, ¿verdad?

Asentí, anonadada. ¿Cómo era posible que aquella mujer cristiana supiera el nombre del medallón mágico, cuando yo no tenía ni idea?

—Bien. Os protege. Os trajo hasta aquí.

—Ni siquiera sé lo que significa —admití—. Nunca había hecho nada parecido a lo sucedido hoy con Jacques. No sé por qué de repente...

—Yo sí. Es el legado de vuestra abuela. El resultado de vuestra

suprema iniciación, logrado mediante el sacrificio de su muerte. Porque, mi querida Sybille, seréis más que humana, y vuestra abuela ha cumplido a la perfección el papel que le correspondía en la tarea. Un gran poder recaerá sobre vos, y nuestro propósito es guiaros en su uso...

## 12

A la mañana siguiente, todo el convento se había enterado de la curación de Jacques, por sus propios labios, grises y moteados, y por los de Habondia, rebosantes de miedo y veneno. La división de lealtades expresada en la mesa del comedor se confirmó en la siguiente colación: seis hermanas prestaron su ardiente apoyo a Habondia y sus sospechas. El grupo, solidario como un banco de peces, susurraba con sus viles cabezas muy juntas, me dirigían miradas furtivas, rezaban en voz alta para que Dios les protegiera y maldecían al diablo siempre que se cruzaban conmigo.

Al igual que la hermana Habondia, yo también estaba rodeada de mis discípulas. Era demasiado tarde para negar mi intervención en la curación del leproso, pero procuré subrayar en todo momento que era Dios, y no yo, quien había realizado el milagro. Casi todas lo comprendían, pero buscaban mi presencia como convencidas de que, si Dios me había visitado una vez, todavía poseía algo de Su resplandor, en el que deseaban bañarse. Sin embargo, algunas me canonizaron en sus corazones, en especial la hermana Marie Madeleine, tan imbuida de fervor religioso que intentaba ser para mí lo que san Juan había sido para Jesús. Caminaba tan cerca de mí que nuestros hábitos se rozaban, cogía mi mano, la apretaba contra sus labios, con ojos extasiarlos.

—Habládnos de Dios, dulce hermana —decía—. ¿Qué os ha dicho hoy?

—No soy una santa —insistía yo—. Dios me habla tanto como a vos, mediante la liturgia y las escrituras.

Aquella noche no pude dormir. Había llegado a querer a muchas de mis hermanas, en especial a mi protectora Geraldine, que no me había hablado desde la asombrosa revelación de que iba a ser mi profesora. Pero temía que ella, al igual que yo, fuésemos descubiertas muy pronto...

Al día siguiente, mientras realizaba mis tareas en el lazareto con la hermana Habondia, la hermana Marie Madeleine apareció en la puerta, sin aliento y sofocada como si hubiera corrido. Me llamó, sin hacer caso del escrutinio de Habondia.

—La madre Geraldine os reclama en su despacho. ¡Debéis acudir al



punto!

En cuanto salimos al pasillo, Madeleine me cogió la mano.

—Debo ocupar vuestro puesto en el lazareto —susurró—, pero debía deciros... que la hermana —movió la cabeza para indicar a Habondia— consiguió que el padre Roland hablara al obispo del milagro. —Apretó mi mano, muy exaltada.

La miré, consternada.

—¿Queréis decir que tanto el padre como el obispo están enterados?

—Más que eso. —Me dedicó una amplia sonrisa—. El obispo está aquí.

¿Aquí? Pronuncié la palabra en silencio, demasiado aturdida para decirla en voz alta.

—Para veros. Es maravilloso, ¿verdad? Ahora debo irme, pero después debéis contármelo todo. —Y regresó al lazareto presurosa.

Atontada, caminé a grandes zancadas en dirección contraria, hasta que mis piernas fallaron y caí de rodillas, con las manos contra la pared. Mi respiración era entrecortada. Esto era lo que más había temido, pero al menos nadie acusaba a Geraldine. Si me torturaban, ¿sería lo bastante fuerte para no revelar su nombre ni el de las demás hermanas?

Diosa, ayudadme, recé en silencio, con la cabeza vencida bajo el peso del miedo. Tal fue la intensidad, la desesperación y la voluntad de aquellas dos palabras, que supe sin lugar a dudas que habían sido oídas.

Permanecí en aquella postura varios segundos, hasta que recuperé la cordura. Cualquier intento de huir confirmaría mi culpabilidad. Además, estaba segura de que el chariot, los caballos y los ayudantes del obispo estaban esperando fuera.

No me quedaba otra alternativa que plantar cara a mis interrogadores. Al menos podría fingir inocencia, y achacar toda la responsabilidad de la curación al dios cristiano.

Por fin decidida, exhalé un profundo suspiro, alcé la cara... y vi a la madre Geraldine y al obispo, parados a escasos metros de mí.

El obispo era un hombre regio, anciano, de mejillas hundidas y profundas ojeras bajo unos ojos de espesas pestañas. Iba encorvado y estaba muy delgado, como si sus responsabilidades hubieran consumido su carne. Aquel día llevaba el hábito negro informal de un sacerdote, con la mitra de obispo.

—Hermana Marie Françoise —dijo la madre Geraldine con talante

formal y distante—. Ya conocéis al obispo.

En efecto. Nos había visitado varias veces durante los últimos años, con el fin de inspeccionar las finanzas del convento y celebrar con nosotras el aniversario de nuestra llegada a Carcasona.

—Hermana —dijo con voz aguda debido a la edad, y avanzó un paso para acercarme su anillo. Me postré de hinojos antes de besar el frío metal engarzado en piedras preciosas. Luego tomó mi mano y me ayudó a levantarme—. Venid —dijo, señalando el pequeño despacho de la madre Geraldine.

Indicó con un ademán que le precediéramos, después cerró la puerta y permaneció inmóvil de espaldas a ella.

Permaneció en silencio mientras me examinaba con inquietante intensidad. Sus ojos eran inteligentes, penetrantes. Podía ser una mirada de admiración o la de un cuervo que estudiara la carroña que iba a ser su cena.

—Contadme cómo se curó el leproso.

Su tono era afable, incluso alentador. Hice de tripas corazón y, siempre con la vista gacha, le conté con mucha sencillez lo acaecido: Jacques se había atragantado, y yo, tras advertirlo le había extraído la lengua, que luego se curó milagrosamente. Insistí en que era Dios, y no yo, el responsable, y que no tenía ni idea de cómo había ocurrido. Yo era una humilde monja, y ni siquiera de las mejores. Dios no había vuelto a utilizarme desde dicha ocasión.

Él escuchó en silencio. Cuanto más hablaba yo, más consciente era de que no me escuchaba, sino de que me observaba.

Lo cual me puso más nerviosa que cualquier acusación. A mitad de mi relato me interrumpí, pues había olvidado las palabras siguientes. Por un momento me quedé aturdida, incapaz de hablar, pero por mediación de la gracia de la Diosa me recuperé y balbuceé hasta el fin.

El anciano siguió en silencio, durante tanto rato que al fin osé mirarle. Tenía el ceño fruncido en señal de desaprobación.

—La hermana Habondia afirma que es brujería, que vuestras manos estaban rodeadas de un extraño resplandor, más brillante que la luz del día. ¿Qué respondéis a esta acusación?

Bajé la vista al punto.

—Vuestra santidad, no fue brujería, ni obra mía. Fue Dios quien curó a Jacques, no yo.

—Tenéis derecho a escuchar a vuestra acusadora —dijo, y llamó con

voz profunda y autoritaria—: ¡Hermana!

Al mismo tiempo, abrió la puerta para dejar pasar a una monja, con la cabeza tan gacha que el velo y la toca ocultaban su rostro por completo, pero no me cupo duda de su identidad.

—Su santidad —dijo con voz frágil y temblorosa, quejumbrosa a decir verdad. Se arrodilló, besó su anillo, y después permitió que la ayudara a levantarse, aunque estuvo a punto de perder el equilibrio.

—Hermana Habondia, decidnos lo que visteis la mañana que el leproso Jacques fue curado.

Inspiración y virtuosidad iluminaron las facciones de Habondia y suavizaron las arrugas fruto de la ira, con lo cual se reveló que había sido hermosa en su juventud.

—Vuestra santidad —dijo con vehemencia y convicción—, yo estaba atendiendo a uno de los leprosos cuando, al otro lado de la sala, oí un terrible sonido, el grito de la madre Marie Françoise.

—¿Y cuáles fueron sus palabras? —la urgió con serenidad el obispo.

—Maldiciones terribles, santidad. Maldiciones contra Dios, y Jesús... Y una oración al diablo.

Lancé una exclamación ahogada, pero nadie me prestó atención.

—Sé que es difícil para vos, hermana Habondia, pero... ¿cuáles fueron las palabras precisas? Hemos de saberlo antes de iniciar el juicio.

—Oh, santidad —dijo, abrumada por tal idea, y apretó la mano contra su pecho, desolada, pero obedeció con el rostro congestionado—. Creo que dijo «Maldito sea Dios» y «Maldito sea Jesús» —se persignó—, y después: «Demonio, concededme el poder...»; o no, fue: «Lucifer, concededme el poder».

Se persignó de nuevo y agachó el rostro hasta que sus facciones desaparecieron.

—¿Y después...? —la animó el obispo.

—Oh. Después sacó la lengua del leproso y se la volvió a encajar. Y un resplandor amarillento rodeaba sus manos —añadió—. Duró un rato.

—¡Eso son mentiras, mentiras! —exclamé.

—Contened vuestra impudicia, muchacha. ¡Dirigíos a mí con el debido respeto! —El obispo se volvió hacia mí, encolerizado—. ¿Ahora decís que no curasteis al leproso, cuando ya lo habéis admitido?

—No, santidad. Digo que nunca maldije a Dios, y mucho menos recé al...

Ante mi desesperación, la madre Geraldine intervino.

—Monseigneur, ni siquiera es una monja o una cristiana. Me lo ha confesado. Es una campesina huida de Tolosa porque su abuela fue acusada de brujería y ejecutada. —Me señaló con el dedo—. ¡Preguntadle, santidad, lo que lleva alrededor del cuello!

Solo pude mirarla, estupefacta, mientras el obispo decía:

—Bien, vamos a ver.

¿Qué podía ganar resistiéndome? Liberé el brazo de la manga para introducirlo dentro del hábito, donde encontré el disco de metal, que revelé por primera vez a otra persona desde que había abandonado Carcasona. Quedó colgando sobre mi pecho, brillante y acusador.

Siguió un período de solemne silencio.

—Esto es magia —dijo el obispo—, y de la más siniestra. Hermana Habondia, debéis venir conmigo a la ciudad. Madre Geraldine, acompañad a la hermana Marie Françoise a su celda, y vigilad que no salga en toda la noche. Volveré por la mañana con acusaciones oficiales, y me ocuparé personalmente de que la acusada sea trasladada a la prisión.

La abadesa, siguiendo las órdenes, me acompañó hasta mi celda. Tal era mi estupor y dolor por su traición, que no pude hablar mientras andábamos, ni siquiera fui capaz de mirarla. La herida que me había infligido era profunda, pero más aún lo era mi confusión en aquel momento. Ella era miembro de la Raza, sin duda. Había hablado con gran afecto del sacrificio de mi abuela, había conocido mi inminente llegada y abandonado el hábito de monja para que yo lo encontrara en el bosque. ¿Cómo podía haberme traicionado tan arteramente?

No lo entendía. Caminamos en silencio. Geraldine no me ofreció la menor explicación de su cruel deslealtad, y cuando por fin llegamos a mi pequeña celda entré sin protestar, y al punto me arrodillé.

—Quedaos aquí —dijo la abadesa, sin vergüenza o satisfacción, sino con absoluta serenidad, como si nada terrible hubiera sucedido entre nosotras—. Iré a buscar a una hermana para que se aposte ante vuestra puerta esta noche.

Sus prisas por marcharse solo aumentaron mi confusión. ¿Confiaba en que no escaparía? Por supuesto, al menos, hasta haberme asegurado de que el chariot del obispo se había alejado. ¿Confiaba en que una sola hermana sería suficiente para retenerme? Pues yo era menuda pero fuerte, más

fuerte que muchas hermanas más altas que yo, y también dominaba las artes mágicas. ¿O era una invitación a escaparme, que sellaría mi culpabilidad y mi sino?

La madre Geraldine se fue. En la hora que transcurrió antes de que apareciera la dulce y grandullona hermana Barbara para montar guardia ante mi puerta, me sentí desgarrada. Recordaba demasiado bien la angustia de las llamas que había visto y sufrido en mis propias carnes cuando la ejecución de mi abuela, y sabía que no las soportaría de nuevo. Todo mi cuerpo temblaba por obra de ese recuerdo.

Y recordé a Noni gritando a su torturador, aquel que la había enviado a la muerte: Domenico...

Es el Enemigo, me dije, temblorosa. He caído en las garras del Enemigo, las garras de aquel que quiere destruir a la Raza. Tenía que escapar a cualquier precio...

Al mismo tiempo, mi corazón susurraba que aún no había llegado el momento de abandonar aquel lugar, que era el mío.

Estuve sentada durante horas sobre la fría piedra, mientras la luz del día se apagaba y caía la noche, cuando Habondia apareció con dos lámparas de aceite encendidas. Tendió una a la hermana Barbara y se quedó la otra. Por una vez, no me lanzó miradas malévolas sino que evitó mis ojos y, cumplida su tarea, se marchó.

Permanecí inmóvil toda la noche, salvo por los temblores que me recorrían cuando el temor se apoderaba de mí. Me debatía entre dos ideas: escapar en cuanto Barbara se durmiera, o quedarme donde estaba, porque tal vez esa era la voluntad de la Diosa.

Pero llegó un momento en que mi cuerpo se negó a seguir contemplando la posibilidad del fuego y la muerte, aunque la hermana Barbara se mantuviera despierta con contumacia hasta bien avanzada la noche. No tardaría en llegar la hora de los laudos, cuando la comunidad despertaba en la oscuridad para rezar, y luego volver a dormir. Desesperada, decidí hechizar a la hermana.

Sentí una extraña sensación de poder y supe al instante que, al igual que había sido capaz de devolver el don de la palabra a Jacques, podía derribar a la hermana Barbara. Vi con claridad cómo podía silenciar su lengua para que no gritara, cómo podía paralizar sus piernas para que no me persiguiera.

Lo pensé un instante y luego sentí una indecible revulsión. Aun así, el terror no me permitía quedarme. Evoqué un globo que aprisionara su cuerpo. Dentro de ese globo, joyas centelleantes caían como nieve, una nieve sosegante que traía el sueño. Me resultó muy fácil realizar ese hechizo, y me pregunté por qué me había molestado alguna vez en hacer amuletos y pociones, y en dibujar círculos en la tierra.

Al cabo de un momento, la hermana estaba roncando estentóreamente, la barbilla apoyada sobre su pecho, los brazos enlazados dentro de las largas mangas, mientras conservaba la postura recta de una monja en pleno rezo.

Me puse poco a poco en pie. En mi mente ya había dejado atrás a la hermana Barbara, recorrido el pasillo, salido a la puerta, pocas veces utilizada, situada entre el garderobe y el lazareto, salido a la noche, al bosque y las montañas...

Pero en el reino de la realidad no me movía. No podía moverme, porque mi corazón y mi voluntad no me lo permitían, pues conocía el deseo de la Diosa. Mi destino residía en aquella celda, en el convento, y estaba en las manos de la madre Geraldine y el obispo.

Disgustada por haber utilizado mal mi magia, me senté de nuevo y disolví el globo que rodeaba a la hermana Barbara. Despertó sobresaltada, parpadeó para aclarar su vista y miró en derredor. Tranquilizada al ver que yo todavía seguía en mi celda, cogió el rosario y empezó a rezar.

Una profunda calma me embargó. No se trataba de la cansada y desesperada rendición que se apodera de los condenados, sino de la verdadera paz que había descubierto tras la muerte de Noni, en presencia de la Diosa. Me quedé en la celda hasta que llegó la mañana.

Después de que sonaran las campanas de las primas, y el sol entrara por la ventana, la hermana Barbara alzó la vista como si una mano invisible la hubiera tocado. Se levantó y dijo con voz serena:

—Venid, hermana.

Me guió hasta el despacho de la madre Geraldine y tras una leve llamada abrió la puerta. Vi a la abadesa, Habondia y el obispo, severo y majestuoso. Un escalofrío me recorrió cuando la puerta se cerró a mi espalda, pero lo reprimí recordando a Noni y a la Diosa.

La madre Geraldine fue la primera en hablar.

—Os habéis portado bien, hija mía, teniendo en cuenta que es la primera lección: el miedo repele a la Diosa, y la magia obrada presa del

miedo da lugar a una gran maldad. Llegará un día en que deberéis dominar el miedo, pues si se infiltra en vuestro corazón os destruirá. Hemos de hacer mucho antes de que estéis preparada para abrazar vuestro destino.

El obispo se adelantó, se inclinó sobre una rodilla y besó mi mano.

—Mi señora.

Retrocedió y Habondia le imitó.

—Mi señora —dijo casi con reverencia—, perdonad que haya sido la encargada de causaros dolor.

Geraldine, que sin duda era la jefa del grupo, me dedicó una reverencia y besó mi mano con fervor.

—Mi señora —dijo—, siempre estaréis a salvo aquí, con nosotros. Hemos jurado protegeros.

—¿Qué sois? —pregunté asombrada—. ¿Sois brujas o cristianas?

Geraldine me dedicó una amplia sonrisa.

—Tal vez ni una cosa ni otra, mi señora. Tal vez las dos. Tal vez seamos mujeres, salvo nuestro valeroso obispo, pero no somos menos caballeros templarios.

Con un veloz movimiento, sacó de debajo del hábito y la toca un collar del cual colgaba un disco brillante, con estrellas y una inscripción en hebreo: un Sello de Salomón de oro.

—Lo más importante que debéis aprender ahora —dijo Geraldine, después de que el obispo y Habondia se marcharan—, es quién sois. Quizá sabéis algo. Quizá vuestra abuela os contó la historia tal como ella la aprendió de su maestra. Quizá no. Pero de niña, y después de joven, fuisteis a misa, y oísteis al sacerdote contar la historia de Dios hecho hombre.

»Permitidme que os cuente otra historia, igual de antigua, o quizá más, de una niña que se convirtió en mujer. Vivía junto a un lago llamado Galilea, en un país donde rugían los leones. Su nombre, Magdalena, significaba "torre de vigilancia", y los que la conocían de niña sabían que había recibido su nombre por la ciudad de donde procedía. Pero los que la amaban como mujer sabían que era debido a que su Visión era mucho más profunda que la de los demás.

»Y ella sabía quién era Dios hecho carne, porque ella, la Diosa, era su igual. Juntos, eran el Padre y la Madre de la Raza. Compartían un único destino: ayudar a la humanidad, enseñar compasión, guiar a quienes compartían su sangre y talentos para hacer lo mismo. Pero el peligro no

tardó en acecharles, pues había quien sentía celos de su Poder y de su influencia sobre la gente. La maldad alzó la cabeza y declaró profano lo que habían declarado santo, con el objetivo de destruirles a ambos.

»Mi misión es advertiros de este mal, que ha robado la magia más elevada, e incluso ahora la utiliza con un fin perverso a fin de impedirlos que encontréis vuestro destino conjunto; y enseñaros a descubrir y perfeccionar los poderes que ya poseéis.

»Generación tras generación, la pauta se repite: los dos han de encontrarse mutuamente y unirse con un solo propósito, y derrotar así a la maldad que maquina contra ellos. A lo largo de las pasadas generaciones, vuestro Enemigo ha adquirido mayor fuerza porque algunos de los que poseían sangre santa y poderes santos se han visto atraídos hacia el mal. El peligro que afrontáis es muy grave. Porque ahora os enfrentáis a algo más que vuestra muerte, la destrucción de toda nuestra raza, para que los habitantes de la tierra se queden sin ayuda, atrapados en un presente y futuro contaminado de guerras y odio.

—¿Todas las que vivís aquí sois templarias? —pregunté asombrada.

Ella sonrió.

—En efecto, mi señora. Es cierto que las mujeres no esgrimimos espadas ni lanzas. Nuestras batallas se dirimen en un reino diferente. Por otra parte, al ser hembras, no habríamos podido pertenecer a la Orden de los Caballeros del Templo de Salomón, pero los hombres que, junto con nosotras, servían al Señor y a la Señora habían formado una orden interna dentro de los templarios, y fueron perseguidos por sus creencias. Por lo tanto, acabamos considerándonos como tales, porque servíamos con ellos. Su tarea era proteger y adiestrar al Señor; la nuestra, proteger y adiestrar a la Señora. Cuando la Orden fue oficialmente destruida, y los hombres ejecutados o repelidos hacia el norte, salvo algunos cuya relación nunca fue descubierta, las mujeres nos quedamos, pues ¿quién iba a sospechar que pertenecíamos a la orden interna? Sin embargo, durante el milenio anterior a esa época, solo nos llamamos discípulas. Algunas de las que vivimos aquí poseemos sangre rica en clones, la Visión, el Toque, el Sueño, y muchas más, pero la mayoría, menos dotadas para la magia, creen y desean servir en lo que puedan. La hermana Habondia es una de ellas. Aporta sus capacidades físicas y mentales, además de, como ya habréis notado, su peculiar talento histriónico.

—Pero yo no soy diferente de vosotras —contesté—. Conocéis a la



Diosa mejor que yo. Sois más poderosa que yo. Sabíais que iba a venir, y yo ni siquiera estaba segura de que no me habíais traicionado.

—No es cierto, mi señora —repuso con semblante sombrío—. Yo no poseo ni una ínfima parte de vuestro poder, mejor dicho, el poder de la Diosa. ¿Es que todavía no comprendéis lo ocurrido con la muerte de vuestra abuela, vuestra suprema iniciación?

Las lágrimas se agolparon en mis ojos, pero me controlé.

—Sé que... sentí la presencia de la Diosa con más fuerza que nunca. Sé que recibí el poder del Toque.

—Recibisteis mucho más que eso.

Geraldine calló. Incluyó la cabeza, de manera que el velo negro de invierno resbaló por una mejilla, hasta caer sobre su mandíbula. Sus ojos seguían clavados en mí. Al mismo tiempo, miraban más allá de mi forma física para llamar la atención sobre algo profundo y magnífico. Su expresión se suavizó, y recordé de repente la estatua de madera de María en el olivar.

—Solo ha ocurrido una vez desde que la Raza empezó. Vos, querida hermana Marie, tanto si lo creéis en el fondo de vuestro corazón como si no, aunque todavía no lo hayáis descubierto en vuestro interior, os habéis convertido en la Diosa encarnada.

Durante los años siguientes, fueron muchas las cosas que me explicó la hermana Geraldine. Una, que los dos medios de iniciación, es decir, de obtener el poder mágico para el bien y el mal, eran la muerte y el amor, este último interpretado por los practicantes de la magia vulgar como acto de procreación. Era cierto, admitía, que solo el acto físico lograba cierto grado de iniciación, pero la consecución del poder superior residía en un acto de compasión que trascendía a la persona, y la cópula entre el Señor y la Señora había alcanzado elevados niveles de poder en pasadas generaciones. Perdonad que hable con tanta franqueza, hermano. No era mi intención haceros ruborizar.

Lo que Noni había hecho por mí era combinar el amor abnegado con una rendición voluntaria a la muerte. Mi iniciación era doblemente poderosa. Con el objetivo, dijo Geraldine, de encontrar e iniciar con mayor potencia a mi Amado.

En primer lugar, empero, tanto yo como el señor debíamos seguir un adiestramiento y preparación especiales, pues en esta generación el peligro era especialmente grave. Hasta entonces yo sería muy vulnerable a los ataques del Enemigo.

Empezó en un Círculo con las demás hermanas de la Raza, un Círculo muy parecido al que asistí con Noni. Se invocaba la Luz, y Geraldine la absorbía con palabras muy parecidas a las utilizadas por Noni. Hebreo, explicó Geraldine más tarde, no italiano como yo creía. Pues en los días en que los templarios se vieron obligados a huir para salvar la vida, muchas brujas les acogieron, y se enseñaron mutuamente sus conocimientos de magia. Estaban los seres gigantescos de diferentes colores (los arcángeles Rafael, Miguel, Gabriel, Uriel) y las estrellas y el Círculo.

Todo esto se llevaba a cabo en el sótano, en el legado dejado por las numerosas ocasiones que Carcasona había visto invasores, un pequeño escondrijo oculto tras las murallas. Rodeadas de piedra mohosa, labrada toscamente, sin una ventana que paliara la negrura, no llevábamos herramientas ni objetos mágicos, solo una lámpara de aceite y nuestros corazones. La hermana Geraldine ni siquiera se molestaba en trazar un círculo en el suelo, pero la presencia de la Invisible era muy vivida. Yo

pensaba que en la oscuridad Veíamos mejor.

En esa pequeña cámara, bajo la protección de la abadesa y mis hermanas (y la de muchas otras invisibles diseminadas en muchas ciudades y países, que asistían en espíritu más que en cuerpo), di mis primeros pasos en aprender a concentrar la Visión.

—Pensad en vuestro Enemigo —murmuró Geraldine en aquel primer Círculo, cuando todas estuvimos refugiadas dentro de un globo de luz doradoazulina.

Se acercó y me cogió una mano, y Marie Madeleine asió la otra, y la hermana Barbara asió la de esta, y la hermana Drusilla la de esta, y la hermana Lucinde la de esta... Éramos seis aquella noche, y bendigo a las seis, pues sin ellas el Enemigo me habría descubierto. Con la ayuda de las buenas monjas era para él invisible, desconocida.

—Pensad en vuestro Enemigo en vuestro corazón

—continuó Geraldine—, y su imagen aparecerá poco a poco...

Respiré hondo, inquieta solo de pensarlo. No cabía duda de que aquellas mujeres se engañaban, y yo también, al osar pensar que yo era la Diosa, un vehículo de su Poder. Era demasiado humana: débil, angustiada, temerosa...

Madeleine apretó mi mano. Me volví y vi su perfil a la luz de la lámpara, la suave pendiente cóncava de la frente, la curva relajada del párpado cerrado, un abanico de pestañas apoyadas sobre un arco dorado de mejilla: el vivo retrato de la serenidad. Sentí que la misma paz descendía sobre mí, sentí que las pestañas aleteaban sobre mi piel, sentí que mi temor se disolvía.

Y oí a Noni gritar:

*Domenico...*

*La brisa traicionera en el nacimiento de la niña...*

Al punto, caí en una Visión.

La silueta de un hombre alto y corpulento. Se yergue ante un altar, un cubo de ónice. Sobre su pulida superficie descansan dos velas, una blanca y otra negra; una paloma blanca dentro de una pequeña jaula de madera; un círculo de sal; y un incensario dorado. De este último surgen espirales de

humo, y detrás de su velo espeso perfumado de mirra, frescos de dioses paganos retozan en las sombras oscilantes. Aquí, una Venus de piel perlífera copula con Marte, y ondas doradas de su cabello cubren a los dos. Allí, la mortal Leda yace en la sombra arrojada por las grandes alas de un cisne divino.

Sobre la cabeza del hombre brilla una cúpula con estrellas de oro y signos astrológicos grabados. Ante él, un círculo mágico (con símbolos de fuego, agua, tierra y aire distribuidos en un mosaico centelleante) adorna el suelo de mármol blanco.

Un candelabro de pared dorado, tan alto como el hombre y la mitad de grueso, adorna cada esquina. El del oeste, situada detrás del altar, tiene forma de águila, y de león el del sur. Este y norte están representados por la cara de un hombre y un toro. Sobre cada soporte parpadea un cirio, que intensifica el resplandor arrojado por las velas del altar.

—Una mujer adornada con el sol —susurra el mago—, erguida sobre la luna, coronada con doce estrellas. En la agonía del parto, grita...

Avanza hacia el altar y abre la jaula de madera. La paloma se encoge cuando introduce la mano, y ladea la cabeza para mirarle con un ojo rosa, desprovisto de toda expresión. Cuando la mano se cierra sobre su lomo, la paloma intenta erguirse y eriza sus plumas, irritada, pero en cuanto el mago la atrae hacia sí y acaricia con suavidad sus plumas, se tranquiliza y apacigua en la palma de su mano. Qué vida tan menuda: apenas un punto de calor y un corazón acelerado en su palma. La acaricia con aire ausente, concentrada su mente en lo que esa pequeña vida conseguirá, hasta que el ave se relaja y empieza a acicalarse con el pico.

De repente, el mago la agarra por el estrecho cuello entre el pulgar y el dedo medio, y lo tuerce hasta que nota y oye el chasquido de los delicados huesos tubulares. Al mismo tiempo, la paloma defeca en su mano.

Sin más reacción, traslada el ave muerta a su otra mano y deja que el jarabe verde y blanco resbale de su mano hasta caer en el suelo de mármol, después se limpia la mano con su túnica, antes de depositar el ave dentro del pequeño círculo de sal vertida sobre el reluciente altar negro.

Extrae la daga ceremonial de su cinto. La hoja destella una vez, dos veces, a la luz de la vela, cuando decapita a la paloma. Sangre caliente mana sobre la daga y sus dedos, tiñe de púrpura las plumas blancas, forma un pequeño charco de sangre contra la barrera de sal.

Al punto el mago retrocede y en su mente crea un círculo protector a su alrededor, que excluye a la paloma y al altar. Una vez erigida la barrera, pronuncia con voz tonante el nombre de un demonio, uno que hasta el momento le ha servido bastante bien, pero que en el momento actual no realiza tarea alguna, y le ordena por todos los Nombres Santos que se muestre dentro del círculo de sal.

Los menos experimentados, menos dotados, podrían interpretar erróneamente los símbolos más sutiles: la extraña sensación física, como si sobre la piel resbalara raso frío, el súbito destello de las velas en el altar, el repentino estertor de la paloma muerta. El incensario empieza a desprender humo. Planea sobre el ave muerta, y de pronto forma una columna que asciende poco a poco, hasta que por fin el mago ve la cara que se forma en el humo. Una cara monstruosa, la de un lobo provisto de largos y mortíferos colmillos, una lengua que cuelga como la de una serpiente, y dientes grandes y afilados...

Desea con todas sus fuerzas asustarle, obligarle a huir presa del miedo, inducirle a abandonar su círculo protector. Porque entonces podría esclavizarle e imprimir un giro a la situación, y el miedo es el medio más fácil de obtener lo que desea. Por consiguiente, el mago no se permite sentir ni un ápice de temor. Si le inspira alguna reacción, es reírse del bravucón intento del espíritu para recordarle que se halla en su poder.

Entonces, cuando el demonio está formado por completo dentro del humo, el mago pronuncia por segunda vez su nombre y ordena:

—Destruirás al que busco, destruirás al que Verá con más claridad que yo. Y se hará así...

Extrae de su túnica un cirio largo y ahusado, con cuyo extremo toca la punta de la vela del rincón oeste. Sin salir del círculo, acerca la punta encendida a la jaula de madera que descansa sobre el altar.

Prende al instante, y en el espacio de dos segundos se consume. Los restos caen sobre la paloma, dentro del círculo de sal, y brota un olor a plumas chamuscadas cuando el cuerpecillo arde.

Y al instante ya no vi al mago, sino la casa en la que había nacido. Y dentro, mi madre acuclillada sobre gavillas de trigo recién cortado, el estómago hinchado de mí. Qué joven era. Más que yo ahora.

Estaba chillando, chillando debido a los dolores de parto, chillando de miedo y furia contra Noni, arrodillada a su lado. Mamá, con una fuerza que

nunca antes había poseído, abofeteó a Noni y la tiró al suelo.

Noni cayó de costado, y golpeó con el hombro la pequeña lámpara que descansaba sobre el suelo sembrado de paja. Vi que el fuego prendía en el aceite derramado, corría sobre la paja, se apoderaba de las faldas negras de mi abuela, y avanzaba hacia la pila de gavillas donde mi madre se esforzaba por dar a luz. Pensé en la jaula reducida a cenizas sobre el cuerpo quemado de la paloma.

La muerte, comprendí. La fuente de su poder reside en la muerte de los demás. Por eso, cuando Noni murió, pensó que había ganado. Debió disgustarse mucho cuando vio que el poder no se transmitía a él sino a mí.

No era de extrañar que me persiguiera a mí, y a mi Amado. No tanto por deseo de vengarse de Ana Magdalena, sino por adueñarse de nuestro gran poder.

—Basta —ordenó Geraldine, y recobré el conocimiento en el Círculo.

»Este es vuestro Enemigo, tal como lo era en el pasado —dijo la abadesa—. Esperaréis hasta que seáis lo bastante fuerte para enfrentaros a él en el presente.

Y me enfrenté a él, en otros Círculos de otras noches. Vi al mago intervenir en una docena de incidentes que no he contado por falta de tiempo. Incidentes que, de no haber sido por la intervención de Noni, habrían acabado con mi vida. Le vi intervenir cuando mamá se apoderó del amuleto que papá llevaba colgado del cuello, antes de que muriera a consecuencia de la peste, y cuando la pobre mamá descubrió mi Sello de Salomón y denunció a Noni a los guardias.

En el Círculo (y en mi solitaria celda, pero siempre bajo la protección de mis caballeros femeninos) aprendí a meditar, no sobre la cruz u otros objetos sagrados típicos del convento, sino sobre la mismísima Diosa, hasta que alcanzaba un estado de profunda calma.

En este estado practicaba la aplicación de su poder curativo a voluntad, y aunque pueda parecer fácil, fue un proceso lento y dificultoso. Y si bien en el lazareto había muchos pacientes ansiosos por recibir mi Toque, Jacques (junto con varios más) se negó a que le curara más, para mi consternación.

—Han de quedar algunos leprosos, no sea que la gente hable y empiece a sospechar —dijo—. Y si ha de haber leprosos, yo seré uno de ellos. No os serviré menos, mi señora, mientras Dios y la Diosa me

permitan vivir.

Pero aprendí a curar a muchos otros, siempre cosas sin importancia, cerrar una llaga abierta, restaurar un poco de carne, pero nada tan espectacular ni ambicioso como lo que había hecho con Jacques. Los afectados por la peste se recuperaban en su momento, o bien empeoraban y morían, pese a mi Toque. Cuando me lamentaba de mis fracasos ante Geraldine, ella se limitaba a decir:

—Tenéis que olvidaros de vos. Tenéis que olvidar el cuerpo humano en que habitáis y recordar solo a la Diosa.

Cada vez se alargaban más los períodos en que era capaz de recordar y alcanzar aquel estado de calma meditativa, aquella gracia, aquella sensación de Presencia Viva. En esos momentos, empezaba a plantar cara poco a poco a mis temores, pues solo cuando los sometiera podría ser lo bastante fuerte para protegerme a mí y a los demás, y así dar libertad a mis hermanas para que hicieran lo mismo.

—Solo cuando seáis lo bastante fuerte —me dijo Geraldine—, se os permitirá conocer en carne y hueso a vuestro señor. Entonces, podremos iniciarle, cuando vuestro corazón esté dispuesto.

Y fue Domenico el Enemigo en el que aprendí a pensar por primera vez, hasta que, tras haber aprendido a concentrar mi Visión y domeñar mi terror, pude Verle y no sentir más que la compasión de la Diosa. Así fortalecida, controlé toda clase de miedos, incluida mi especial aversión al fuego y al dolor que inflige, que tan bien recuerdo. Ahora lo cuento muy deprisa, pero el proceso tardó años, mucho antes de que pudiera evocar tales cosas en la meditación y conservar la paz, en la Presencia. No podía permitir que ninguna oscuridad residiera en mi corazón, pues podía tornarse contra mí.

Y cuando aprendí a pensar en mi Enemigo actual, hallando por fin la fuerza para Ver su cara con serenidad, Geraldine me habló a solas una noche después del Círculo, cuando las demás habían abandonado la cueva y nosotras nos rezagamos, provistas de una vela que iluminaba el camino.

—No basta —dijo, mientras la llama arrojaba un cono de luz tembloroso que iluminaba su pecho, barbilla y labios, pero dejaba los ojos y las cejas en la sombra— que hayáis Visto a vuestro Enemigo en el pasado y el presente. Tenéis que pensar en el Enemigo que vendrá en el futuro. Este es el último y mayor temor que debéis conquistar.

Vacilé. Abrí la boca para protestar, para decir (ignoro por qué) «no

puedo», pero antes de que pudiera hablar ella continuó.

—Comprended, es por el mismo motivo que sois limitada como curadora. En esos momentos olvidáis lo que sois. Os recordáis solo como mujer, Marie Sybille, y olvidáis que sois también la Diosa. Vuestras limitaciones son las de Ella.

Para entonces ya me había acostumbrado a pasar casi todo el tiempo en presencia de la Diosa. Tal vez he llegado incluso a sentirme un poco orgullosa de ello, pues cuando la abadesa hablaba, me humillaba el horror que habitaba en mi interior. Sabía que hablaba del Mal que se avecinaba, aquel que no me había atrevido a pensar cuando Jacob, al principio de mi iniciación, me animaba a hacerlo. Era la desesperanza en estado puro, el vacío en estado puro, al que había visto aguardarme fuera de mi primer y último Círculo, cuando Noni había oficiado de sacerdotisa, y yo pensé: ¿Cómo pensaré en él con serenidad, cuando ni siquiera soporto oír su mención?

Pero sabía que toda mi preparación iba dirigida a ese objetivo, y que una vez alcanzado estaría preparada para encontrarme con mi Amado. Por ello empecé a realizar intentos vacilantes en el Círculo y la meditación. Y como vacilaba, fracasaba una y otra vez.

Sin embargo, una amenaza diferente no tardó en distraerme.

Estábamos en guerra con Inglaterra desde que tenía uso de razón (más, de hecho), aunque nunca la había experimentado en carnes propias. Las escaramuzas esporádicas habían tenido lugar más al norte de donde vivíamos. Por mediación del obispo y el padre Roland, que nos administraba a diario la eucaristía, nos enteramos de que el Príncipe Negro, Eduardo, había invadido Burdeos. Su ejército y él hicieron algo más que matar a los habitantes: asolaron la ciudad y los pueblos circundantes, mataron cerdos y vacas, destruyeron cosechas, árboles, viñedos y barricas de vino, prendieron fuego a campos y edificios.

—La tierra —nos dijo un día el padre Roland antes de la misa— está ennegrecida y sembrada de hoyos, y los pobres supervivientes mueren de hambre. No tienen pan, porque Eduardo quemó los molinos y los graneros. Y todo porque permanecieron leales al rey francés.

Cuando mis hermanas se enteraron de que el ejército de Eduardo avanzaba hacia el sur y el este, hacia Tolosa, y después Carcasona, temieron por nuestra seguridad. Ciertamente, el hecho de que vivíamos en una



comunidad religiosa tendría que habernos protegido, como así hubiera sucedido cien años antes, pero en estos tiempos modernos el respeto por monjas y clérigos ha disminuido tanto que corríamos el peligro de ser asesinadas y violadas, como cualquiera durante una guerra.

Nuestra preocupación aumentaba a diario con las visitas del padre Roland. «Han conquistado el Armagnac» se convirtió en «Han llegado a Guienne», y después en «Se dirigen hacia Tolosa». Por alguna causa misteriosa, perdonaron Tolosa, y el padre Roland decidió celebrarlo con una misa especial de acción de gracias, razonando que si Eduardo no se había molestado en apoderarse de la ciruela madura y succulenta que era Tolosa, menos se sentiría atraído por la uva que era Carcasona.

Además, nuestra ciudad era una ciudadela, una fortaleza, defendida no por una sino por dos murallas: un bastión interior de madera construido por los visigodos casi un milenio antes, y un muro exterior de piedra, que apenas contaba un siglo. Ciertamente, nuestro convento se hallaba fuera de las murallas de la ciudad, pero la reputación de dichas murallas debería bastar para desalentar a los ingleses de venir hacia aquí.

Al menos, eso pensaban casi todos los habitantes de la ciudad, con el resultado de que no se hicieron preparativos ni se tomaron precauciones.

Marie Madeleine me hablaba del tema a menudo, y tal vez llegó a insinuar que le gustaría saber qué futuro predecía yo en lo tocante a la invasión. No sabría decirlo, porque estaba demasiado distraída para prestarle atención. Tras cinco años de preparación a las órdenes de la madre Geraldine, yo estaba consumida no solo por el fracaso de no poder soportar la visión de mi futuro Enemigo, sino por la creciente convicción de que mi Amado corría un grave peligro de ser atacado. ¿Cómo podía ayudarlo si no podía verle sano y salvo? Toda aquella charla acerca de los ingleses y la guerra significaba poco para mí, y no dirigí la menor energía ni pensamiento hacia su posible llegada.

Un día, cuando la misa estaba a punto de terminar, durante las hermosas notas del Nunc Dimittis, las hermanas del coro callamos de repente al oír un fuerte golpe en la puerta de la capilla. Y al punto la pesada puerta se partió en dos.

Desde la puerta, uno de los hermanos laicos, el pastor Andrus, se arrojó al centro del santuario y cayó de rodillas, no movido por el fervor, sino por la agitación. Cuando el padre Roland, el coro y las demás monjas

le miraron estupefactos, el hombre gritó:

—¡Los ingleses! ¡Están aquí! ¡Dios nos asista! ¡Están aquí!

Una oleada de murmullos recorrió a la congregación, pero la madre Geraldine salió del coro, ordenó silencio con un ademán, se volvió y asintió en dirección al director del coro.

Una vez más, las hermanas empezaron el Nunc Dimittis, con voces más firmes y altas.

—Señor, permitid ahora que vuestros siervos partan en paz...

Esta vez, la liturgia terminó, y cuando el padre Roland hubo dado su apresurada bendición, huyó de la capilla a toda la velocidad de sus piernas, mientras las hermanas salíamos de manera ordenada, como era la costumbre, detrás de la abadesa.

Los ingleses bajaron de las colinas sin el menor asomo de vacilación, más de cinco mil hombres: lanceros, infantería, los temidos arqueros con sus arcos tan altos como un hombre. Como langostas oscuras que arribaran en enjambres irregulares, llevaban meses andando y ya no conservaban las líneas precisas de batalla, y tampoco era necesario. No había heraldos con sus trompetas, ni banderas ondeando al viento, pues no era preciso.

No era una guerra, sino una carnicería.

Como todas las demás ciudades que habían conquistado, Carcasona no estaba preparada para defenderse. Se había improvisado una pequeña tropa, que consistía en los hombres del grand seigneur y siervos, no más de doscientos. Nos apostamos en los campos situados al norte del convento y vimos aterradas que se congregaban para combatir al enemigo.

Aquel día hacía un frío excepcional. La noche anterior habíamos colocado paja sobre las cosechas para protegerlas de la escarcha, y por la mañana, en la gélida capilla, mis uñas se habían teñido de un tono azulado.

Había salido a observar la batalla sin mi capa, pero el frío que sentía no solo era físico. Mis pensamientos y talentos se habían concentrado en otras cosas. Solo había pensado de pasada en la guerra inminente, pero en aquel momento Vi destellos de lo que iba a depararnos. Introduje las manos dentro de mis anchas mangas y me froté los brazos para que entraran en calor.

Pese a su preparación, los ojos de Marie Madeleine se habían llenado de lágrimas. Aferró los brazos de la madre Geraldine y dijo en voz baja, emergiendo sus palabras como neblina blanca:

—Madre, hemos de huir o nos matarán a todas, como mataron a las pobres almas de Burdeos.

La abadesa miró a Madeleine. Al ver las lágrimas, la expresión de Geraldine se suavizó.

—Vete si has de irte. Quédate si has de quedarte. En cuanto a mí, he de quedarme. —Y se dirigió en voz más alta a todas las hermanas—: Las que deseéis marcharos, coged el carro y los caballos, y cargad tanta comida y vino como podáis.

Ni un alma se movió. El mínimo arco de una sonrisa se insinuó en los labios de la abadesa, y luego se desvaneció.

—¿Qué Veis? —me preguntó.

Pensé en las ovejas y vacas que pastaban en los campos, en los puerros y guisantes protegidos por la paja, en los árboles rebosantes de manzanas, peras y nueces, y Vi que todo desaparecería en cuestión de horas. Oí el resonar de pies ingleses en las escaleras del convento.

—Vienen hacia el convento.

—¿Qué más? —preguntó Geraldine, contenida y brusca como un mercader cuando regatea.

Me quedé sorprendida, porque en aquel momento no pude Ver nada más. Con humildad, comprendí que una cosa es apaciguar los temores en la meditación, y otra muy diferente subyugarlos en la realidad. Como no respondí, Geraldine continuó.

—Barbara, Madeleine, id al jardín y recoged todas las hortalizas y manzanas que podáis, y después corred al sótano. Las demás, seguidme.

Se levantó las faldas y corrió a toda la velocidad que le permitían sus piernas.

La seguimos. Primero fuimos al lazareto y recogimos a los leprosos que se encontraban en mejor estado, y los llevamos con nosotras al sótano. Lo mismo hicimos con los enfermos del hospital normal capaces de andar. Tres hermanas corrieron a la cocina en busca de la comida y bebida que pudieran cargar.

Aturdida, trabajé al lado de Geraldine en el lazareto, en tanto el viejo Jacques ordenaba a otros tullidos que se sujetaran a su espalda, mientras bajaba la escalera cargado con ellos. Las hermanas transportamos a los demasiado débiles para moverse, entrelazando nuestros dedos para improvisar sillas. Nuestro destino era la cámara mágica oculta, en la que amontonamos comida, leprosos, supervivientes de la peste y hermanas, y

después cerramos la pared.

Yo confiaba a pies juntillas en Geraldine y no cuestioné en ningún momento sus órdenes, pues conocía la voluntad de la Diosa tanto como yo, o más. Pero cuando la oscuridad se cerró sobre nosotros con el retumbar de piedra contra piedra (pues no nos habíamos atrevido a llevar ninguna vela, por temor a que se filtrara por alguna rendija o grieta y nos delatara), pensé: Estamos atrapados.

Estábamos ciegos, pero no sordos del todo. A través de las hendiduras practicadas en las paredes a efectos de ventilación, oíamos los gritos de los ingleses, los chillidos de los franceses que huían, el retumbar de cascos de caballo.

Por fin, oímos docenas de pasos arriba, y poco después el tintineo del metal en la escalera. Luego, un par de botas singularmente pesadas entraron en el sótano, acompañadas por el sonido de una respiración profunda y el olor de algo muy humano y muy asqueroso.

La voz de un hombre, ronca y tosca, incapaz de pronunciar bien ni una sola vocal francesa, gritó:

—¡Muy bien, señoras! Si os ocultáis aquí, no escaparéis. Si habláis ahora, prometo que ninguna sufrirá el menor daño...

No dijimos ni una palabra, sino que nos acurrucamos en la oscuridad, tan cerca que mis hombros y rodillas estaban apretados contra los de Madeleine a mi derecha y los de Geraldine a mi izquierda. Delante de mí estaba sentado Jacques. Sentía su aliento cálido en mi cara.

—Hermanas —gritó el inglés en su tortuoso francés—. Si estáis aquí, os encontraremos. Salvaos y hablad ahora... Recompensaremos con generosidad vuestra rendición...

Era un hombre grande, sin duda, porque oíamos sus pasos mientras se movía por el enorme sótano.

De repente, docenas de pasos resonaron en la escalera del sótano. Voces profundas y extrañas gritaron preguntas en un idioma extranjero, y nuestro inglés contestó. Al cabo de una pausa, oímos entrar más hombres en el sótano.

Algunas hermanas, que no eran de la Raza, sollozaban en voz baja.

Permanecimos durante horas apretujados, mientras iban y venían soldados. Oímos más soldados en la escalera de arriba, en las celdas, en los terrenos. Por fin, el sótano fue invadido por los ruidos de un ejército que se disponía a pasar la noche: hombres que arrastraban colchones y

provisiones. Creí percibir el olor de pollos asados y vino sacramental. Hablaron y rieron hasta bien entrada la noche. Cuando creíamos que no cesarían jamás, guardaron silencio y empezaron a roncar.

La bona Dea, recé, con las palabras que mi abuela tanto amaba. Buena Diosa, estoy en vuestras manos. Enseñadme qué debo hacer.

Presentía que la supervivencia de nuestra comunidad dependía de mí en aquel momento, y tal certeza (que debía evocar la Visión o pereceríamos) me impulsó a volver mi mejilla hacia Geraldine y decir, en voz más baja que un susurro:

—Círculo.

Entendió al punto, cogió mi mano y la apretó. Madeleine, al otro lado, que me había oído aunque pareciera imposible, hizo lo mismo. Un sonido más bajo que un suspiro pasó por la habitación, y las de la Raza, con deliberación y cautela, nos movimos hacia el perímetro del Círculo y enlazamos las manos, mientras las demás avanzaban hacia el centro, donde estarían a salvo.

Deseché mis temores y una potente paz (una sensación de alegría, en realidad) descendió al fin sobre mí. En el lapso de un suspiro, Vi con claridad:

Los ingleses, que habían encontrado en el convento refugio y sosiego, lo utilizaban para alojar a una parte de su tropa. Después de irse, le prendían fuego. Olí el humo que se produciría dentro de tres días. Oí los chillidos de los leprosos indefensos, de mis hermanas. Sentí el calor de las llamas, sentí que los muros de piedra que nos rodeaban se ponían al rojo vivo.

Y Vi la ciudad de Carcasona, sus torrecillas, sus torres vigía arracimadas tras murallas de madera, y detrás de aquellas murallas, paredes de piedra. Y la gente decía: «Nunca entrarán; estamos bien fortificados. Estas piedras han resistido mil años...».

El fuego hendía el aire, volando en la punta de una flecha inglesa, un objeto mortífero, lanzado con la fuerza incomparable del arco. Las murallas de madera se incendiaban. Las puertas de madera cedían ante el ariete.

En la ciudad, muerte, muerte y más muerte, seguida de llamas.

Incluía la imagen inquietante de una espada acerada alzándose, con Madeleine y Geraldine bajo ella, las dos gritando, con las manos levantadas para protegerse del mandoble.

Todo esto Vi, pero controlé mi miedo. Porque también Vi lo que debía hacer, y en el mismo momento sentí de nuevo calor, pero no de fuego, sino de Poder, en el Sello de Salomón que rodeaba mi cuello, en el fondo de mi corazón.

Sabía que era peligroso salir de nuestro escondite, que el sonido de la falsa pared de piedra al arañar el suelo despertaría al punto a los soldados. Sabía también que el convento estaría rodeado de centinelas, y nosotras, sin armas, estábamos a su merced.

Pero, en ese momento, la lógica ya no existía para mí. La alegría trascendía toda razón, todos los miedos y dudas que me habían atenazado, y estaba henchida de una compasión que abarcaba al soldado cansado y al civil aterrorizado, al asesino y a la víctima, y les amaba a ambos.

Al punto, la Diosa proporcionó la solución para soslayar a ambos, y reí en voz baja.

—¿Lo sentís? —susurré a Geraldine, y en la oscuridad intuí su asentimiento.

Una tibieza descendió sobre nosotras, una exaltación hormigueante. Alrededor de nuestro grupo de unas tres docenas de almas, la negrura empezó a destellar con diminutas chispas doradas, como una noche sembrada de estrellas. Le ordené con mi mente que envolviera a quienes nos rodeaban, como la cáscara delicada rodea un huevo. Cuando estuvo en posición, dije con tono normal:

—En este estado no pueden vernos ni oírnos. Abriremos la puerta y nos iremos. Queridos leprosos, quedaos aquí. Hermanas, venid conmigo. Recemos todos a la Diosa y nada nos pasará.

La madre Geraldine y yo localizamos las hendiduras convenientes en la piedra y tiramos con todas nuestras fuerzas. La puerta (imagino que debía tener la misma forma que el peñasco que bloqueaba la entrada de la tumba de Cristo) se abrió con estruendo.

No sabría decir si estábamos contenidas en una esfera o si el mundo entero brillaba con un polvillo dorado. El efecto fue el mismo.

Geraldine y yo fuimos las primeras en salir, seguidas de Madeleine. Las tres quedamos petrificadas al instante, porque, apenas a un palmo de distancia de la piedra que hacía las veces de puerta, y de nuestros propios pies, vimos la cabeza pecosa y calva de un corpulento soldado inglés, cuyos grasientos rizos castaño rojizos bullían de piojos. A su lado descansaba el yelmo. No se trataba de las cúpulas levemente puntiagudas

con visores, como las que llevaban nuestros caballeros (que recuerdan la hoja central de la fleur—de—lis), sino de un gorro semejante a un cuenco invertido, de reborde ancho y liso, perdido todo su brillo.

Madeleine me miró un instante con ojos horrorizados. Por un momento, el oro deslumbrante que nos rodeaba centelleó.

—No tengáis miedo —le dije y apreté su mano—. ¿Lo veis? Hemos abierto la puerta, pero él sigue durmiendo.

En aquel preciso momento, el soldado emitió un ronquido tan potente como el de un cerdo, y después exhaló una bocanada de aire que hizo vibrar sus labios y el bigote rojizo.

Me sujeté el costado con la mano libre y reí en silencio. Geraldine, Madeleine y algunas hermanas también se doblaron en dos, temblorosas de júbilo, con el rostro congestionado. Nos recobramos por fin, y avanzamos sonrientes, impertérritas ante el descubrimiento de que, debido a la presencia de tantos hombres dormidos, teníamos que recogerlos las faldas y deslizamos entre ellos.

A la entrada del sótano había dos centinelas sentados, jugando a los dados, y discutían en voz baja. Para ellos, nuestro grupo era como fantasmas invisibles.

Dentro del sótano había unos cuarenta hombres acostados, envueltos en las mantas de lana que habíamos hecho para nuestros pacientes y los pobres, porque hacía más frío que arriba. Veinte de ellos eran ingleses comunes, pero después pasamos a través de un grupo diferente.

Al instante capté cierta inquietud dentro de nuestro círculo protector. Era Madeleine, que había sobrepasado los límites invisibles con una oleada de rabia imposible de contener.

—¡Franceses! —gritó, al tiempo que señalaba sus yelmos, sus espadas, sus banderas—. ¡Miradlos: traidores todos ellos!

—Silencio —dijo Geraldine, y extendió la mano hacia ella, pero era demasiado tarde: Madeleine se hizo visible. En el mismo instante, la abadesa también se hizo visible. Yo, anclada con firmeza en la Presencia, me mantuve dentro del velo centelleante, así como a las demás.

El soldado más cercano a nosotras se removió, y después otro.

—Bien —dijo el primero, un hombre delgado de largos miembros, con una delgada barba rubia y un acento que le revelaba como noble y normando—. ¿Qué tenemos aquí? Dos damas han decidido salir a la luz. — Su voz era entrecortada, cansada, como la de un hombre obligado a exceder

sus límites físicos durante demasiado tiempo, un hombre que ha visto y cometido excesivas crueldades—. Bien, donde hay dos damas... tiene que haber tres o cuatro, o incluso más. Decidme, os lo ruego, ¿dónde se ocultan las demás? No seáis tímidas. Yo mando aquí. Yo decidiré vuestro destino.

Cuando terminó de hablar, se había deshecho de tres mantas, y blandía una espada excelentemente forjada con el pomo de oro labrado. Los hombres que le rodeaban le imitaron. Todos empuñaban espadas de gran calidad y vestían ropa interior de gruesa lana, y todos exhibían la media sonrisa burlona de su jefe. No eran soldados de infantería normales, sino guerreros de élite, caballeros. Y todos franceses del norte.

La furia disipó todo temor en el corazón de Madeleine. Avanzó un osado paso hacia el normando rubio y le increpó.

—¡Franceses asesinando a su propio pueblo! ¡Ningún cavalier verdadero haría algo semejante!

—Coged mi mano —le dije, a sabiendas de que los soldados no podían verme ni oírme. De todos modos, sabía que Madeleine no lo iba a hacer, pero no sentí temor. Me limité a contemplar el drama desde cierta distancia, henchida de compasión.

El normando se lanzó hacia ella al instante. Con un movimiento velocísimo.

—No —dijo la madre Geraldine, con una dulce pero firme determinación, sin miedo ni indignación.

Mientras las hermanas y los pacientes miraban horrorizados, se interpuso entre Madeleine y su atacante. El normando descargó el mandoble como si estuviera administrando un bofetón con el dorso de la mano.

Se hizo un silencio tan profundo que fue posible oír cómo se desgarraba la tela cuando la hoja hendió el hábito de lana de Geraldine, con la misma facilidad que atravesó la carne por encima del pecho. Cuando ella perdió el equilibrio y trastabilló hacia él, el soldado hundió la espada en su cuerpo.

A continuación retrocedió y dejó que Geraldine cayera hacia delante, de modo que se ensartó hasta la empuñadura, y la hoja de la espada sobresalió de su espalda, justo por debajo del hombro derecho.

—¿Alguna más? —preguntó el normando, risueño.

Madeleine cayó sollozando y se llevó la palma flácida de Geraldine a los labios. A mi lado, dentro del velo de invisibilidad, las demás lloraban



en silencio.

Pero el jefe no nos oyó. Envainó el arma, agarró el codo de Madeleine y la puso en pie. La hermana se debatió, pero el normando consiguió quitarle el velo y la toca, y dejó al descubierto sus pálidos rizos cortos.

—Tienes suerte de ser bella —dijo—. Por eso, permitiré que vivas un día o dos más y me hagas compañía... si me dices dónde están las demás mujeres. Si te niegas, morirás, como tu hermana.

Indicó con un cabeceo desdeñoso el cuerpo de Geraldine.

En mi vida he conocido la experiencia de que la velocidad del tiempo se aminora. Ese fue uno de esos momentos. Experimenté compasión y dolor al ver el cadáver de Geraldine, pero también la sensación de que era lo correcto. Aquella era la voluntad de la Diosa. De este modo, con una creciente sensación de alegría, hablé al normando con una autoridad que excedía a la mía.

—Suéltala.

No había ira en mis palabras. Ni dolor, ni odio, solo justicia.

Sucedió algo extraño: el normando desenvainó su espada, naturalmente, mientras con la otra mano aferraba a Madeleine, y se volvió hacia mí... con la mirada desenfocada y expresión perpleja.

—Suéltala —repetí, y vi que ladeaba la cabeza, todavía más desconcertado. Sus hombres habían dejado de reír para mirar en mi dirección, igualmente perplejos.

Reí en voz alta cuando caí en la cuenta de que seguía siendo invisible para ellos. Cerré los ojos, disolví el velo protector y avancé como si saliera de una puerta secreta. No tenía que seguir ocultando a las demás. Sabía que estaban a salvo.

Los ojos del jefe se abrieron de par en par, y palideció más que su barba rala. Soltó a Madeleine, que me miraba boquiabierta y cayó de rodillas.

—Santa Madre de Dios —suspiró el normando, y la imitó. Uno a uno, monjas y soldados se persignaron y arrodillaron.

Me daba igual lo que creían ver. Solo sabía lo que era preciso hacer. Me arrodillé junto a Geraldine, reprimiendo mi dolor, la puse de costado y, con cierto esfuerzo, arranqué la espada. Ella gimió, porque seguía con vida, viva, sí, pero sangrando en abundancia por su herida. No tardaría en desangrarse hasta morir.

Me senté en el suelo y la estreché entre mis brazos.

Estaba destinada a ser mi maestra. No tenía por qué morir. Sabía que me encontraba al borde de un precipicio. Podía reaccionar con amargura, renunciar a la Diosa y maldecir a mi destino. Podía huir de lo que debía ser.

Pero no lo haría.

Cerré los ojos y apreté mi mano contra la herida. Mis faldas ya estaban empapadas de sangre. Ella estaba agonizando en mis brazos.

Sonreí ante la falta de lógica de todo ello. Me disolví.

Unión. Resplandor. Dicha.

Un murmullo recorrió la multitud, como el aleteo de las alas de un pájaro.

Abrí los ojos y me descubrí mirando los de Geraldine, ya no opacos y distantes, sino vivos y brillantes, y me estaban mirando desde arriba, porque estaba sentada.

Mi mano seguía apretada contra su herida. La retiró poco a poco para dejar al descubierto la lana negra, intocada, impoluta.

Se levantó, radiante, y extendió la mano para levantarme.

—Acabáis de presenciar un verdadero milagro de Dios —dijo a los presentes arrodillados, y el jefe normando rompió a llorar.

Solo más tarde descubrí por qué los soldados y las hermanas se habían arrodillado: no solo porque había aparecido como surgida de la nada (cosa que era cierto), sino porque había aparecido ante ellos como la Virgen María, en su apariencia de Reina del Cielo, con el velo azul y la corona de oro. Solo aparecí con mi propia presencia después de que Geraldine me levantara del suelo.

Los demás nos contemplaron en silencio durante un rato. Después, poco a poco, monjas y soldados se pusieron en pie. La piel de Geraldine brillaba como un pergamino sostenido ante una llama.

—He visto el rostro de la Madre de Dios —me susurró al oído—. Está aquí, con nosotros.

El normando se acercó a nosotras, con modales tímidos, penitentes, las manos juntas como si fuera a rezar.

—Hermana —me dijo—, decidme lo que debo hacer. No soy un buen cristiano. Hace meses que no voy a misa, y no me confieso desde hace un año. Pero no puedo negar lo que acabo de presenciar.

—Rezad a la Santa Madre —le dije con una autoridad que me sorprendió. Si solo hubiera hablado yo, sin duda habría añadido que debía dejarnos marchar sanas y salvas, y convertirse en un ferviente partidario del buen rey Juan—. Escuchad con atención lo que Ella dice en vuestro corazón, y no prestéis atención a ningún hombre que la contradiga.

—Pero ¿cuál es mi penitencia? —insistió.

—Preguntádselo a Ella —dije.

Los ingleses y los normandos se quedaron horrorizados, y después montaron en cólera, cuando descubrieron que teníamos leprosos y supervivientes de la peste escondidos con nosotras. ¿Había sido nuestra intención contagiarles?

—Mirad nuestros rostros —dijo la hermana Geraldine, mientras abarcaba a todas las hermanas con un ademán—. ¿Están cubiertos de bubones? ¿Mostramos signos de lepra? Hemos cuidado a estos pacientes durante años. Dios, san Francisco y la Santa Madre nos protegen, y también os protegerán a vosotros si creéis.

—No quiero oír habladurías sobre las hermanas —reprendió el jefe a

sus hombres, y ordenó que a nosotras y nuestros pacientes nos fuera permitido regresar a nuestros aposentos, y que se nos proporcionaran mantas, comida y vino. Pese al milagro, daba la impresión de que no se fiaban del todo, pues centinelas con antorchas ocupaban los pasillos. Uno se apostó delante de mi celda.

En cuanto me saqué de vino y comida y entré en calor, caí dormida al instante, porque los acontecimientos del día me habían agotado. Al cabo de un rato, no obstante, incluso a través del velo del sueño sentí movimientos a mi lado, un tenue crujido, una presencia. Abrí los ojos y vi siluetas oscuras a mi alrededor, rostros indistinguibles, formas iluminadas desde atrás por la lámpara del centinela.

Soldados ingleses. Detrás de los más cercanos había veinte, como mínimo. En cuanto abrí los ojos, se persignaron como si yo hubiera murmurado una oración.

Me incorporé. Tuve que acudir a todos mis años de adiestramiento en el control de la mente y las emociones para reprimir una sonrisa, y compuse una expresión huraña.

—Marchaos —dije—. La Santa Madre está durmiendo.

Los soldados no debían entender el francés, porque mi pequeña broma provocó que se miraran confusos.

—Marchaos —repetí, con el mismo ademán que habría utilizado para ahuyentar a una cabra—. Volved a Inglaterra. —Mientras mis perplejos devotos se levantaban y empezaban a salir, grité a sus espaldas—: ¡Y decid a vuestros amigos que habéis visto a la Santa Madre, y que es francesa!

Los ingleses nos trataron con gentileza cómplice al día siguiente. Nunca podrían contar lo sucedido, insistieron, de lo contrario serían asesinados por sus propios camaradas. Pero al día siguiente, aquel día terrible que había Visto en mi visión, nos metieron en carretas antes de que despuntara el alba y nos condujeron al bosque situado al oeste de la ciudad. Se dirigirían hacia el sur y el este, dijeron los normandos. Desde allí subimos a las colinas, dejando a los leprosos en el bosque, porque nadie les molestaría (antes bien, les evitarían).

Por fin, encontramos una caverna bien situada, desde la que contemplamos la destrucción.

Desde el milagro, nuestros carceleros habían sido corteses, incluso respetuosos, pero el jefe nos advirtió de que deberían hacer ciertas cosas

desagradables para evitar ser ejecutados por traidores.

En las horas posteriores al ocaso contemplamos la ciudad, mientras el fuego la consumía lentamente. Desde lejos, daba la impresión de que una chispa destellaba allí, un cirio se encendía allá, una lámpara alumbraba más allá, hasta que toda la ciudad ya no pareció una colección de velas diferentes que ardían en el altar de la tierra sino una gran conflagración, de color naranja amarillento contra el cielo invadido de humo, de nubes plomizas contra la oscuridad de la noche. Las murallas de piedra interiores no ardieron, pero lo que quedaba de los baluartes exteriores de madera se convirtió en un círculo rubí que rodeaba la rutilante joya de Carcasona.

Y después los incendios estallaron en las afueras de la ciudad, devoraron campos, árboles, flores, animalillos... Contemplamos cómo las casas con techo de bálago de los aldeanos eran consumidas en un brillante estallido carmín. También vimos las llamas surgir por las ventanas de nuestro querido convento. El edificio era de piedra, de modo que sobreviviría lo bastante para ser reconstruido, pero todos los postigos, los paneles de madera, el altar y las sabanillas del altar, las estatuas de María, Jesús, san Francisco, las medicinas y vendas y jardines de plantas aromáticas tan amorosamente atendidos, todo eso quedaría destruido.

El viento del este empujó humo y cenizas hacia nosotras, irritó nuestros ojos y gargantas, logró que las lágrimas resbalaran por nuestras mejillas.

No lloré por la destrucción de cosas físicas, ni siquiera por la muerte de los inocentes, porque todas las cosas son transitorias, incluso la vida y el sufrimiento. Y todo lo que estaba siendo destruido se transformaría y resucitaría. Lloré porque, entre las llamas que envolvían Carcasona, vi a mi Amado. Al principio fue una sombra, pero luego le vi con más claridad: un joven sincero y atormentado, como yo, por la distancia que nos separaba. Mis lágrimas eran de puro anhelo humano, y de decepción dirigida contra mí, porque aún no había dominado el miedo que nos separaba.

Vi todo esto en el fuego rabioso, hasta que sentí un Toque, suave y cariñoso, en mi brazo, un Toque cuyo objetivo era calmar mi corazón, apaciguar cualquier dolor. Me volví y vi a Geraldine. Su sonrisa era dulce, consoladora.

Pero no encontré fuerzas para devolvérsela. Pues aún no había llegado el momento. Nuestros corazones aún no estaban maduros, y solo nos quedaba esperar.

Los días posteriores a la partida de los ingleses hacia el sur fueron difíciles. Los supervivientes del asedio vagaban por las calles de la ciudad y los campos al otro lado de las murallas destruidas, pero la tierra se veía ennegrecida por doquier. Todo lo que quedaba de huertos y viñedos centenarios eran restos carbonizados. Hasta habían envenenado el agua: los ingleses habían arrojado los cadáveres de sus víctimas a los ríos, fuentes y pozos.

Sin embargo, el convento no había sido arrasado. Teníamos agua potable y cierta reserva de alimentos. Los normandos habían tenido el detalle de enterrar para nosotras una provisión de harina, frutas y verduras en un campo detrás del convento, para que no perezáramos de hambre. Durante los días posteriores al incendio de la ciudad estuvimos solas, y pensamos que éramos las únicas supervivientes. Tan solo tierra agostada y escombros quedaban del pueblo donde habían vivido los campesinos que trabajaban nuestros campos y los pastores que vigilaban nuestro ganado.

Nuestra abadía estaba parcialmente en ruinas. Habían prendido fuego al dormitorio, pero aunque las habitaciones estaban llenas de escombros y cenizas, el edificio de piedra permanecía intacto. Durante aquellas horas de relativa paz, quitamos los escombros ennegrecidos de la gran cámara que utilizábamos como hospital, que era la estancia más respetada. Allí dormimos y vivimos monjas, leprosos y siervos por igual, así como los que podían trabajar en reparar nuestro hogar.

Pero los que habían conseguido huir de los ingleses regresaron a Carcasona y encontraron sus casas reducidas a cenizas. Los que se habían quedado y sobrevivido de milagro a los invasores y a los incendios vagaban por las afueras de la ciudad en busca de alimentos. Ninguno de ambos grupos tardó mucho en descubrirnos, así como la comida que nos había dejado el jefe normando. Al cabo de poco, el convento, que solo había estado ocupado en una tercera parte durante muchos años, se llenó hasta rebosar. Además de los hambrientos y los sedientos, había muchos heridos a causa del fuego y la espada, y muchos envenenados por las aguas. Teníamos más enfermos de los que podíamos cuidar, y no había suficiente comida para todos. Curé a muchos con el poder de la Diosa, y se marcharon. Las monjas cedíamos nuestras raciones, pero aun así no había suficiente. Suplicamos ayuda en nuestras oraciones.

Llegó en la forma del obispo. Apareció una fría mañana en un carro tirado por dos asnos, sin anunciarse y por sorpresa. Comprobamos

regocijadas que el carro estaba lleno de alimentos procedentes de Tolosa: queso, vino, manzanas, unas cuantas gallinas y un gallo, con las patas atadas, harina y aceite de oliva, además de un carnero y dos ovejas sujetos a un lado del carro.

Todas nos regocijamos del regalo, y después el obispo se reunió con la madre Geraldine y conmigo privadamente en el despacho de Geraldine.

El obispo se quitó la capucha de su capa negra, y reveló un semblante tenso, sus ojos feroces y acerados como los de un halcón.

—Mi presencia no es oficial —empezó, y sus palabras se alzaron hacia lo alto como vapor en aire frío—. Debo decirles que la Iglesia se ha enterado del milagro de Jacques el leproso, y se produjo un empate en la votación sobre si el causante del sorprendente acontecimiento había sido Dios o el diablo. Mi voto rompió el empate. La postura oficial es que la curación fue un milagro de Dios y que no hay que conceder una consideración especial a la hermana Marie Françoise. Al ser una mujer, y de sangre vulgar, fue un mero vehículo de la gracia de Dios... Eso es lo que dice el arzobispo.

Geraldine y yo reflexionamos sobre sus palabras.

—Deberíais saber, su santidad —dijo la abadesa—, que soldados ingleses y normandos invadieron nuestro convento y que su jefe me hirió de muerte. La hermana Marie me curó delante de todos ellos, de modo que no me sorprende. La noticia no tardará en difundirse entre el vulgo. Así debía ser.

El obispo escuchó y asintió con respeto.

—Le he enseñado todo cuanto yo sabía, Bernard —añadió la abadesa—, y ha sacado provecho de las lecciones. Ya no necesita ninguna más. Con vuestra bendición, renunciaré a mi cargo de abadesa. La hermana Marie Françoise me sustituirá. Así ha de ser. Lo he Soñado.

Al cabo de una semana fui proclamada oficialmente abadesa, y nuestro pequeño rebaño fue conocido como Hermanas de San Francisco de la Reina del Cielo. Mientras la vida mejoraba poco a poco en Carcasona, nuestra abadía creció, así como mi reputación de obradora de milagros. Una procesión de enfermos y lisiados, ciegos y desfigurados acudieron para recibir mi Toque. Curé a algunos cuando la Diosa me lo permitió. Creyentes ricos nos abrumaron con regalos, en forma de oro, caballos, viñedos y propiedades (no sé cómo me las hubiera arreglado sin la ayuda

de la hermana novicia Úrsula Marie, la hija de un mercader ducha en contar monedas y llevar cuentas). Tantos hermanos y hermanas legos se ofrecieron a ayudarnos a cuidar de los enfermos, las cosechas y los animales, que las monjas pudimos dedicar más tiempo al estudio y la oración.

En cuanto a mí, la impaciencia de mi corazón se imponía a la razón. Dedicué menos tiempo a meditar en la forma de dominar mi temor, y me concentré en pensar cuándo debía empezar a buscar a mi Amado. Al cabo de un año, consciente de que el tiempo se estaba acabando, utilicé la magia que Geraldine me había enseñado para Soñar con él.

Cuan hermoso era (de facciones clásicas y firmes, como esculpidas por un artista de la antigua Roma), cuan valiente y bueno. Cuando le veía, debía esforzarme por no llorar de alegría.

Plantaba cara en un cruce de caminos a dos hombres que yo había visto la noche de mi iniciación. Uno era el mago envuelto en sombras, con su enorme mano levantada para detener el golpe. El otro era un caballero, de tez y pelo como los de mi Amado. Su mano estaba extendida para ayudar, para guiar. Edouard, le llamé, pues sabía que servía a mi Amado como la madre Geraldine me había servido.

Ayudadle, mi señora, dijo Edouard, indicando a su pupilo con un ademán. Yo solo soy un maestro. Carezco de poder para ayudarle.

Me volví hacia el que yo amaba. Le llamé por su nombre y él se volvió hacia mí con una mirada de tal devoción, tal determinación, que apenas pude hablar. Por su bien, me armé de valor, encontré la voz y dije:

El destino es una telaraña. Al nacer, nos hallamos en su centro, ante cien senderos rutilantes. Nuestro verdadero destino aguarda al final de uno, y solo uno. Es posible que al principio no elijamos el sendero correcto, o que otros intervengan para distraernos, pero siempre es posible detenerse y seguir uno de los caminos transversales hasta el verdadero sendero. De hecho, es posible recorrer cien senderos ajenos, y después, al final de nuestra vida, saltar de hebra en hebra hasta llegar a nuestro mejor destino.

¿Me oyó? No lo sé. Recobré el conocimiento con una sensación agorera. Había algo extraño: el Enemigo había dedicado años a tender una trampa en la que mi Amado estaba a punto de caer.

Al punto dirigí mi Visión hacia el origen del peligro inminente.

El Enemigo en su gloriosa cámara, velada por el humo de incienso,



bajo la mirada de los dioses. Sostiene en una mano una rata joven y sana, de pelaje nevado y una larga cola rosada. Inmóvil, respira profundamente, con languidez, con las pupilas negras de sus ojillos dilatadas sobre los delgados círculos de los iris rosáceos, como hipnotizada por una serpiente.

Y de hecho, con la velocidad de una víbora, Domenico golpea. Agarra la cola de la rata entre el índice y el pulgar, y la sostiene sobre el altar de ónice y el círculo de sal que aguarda.

La rata macho, despertada de su sopor, lucha con valentía, tuerce el cuerpo hacia arriba, intenta alcanzar la mano que la sujeta. Las patitas rosadas buscan con furia un punto de apoyo, las diminutas garras translúcidas arañan el aire.

El mago extrae una afilada navaja. En cuanto el animalillo se encoge y se echa hacia atrás, buscando escapar, secciona su pecho, y su labio se mueve apenas cuando encuentra la resistencia de los huesos.

La sangre cae dentro del círculo de sal. La rata sufre violentos espasmos y provoca que la herida se abra más. La herida es muy profunda y puedo ver su corazón, que todavía late.

Y mientras miro, el diminuto órgano rojo palpita cada vez más lento, hasta que se estremece por última vez y queda inmóvil...

Me siento, completamente despierta, y mi corazón  
late con violencia, me llevo la mano al pecho y susurro:  
—Luc...

Eran los días en que el Príncipe Negro enviaba a sus vándalos hacia el sur y el este (como había dicho el normando), hasta Narbona y el mar, y luego de vuelta a Burdeos, con todo el oro, joyas, tapices y otras riquezas robadas a los franceses acaudalados. Durante los meses siguientes hubo escaramuzas frecuentes, y el padre del Príncipe Negro, Eduardo III, desembarcó en Calais con una fuerza invasora, pero el leal ejército del buen rey Juan le obligó a volver a Inglaterra.

Eso fue antes de que Juan cometiera la imprudencia de encarcelar a Carlos de Navarra, un miembro de la nobleza normanda al que acusaba de conspirar con Eduardo, y apoderarse de sus tierras. Los indignados normandos buscaron de nuevo la ayuda del rey inglés. Por precipitada que hubiera sido la acción de Juan, era lo bastante astuto para anticipar sus consecuencias. En la primavera del año siguiente, 1356, emitió la arriéban, la llamada a todos los franceses leales para que tomaran las

armas.

La intuición del rey resultó cierta. Mediado el verano, un segundo ejército de ingleses, al mando del duque de Lancaster, desembarcó en Cherburgo y se dirigió a Bretaña, al mismo tiempo que el Príncipe Negro y ocho mil soldados abandonaban Burdeos en dirección al norte.

En el ínterin, el buen rey Juan había reunido un ejército que les doblaba en número. A finales de verano, acompañado por sus cuatro hijos, condujo a sus hombres en persecución de Eduardo.

Me enteré de estas noticias por diversos medios: viajeros, lugareños y la Visión.

Mientras me recuperaba de la terrible visión del mago, comprendí que la Diosa me había hablado con la mayor claridad: la guerra no solo amenazaba el destino de Francia, sino la mismísima continuación de la Raza. La vida de mi Amado, su futuro, estaba en peligro.

Geraldine dormía plácidamente a mi lado, sobre el suelo del hospital, con los labios entreabiertos, la cabeza apoyada en una piedra que hacía las veces de almohada. Faltaban varias horas para el amanecer pero brillaba la luna, y me levanté para acurrucarme al lado de la anterior abadesa.

Las demás hermanas estaban roncando.

Tendría que haber despertado a mi maestra. El peligro exacto que amenazaba a mi Amado no estaba claro, y mi Visión estaba desenfocada. Pero mi corazón tañía como las campanas de una catedral en la víspera de una guerra: la catástrofe se acerca, la condenación, la muerte de la Raza. No podía permitir que Luc se enfrentara a eso solo.

Sabía que no estaba preparada, pues aún no había plantado cara a mi mayor temor. Fui a la batalla como Aquiles.

Me alejé en silencio de las mujeres dormidas. Cogí una pequeña ración de comida y agua y una manta. Monté un caballo fuerte.

A los que carecían de Visión, de magia, debió de parecerles una locura. Yo era una mujer desarmada que se acercaba a dos ejércitos en plena oscuridad, la víspera de una guerra. ¿Cómo impediría que me confundieran con un enemigo, o con una espía? ¿Cómo evitaría que me mataran? Como mínimo, ¿cómo evitaría que el caballo tropezase en la oscuridad y quedara cojo?

Pero no había tiempo para preocupaciones tan triviales.

Llegaba tarde.

Tal vez demasiado tarde. Y mi magia aún no estaba madura...

Durante dos días cabalgué a lomos de mi valiente e incansable corcel. Con el fin de esquivar a los soldados ingleses, evité Aquitania y el río Garona, y seguí hacia el este paralela a las montañas. Desde allí me encaminé hacia el norte, pasada la ciudad de Limoges, y al tercer día llegué a Poitiers una hora antes del amanecer.

Desde las puertas de la ciudad cabalgué hacia el prado y el ejército. La distancia no era muy grande, pero se me antojó que, a cada paso que daba mi montura, la negrura de la noche viraba más y más al gris. Al mismo tiempo, empezó a formarse una espesa niebla que envolvió el paisaje y se condensó en finas gotas que cubrieron mi hábito y mi cara. Los momentos que preceden al alba siempre me habían parecido los más tranquilos, cuando toda la naturaleza está inmóvil, pero mientras me alejaba de la ciudad amurallada de Poitiers, hasta el aire pareció temblar. Los dos ejércitos no habían ocultado su existencia. Aunque la niebla ahogaba gran parte del ruido, podía oír a ambos lados los relinchos de los caballos, que pateaban el suelo con inocente impaciencia, las voces de los hombres ansiosos de gloria y demasiado arrogantes para creer que afrontaban su propia muerte, el fragor metálico de las armaduras y las armas que se estaban preparando.

También se oía a hombres, porque llevaban acampados tres días, mientras los enviados papales negociaban en vano una tregua. El hedor se intensificó cuando me acerqué a las letrinas, y también percibí el olor potente, aunque menos ofensivo, del estiércol.

Veinticinco mil hombres se habían agrupado con el propósito de matarse mutuamente en un campo más pequeño que aquel en que mi padre cultivaba trigo. Pero aquel día, la guerra era entre el mago y yo, y solo uno de nosotros se alzaría con la victoria.

No estaba sola. Me observaba. Yo sabía que me observaba.

Y él sabía, al igual que yo, que mi protección era incompleta. El temor por mi Amado me había distraído. No pensaba en mí, sino en él.

Seguí el ruido y los olores, y avancé a través de un manzanar. En la espesa niebla, los árboles eran guirnaldas deformes, y las ramas negras intentaban atraparme mientras pasaba.

Al otro lado de los árboles se abría un prado, y más allá, ocultas entre las nubes que descendían hasta la tierra, se veían siluetas fantasmales: los perfiles de hombres a caballo. Una docena de hombres en fila, pensé al principio, hasta que me acerqué lo bastante para comprobar que era un engaño causado por la niebla: la hilera de hombres se extendía a mi derecha e izquierda hasta perderse de vista, y detrás de cada jinete había una fila de sus camaradas que se perdía en el infinito.

Estaban encarados hacia mi izquierda, donde el enemigo aguardaba.

Mantuve en mi mente el rostro de mi Amado, mientras respiraba hondo y me adentraba más en el prado, hacia los soldados. Sabía lo que debía intentar hacer aquel día, pero el Enemigo estaba cerca, muy cerca. Mi Visión era borrosa, esporádica. Solo mi corazón era firme.

El primer rayo de sol atravesó la niebla y pintó en la cortina gris pequeños y fugaces arcoiris. Cuando me acerqué a los soldados montados, los colores empezaron a cobrar vida. El negro se convirtió en escarlata, el gris en azul, el blanco en amarillo pálido. Eran los colores de los estandartes que ondeaban. Había nobles sentados con espléndidas armaduras, los yelmos provistos de plumas magníficas, los sobrevestes y pendones adornados con el emblema de la familia. Había leones dorados y halcones bronceos, lirios blancos sobre fondos de dragones azules, rojos y verdes, castillos amarillos, cruces doradas, ciervos y osos pardos. Los nobles montaban los mejores caballos que había visto en mi vida, también provistos de armaduras para la cabeza y pecho, y ataviados con sobrevestes iguales a las de sus jinetes. No había visto tanta elegancia reunida desde mi infancia en Tolosa, cuando asistía a los torneos. De hecho, nunca había visto tanta elegancia.

El más cercano a mí, en una posición adelantada, me vio de reojo y volvió la cabeza en mi dirección, mientras su mano enguantada retenía a su nervioso caballo. Era viejo. Su yelmo sin visera dejaba ver sus pobladas cejas blancas.

—¡Eh! ¡Mujer! ¿Qué estáis haciendo aquí, hermana? ¿Acaso no sabéis que la batalla está a punto de empezar? ¡Id a refugiaros en la ciudad!

Era francés hasta el último detalle de su vestimenta y armadura, así como los demás que repararon en mí y me miraron con ceño. Los caballos rascaron el suelo, impacientes.

—¿Una monja? ¿Está loca? ¡Decidle que se vaya!

—Pronto será demasiado tarde —insistió el viejo guerrero—. ¿Me

habéis oído? Nuestra vanguardia está atacando.

Mientras hablaba sonaron trompetas. El alba había despuntado por fin, con el estruendo de cascos de caballos y los gritos de guerra de los hombres. Las monturas gimotearon en señal de protesta.

—Que Dios les acompañe —rezó el viejo caballero, al tiempo que cerraba los ojos un instante. Después, cuando el ejército empezó a moverse lentamente, me miró de nuevo—. ¡Marchaos!

Obedecí. No en la dirección que él deseaba, hacia la ciudad, sino hacia el centro del ejército, abriéndome paso entre los caballos y enfureciendo a los jinetes, algunos de los cuales me rozaron con sus lanzas.

—Una mujer —los oí susurrar con asombro e irritación mientras pasaba. Buscaba un estandarte con tres rosas y un halcón. Buscaba a un tío, un padre y un hijo.

Sabía que cabalgaban más adelante, y espoleé a mi caballo, en vano, pues como los caballeros avanzaban con lentitud y miles de hombres nos precedían, darse prisa era imposible. Me abrí paso hacia el corazón del ejército con creciente dificultad, y al llegar vi una escena peculiar: veinte hombres vestidos exactamente igual, con armadura negra bajo una sobreveste blanca bordada con fleurs—de—lis negras, y en medio de ellos, un hombre que portaba la oriflama escarlata, la bandera bífida de los reyes de Francia, del rey Juan, que iba vestido como los demás para confundir al enemigo en caso de que intentaran capturarlo o asesinarlo.

Espoleé el caballo una vez más. Intenté escuchar, pero no oí nada. Miré hacia lo lejos. El batallón que me precedía iba a pie, aunque también llevaban armaduras de caballero, pero no pude ver a los que se encontraban en el campo de batalla. Aun así, mi vista se fijó en algo, una enorme bandada de aves oscuras, tan grande que ocultaba el cielo. Describieron un arco hacia arriba y de repente descendieron. Eran flechas, lanzadas con tal fuerza por los largos arcos ingleses que eran capaces de atravesar una armadura francesa.

Al punto oí cascos de caballos, espadas y hachas que entrechocaban, gritos de guerra y, sumados a la cacofonía, chillidos de agonía de hombres y caballos.

Desmonté y dejé libre a mi caballo, que trotó hacia un prado lejano. En cuanto a mí, corrí hacia el siguiente batallón de soldados. Los hombres de infantería también eran nobles, todos provistos de armadura y sobreveste, con banderas y criados. No les hice caso, aunque cuando me

vieron pasar gritaron indignados: «¡Puta estúpida! ¡Vuelve esta noche, cuando la batalla haya terminado!». Corrí hasta que no pude seguir adelante, no por la fatiga o la mengua de valor, sino porque la oleada de soldados con que iba se topó con una corriente de hombres surgidos de la niebla en dirección a ellos.

El campo de batalla, pensé al principio. Son los ingleses.

Pero no: eran los franceses, doscientos o trescientos. Corrían hacia nosotros, algunos sangrando, otros con flechas clavadas en su armadura.

—¡Retroceded! —gritaron con los visores alzados, cada rostro una mueca de horror—. ¡Nos están matando a todos! ¡Solo quedamos nosotros!

El grito se repitió ante nosotros, y también por detrás, al principio débilmente y después con más urgencia: «¡Retroceded! ¡Retroceded!». Los soldados que se hallaban cerca de mí se detuvieron y vieron a sus camaradas del primer batallón pasar de largo. Por un momento vacilaron confusos, pues iban espoleados por la impaciencia de luchar, pero el miedo que se translucía en las caras de sus camaradas era perentorio. Momentos antes de que se diera la orden oficial, giraron en redondo y huyeron hacia la ciudad amurallada, repitiendo el grito.

Pero yo no podía retroceder. Mi batalla aún no había empezado.

Me resultó casi imposible mantener el equilibrio entre la miríada de soldados que huían, pero había un soldado delante de mí, con la cara vuelta todavía, como la mía, hacia la batalla. Era grande y fuerte, con piernas como troncos de árboles y los brazos poderosas ramas. Me acurruqué detrás de él y dejé que me protegiera. Cuando miró para ver quién se había escondido detrás de él, sonrió y dijo:

—Vaya, vaya, una mujer es más valiente que todos ellos. Rogad por mí cuando haya muerto, hermana.

Esperamos a que los fugitivos acabaran de pasar y después avanzamos poco a poco, mi protector estorbado por su pesada armadura y el hacha de batalla, pero con el escudo alzado. Tres flechas se clavaron en él. En cada ocasión, el ruido de la flecha al golpear el escudo y la consiguiente reverberación de madera y metal provocaron que pegara un brinco, aunque no sentía un miedo consciente.

El sol había empezado a despejar la niebla. Vi lo que quedaba de nuestros soldados: unos cuantos grupos de franceses, todos nobles, y algunos mercenarios alemanes que seguían en pie, pero el primer batallón había dicho la verdad. Por todas partes, ingleses cubiertos de tierra

arrancaban sus espadas de cadáveres franceses. Mi caballero también lo vio, alzó su hacha de combate y se dispuso a cargar...

Pero antes de que pudiera hacerlo, tropezó con un obstáculo y cayó al suelo. Un apuesto y joven noble yacía de espaldas con la armadura puesta, los ojos desorbitados y la boca entreabierto de sorpresa.

Cerca, el caballo del noble intentaba en vano ponerse en pie con las patas delanteras. Tenía una flecha clavada en sus cuartos traseros desprotegidos, paralizando sus patas traseras. Su excelente sobreveste, bordada con hilo dorado y azul, estaba empapada de sangre. Desesperado, el noble alzaba la cara con ojos desquiciados hacia el cielo.

—Tranquilo, tranquilo —dijo nuestro caballero en voz baja al jinete caído. Consiguí mantener el equilibrio antes de caer por completo, y apoyando una mano contra el caballo y la otra contra mí, logré levantarme, con gruñidos y crujidos de armadura.

—Vamos a ponerlos en pie, seigneur —dijo al noble, y empezó a levantarlo con asombrosa fuerza.

Pero la expresión del joven no cambió. Tenía los ojos clavados en la lejanía, y su cuerpo siguió flácido cuando el caballero se esforzó por alzarlo. De hecho, su cabeza se bamboleó hacia atrás, y fue entonces cuando reparamos en que se inclinaba en un ángulo extraño.

—Maldición —dijo el caballero, mientras depositaba al joven en el suelo—. Maldición. Su cuello.

A continuación, con un veloz movimiento, asestó un hachazo en la garganta del caballo lisiado. Surgió sangre como si fuera una fuente, y el pobre animal se desplomó de inmediato, una vez llegado al final de sus sufrimientos.

Fue entonces cuando vi con más claridad todo cuanto nos rodeaba y se extendía ante nosotros: un campo de cuerpos caídos. Caballos muertos y agonizantes, algunos vagando sin sus jinetes; caballeros caídos, algunos aplastados bajo sus monturas, otros derribados por la espada y el hacha. Y por todas partes, sobresaliendo de cadáveres animales y humanos por igual, protegidos con armadura o no, el astil de flechas inglesas, tan largas que, si una se hubiera clavado en mi cabeza hasta el extremo emplumado, la punta me llegaría más abajo de las rodillas.

De pronto, el sol se me antojó demasiado brillante, mi visión humana demasiado clara. El camino que se extendía ante nosotros estaba tan cubierto de sangre y cadáveres que, de repente, apenas podíamos avanzar.

Una flecha silbó entre nosotros, tan cerca y vibrante que mi oreja ensordeció. El caballero alzó el escudo entre nosotros.

Al instante, desde detrás de un caballo muerto, una oscura figura saltó sobre nosotros. Me encogí, al tiempo que lanzaba una exclamación ahogada, y vi que el enemigo atacaba a mi protector. Se trataba de un plebeyo inglés con una especie de yelmo deslustrado en la cabeza y un peto mellado. Hacía girar sobre una cabeza un hacha que asía con ambas manos, con los músculos tensos como cables.

Armas inferiores y, en cierta forma, un hombre inferior. Pero sus ojos eran salvajes cuando rugió, y mi francés estaba perdido.

El escudo recibió lo peor del primer golpe, y mi caballero intentó responder con su hacha, pero la fuerza del impacto le obligó a doblar una rodilla. Trató de devolver el golpe, pero no tenía suficiente espacio, y el siguiente hachazo de su contrincante le envió al suelo. La armadura era demasiado pesada para que pudiera levantarse sin ayuda.

Había un tiempo y un lugar para los milagros, y no era yo quien los controlaba. Pese a que deseaba intervenir, había llegado la hora del francés.

Cuando el golpe mortífero fue descargado, me arrodillé a su lado, cerré los ojos y empecé a rezar en voz alta para que me oyera mientras exhalaba su último suspiro.

Sangre caliente salpicó mi cara, tan fina como la niebla de la mañana. Cuando abrí los ojos, miré al soldado inglés, que alzó su arma para golpearme.

Seguí con las manos apretadas, con expresión serena. Vi la fuerza dentro, detrás y más allá del ignorante soldado.

—Adelante, si ese es tu deseo —le dije con calma—. Adelante. No tengo miedo. Pero antes has de saber que la Santa Madre te ama.

Una expresión de perplejidad cruzó la sucia cara del inglés. Poco a poco, bajó el hacha, y luego, como si le hubieran propinado un latigazo, echó a correr.

Me levanté, con las rodillas de mi hábito invernal manchadas de tierra mojada y sangre, y me abrí paso entre los cadáveres, miles y miles de muertos que se extendían hasta el horizonte, demasiada muerte para que un solo corazón la abarcara. No pude hacer otra cosa que endurecer el mío, pues a mi derecha, un hombre chillaba con el brazo cercenado, y tuve que apoyarme en él para no resbalar con las húmedas entrañas de otro que gemía en el suelo. Y esos dos no eran más que un grano de arena en un



océano de sufrimientos atroces. Se me ocurrió que solo quienes no la han probado han pronunciado la palabra «gloria» en relación a la guerra.

En derredor, los arqueros habían salido de sus escondites tras los setos y se ocupaban de desclavar flechas de los muertos. Se subían a los cadáveres y con los pies ejercían presión. Los soldados de infantería ingleses, los mismos plebeyos que habían entrado en Carcasona y reducido a cenizas casi toda la ciudad, perseguían a los que habían retrocedido, o luchaban contra los escasos franceses que quedaban vivos. No me prestaban atención, como si fuera un perro inofensivo que se hubiera extraviado por accidente en mitad de la batalla.

Detrás de mí sonaron de nuevo trompetas. Los soldados avanzaban a pie. Les oí caminar. A lo lejos, cerca de la ciudad, cientos de caballos pastaban en las pendientes cubiertas de hierba.

Al oír el ruido, los arqueros alzaron la vista, luego corrieron a sus empalizadas en busca de refugio. La infantería inglesa lanzó un grito de guerra y se precipitó hacia los franceses que se acercaban.

Era el último batallón, al mando del rey Juan, y tuve un presentimiento. No había visto a ningún campesino, a ningún miembro de la bourgeoisie. Todos nuestros muertos eran nobles, lo mejor de Francia, más caballeros de los que yo creía que existían en el reino. El rey, demasiado valiente para unirse a los que huían, había comprendido la locura de montar caballos con los cuartos traseros desprotegidos y había ordenado a sus hombres que acortaran sus lanzas y cortaran los extremos largos y puntiagudos de sus poulaines, que no estaban hechas para caminar, sino para mantener el equilibrio en el estribo. Sus corceles pastaban ahora a lo lejos, indiferentes al destino de sus jinetes.

De nuevo me vi rodeada por el caos, por corrientes humanas que se movían en direcciones opuestas, produciendo ruidos metálicos. Avancé tambaleándome entre la multitud, impelida por una sensación apremiante: tenía que encontrarle, y pronto.

Solo pude avanzar lentamente. A veces tenía que agacharme para esquivar lanzas y flechas, o bien arrastrarme a cuatro patas por el suelo ensangrentado. Yo misma estaba cubierta de sangre, mi hábito, mi toca en otro tiempo blanca, mi velo, incluso mi cara. Dejé de humedecerme los labios porque sabían a hierro. Repté sobre piedras y armas caídas, sobre espuelas de oro, hasta que mi propia sangre se mezcló con la de otros para fertilizar la tierra. Tenía heridas las manos y las rodillas.

De pronto, oí cascos de caballos muy cerca y pensé que tal vez era el último ataque de Eduardo contra nuestro rey. Pero no, solo había un caballo, y cuando me di cuenta, también reparé en que el sonido había cesado, y que los cascos que había oído estaban justo delante de mí.

Mi señora.

Lo oí primero en mi cabeza, y alcé la vista. El caballo llevaba un penacho escarlata y una sobreveste blanca encima de la armadura a juego con su jinete: armadura negra, como la del rey, y la sobreveste bordada con un halcón peregrino posado sobre un triángulo descendente de tres rosas púrpura.

El caballero abrió su visor.

—Mi señora.

Me levanté y observé su cara. La conocía muy bien. La había visto por primera vez la noche de mi iniciación. Los rasgos eran finos y bien proporcionados, la nariz aguileña e inconfundiblemente noble. Bajo el borde del casco, los ojos eran del color de un mar claro, y su barba rojodorada. También estaba cubierto de sangre y maltrecho, y había roto el astil de la única flecha que había atravesado el hombro de su armadura, pero sin herirle.

—Mi señora —repitió.

Extendí la mano y él la besó. En mitad de aquel infierno estábamos solos e incólumes.

—Edouard —dije—. Gracias a Dios. Debéis llevarme ante Luc cuanto antes.

Al punto me izó al caballo. Nos agachamos detrás de su escudo y nos alejamos del frente, junto con los que estaban retrocediendo.

—¡Esperad! —grité—. Esperad... Siento su presencia. Está detrás de nosotros. Hemos de dar media vuelta ahora mismo.

—¡Habéis cometido una locura al venir, señora! —vociferó por encima del hombro—. Es una trampa. ¿No lo entendéis? El Enemigo también atrajo a Luc. Mi Visión me lo reveló. Ahora ha desaparecido en la batalla y no sé qué ha sido de él. ¡No oséis perderos vos también!

—¡No! —grité de pura furia—. ¡Sois vos quien no comprende! ¡No cabe duda de que es una trampa, pero él morirá, Edouard! ¡Morirá a menos que yo le encuentre! Hay que caer en la trampa, pero encontraremos una forma de escapar.

Pero la montura de Edouard no aminoró el paso, ni su jinete dio media vuelta. Desesperada, me deslicé por la sobreveste empapada de sudor y sangre del caballo, me arrojé y aterricé a cuatro patas en el suelo.

Me incorporé y corrí. Corrí y no vi el caos que me rodeaba. Corrí y no pensé en el peligro, en la guerra o en el Enemigo. Solo pensé en mi Amado, y mi Visión (velada por la emoción, insegura) fue no obstante lo bastante potente para guiarme hacia él.

Al cabo de un rato (una eternidad, un latido de corazón), llegué al terreno donde había comenzado la batalla, donde la flor de la nobleza francesa, los granas seigneurs, los chevaliers de noble cuna, habían sido rechazados por primera vez. El campo terminaba a escasa distancia y daba paso a un suelo pantanoso, después a un viñedo maduro, después a setos y pendientes perfectos para ocultar arqueros. La infantería británica todavía avanzaba hacia nosotros a través del pantano, hundida hasta los tobillos. No era de extrañar que estuvieran tan sucios.

A mi lado, un caballero estaba tendido de perfil, con la armadura cosida para siempre a su cuerpo con más de una docena de flechas que atravesaban su peto, sus brazos desprotegidos, sus piernas, incluso el visor que protegía su rostro. Aún aferraba las riendas de su caballo. El pobre animal también estaba muerto, con el flanco y los cuartos traseros convertidos en un acerico.

Desgarrada por el hecho de que no podía ayudar a todos los que veía, pasé ante aquel macabro espectáculo y después emití un ronco sollozo. Las sobrevestes no eran escarlatas, sino que estaban manchadas de sangre, y las manchas púrpura habían borrado casi por completo las rosas bajo el halcón oscuro. La escena era aterradora. Una muerte que yo no podía evitar, un hombre al que no podía ayudar.

Era el grand seigneur de Tolosa, Paul de la Rose.

El metal hendió el aire, a un palmo de distancia de mi oreja derecha, con tal violencia que chillé, me llevé la mano a la cabeza y caí sobre un cadáver inglés. Me recuperé y me volví.

El hacha de guerra inglesa era oscura, sangre coagulada sobre hierro negro, y el soldado que la empuñaba con la intención de partirme el cráneo era rubio e impávido, un mercenario, protegido por un yelmo abollado y un escudo de cuero.

Caí de rodillas.

El chirrido de metal contra metal. Una espada chocó con el hacha, y

de la colisión se elevó una constelación de chispas doradoazuladas que brillaron cegadoramente al sol, esplendor eterno, brillo al rojo vivo.

El muchacho que empuñaba la espada me daba la espalda. Un caballero francés, cuya sobreveste manchada ostentaba la imagen del halcón sobre el trío de rosas.

Edouard, pensé. Pero sus piernas eran más largas, y sus hombros más anchos.

En cuanto el nombre acudió a mi mente, supe que estaba equivocada. Y supe a quién estaba mirando. Al verle en carne y hueso, emití un leve chillido.

Con una breve vacilación, adelantó la espada para detener el hacha, y las dos armas chocaron con tal fuerza que nuevas chispas saltaron al aire. Movié la cabeza para mirarme un momento y ver si otro inglés me amenazaba...

... pero el mismo acto restó velocidad a su mano, y permitió a su atacante asestar un golpe definitivo. El soldado inglés echó hacia atrás su pesada hacha sobre el hombro derecho, y después, con toda la fuerza de su cuerpo, empezó a enderezar los brazos.

Al mismo tiempo, Edouard apareció detrás de él a caballo y lanzó su lanza, cuya punta salió por el estómago del inglés, el hierro oscurecido por la sangre.

El hombre cayó hacia delante, pero su peso se sumó al impulso del hacha cuando abatió implacable sobre mi joven paladín. No vi lo que ocurrió, pero oí el chirrido de la hoja al atravesar el metal, y el golpe sordo al destrozarse carne y hueso.

Mi Amado dejó caer la espada y retrocedió, moviendo los brazos para no perder el equilibrio, pero al fin se derrumbó de espaldas con gran estrépito. Sobre su pecho yacía el inglés.

Edouard saltó del caballo y apartó el cadáver.

El hacha estaba hundida en el pecho de mi Amado.

Edouard, de rodillas, tiró del mango de madera. La hoja se liberó, con ruido de succión y un torrente de sangre. Sin dejar de llorar, aflojó y soltó el peto partido, y después se apartó y observó.

No era momento de vacilaciones. Era el momento para el que yo había venido. Refrené mi dolor y quité el pesado yelmo para revelar el rostro de mi Amado. Tenía los ojos abiertos de par en par, clavados en el cielo. Interpuse mi cara entre ellos y el firmamento. Por un instante no me

percibieron. El velo de la muerte se estaba corriendo sobre ellos. Pero, con el último aliento, se enfocaron y me miraron.

Mis ojos se llenaron de lágrimas, no de dolor, sino por el exquisito tributo de amor y reconocimiento que vi en aquel rostro humano.

Me había visto, y me había reconocido.

Eso bastaba para aplacar todos mis temores y dudas. Aún de rodillas, apreté mis manos contra su herida. Con demasiada fuerza, porque la hendidura era profunda y ancha. Se abrió, y por un instante mis manos se deslizaron dentro de su pecho, entre el esternón y las costillas destrozadas.

Estaba tocando su corazón.

Su corazón, que aún latía.

La imagen del mago y la rata acudió a mi mente. Mientras sostenía el corazón de mi Amado en las manos, sufrió un espasmo, dos, tres... y se quedó inerte.

Estaba muerto, mi Amado. Luc de la Rose estaba muerto.

Por un instante, la gracia de la Diosa permaneció conmigo, y después el Enemigo, fortalecido, atacó. Un torrente de jinetes ingleses, la última carga, se abalanzó sobre nosotros. Fui derribada, grité cuando mis piernas fueron aplastadas bajo una docena de cascos, pero el grito no fue de dolor. Me habían separado de mi Amado, de su cuerpo. Alcé mis manos manchadas de sangre hacia el cielo, pero no Vi qué había sido de él.

Chillé, y fui pateada de nuevo. Después, frías manos metálicas me alzaron y depositaron sobre un caballo que me alejó de allí.

# Quinta Parte Michel

CARCASONA, 1357

Y Michel vio que Sybille, con sus ojos y pensamientos concentrados en un lugar diferente, en una época diferente, emergía poco a poco de aquel doloroso momento del pasado. Su mirada iba hacia un punto situado más allá de él, pero ahora retrocedió hasta que le abarcó a él y su entorno. Después de mirarle durante un angustiado momento, la mujer apoyó la cara en las manos y sollozó de amargura.

Michel, desazonado, se inclinó.

—Callad, madre —susurró—, no lloréis. No lloréis...

Pero su desesperación era profunda. Sin pensarlo, Michel apoyó la mano en su brazo para consolarla, pero la retiró al punto, sobresaltado por la energía de su contacto.

Ella levantó la vista, con los ojos brillantes de lágrimas, pero cargados de la misma energía que el monje había sentido.

Si al menos fuera cristiana, pensó, sería la persona más santa que había conocido en su vida, y la más adorable. Qué bondadosa había sido con los leprosos, cuánto había querido a su abuela y a la abadesa. En sus creencias, por desgracia heréticas, era devota, y compasiva y valiente en sus actos. Adentrarse en el corazón de una batalla sola y desarmada...

Una mujer asombrosa, pensó Michel, y luego se encogió al darse cuenta de lo que albergaba su corazón. No era una prisionera a la que podía entregar simplemente con tristeza a las autoridades civiles para que la ejecutaran, una prisionera cuya horrible muerte en la pira contemplaría con dolor y piedad, cuya condenación lamentaría. Sus palabras, su energía, su sola presencia le habían convencido.

En aquel momento supo que había perdido su corazón por completo. Y no era solo la desesperada soledad o lujuria de un monje cuyo trabajo le facilitaba la proximidad con mujeres, pues lo había visto a menudo e incluso experimentado en una ocasión, cuando era joven e imprudente. Esta sensación, este amor, eran mucho más profundos. Por más que viviera, dividiría su existencia mortal entre antes y después de conocer a esta mujer.

—Luc murió, ¿verdad? ¿Vuestros esfuerzos fueron en vano? —preguntó Michel con delicadeza—. ¿Por eso lloráis, madre?

Ella negó con la cabeza, y con esfuerzo recuperó la compostura.

—No puedo hablar de eso ahora. Estoy cansada. He de descansar.

Se reclinó sobre la tabla de madera.

—Madre —dijo Michel—, debéis encontrar fuerzas para continuar. El cardenal Chrétien llegará mañana por la mañana y exigirá algo muy diferente de este testimonio, si ha de declararos inocente. Entregad vuestro corazón a Cristo. Confesad vuestro delito, y tal vez podrá liberaros de esta cárcel.

—Chrétien quiere mi sangre —dijo la mujer, con voz hueca debido al agotamiento, despojada de toda emoción, ni arrepentida ni temerosa—. Y la tendrá, diga lo que diga yo.

Michel emitió un leve suspiro de indignación.

—¿Cómo podéis decir eso, madre? Ni siquiera conocéis a ese hombre...

—Sí que le conozco, pobre hermano. —Le miró con infinita piedad—. Pero existe un motivo para que seáis tan sensible a los sueños de Luc. Los sueños son vividos, ¿verdad?

Aquella pregunta le distrajo, pese a su indignación. Creía en su historia de todo corazón, y que los sueños eran los recuerdos del fallecido Luc. Con su mente racional, creía en Cristo y la Iglesia, y sabía que lo que ella decía era la más vil herejía, y que estaba a punto de perder su alma inmortal.

Bajó la cara y meneó la cabeza, perplejo.

—Yo... Los sueños de Luc me turban. Invaden mis pensamientos a todas horas —dijo por fin, y se arrepintió al instante. No había tenido la intención de admitirlo.

—Sabéis por qué sois sensibles a ellos, hermano. Era una afirmación, pero él la miró de reojo. —Sois uno de los nuestros —continuó ella—. Uno de la Raza.

Michel se quedó boquiabierto.

—¿Qué?

Había oído sus palabras, pero sus oídos, su mente, no asimilaban aquella afirmación asombrosa.

—Por eso los sueños os invaden con tanta facilidad. Por eso os sentís atraído hacia mí, por eso una parte de vos cree mi historia. Estas cosas han sucedido no debido a un encantamiento o una casualidad, sino por lo que sois. Estáis hechizado, hermano, pero no por mí. La lucha no es por mi



alma... sino por la vuestra.

Michel guardó con movimientos rígidos la pluma, la tinta y el pergamino en su bolsa.

—Si... si no vais a proseguir vuestra declaración, debo ir a rezar. El padre Charles y el cardenal Chrétien estaban en lo cierto. Sois una mujer muy peligrosa.

Cuando se volvió para llamar al carcelero, la miró una fracción de segundo. En los ojos oscuros y en los labios hinchados vio una mezcla pura de amor y pena que sobrecogió su corazón, pero se contuvo y salió.

El padre Charles no había mejorado. Estaba claro que el hermano André no tenía nada nuevo que informar, pues se limitó a levantarse, saludar a Michel con la cabeza y correr hacia el refectorio.

Sin embargo, Michel no tenía apetito, ni para comer ni para rezar. Se sentó en la silla que había dejado libre André y estudió el rostro de su mentor. La palidez del padre Charles había adquirido un tinte amarillento, y sus mejillas y ojos cerrados parecían más hundidos que nunca. Tenía los labios cortados hasta el punto de sangrar, pese al paño humedecido que el hermano André había dejado para mojarlos. Charles parecía a punto de expirar.

A la luz vacilante del fuego, Michel se reclinó en su silla. Con la cabeza apoyada contra la pared, contempló las sombras que cruzaban el techo.

Eran meros fantasmas, nada más. Falsedades negras proyectadas desde una sencilla y concreta realidad. ¿Era solo eso la historia de la abadesa, o había dicho la verdad? ¿Lo que sentía por ella era el resultado de un terrible hechizo?

Cerró los ojos y se tapó las orejas con las manos, con una fuerza que intentaba cerrar el paso a todo pensamiento, todo recuerdo, toda clase de visiones y voces internas. Apretó cada vez con más fuerza, con dedos temblorosos, hasta sujetarse la parte posterior del cráneo. Pero las visiones eran demasiado claras y vividas, los sonidos demasiado altos y diáfanos. Al final, se estremeció y emitió un gemido, en voz muy baja, para que los demás no pudieran oírle.

Una oleada de imágenes de la vida de otro hombre descendió sobre él:

Papá, curado, y negándose a renunciar a su único hijo, se retractaba de su promesa de entrenar a su hijo en el uso de sus poderes.

Luc, a los seis años, que todavía vivía en casa de sus padres, corriendo contra un fondo de madejas y tapices de brillantes colores, pisando las hierbas y flores esparcidas sobre el suelo de la cámara de su madre: poleo, menta, romero, lavanda y rosa, que al mezclarse creaban una intensa fragancia.

Se liberaba de la presa de su padre, esquivaba al guardia, se precipitaba en los brazos de su madre y luego lanzaba una exclamación ahogada cuando ella, con un solo movimiento, le cogía por el cuello e intentaba retorcérselo. Tan suaves sus manos, tan frías, tan sorprendentemente fuertes.

Había intentado chillar, pero la sorpresa le paralizó. Había mirado la cara de su madre (de belleza caduca, facciones demudadas, horripilantes como las de una gárgola), pero Luc había visto más allá de la locura que afloraba en sus ojos, el amor y la angustiada disculpa que florecían en ellos.

En ese momento, papá ya había saltado sobre ella, delicado y veloz, pero la fuerza de su madre era sobrenatural, y papá y el guardia se vieron obligados a inmovilizarla en el suelo mientras aullaba y agitaba los brazos, en un inútil esfuerzo por coger a su hijo.

Al cabo de dos días, las cosas de Luc estaban embaladas y le enviaron a las tierras del tío Edouard.

Eran extensas, pero no tanto como las de papá. Sin embargo, la atmósfera era más feliz, más segura. Luc se sintió libre para florecer. Fue la época más feliz de su vida, porque el buen humor de Edouard nunca flaqueaba, y los caballeros de su pequeña mesnie se comportaban de idéntica manera.

Le prepararon para ser escudero. Destacaba en todo: baile, que se vio forzado a practicar con los hijos de los caballeros (que, por lo general, les dejaban entre risitas acerca de quién adoptaría el papel de dama, y con cuánto afecto); cetrería, que le emocionaba cada vez que el hermoso halcón

se posaba sobre su guantelete con las gruesas y fuertes garras, agitaba sus grandes alas y ladeaba la cabeza para mirarle con un ojo singular y penetrante; esgrima, para la que estaba muy dotado; y equitación.

Aprendió con facilidad las artes de la caballería y la guerra, aunque no con tanta facilidad como dominaba su otro aprendizaje, el aprendizaje secreto que había jurado por su vida no revelar jamás.

Empezó el día de su decimotercer cumpleaños, bastante después del ocaso, cuando la noche había teñido el mundo de un único color. Edouard había ido a la habitación de Luc y susurrado al niño, despierto en la negrura:

—Ven. Ha llegado el momento.

El niño se había levantado sin decir palabra. Edouard le había dado ropas de plebeyo y una capa oscura, y luego le había guiado por un angosto pasadizo secreto que llevaba de la cámara de su tío a los establos.

Allí habían montado para cabalgar media hora por los prados hasta el pueblo más cercano.

Edouard no condujo a su sobrino a un edificio digno de dos caballeros de noble cuna, sino hasta una hilera de casas pequeñas y estrechas, cabañas, construidas de madera y bálago en lugar de piedra, todas amontonadas en una callejuela y todas a oscuras, pues ya era muy tarde.

Plebeyos, comprendió Luc, y pobres. No obstante, aquel lugar carecía de la desesperación y suciedad de otros guetos que había visto. Los edificios estaban limpios y bien conservados, y el barrio se veía libre del hedor que impregnaba otras calles de la ciudad.

Las casas parecían idénticas, pero Edouard se adentró con seguridad en el centro del gueto. Desmontó ante un edificio y llamó a la puerta con los nudillos.

Como no se veía ninguna luz por las ventanas, Luc supuso que todos los moradores estaban dormidos, pero la puerta se abrió casi al instante. El interior estaba oscuro, y la única iluminación de su anfitrión era la llama agonizante de una consumida vela. En la penumbra, semejaba una sombra gigantesca, una enorme bestia que empedreñecía a Edouard. Indicó con gesto perentorio que entraran.

Edouard hizo una señal a Luc, que desmontó intrigado y amedrentado al mismo tiempo. Su anfitrión les guió a través de una habitación exterior, donde persistía un leve aroma de la cena, un estofado preparado con especias desconocidas pero agradables, y cerveza de levadura antes que

hipocrás. A este olor se imponían emanaciones de una fragancia que Luc nunca había percibido fuera de la gran catedral: incienso.

Oyó la respiración de niños dormidos, vislumbró la mirada suspicaz de una mujer a la débil luz de la vela. Cuando entraron en un cuarto, el anfitrión cerró la puerta a su espalda.

Esta habitación estaba tan oscura como la primera, sin luz, con los postigos cerrados, pero en cuanto la puerta se cerró Edouard rebuscó en los pliegues de su capa y extrajo un regalo: varios cirios largos y un frasco de aceite.

—Gracias, Edouard —dijo con voz melodiosa y profunda su guía—. Esto facilitará nuestra tarea.

Dejó los cirios a un lado, salvo uno, que acercó a la llama agonizante que sostenía en la mano. Las sombras que ocultaban su rostro empezaron a disolverse, y cuando usó el frasco para llenar una lámpara grande de aceite y luego encenderla, Luc le vio por fin como era, un hombre corpulento como un oso, con un cabello peculiar que resbalaba sobre su espalda en mechones blancos, grises y negros, tan espeso y rizado como el pelaje invernal de una oveja. De su cara caía una barba tan larga que llevaba atada alrededor de su cinto para no tropezar con ella, en rizos apretados y regulares, como cuelgan las trenzas de una doncella recién deshechas. El cabello, que invadía su frente, casi ocultaba sus ojos, entre los cuales emergía una nariz prominente.

Cuando Luc reparó en la pequeña gorra que cubría la coronilla del desconocido, y vio cosido en su camisa oscura el círculo de fieltro amarillo que le identificaba como judío, se quedó perplejo. Según la Iglesia (institución a lo que no concedía excesivo crédito), los judíos eran los peores herejes, y el hecho de ser sorprendido confraternizando con ellos era suficiente para despertar la curiosidad de los inquisidores. ¿Por qué su tío le había llevado a un lugar tan peligroso?

No obstante, Edouard tomó la mano del viejo judío, se la llevó a los labios y la besó con reverencia.

—Rebbe, Rebbe, os traigo a mi sobrino Luc.

El anciano desechó con un ademán el gesto de pleitesía, como si careciera de importancia, y se agachó para inspeccionar a Luc.

—Por fin. Hola, Luc. Soy Jacob.

A lo largo de un año estudió bajo la dirección de Jacob. Durante ese tiempo Edouard prohibió todo contacto con sus padres, incluso en Pascua.

—No puedes verles —le dijo Edouard—. Sobre todo a tu madre.

—¿Por qué? —preguntó Luc, una y otra vez, pero la respuesta, insatisfactoria, siempre era la misma:

—Porque tu madre está vinculada al Mal que te amenaza a ti, a tu Amada y a la Raza. Estar con ella, exponerte a su contacto, significa exponerte al Enemigo.

—Pero Jacob puede protegerme —protestaba Luc—. Tú y Jacob, y no me pasará nada...

Edouard suspiró.

—Luc, has de comprender que tu Enemigo es muy poderoso, y Jacob y yo tememos demasiado por tu bien para dejarte proteger solo por tus capacidades inferiores. Piensa en tu pobre madre, en lo poco que puedes hacer por ella.

Bajó la cabeza avergonzado, tan contrito y apenado que Luc apoyó una mano en su hombro para consolarle. Por fin, Edouard recobró la serenidad.

—Con el tiempo, Luc, después de que hayas recibido tu iniciación, serás un poderoso mago. Más poderoso que todos tus enemigos. Entonces, quizá, llegará el momento en que nuestra Béatrice, tu madre, nos sea devuelta. Pero hasta entonces... ten cuidado, porque tu Enemigo no desea otra cosa que alejarte de ese momento.

Luc no repuso nada, para no disgustar a su tío, pero se juró que, en cuanto su magia fuera lo bastante poderosa, arrancaría a su madre de las garras del Enemigo y la recuperaría.

—¿Cuándo seré iniciado? —preguntó a Jacob, seis meses después de pasar a su tutela.

El rabino, con la mitad de la cara en sombras y la otra mitad iluminada por una vela, le miró con semblante apacible.

—Cuando las circunstancias sean favorables, hijo mío.

—¿Y cuándo será eso? ¿Por qué no podéis iniciarme ahora?

Jacob lanzó una risita, y la frustración provocó que las mejillas de Luc se tiñeran de rubor. Soy capaz de trazar un círculo protector y mágico. Sé las esferas cabalísticas y el alfabeto hebreo, y hacer talismanes y signos cabalísticos, pensó el muchacho. ¿Por qué no me consideran apto?

El anciano observó su aflicción, y dijo, en un tono que transmitía humor y una sincera disculpa al mismo tiempo:

—Lamento decepcionaros, Luc, pero yo no tendré el honor.

—¿Por qué no, rebbe Jacob?

El humor del anciano se desvaneció.

—Aún no estáis preparado, Luc.

—¿Por qué?

—La verdadera unión no se puede dar en presencia del miedo. —Hizo una pausa al ver el ceño de Luc—. Yo no puedo por una razón muy práctica: vos buscáis a una mujer.

Al oír la revelación, Luc respiró hondo. Era verdad. Lo sabía sin el menor asomo de duda, y siempre lo había sabido. La había visto aquel terrible día de las ejecuciones públicas en la pira, cuando había caído por el borde de la carreta.

—La niña —susurró para sí—, la de la trenza oscura y los ojos oscuros...

Intentó imaginar cómo sería ahora, transcurridos esos años, pero no pudo. Aun así, comprendió sin sorpresa que la amaba, que siempre la había amado.

—Sí —murmuró Jacob a su lado—. La niña. Sois un mago diestro, ciertamente, y habéis demostrado el talento de la curación, el Toque... Pero carecéis de otros dones, en particular el de la Visión, que necesitaréis para luchar contra vuestros enemigos. Y solo ella puede dároslos. De toda la Raza, solo vosotros dos tendréis tantos dones, y seréis los más poderosos.

Cuando pensó en verla de nuevo, le asaltó tal emoción que apenas pudo hablar.

—Rebbe... ¿cuándo podré...? ¿Cuándo nos encontraremos... los dos?

Jacob meneó la cabeza con añoranza.

—No puedo decirlo. Pero os diré esto... —Se volvió para señalar el tosco cuadro de coloridas esferas, que colgaba sobre ellos en fila—. Aquí, en lo alto, está Kether, la luz blanca, la Divina brillante. Y aquí... —bajó el dedo en zigzag, de esfera en esfera—, en el fondo, está Malkuth, la Reina que gobierna la Tierra. ¿La veis? Este es el sendero que el novio ha de seguir para encontrarse con la novia. Ha de superar muchos obstáculos antes de alcanzar la gloria, el poder de la Divina Unión...

De súbito, Luc sintió una punzada en su corazón. Por primera vez comprendió la inquietud que le había impulsado, la sensación de vacío que experimentaba incluso en compañía de sus seres queridos.

—¿Cómo puedo esperar? —susurró al borde de las lágrimas—. ¿Cuánto tiempo he de estar separado de ella?

—Solo puedo ayudar en lo que me está permitido —dijo Jacob, con una tierna mirada de compasión en su rostro surcado de arrugas—. No puedo acercarla más a vos, pero os daré a saborear algo de lo Divino. Que el conocimiento de lo que os espera sirva de bálsamo para vuestra alma.

Se levantó y se colocó detrás de Luc, que estaba sentado en un precario taburete. Con sus grandes manos apoyadas sobre los hombros del muchacho, empezó a cantar con una voz tan potente y sonora que el aire de la habitación pareció vibrar:

Atoh... (Soy)  
Malkuth... (el Reino)  
VeGeburah... (el Poder)  
VeGedulah... (y la Gloria)  
LeOlahm... (eternos)  
Amen...

Luc cerró los ojos y cantó con el rabino, porque había hecho el ejercicio durante meses y se creía muy ducho en él, en visualizar la luz que atravesaba su cuerpo y su ser y penetraba en las esferas del Árbol de la Vida, la sentía florecer en su corazón, anclar firmemente sus pies en la tierra, rodearle con su resplandor. Conocía bien la sensación que seguiría, de profunda paz y claridad.

Pero aquella noche, la sensación que experimentó trascendió todo cuanto había conocido hasta entonces.

Al sonar la palabra «Malkuth», las manos frías y huesudas de Jacob se entibieron de repente. De ellas emanó un poder similar a un rayo, cegador hasta el aturdimiento, y Luc ya no supo dónde estaba ni fue consciente de la presencia de Jacob. En aquel momento se le antojó que había vivido una existencia ciega y lóbrega, y solo ahora, en su resplandor, podía ver en verdad, ver la Luz, convertirse en ella, en toda su gloria y belleza. En su interior no había límites, ni vida, ni muerte, ni tiempo, ni Luc, ni Edouard, ni Jacob, ni papá, ni mamá, ni iglesia, ni magia ni Tora... Solo una dicha inmensa y omnipresente que desconocía el pesar.

Tal vez estuvo en aquel lugar indescriptible durante una hora. Tal vez

un día, un año, una vida, un segundo. No lo sabía. Pero cuando por fin regresó a su estado normal, Jacob estaba sentado a su lado con una sonrisa perspicaz.

—Habéis aprendido los mecanismos de la magia, mi señor. Vuestra dama está aprendiendo a morar en la Presencia. Ella es vuestro corazón, Luc, y cuando llegue el momento de que ella os inicie, moraréis en la Presencia juntos. Bien, ¿cómo la mediremos? ¿Qué nombre le daremos? ¿Dios, Zeus, Adonai, Alá? ¿Shekinah, Isis, Atenea? ¿Cómo la adoraremos, como la complaceremos?

El muchacho le ofreció la única respuesta posible. Primero una risita, y luego una estentórea carcajada que hizo bailar la llama de la vela. Aquella noche rieron juntos, en el gélido estudio de Jacob, mientras fuera la nieve se amontonaba como las fuerzas de la perdición.

El verano siguiente llegó la peste. Les comunicaron desde su casa que Nana había muerto, y que el Papa había caído gravemente enfermo pero se había recuperado. Por asombroso que fuera, la enfermedad esquivó la propiedad de Edouard, a sus criados y a los caballeros de la mesnie del castillo. Pero la ciudad sufrió sus estragos, y por más que Luc suplicó, Edouard prohibió a su sobrino que continuara visitando a Jacob.

Pasado un mes desde que la plaga remitiera, Edouard fue a la habitación de Luc.

—Querido sobrino —dijo—, debo darte malas noticias. Han quemado el gueto.

El muchacho se negó a creerlo hasta presentarse en el lugar donde se había alzado la casa de Jacob y arrodillarse en las cenizas, sollozando. Aun entonces, se dijo: Ha escapado. Está vivo en algún sitio y volverá...

Pero en el fondo sabía que su querido rebbe estaba muerto.

Durante los muchos años que siguieron, Luc soñó a menudo con la niña, aunque nunca podía hacerse una imagen clara de su rostro, salvo el de la cría de cinco años con la trenza negra. No obstante, sabía que Edouard practicaba con regularidad la Visión en círculo, y cuando estaban solos le suplicaba con frecuencia: —¿Qué has visto de ella? ¿Dónde está, qué está haciendo?

Edouard contestaba de manera críptica, sin ofrecer demasiados detalles: «Ahora es una mujer bonita», o «Es una plebeya», pero nunca nombraba la ciudad en la que habitaba ni hablaba de sus circunstancias.



—Solo dime dónde está —suplicaba Luc, y Edouard meneaba la cabeza.

—Aún no eres lo bastante fuerte, Luc.

—¡Sí que lo soy! —gritó un día, agotada por fin su paciencia—. ¡Con Visión o no, mi magia es tan potente como la tuya!

Edouard frunció el ceño y se llevó un dedo a los labios.

Luc bajó la voz, pero su tono continuó apasionado.

—Me da igual que los criados nos oigan. Han pasado años, y ya no puedo esperar más... ¿No ves la agonía que me estás infligiendo al no hablarme de ella? ¿Por qué no me dejas ir a verla?

—Júrame que nunca volverás a ver a tu madre. Júrame que nunca volverás a casa, sino que irás directamente a la chica, y te lo diré.

El tono y los ojos de Edouard eran fieros.

Luc respiró hondo.

—¿Cómo puedo...? ¿Cómo puedes pedirme eso? Fuiste tú quien me habló del sacrificio de mamá, cómo atrajo hacia ella el mal destinado a mí. ¿Y me pides ahora que la abandone, cuando ha sacrificado su cordura por la mía?

—Te lo pido —dijo Edouard con semblante sombrío—. Ella también te lo pediría. Tú y tu padre... estáis unidos a ella en el plano astral. En tu presencia, ella conoce tu corazón y tu mente. Y como también está unida a tu Enemigo, él también los conoce.

»Yo también estaba vinculado a ella. ¿Crees que esto es fácil para mí, Luc? Compartimos el útero de nuestra madre. Nadie estaba más cerca de ella que yo, nadie conocía mejor sus pensamientos, ni siquiera tu padre. Pero yo corté el vínculo. Lo corté, aunque partió mi corazón. Y no la volveré a ver, porque hacerlo podría comprometer mis sentimientos y permitir al Enemigo utilizar mi Visión.

»¿No ves el peligro, Luc? Si vas a encontrarte con tu dama ahora, si ella te inicia, pero no te separas de tu madre física, mental y emocionalmente... también la pondrás en peligro.

»He intentado protegerte lo mejor que he podido. Alejado físicamente de ella estás a salvo de cualquier mal. Había confiado en que el tiempo y la distancia disminuirían tu vínculo con Béatrice, pero sigue siendo fuerte.

—¡Nunca abandonaré a mi madre! —insistió Luc con tozudez, y la situación se mantuvo así durante años.

En el ínterin, se convirtió en un perfecto escudero de Edouard, y luego en caballero por derecho propio. Combatió en escaramuzas contra el Príncipe Negro y adquirió reputación de soldado tan diestro como su padre y su tío.

Más adelante, otro grupo de invasores se unió a las fuerzas del príncipe Eduardo en Bretaña, y el rey francés llamó a las armas a todos sus súbditos. Tío Edouard y sus caballeros iniciaron los preparativos para la batalla. El plan consistía en encontrarse con Paul de la Rose en sus dominios, para luego desplazarse hacia el norte, sumarse a las fuerzas del rey Juan e interceptar al enemigo.

La mañana en que iban a partir, una hora antes del amanecer, Luc, demasiado excitado para dormir, se preparó. Afiló la espada y el cuchillo, reparó el escudo y la armadura. En verdad, temía la guerra, pues aunque albergaba escaso temor ante la perspectiva de morir (al fin y al cabo, contaba con poderes mágicos que le protegían), no soportaba los crueles horrores infligidos a los demás.

Pero en parte estaba ansioso, pues habían transcurrido años desde la última vez que viese a sus padres, y trataba de imaginarlos como eran ahora. El cabello de su padre habría encanecido un poco, sin duda, y quizá también el de su madre, pero en su mente los veía igual.

Mientras intentaba imaginarlos, alguien llamó a la puerta.

—Adelante —dijo Luc, y tío Edouard entró. Los dos caballeros que le acompañaban se quedaron fuera.

—Luc —dijo en voz baja—, he visto que un gran peligro te aguarda en el campo de batalla. Te suplico que no me acompañes y permanezcas aquí, a salvo de todo riesgo.

En los últimos años el cabello rojizo de Edouard se había teñido de plata en las sienes y la frente, y arrugas de preocupación habían aparecido alrededor de sus ojos. Tenía el ceño fruncido a causa de la inquietud, y los ojos inyectados, como si no hubiera dormido en toda la noche.

Luc lo miró con incredulidad, y bajó el cuchillo que sostenía, así como la piedra que había utilizado para afilarlo.

—Dime que es una broma, tío.

La expresión de Edouard no cambió.

—Ojalá, pero tan grande es el peligro que te prohíbo venir.

Luc dejó el cuchillo y la piedra sobre la cómoda y se volvió hacia su tío.

—¿Qué peligro? ¿Has olvidado que soy muy diestro en... esquivarlo?

Eligió estas últimas palabras cuando cayó en la cuenta de que los caballeros podían oírle. Sin duda, algunos caballeros de la mesnie también compartían las creencias de Edouard, cuando no su talento, pero, como le había dicho Edouard en una ocasión, «es mejor por tu seguridad, y por la suya, que no sepan quién eres».

—Tu vida —contestó su tío—. Tal vez algo peor...

—Soy muy capaz de proteger mi vida. Ya he estado en el campo de batalla más de una vez, tío, y nunca me han herido. Sé que te resulta difícil recordarlo, pero ahora soy un adulto, no un niño. Tengo veintiún años. Tendría que haberme casado hace años, y ya tendría hijos a estas alturas, de no ser porque me habéis mantenido alejado de ella.

—Luc...

—Me lo puedes prohibir, pero no estoy obligado a obedecerte.

—Lo sé —contestó Edouard con semblante sombrío y tomó aliento para seguir hablando, pero Luc le interrumpió de nuevo.

—Mi padre es el favorito del rey y yo he de mantener mi reputación. ¿Cómo puedo avergonzar a mi padre negando al rey, rehusándome a luchar al lado de mi padre y de ti?

—Precisamente es a causa de tu padre que no debes ir —dijo Edouard con ironía—. También podría ser utilizado como peón del enemigo contra ti.

—¿Mi padre? —La voz de Luc tembló de indignación.

Dio la espalda a su tío con un veloz movimiento, cogió la piedra y el cuchillo y continuó afilando la hoja con furia, haciendo saltar chispas azules sobre la mesa.

—Mi padre nunca me haría daño.

—No, en efecto —admitió Edouard—. Ni tampoco tu pobre madre, si estuviera en su sano juicio.

Luc guardó silencio. El único ruido que se oía en la habitación era el roce de la piedra contra el hierro. Por fin, interrumpió su actividad.

—Si decido ir, tío, no podrás retenerme.

—Tienes razón. —Edouard hizo una pausa—. Te lo suplico, por el bien de ella. Pues si vas a la batalla, no solo te perjudicarás a ti mismo, sino que a ella le infligirás terribles sufrimientos.

Otro silencio. Luego, su tío dio media vuelta y salió de la habitación, cerrando la puerta.

Luc dejó la piedra y el cuchillo una vez más y se sentó en el borde de la cama mientras exhalaba un suspiro. Quería mucho a su tío, y sabía que Edouard nunca le haría advertencias sin un buen motivo. Pero, por otra parte, también le sobreprotegía. Además, con el tiempo, Luc había llegado a lamentar la separación de sus padres, pese a las explicaciones. Si después de tanto tiempo no soy un mago poderoso, pensó, nunca lo seré.

Cuando se sentó en la cama, meditando y escuchando los sonidos de la madrugada, de los caballeros que entraban en el salón del trono para desayunar, cayó en un estado de trance.

Y Vio que su Amada le llamaba desde el campo de batalla. ¡Luc, Luc de la Rose, ayúdame! Estaba arrodillada en la tierra empapada de sangre, mientras miles de soldados, siluetas oscuras y afiladas, blandían hachas, espadas y escudos. Una lluvia de flechas cayó a su alrededor. ¡Luc, Luc! Sálvame una vez más. ¡Sálvame!

En la oscuridad solo su piel era pálida y brillante, como un faro. Incluso cuando le llamaba, su rostro era sereno, hermoso, resplandeciente.

Mientras miraba, una enorme figura borrosa corrió hacia ella, remolineando una gigantesca hacha sobre su cabeza, y luego descargó un golpe capaz de partir en dos aquel rostro adorable. La expresión de su Amada no cambió. Se limitó a levantar una mano con gracia, en un gesto de perdón.

Luc se erguía en medio de la visión, empuñando el cuchillo.

El rostro y la forma de Sybille se transformaron en los de su madre, las facciones hermosas y pálidas de una manera diferente, el porte recto y elegante. Y sus ojos, tan resplandecientes que casi lloró al verlos. Aún era esbelta, su cabello todavía era dorado, y tenía las manos justo encima de su corazón, como una monja cuando reza.

Luc, dijo, en un tono sereno pero apasionado, un tono que nunca le había oído en su vida, hijo mío, has de sumarte a los soldados cuanto antes. Tu Amada te necesita... Protégela antes de que sea demasiado tarde...

Cuando Luc despertó ya había amanecido. De hecho habían transcurrido muchas horas desde el alba, y comprobó alarmado que en la casa reinaba el silencio. Abrió los postigos de su habitación y descubrió que el gran patio, donde se habían congregado todos los chariots, estaba vacío. Era imposible que hubiera dormido tanto, que no hubiera oído el estrépito de las ruedas y los cascos de los caballos. Sin duda había sido

obra de Edouard.

Pero Edouard no había logrado acallar las súplicas de ayuda de Béatrice de la Rose, y Luc se dijo: Al fin la Visión. Ha llegado el momento de que encuentre mi propio Camino, y a mi Amada... Y decidió que también había llegado el momento de liberar a su madre de las garras del Enemigo.

Si aún había caballeros ante la puerta de su habitación, Luc no les oyó. Procedió a realizar el ritual en silencio, después alzó el velo de invisibilidad, como Jacob le había enseñado tanto tiempo atrás.

Con cautela, abrió la puerta de la habitación...

Retrocedió cuando dos caballeros que estaban montando guardia se precipitaron hacia la habitación. Los burló con su magia y corrió por el pasillo que conducía hacia la planta baja y la libertad.

Desde los establos cabalgó a lomos de su corcel blanco, Luna, hacia el noreste, donde estaba su casa. No tardó más que unas horas, pero Luc, contento de ver la silueta del gran castillo, con las torrecillas recortadas contra el cielo, se sintió decepcionado al encontrar el patio vacío.

Papá y Edouard ya habían partido.

En ese momento estuvo a punto de espolear a Luna para continuar su camino, pero un extraño instinto lo paralizó. Se acercó a la puerta principal del castillo y ató su caballo, para luego subir en silencio, sin toparse con ningún criado, hasta los aposentos de su madre.

No era idiota. Aunque amaba a su madre con locura, se despojó de la espada y el cuchillo y los dejó en la antecámara, por si ella tenía un arma y trataba de utilizarla contra él. No habría armas en su habitación, y Luc era lo bastante fuerte para protegerse de cualquier agresión física.

Sí, habían pasado años desde la última vez que la había visto, pero aún recordaba dónde guardaban la llave de su habitación, y papá nunca la había cambiado de sitio. Cogió la llave, con miedo y anhelo al mismo tiempo, la introdujo en la cerradura herrumbrada y abrió de un empujón la pesada puerta de madera.

Una figura solitaria contemplaba los viñedos desde la ventana protegida con barrotes. Una mujer esbelta, vestida con lana esmeralda, un delantal de seda blanca y una toca del mismo tono, sobre la cual descansaba una corona de oro. Sus trenzas eran doradas y cuando se volvió hacia Luc, con los brazos cruzados, le miró con sus grandes y expresivos ojos esmeralda.

Luc lanzó una exclamación ahogada. La memoria le había traicionado. Había olvidado su profunda belleza... Ella le sonrió y Luc volvió a estremecerse.

—Luc —dijo la mujer, con el mismo tono usado en su sueño—. Luc, gracias a Dios, mi cariño, mi hijo...

Extendió los brazos y las mangas de seda se desplegaron como las alas de un ángel.

Lo decidió en una fracción de segundo: precipitarse hacia ella, correr el riesgo de vivir aquel venturoso momento con que había soñado. Así lo hizo, y experimentó ese momento, los brazos de su madre alrededor de su cuerpo, su voz, llorosa de amor, que le susurraba al oído:

—Oh, hijo mío, hijo mío, cuánto te he hecho sufrir, a ti y a tu padre, durante todos estos años... —Retrocedió y le admiró—. ¡Cuánto has crecido!

Y qué pequeña te has hecho tú, pensó Luc, sonriente, mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—Cuánto te pareces a tu padre —continuó ella— y a tu tío Edouard. Veo a los dos en ti...

—Pero madre —la interrumpió Luc—, ¿qué significa este milagro? Has estado tan... enferma durante tantos años, y de pronto vuelves a estar bien.

—Es un verdadero milagro —dijo ella, y rió, un sonido tan hermoso que Luc la imitó, una risa puntuada de sollozos—. Luc, querido mío, eres tú, ¿verdad? Te has hecho tan fuerte que tu Enemigo ha abandonado toda esperanza, después de tantos años de utilizarme contra ti... El buen Edouard tuvo razón al separarnos. Era mi única esperanza, y la tuya...

Le abrazó de nuevo, con tanto ímpetu que Luc se quedó sorprendido, pero al punto volvió a reír de sí mismo por tener miedo.

Ella le estrechó con fuerza y de pronto su expresión y tono se tornaron sombríos.

—Pero ya oíste mi advertencia. Has venido, aunque Edouard temiera por ti.

Luc asintió.

—He venido.

—Fui yo quien te envió la Visión. Tu Amada está en peligro. Edouard lo ha presentado, pero su Visión no es tan poderosa como la mía. Tal vez teme que te expongas al peligro si intentas protegerla. —Hizo una pausa y

apartó un mechón de la frente de Luc. Su tacto era cálido, tan maternal que Luc tuvo que contener las lágrimas—. Fue tan extraño... La desdicha era terrible, indecible... —Lo dijo sin autocompasión o arrepentimiento—. Recuerdo que Paul vino a verme antes de partir con Edouard. Me dijo a donde iba, lo que iba a hacer... También me dijo que te habías quedado a buen recaudo en la propiedad de Edouard. Sé que intentaba tranquilizarme. Aún estaba en las garras del Enemigo. Había visto el peligro que acechaba a Sybille, pero no podía decírselo, no podía emitir el menor sonido. Con mis últimas fuerzas, procuré no hacerme daño a mí misma. Incluso intenté llorar, pero el Enemigo reprimió mis lágrimas. Tu padre se marchó sin que yo pudiera advertirle a él o a Edouard. —Su expresión se tornó radiante, beatífica—. Y después... Oh, hijo mío, pasé del infierno a la divinidad en un instante. Pues cuando estaba contemplando desde mi ventana la partida de mi marido, mi hermano y cientos de sus caballeros y escuderos, la locura me abandonó por fin, volví a ser yo misma y pude enviarte una advertencia. La Diosa ha intervenido. —Sonrió y sus ojos adquirieron un brillo de sabiduría—. Tu destino es marcharte, hijo mío. Y has de hacerlo ahora, de prisa, antes de que sea demasiado tarde.

Le dijo qué dirección había visto tomar a los hombres. Y le empujó hacia la puerta con la misma firmeza que antes le había abrazado.

Cabalgó sin pausa. Cuando el sol estuvo bajo en el cielo, desmontó y condujo a Luna hasta un arroyuelo para que bebiera, y él también bebió, acucillado bajo los brazos protectores de un gran roble.

Diversos sentimientos le habían espoleado. La inexpresable alegría de que su madre hubiera recuperado la razón, la preocupación por su padre, la exaltación y un doloroso anhelo provocado por la idea de que pronto vería a la mujer llamada Sybille. Sus manos temblaron cuando contempló el agua que contenían sus palmas ahuecadas, pero no vio su reflejo, sino el de ella cuando era niña. Incluso entonces, sus ojos habían sido hermosos y sabios. Los ojos de una mujer, de una diosa.

—Gracias —susurró con humildad, alzó las manos hasta los labios y bebió.

Detrás de él, a lo lejos, voces, el lento resonar de cascos de caballos, el crujido de ruedas: un ejército de centenares de hombres. Luc se levantó al punto, montó a Luna y desenvainó la espada. Se había mantenido alejado de los territorios dominados ahora por los hombres del Príncipe Negro, y a juzgar por la cadencia de las voces supuso que eran franceses. No obstante,

existía el peligro de tropezarse con invasores ingleses, y algunos de los soldados de Eduardo eran franceses renegados.

Se acercó con cautela, protegido por los árboles, hasta que pudo ver con claridad el ejército, que había empezado a acampar. Cuando distinguió el estandarte (el halcón con las rosas), sonrió y espoleó a su caballo, al tiempo que lanzaba un grito de saludo.

Mientras iba preguntando, Luc se abrió paso hacia el centro del ejército de medio millar de hombres (más de trescientos de la mesnie de De la Rose, y doscientos de Trencavel, con su estandarte de la torre vigía), dejó atrás a caballeros con sus escuderos, ayudantes y portaestandartes, con sus sencillos chariots de madera para transportar armaduras, el gran atavío de la guerra, ropas de cama, comida (incluidas ovejas atadas a las carretas), cocineros y criados. Era como pasear por una pequeña ciudad, impregnada del olor a carnero asado, lo cual despertó el hambre de Luc, y cuando llegó al dosel a rayas rojas y blancas del campamento del grand seigneur, el sol ya se había puesto.

Al resplandor amarillento de la hoguera rodeada de piedras, el patriarca De la Rose estaba sentado ante la puerta de su tienda sobre una alfombra de piel de oveja. Iba cubierto de pieles de cintura para abajo. Como estaba enfrascado en una seria discusión con su lugarteniente, mientras consultaban un plano, no vio que su hijo ataba el caballo y se acercaba desde las sombras.

Luc se detuvo un momento. Hacía siete años que no veía a su padre, y en ese tiempo Paul había envejecido de una manera asombrosa. Su cabello rojodorado se había teñido de plata por completo, aunque sus cejas continuaban oscuras y pobladas. La inactividad había provocado que su cintura, pecho y cara se ensancharan, dejando pliegues de carne, y el dolor y el insomnio habían cincelado ojeras bajo sus ojos. Hasta sus movimientos eran lentos, como abrumado por la pena. Su corazón se había roto de nuevo, decidió Luc, por culpa de algo tan trágico como la locura de su esposa. Con una oleada de dolor inconmensurable, Luc comprendió que Paul no solo había perdido a su mujer, sino también a su hijo.

Aquella idea, combinada con la penosa apariencia de su padre, provocó que el joven caballero respirara hondo.

Al oír aquel tenue sonido, el grand seigneur alzó su rostro surcado de arrugas y escrutó la oscuridad. Le reconoció, y su expresión se tiñó de una



esperanza temerosa de ser engañada.

—Luc —susurró al tiempo que se ponía en pie, sin darse cuenta de que las pieles caían al fuego y su lugarteniente se precipitaba a rescatarlas.

Los dos hombres avanzaron el uno hacia el otro con los brazos abiertos. Se abrazaron junto al fuego y las lágrimas fluyeron.

Mientras Luc estrechaba a su padre, una figura emergió de las sombras detrás de Paul. Era Edouard, con las facciones medio iluminadas por la hoguera, y en ellas se pintaba la expresión de derrota más profunda que su sobrino había visto jamás.

Despidieron al lugarteniente y a todos los criados. Edouard permanecía cerca, con los brazos cruzados, la mirada clavada en el fuego, mientras Luc, sentado al lado de su padre, comía carnero y explicaba a su progenitor que había soñado con su madre, para luego partir hacia la propiedad y descubrirla cuerda.

—¿Cuerda? —susurró Paul—. Luc, no te burles de mí. ¿Quieres decir...?

—Hablo en serio, padre. Se ha recuperado y está preocupada por ti. —Luc bajó la vista para impedir que la fuerte emoción que sentía se viese en su cara—. Se alegró de verme de nuevo. —Alzó la vista a tiempo de ver encenderse una chispa en los ojos de Paul. Suavizó su expresión.

Si había un momento que Luc aguardaba con un anhelo equivalente al de encontrarse con su Amada, era ese: saber que su madre estaba curada, ver desaparecer todo dolor de los ojos de su padre.

—Béatrice —dijo Paul a las tinieblas. Sus labios temblaron con una sonrisa—. ¿Es posible? Mi Béatrice ha vuelto a mí...

—Paul —le advirtió Edouard, al tiempo que se arrodillaba junto a su cuñado con un raudó movimiento. Cogió los brazos del seigneur por encima del codo, para que Paul tuviera que mirarle—. No deseo robarte tu alegría, pero creo que es un truco del Enemigo.

Paul rechazó la idea con una carcajada.

—Un truco... ¿Con qué propósito? ¿Partir el corazón de un anciano?

—Perjudicar a tu hijo.

—Te dije que estuve con mamá a solas —replicó Luc, furioso por la brusca crueldad de su tío—. Nos abrazamos, hablamos, y no alzó un dedo contra mí. Estaba preocupada por el bienestar de mi Amada. Ella, Sybille, se dirige hacia aquí, tío. Correrá peligro. Sin mi intervención morirá. ¿Por qué me advertiría el Enemigo de algo semejante?

Edouard se volvió hacia él con ira contenida.

—Para precipitarte hacia la perdición.

Luc se puso en pie.

—Corrí un grave riesgo. Estuve a solas con mi madre. Si el Enemigo hubiera deseado perjudicarme...

—Ya te he dicho que barrunté peligro para ti en el campo de batalla. Di, pues, que solo has venido para dar esta noticia a tu padre, que no has venido a luchar.

—No pienso abandonarle, tío. No hasta que él y mi Amada estén a salvo en casa.

—Edouard. —La voz, la expresión y los ojos de Paul se habían apagado de súbito, como si las palabras de su hermano hubieran extinguido una llama interna—. ¿Es esto cierto?

Edouard asintió con la vista aún clavada en su sobrino.

Paul se volvió hacia Luc.

—No debes venir con nosotros. La Visión de tu tío es infalible, hijo mío. Nunca ha fallado. ¿De qué me sirve recibir tan gozosas nuevas, el honor de luchar a tu lado, si sé que estás en peligro? Tal vez... —Palmeó el hombro de Luc para consolarle—, tal vez es cierto que tu madre ha vuelto con nosotros. ¿Quién sabe? Pero también debemos escuchar a Edouard.

—No puedes impedir que vaya al combate —insistió Luc—. Ni tampoco él.

Al oír aquella insolencia, Paul enarcó las cejas, y una peculiar inflexibilidad que había hecho a Luc temblar de pequeño embargó sus facciones, pero se transformó en una expresión de incertidumbre cuando miró de reojo a Edouard.

—Es verdad —suspiró el tío de Luc—. No podemos hacer nada, excepto matarle, y eso sería bastante difícil. Ha aprendido demasiado bien las lecciones de Jacob. —Respiró hondo y se acercó más a Luc, y con una humildad que su sobrino nunca había visto dijo—: Pero tal vez yo he sido un mal profesor. Tal vez no te he subrayado bastante, Luc, la importancia de matar el apego que sientes por tu madre.

—Oh, ya lo creo que lo has hecho —replicó Luc con cierta amargura—. Incontables veces me has dicho que no debía quererla.

—La palabra «amor» puede significar muchas cosas —insistió Edouard—. Compasión sigue siendo su definición más noble; apego, la peor. Porque el apego no deriva del amor verdadero, sino de un anhelo

desesperado de seguridad, algo muy tenue en esta vida. Respeta a tu madre, hónrala por su sacrificio, ten compasión por ella... pero admite que representa un peligro para ti, un medio que el Enemigo tal vez pueda utilizar un día para acosarte.

Luc apartó la cara, irritado.

—Tu tío es muy sabio. Escúchale y quédate. Hazlo por mí —suplicó Paul a su hijo.

—Me quedaré, por el bien de mi Amada —replicó Luc.

Al cabo de un día, la lenta caravana formada por los ejércitos de De la Rose y Trencavel se fundieron con el del rey Juan. La enorme y creciente bestia (alimentada por la llegada de mesnics de otras casas nobles) continuó su camino hacia el norte, pues los exploradores habían informado que el Príncipe Negro había cruzado el Loira y llegado cerca de Poitiers, para sumarse en Bretaña al ejército inglés bajo el mando del duque de Lancaster.

Durante ese tiempo, Luc cabalgó al lado de su padre, que había conseguido una armadura adecuada para su hijo, en tanto Edouard, cosa rara en él, permanecía con sus propios caballeros, y ni siquiera acompañaba a su cuñado y su sobrino en las comidas. El gesto ofendió a Luc, no tanto como algo personal (pues se decía que cuando regresaran de la guerra Edouard comprobaría con sus propios ojos que Béatrice estaba sana y cuerda, y se arrepentiría de haber esquivado a sus parientes), sino porque apenaba a su padre, aunque Paul nunca lo había mencionado, y fingía alegría durante las largas conversaciones que sostenía con su hijo mientras viajaban juntos.

El tercer día, cuando el ejército se detuvo a mediodía para comer, llegó la noticia: el príncipe inglés había cruzado de nuevo el Loira en dirección contraria, hacia Poitiers. El contingente de tropas de Eduardo parecía no llegar ni a la mitad de las fuerzas del rey Juan, y sus hombres estaban cansados tras meses de asolar la campiña. La victoria francesa estaba asegurada.

¡A Poitiers! El grito se propagó por el extenso campamento, hasta que la tierra tembló bajo los pies de Luc, y él mismo se oyó gritar:

—¡A Poitiers!

Pues era allí, tal como sabía su corazón, donde se encontraría por fin con su Amada.

Durante los dos días siguientes a la llegada de los ejércitos a Poitiers, los soberanos inglés y francés, azuzados por los enviados papales, llevaron a cabo denodados esfuerzos por negociar un acuerdo, pero al final ninguno se plasmó en papel. El destino de toda Francia estaba en juego.

El tercer día era domingo, y ningún bando violó su santidad con derramamientos de sangre.

A cada hora que pasaba, la inquietud de Luc aumentaba, porque sabía que Sybille se acercaba. Rezó para que apareciera antes de que la batalla comenzara, por su seguridad.

Pero antes del alba del cuarto día, Luc montó en Luna, revestido de su armadura, con un yelmo equino adornado con plumas escarlatas. A su lado se hallaba Paul de la Rose, con su sobreveste blanca inmaculada y la armadura bien bruñida.

Nadie les flanqueaba, y ante ellos se extendía un prado, la niebla... y los ingleses invisibles. Eran los primeros de la punta de lanza (llamada así por su forma) en atacar, y detrás de ellos se erguían cuatro portaestandartes, y detrás ocho caballeros de la mesnie de De la Rose. Paul se había ofrecido voluntario para encabezar el ataque, y Luc no quiso otro lugar que no fuera a su lado. No hablaron, en parte debido a la tensión y en parte al hecho de que los yelmos ahogaban los ruidos, de manera que era casi imposible oír los susurros y el tono de voz normal.

Luc nunca había entrado en combate sin que batallones le precedieran. La sensación de vulnerabilidad era abrumadora, pero no tardó en vencerla. Al fin y al cabo, había erigido con todo cuidado círculos dorados de protección alrededor de su padre y de él mismo, y también había dedicado una parte de su mente a concentrarse en la imagen de su Amada, protegida de la misma guisa. Si bien Edouard podía temer que la seguridad de su sobrino estaba comprometida como resultado, Luc confiaba plenamente en sus cualidades de mago.

Detrás sonó una fanfarria de trompetas: la señal de la carga. A su lado, el gran guerrero Paul de la Rose rugió y alzó su larga espada con la mano derecha —con la izquierda aferraba el escudo y las riendas—, y espoleó a su corcel negro.

En respuesta, los doscientos caballeros de la punta de lanza también gritaron, un sonido ensordecedor. El corazón de Luc empezó a latir con tanta violencia como los cascos de los caballos cuando se inició la carga hacia la niebla remolineante, que cubrió de humedad su cara. La cacofonía

empezó a definirse en una frase inteligible:

«¡Por Dios y por Francia!».

Paul de la Rose, que aún alzaba su espada, gritó:

—¡Por la dama Béatrice!

—¡Por la dama Béatrice! —repitió Luc, y también alzó la espada cuando unas figuras surgidas de la niebla se precipitaron en su dirección, una ola oscura que fluyó entre su padre y él y acabó separándoles.

El resto de caballeros de la punta de lanza rodearon a los escasos soldados de infantería ingleses.

Luc hizo una mueca cuando descargó su afilada espada contra los hombros de un plebeyo. ¡Cuan injusto se le antojó! El enemigo había supuesto que los franceses se lanzarían a la batalla de la manera usual, sacrificando primero a sus plebeyos de infantería antes de que intervinieran los nobles montados a caballo...

Rezó una oración por el inglés cuando este gritó y cayó de rodillas presa del pánico, en tanto a su alrededor los caballeros gritaban jubilosos:

—¡Victoria! ¡La victoria ya es nuestra!

Y en medio de aquella alegría, la locura descendió como una plaga de langosta. Llovieron flechas del cielo, tan velozmente mortíferas, tan oscuras y destructoras, que los franceses que habían lanzado sonrientes el grito de «¡Victoria!» murieron al segundo siguiente.

A su alrededor, Luc solo veía sangre, oía los chillidos de caballeros y animales, y el siseo estremecedor de las flechas cuando alcanzaban sus objetivos, pero no pudo permitirse sentir miedo. Aunque no podía ver a su padre, conservaba en su mente la imagen de Paul protegido, y se alegraba de que estuviera a salvo. Luc también estaba protegido. Las flechas siseaban junto a su yelmo, su cuerpo, los cuartos traseros desprotegidos de su montura, pero se clavaban en el suelo o en algún desgraciado situado detrás de él, fuera francés o un inglés que se interpusiera en el camino de alguna flecha lanzada por sus camaradas.

En menos de una hora, mientras Luc continuaba luchando, incapaz de superar la línea de plebeyos ingleses que seguían atacando, tomó conciencia de la mortalidad que le rodeaba, cortesía de los arcos. Tantos cadáveres franceses yacían en el campo que hasta los ingleses tropezaban cuando intentaban avanzar. Aun así, no se permitió dudar sobre la seguridad de su padre. Hacerlo pondría en peligro a Paul, que combatía a cierta distancia.

Alrededor resonaba el frenético grito en francés «¡Retroceded! ¡Retroceded! ¡Nos están matando a todos!». Y presintió, más que vio, el movimiento de un centenar de hombres, de un millar, que huían a su espalda, en dirección a la ciudad amurallada, pero él se quedó en su sitio, hasta que el rey o su padre le ordenaran marchar. No podían permitir la derrota. El Príncipe Negro no contaba ni con la mitad de sus hombres. ¿Cómo podían permitir sus compatriotas que tal desgracia se abatiera sobre el rey?

En el fondo de su corazón, sabía que su padre también se había quedado.

Luc combatió durante horas, hasta bien pasado el mediodía, cuando el sol ya había borrado todo rastro de niebla y recalentado su armadura hasta el punto de que tenía la ropa empapada de sudor. Luna se tambaleaba, por culpa de la sed y también del suelo, sembrado de tantos cadáveres que la única forma de avanzar era pisándolos. Por el bien del animal, Luc desmontó y lo ahuyentó, y el caballo galopó hacia la ciudad y el prado, donde los demás caballos sin jinete pastaban.

Luc continuó a pie. Si bien era difícil mantener el equilibrio, no era más fácil para los ingleses, que con sus armas y armaduras inferiores confiaban solo en sus arqueros para conservar la ventaja.

Casi de inmediato, Luc se enzarzó en combate de nuevo, cuando un soldado alto y pálido se abalanzó sobre él blandiendo un hacha. Guiado por el instinto, porque en plena batalla no había tiempo de reflexionar, Luc levantó la espada y paró el golpe. Se encogió al ver las chispas que surgían... Y detrás de él oyó un grito, demasiado suave para hacerse oír por encima del fragor metálico, de las exclamaciones de victoria y los chillidos de los agonizantes, pero lo oyó igualmente. Un sonido femenino, extrañamente familiar. Volvió la cabeza y miró.

Si ella muere, yo moriré también...

Ningún sueño o encantamiento podía ser tan vivido como la experiencia de volver a verla en carne y hueso. Ya no era una niña con trenzas sino una mujer arrodillada y con velo, con una cara en forma de corazón que era para él la esencia de la belleza, el rostro de la Diosa, la faz que esperaba ver desde hacía años.

En un dichoso instante de sacrificio (tan breve que no tuvo tiempo de hablar) la reconoció. Comprendió el peligro que le acechaba y debilitó con alegría su círculo de protección dorado para desplegarlo a su alrededor, con

el fin de que pudiera continuar su misión.

Sintió la mordedura del hacha, una sensación primaria, salvajemente insoportable, hasta que solo existió el dolor. Después, un frío repentino que extinguió el sufrimiento y toda sensación física. Flotó libre y feliz, con la vista fija en el brillante cielo azul. Una bandada de aves oscuras voló sobre su cabeza... ¿o era que su visión flaqueaba? ¿O peor aún, una lluvia de flechas inglesas?

Al instante, la serena faz de su Amada, sonriente, beatífica, lo borró todo y pensó con felicidad absoluta: La he visto. Ahora ya puedo morir.

Oscuridad.

Después, un calor que brotaba del centro de su corazón. La mano de ella, viva y enérgica, que se movía por su cuerpo...

Despertó, y se descubrió vivo y sin dolor, ni siquiera con el cansancio de brazos y hombros producto de sujetar durante horas una pesada espada. Sus pensamientos, su visión, eran excepcionalmente diáfanos: la mujer llamada Sybille no había sido un sueño.

Se incorporó, descubrió que le habían quitado el yelmo y el peto hendido, tirados junto al hacha ensangrentada, y la vio a lo lejos, una menuda figura oscura cubierta con un velo, separada de él por una nueva oleada de soldados ingleses. Tío Edouard se la llevaba en su caballo, y si bien Luc experimentó alivio al ver que escapaba sana y salva, gritó:

—¡Sybille! ¡Sybille!

Las palabras de Luc fueron ahogadas por gritos de guerra y el fragor de las armas cuando llegaron más franceses para rechazar al enemigo. Miró alrededor, desesperado por encontrar una montura, y recordó que había soltado a Luna, Rodó de costado y, con esfuerzo, se puso de rodillas. A su lado yacía el flanco asaeteado de flechas de un caballo muerto. Poco a poco se puso en pie, estorbado por su armadura.

El corcel de Edouard ya había desaparecido y Luc perdió las esperanzas de seguirles, de ver qué dirección habían tomado. Siempre había dependido de que la Visión de Edouard le guiara.

Pero en su mente, débil pero inconfundible, oyó el susurro de su Amada: Nos veremos de nuevo en Carcasona. Mientras las palabras silenciosas se formaban en su mente, una lúgubre sensación se apoderó de él.

Se había desmayado. De hecho, había muerto. Edouard había estado en lo cierto. La magia de Luc no había sido suficiente para protegerle, lo

cual significaba que no había sido suficiente para proteger a su padre...

Luc intentó correr, dificultado por la armadura, sobre un terreno revestido de cadáveres y los enfrentamientos que se sucedían a su alrededor. No solo poseía la Visión, sino también el instinto de un soldado y el corazón de un hijo. Fueron suficientes para guiarle hasta el terreno pantanoso que separaba las posiciones inglesas del campo de batalla. Más allá, detrás de parras, detrás de matorrales y el flanco protector de una colina, se veían las empalizadas, construidas a toda prisa con madera y tierra, que protegían a los arqueros.

Cerca, medio hundido en la tierra pantanosa, Paul de la Rose, grand seigneur de Tolosa, yacía de perfil, con el escudo alzado para protegerse. Tal vez le habían derribado del caballo, o quizá había decidido plantar cara al enemigo a pie firme. No había más cuerpos cerca de él, pues era el único que había penetrado tanto en las líneas inglesas. Tan cerca había llegado de las empalizadas de los arqueros que numerosas flechas sobresalían de su peto. Se habían hundido tanto que las afiladas puntas sobresalían por la parte posterior de la sobreveste.

Luc cayó de rodillas, al tiempo que lanzaba un grito, y le quitó con dulzura el yelmo. El cabello de su progenitor estaba húmedo, y la cara todavía brillaba de sudor. En sus ojos abiertos, enmarcados por cejas fruncidas, no se leía miedo ni odio, solo una singular determinación.

Por la dama Béatrice...

Con fuerza imposible, Luc arrancó una por una las flechas del cuerpo de su padre, hasta que al fin pudo levantar el pesado peto. El pecho de su padre, en un gran óvalo desde el esternón al ombligo, no era más que un profundo charco de sangre coagulada.

Sollozando, respiró hondo y se esforzó por convocar el calor que le había sobrecogido años antes, cuando de niño se había deslizado en la cama de su padre y apoyado las manos en el muslo hinchado de Paul de la Rose.

Hundió las manos en el charco de sangre que era el pecho de su padre e inclinó la cabeza, a la espera. A la espera del calor, la paz, la temblorosa vibración. Pero no obtuvo nada. Había curado una vez a Paul, y su talento había aumentado con los años. ¿Por qué ahora Dios, la Diosa, el poder divino de Kether, le volvían la espalda?

Luc alzó la cara hacia el cielo y gritó de furia, no contra los ingleses, ni contra sí mismo ni contra su fracaso, pues no había sabido proteger a su



padre, sino contra el destino cruel que había decretado que los amantes Béatrice y Paul, tantos años separados, nunca volvieran a encontrarse en carne y hueso.

Arrancó la gran espada del puño de su padre. La hizo remolinear sobre su cabeza y se lanzó hacia el corazón de la batalla, sin escudo, peto o yelmo que le protegiese.

Nunca supo cuánta sangre había derramado ni cuánto tiempo estuvo luchando, porque el dolor roba el presente y solo deja el pasado. Pero antes de ponerse el sol, la mayor parte del batallón, compuesto de la más alta nobleza, había sucumbido o caído prisionero. Y el abatido rey Juan, con un gesto desgarrador, rindió su guante al enemigo.

Y Luc, asombrosamente incólume, aunque su corazón sufría por una doble pena, abandonó la espada de Paul de la Rose y volvió junto a su padre, a cuyo lado se tendió.

Pasó la noche junto al cadáver, fingiéndose muerto cuando los ingleses se acercaron en busca de supervivientes. Al amanecer, el campo fue abandonado, salvo por los muertos y los cuervos hambrientos. Los ingleses se habían apoderado de los carros dorados y los magníficos corceles de De la Rose, pero Luc consiguió encontrar una robusta yegua y un carro desvencijado. Cargó trabajosamente el pesado cuerpo de su padre sobre el carro. Solo la desesperación del dolor lo hizo posible.

Si bien había anhelado abandonar el campo de batalla y seguir a Sybille, no sabía adonde había ido, y su dolor lo teñía todo, salvo el amor y el sentido del deber hacia sus padres. ¿Cómo podía negar el derecho de Paul de la Rose a ser enterrado en el panteón familiar?

El regreso al hogar supuso una agonía insoportable, al pensar en la tarea que le esperaba. Hubo períodos de entumecimiento emocional, y estaba tan cansado que cualquier movimiento le resultaba difícilísimo.

Pero nada resultó más difícil que el momento en que, tras llegar a casa y entregar el cadáver de Paul a los sirvientes, Luc entró en la habitación de su madre y ella se volvió hacia él.

Sus grandes ojos esmeralda estaban cubiertos por un velo de lágrimas, y antes de que Luc pudiera decir una palabra, le dirigió una temblorosa sonrisa y habló con voz ronca.

—Sé que murió con honor y con mi nombre en los labios. Sé también que le protegiste hasta morir. Libera tu corazón de toda vergüenza, hijo

mío, pues has actuado con hidalguía y sinceridad... Es mi deber y privilegio cuidar del cuerpo de tu padre, Luc. Quédate conmigo. Consolémonos mutuamente.

—Madre —murmuró el joven, y la abrazó entre sollozos, mejilla contra mejilla—. Madre, he vuelto para devolverte el cuerpo de papá, pero no puedo quedarme aquí. Debo...

—Encontrarla. —Ella le apretó con sorprendente pero suave fuerza, y apoyó una mano en su mejilla—. Lo comprendo, pero ¿adonde ha ido, hijo mío? ¿Sabes dónde está?

—En Carcasona —respondió al punto, recordando el mensaje mudo que Sybille le había enviado.

—Carcasona —susurró Béatrice, como si la noticia fuera una revelación—. Ah, pero no ha regresado allí. Ha encontrado obstáculos en el camino. Está perdida y se encuentra en peligro, y ahora necesita tu ayuda...

Antes de que pudiera contestar, la habitación de su madre se disolvió alrededor de ambos (no podía ver ni su cuerpo ni el de ella), y se transformó en un espeso bosque de árboles centenarios, cuyas ramas cargadas de hojas casi ocultaban el sol. Hacía frío y estaba oscuro, rebosante de árboles de hoja perenne y teñido con las primeras llamaradas del otoño. De vez en cuando el grito lejano de un cuervo rompía el silencio.

Recordó los cuentos que Nana le narraba mucho tiempo antes: bosques encantados donde vivían hechiceros dentro de los árboles, donde los niños extraviados vagaban durante siglos y nunca envejecían, donde las hadas se refugiaban debajo de hongos. Aquel lugar parecía místico.

A través del laberinto de ramas y enredaderas, una figura solitaria, cubierta con una capa y oculta la cara por una capucha negra, avanzaba sobre una gruesa alfombra de hojas muertas y agujas, y a cada paso liberaba la fragancia de los pinos. Su cuerpo era menudo y esbelto, sus movimientos femeninos, gráciles y enérgicos.

—Sybille —susurró el joven, tanto para ella como para sí—. Madre, ¿dónde está?

Intentó zafarse del abrazo de Béatrice, pero se descubrió ceñido con más fuerza. Por primera vez, un hilo de miedo, delicado como si lo hubiera tejido una araña, rodeó su corazón.

La empujó con fuerza, el rostro congestionado, la frente perlada de sudor, hasta que sus brazos temblaron y se rindieron. Y su madre siguió sujetándolo con firmeza.

—Perdida —contestó Béatrice con voz apesadumbrada. Cuando continuó, lo hizo con voz grave como la de un hombre—. Está perdida, como tu madre, en un mundo de locura.

—No —susurró Luc, y al punto sintió pánico. Era verdad, tenía miedo (durante toda su vida había albergado un miedo profundo y secreto) de que cuando su Amada y él estuvieran juntos por fin, él fuese la causa de que se volviera loca... como había sucedido con su adorada madre.

En aquel instante comprendió la sabiduría de su tío Edouard: al aprender a distanciarse emocionalmente de Béatrice, alcanzaría la estabilidad emocional necesaria para distanciarse de su miedo secreto hacia Sybille. «El amor no es apego —le había dicho Edouard en una ocasión—. El verdadero amor es compasión y nunca conduce a la desdicha. Pero el apego, que deriva de nuestro anhelo de seguridad, es una trampa.»

Y ahora estaba atrapado en esa trampa que le había tendido el Enemigo.

—Oh, sí, querido mío —susurró Béatrice en una parodia de voz femenina—. Tal es la maldición que infliges a las mujeres que amas. ¿Te gustaría verla tal como está ahora? ¿Quieres ver lo que le has hecho?

La figura encapuchada se volvió hacia ellos, y con voz profunda y diferente (que Luc conocía pero era incapaz de localizar) se mofó:

—¿No me conoces, Luc? Porque yo te conozco a ti, a tu madre, a tu tío y a la mujer que atormenta tus sueños... Soy tu verdadera Amada, pues solo yo deseo que alcances tu mejor y más santo destino.

—Libera a mi madre y a Sybille —pidió Luc—. Libéralas. Solo un cobarde atacaría de una forma tan tortuosa. Siempre has deseado apoderarte de mí. Bien, muéstrate, y resolvámoslo a solas.

Incluso mientras pronunciaba esas palabras comprendió el grave peligro que corría. Pero no quería esquivarlo, por el bien de las dos mujeres que amaba.

Si no a mí, al menos podré salvarlas a ellas...

Arriesgaría su vida con tal de salvar a Sybille.

—Sí, sálvala, Luc —le reprendió el Enemigo con los labios de Béatrice—, y yo te enseñaré el rostro de un enemigo aún peor, el rostro que tu dulce Sybille no se atreve a mirar.

Poco a poco, con deliberación, la figura se bajó la capucha y reveló la cara ancha de un hombre que llevaba el capelo rojo de cardenal. Mientras Luc miraba, la faz del cardenal empezó a cambiar, a fluctuar, a rielar como

agua bajo una piedra... y a transformarse en otra.

Cuando la transformación concluyó, Luc lanzó un grito de horror al ser despojado de voluntad y mente, al tiempo que las manos de su madre apretaban con fuerza su garganta...

Michel volvió en sí en plena noche. No podía afirmar con certeza que se había despertado, puesto que no estaba dormido, y era muy consciente de que había presenciado la vida de Luc de la Rose. Y si bien su fe en Dios no había disminuido un ápice durante los dos últimos días, y tampoco su honestidad, en verdad se sentía menos un hombre hechizado que uno capaz de Soñar.

Por consiguiente, cuando la visión finalizó, experimentó, al igual que Luc, un desesperado anhelo de volver con la mujer llamada Sybille. Pese a la oscuridad, llenó la lámpara de aceite casi vacía y se llevó la llama con él.

Mientras atravesaba la habitación exterior miró al padre Charles, pero el sacerdote seguía pálido y respirando con dificultad.

Salió del monasterio silencioso y se adentró en las frías calles de la ciudad, y desde allí caminó hasta la cárcel.

Tuvo que acudir a un generoso soborno para ser aceptado, pues el centinela, un hombre con cara de pocos amigos, con una nariz rota que se desviaba a mitad del puente en un ángulo alarmante, supuso que el escriba había acudido a aquella hora intempestiva para abusar de su prisionera. Michel accedió a entregar una livre

de oro al día siguiente, de lo contrario el carcelero le denunciaría.

Una vez en la celda de la abadesa, descubrió que no estaba dormida. Al contrario, parecía haber estado esperando su llegada. Al verla, frágil, apaleada y agotada, experimentó una oleada de amor y admiración tan intensa que la necesidad de postrarse de hinojos ante ella, de besar su mano, casi le dominó. ¿Cómo podía ser mentira un relato tan henchido de reverencia y belleza?

Pero Michel no deseaba asustarla declarándole sus sentimientos. Además, quedaba poco tiempo, pues Chrétien llegaría por la mañana. Se sentó y, movido por la fuerza de la costumbre, extrajo de su bolsa una tablilla de cera y un puntero.

—Le curasteis en el campo de batalla —dijo—. ¿Fuisteis consciente?  
La abadesa le miró.

—Luc —prosiguió—. Le curasteis en Poitiers. Regresó a casa con su

madre, a quien el Enemigo utilizó para matarle. Y ahora sé, por lo que me habéis contado y lo que he soñado, cómo murió. Pero no entiendo por qué sabiendo su historia, y su triste final, era tan importante para vos enviarme los sueños.

—Aún no lo sabéis todo —contestó la mujer—. Y debéis saberlo, como él lo sabía.

—No entiendo qué más hay que saber. Pero sé que debo escuchar el resto de la historia —replicó Michel—. Sabéis por qué estoy aquí, madre. Solo nos queda esta noche. Sea mi padre o no, Chrétien ha de contar con algo más que relatos aventureros y heréticos. Ha de obtener vuestra completa confesión, y aún no habéis hablado de Aviñón. Creo que ahí residirá el argumento más convincente de vuestra inocencia.

—Aún no acabáis de creer, ¿verdad? —preguntó la abadesa. Exhaló un suspiro y empezó.

# Sexta Parte Sybille

AVIÑÓN, Octubre de 1357

Fue Edouard quien recuperó milagrosamente su caballo y me montó en él, con las piernas ensangrentadas. Lo sé porque él me lo dijo, pues debido al dolor abrumador, y a que había pasado de la Presencia de la Diosa a la mortalidad más descarnada, solo podía chillar el nombre de Luc. Con la mejilla apretada contra la sobreveste empapada de sudor del caballo, recuerdo que intenté deslizarme al suelo para regresar con mi Amado, pero Edouard me lo impidió.

El entrec chocar del metal, una y otra vez, tan cerca de mis oídos que mis dientes castañeteaban. Tuve la impresión de que se prolongaba durante horas, en tanto yo, presa de un delirio agónico, me esforzaba por ver a Luc, al menos por sentir su presencia, saber que el intento de resurrección se había visto coronado con el éxito.

Nada. No sabía si vivía o estaba muerto.

Por fin, me desmayé a causa del dolor (es paradójico que no pueda curarme a mí misma, ¿verdad?). Desperté en una posada lejos de Poitiers, en una cama, con Edouard y Geraldine sentados a cada lado.

Sonreí a Geraldine, contenta de volver a verla, pero su expresión, por lo general dulce, era severa y en sus ojos percibí tanta rabia, dolor y decepción que mi sonrisa se desvaneció, y emití un grito de pánico.

Cuando dirigí la Vista hacia mi Amado, y luché por averiguar dónde y cómo estaba sentí...

Nada. Casi nada. Antes le veía con la claridad de una llama brillante, pero en aquel momento solo sentí los últimos jirones de humo de la mecha extinguida. Es el fantasma de su espíritu, pensé, y rompí a llorar con amargura.

—Sí, llora —dijo Geraldine con voz desprovista de compasión—. Llorar, porque el Enemigo se ha apoderado del espíritu de Luc y solo tú puedes liberarlo. Llorar, y jura por la Diosa que nunca volverás a enfrentarte sola al Enemigo hasta que hayas plantado cara al miedo más grande. Solo entonces podrás liberar a tu Amado de una eternidad de desdicha.

Pensé en aquel devorador de almas temerosas, en todos aquellos, pericidos en las llamas, que había devorado, para acrecentar así su poder. Mis lágrimas cesaron, y juré.



Jamás permitiría que el Enemigo se apoderara del espíritu o la magia de mi Amado.

Así regresé al convento, y Geraldine y la madre Madeleine me cuidaron durante meses. El dolor y la sensación de derrota amenazaban a menudo con vencerme, así como la culpa por escuchar a mi corazón en lugar de a la Diosa. Mi estupidez, mi engreimiento, habían costado todo a Luc, pero hice de tripas corazón. Solo había una cosa que hacer: encontrar su espíritu y liberarlo de las garras del Enemigo.

Durante ese tiempo trabajé con cautela bajo la tutela de Geraldine con el fin de recuperar mi Visión, pero por más que lo intentaba no Veía nada de Luc (solo sentía un jirón fantasmal de su presencia, como el humo de un fuego extinguido) ni del Enemigo.

Durante meses no pude caminar sin ayuda, pero viajé mucho, pues envié mi Visión por todo el mundo: Luc de la Rose... ¿Adonde has ido? Amigos, templarios, ¿habéis visto a Luc de la Rose, en esta vida o en la siguiente?

Nadie le había visto. Ni siquiera Edouard, que se había refugiado en nuestro convento disfrazado de monje laico, descubría el rastro del sobrino con el que había estado tan unido.

—Está muerto —sollozaba—. Tal vez tendría que haberme quedado con él, tal vez...

Pero recobraba la razón y recordaba que, si no me hubiera rescatado, casi con toda seguridad yo habría muerto.

Transcurrió el tiempo. Probé muchos métodos mágicos, en el vientre del convento, en el Círculo, rodeada de mis hermanas y Edouard, pero todo fracasó. Daba la impresión de que el alma de mi Amado se había consumido por completo.

Durante el mismo tiempo trabajé en el Círculo para enfrentarme al futuro Enemigo, aquel vacío de todos los vacíos que había visto durante mi primer Círculo con Noni, y también cuando Jacob me inició. Y cada vez, cuando la imagen acababa de formarse, gritaba de terror y no Veía nada más.

De todos modos, sabía qué me esperaba fuera de la seguridad del Círculo.

No tengo excusas por tanta cobardía.

Después, al cabo de más de un año de investigar, de confiar, de convivir con el fracaso, me senté una tarde a descansar al sol, después de trabajar un rato en el jardín del convento. El aire era agradable aquel día, portador de un frescor que preludiaba el otoño, pero al sol se estaba bien. Cerré los ojos y alcé los ojos al cielo.

En aquel jardín que olía a tierra fresca y rica, adornado con las enredaderas de los guisantes y los abanicos verdes desplegados de los puerros, me fue permitido saber que el alma de mi Amado oscilaba entre el bien y el mal. Había llegado el momento de su crisis. Había llegado el momento en que necesitaría más a su compañera, o su mismísima esencia sería consumida por el Enemigo. Pero mi Visión era deficiente. No conseguía encontrarle, ayudarle.

Con humildad, recordando mi equivocación, recé a la Diosa.

Me rindo. Abandono dolor, miedo y esperanza. Abandono corazón y mente a Vos. Abandono incluso la búsqueda de mi Amado, hasta el momento en que quieras revelármelo, y abandono mi terror al Enemigo futuro. Fuera cual fuese el destino que creí mío, lo deposito en vuestras manos.

Incliné la cabeza en señal de sumisión, pero el calor del sol permaneció en mis mejillas. De hecho, el calor se extendió por todo mi cuerpo, como si la Diosa me hubiera rodeado en sus brazos, y me sentí henchida de una compasión tan grande que en mi corazón no quedó espacio para otra emoción.

En tal estado de dicha, de completo abandono y aceptación, regresé a aquel momento de mi primera iniciación, cuando Jacob estaba a mi lado mientras contemplábamos el globo oscuro que giraba, invadido por las caras de aquellos miembros de la Raza que habían rechazado su herencia. En su interior se agazapaba el horror que yo había sentido esperándome fuera de aquel primer Círculo con Noni: el vacío de todos los vacíos, la negación de la negación, la suma de toda desesperación.

Y oí de nuevo la voz hermosa y profunda de Jacob: «Temen lo que sois. La tragedia, señora, es que la mayoría desean hacer el bien, pero hasta una fuerza tan poderosa como el amor, cuando se tiñe de miedo, solo puede conducir al mal».

Ay, qué bien comprendí ahora aquellas palabras, porque mi angustiado amor solo había perjudicado a mi Luc.

Jacob estaba conmigo, en aquel mismo momento, en el jardín, tan

seguro como que había estado conmigo aquella noche de mi iniciación. Sentí su amor y apoyo como cuando, juntos, contemplábamos aquel ominoso y remolineante pozo de negrura...

Que se vació de repente.

El miedo amenazó con apoderarse de mí, como cada vez que se producía aquella confrontación. Pero esta vez mantuve mi corazón afianzado con firmeza en la compasión de la Diosa. Esta vez me apoyé en su fuerza, en la de Jacob, en la mía, y fijé la vista en el vacío cuando una imagen empezó a formarse.

Pues no era más que un hombre, el rostro oculto por la capucha de su hábito. Mientras yo miraba, alzó las manos, las mangas resbalaron hacia abajo y revelaron unos brazos musculosos pero pálidos, y poco a poco se bajó la capucha.

La oscuridad cubría sus facciones, pero cuando se echó la capucha hacia atrás, la sombra se alzó levemente, como un velo, y reveló una barbilla cuadrada, labios firmes, mejillas fuertes, ojos claros. Un hombre atractivo, este futuro Enemigo, cuya expresión franca no traicionaba doblez, aunque su porte y sus ojos hablaban de poder sublimado. Pronto, muy pronto, sería más poderoso que cualquier miembro de la Raza, incluida yo. Pronto sustituiría a mi antiguo Enemigo y pondría fin a nuestra estirpe. Porque era uno de la Raza, poseído por sus asombrosos poderes. Y cuando el Enemigo más viejo muriera, el más joven consumiría todo el poder que había acumulado de las almas robadas, que sumaría a sus capacidades naturales.

Así se transformaría en el Enemigo más temido en toda la historia de la Raza.

Ese era el peligro que yo había visto hacía tantos años, de niña, porque él enviaría todos los fuegos implacables que acabarían con nosotros. Mi destino siempre había sido detenerle a cualquier precio; mi destino, enfrentarme a él sola. No era una amenaza. Aún no, aún no. Pero pronto...

Al Verle no me permití el menor temor, culpa ni nerviosismo. Solo compasión, calma y un renovado sentido de mi destino.

De repente, una niebla se elevó de mi Visión y le Vi con claridad, por primera vez en un año, aquel al que buscaba con tanta desesperación: un joven al borde de un precipicio, con el alma supeditada a este nuevo Enemigo, que pronto, muy pronto, se consumiría por completo... a menos que yo acudiera al rescate.

Sentí un horror inexpresable, y al mismo tiempo alivio, júbilo, amor radiante.

—Está vivo —susurré, pero solo la Diosa me oyó.

Está vivo, vivo y en Aviñón. El Señor de mi Raza, mi Amado, mi Luc de la Rose.

Vivo y en Aviñón, guarida del Enemigo antiguo y del nuevo, donde aguardaba nuestro destino común. Era su prisionero, le habían despojado de sus poderes, maniatado su mente.

Si había ido a Poitiers temiendo por la suerte de mi Amado, fui a Aviñón por mandato de la Diosa.

¿Estaba mi corazón menos comprometido? ¿Menos atormentado por el pensamiento de que mi Amado no tardaría en ser corrompido por el Enemigo? Ah, no. Pero accedí a actuar solo por compasión, no movida por egoísmo o amor temeroso.

El actual Enemigo era influyente, pues poseía al Señor de la Raza pero, como me había enfrentado a mi último miedo, nuestros poderes eran parejos. En ciertos momentos era capaz de verle con claridad, en otros no. Pero sabía que debía tomar la precaución de permanecer en presencia de la Diosa, de lo contrario me sentiría.

Cabalgué sola día y noche, y doté a mi caballo de fuerza y visión sobrenaturales. No dije nada a mis templarios, pero aquellos sensibles a los susurros de la Diosa y a la llamada del destino me siguieron, por si podían ser de ayuda.

No Veía nada del resultado. Como ya he dicho, la contienda entre el Enemigo y yo estaba igualada, y por lo tanto era impredecible, así como la opción que tomaría mi Amado. El peligro que nos acechaba a mí y a Luc era grande, pero lo dejé en las manos de la Diosa, y me dirigí con presteza a la ciudad más santa de Francia.

¿Qué voy a decir sobre la ciudad? Es el cielo y el infierno. Nunca he pasado por calles más estrechas y sucias, ni visto más putas, bergantes, mendigos y charlatanas reunidos en un solo lugar (dicen que en Aviñón hay tantos relicarios con un mechón de pelo de María Magdalena, que si se pusieran seguidos darían la vuelta al mundo, y tantos dedos pertenecientes a san Juan Bautista que debía ser un monstruo agraciado por Dios con doce brazos).

Del mismo modo, jamás he visto tanta belleza, tanta grandeza, tanta riqueza. Residen más armiños en Aviñón que en el resto del mundo, dicen, y ahora doy fe de ello. Cuando llegué, dejé que la Diosa me guiara hasta la gran plaza que hay delante del palacio papal, y contemplé la gloriosa exhibición de galas: los nobles con sus sedas y brocados color canario, pavo real y púrpura, los guardias del Papa con uniformes azules como el ancho Ródano, los cardenales con sus sombreros carmín de ala ancha y sus pieles blancas como la nieve.

Frente a mí se alzaba el Palais des Papes, aquella magnífica cacofonía de piedra, construida sobre un precipicio que caía hasta las orillas del Ródano. Alto como una catedral, era mucho más extenso. De hecho tenía el tamaño de una propiedad real, lo bastante grande para albergar a centenares de personas, y sus muros macizos incluían docenas de chapiteles y torrecillas. Y esos muros daban a una inmensa plaza.

Cuando me acerqué al palacio papal, mi corcel tembloroso como si presintiera que el Mal residía allí, vi una plataforma.

Una plataforma para inquisidores, y delante de ella una berma de ejecución. Recordé el cadalso que había visto tantos años antes en mi Tolosa natal, cuando era una niña de cinco años con trenzas, en una carreta con mi Noni, papá y mamá, y nuestros vecinos Georges y Therèse. Aquella plaza era mucho más limpia, con menos gente y menos esplendor.

Porque en Aviñón, hileras de guardias papales, ataviados con gorras, blusas y espadas de hierro formaban un círculo continuo alrededor de la plataforma y la berma. La plataforma era permanente. No se trataba de un cadalso de madera erigido a toda prisa, sino de una estructura de madera pintada y dorada con mimo y adornada con volutas, gárgolas e imágenes de santos. Habían extendido un toldo a rayas rojas y amarillas para proteger a los que se sentaban allí —en bancos almohadillados cubiertos de brocado escarlata—, de los nubarrones que presagiaban una inminente tormenta.

Era la faceta de Aviñón que se presentaba al público: belleza decadente.

Pero con ella llegaba el hedor omnipresente a aguas fecales, el más repugnante que había percibido en mi vida, como si bajo aquella capa rutilante de galas y colores la ciudad se estuviera pudriendo como un cadáver ataviado con elegancia en pleno verano.

Sobre la plataforma dorada, sentados cómodamente en los bancos almohadillados, había tres hombres. «Dos cuervos», como habría dicho mi

Noni, dominicos con hábitos negros, las capuchas echadas hacia atrás para exhibir el forro blanco, y un pavo real, un gran cardenal con ropa talar de seda roja deslumbrante, ribeteada de armiño blanco en el cuello, los puños y el dobladillo. Atendiendo a la gravedad de su misión había desestimado el sombrero de ala ancha en favor de un simple gorro.

Dos cuervos y un pavo real. El pavo real era el Enemigo, y el cuervo más joven y apuesto, el futuro Enemigo.

Y entonces, como la Sybille niña que se había puesto de puntillas en el carro, vi por fin a mi Amado.

Un único prisionero, empujado por un guardia, subió a la berma. Era joven, casi esquelético debido a meses de encarcelamiento y hambre, entorpecido por grilletes y cadenas en los tobillos y las muñecas. Aunque su cuerpo estaba pavorosamente debilitado, su ánimo permanecía firme, pues aunque cada paso era una agonía, su porte revelaba orgullo.

¿Había sido alguna vez apuesto? Imposible decirlo, teniendo en cuenta la ira de Dios desatada sobre sus facciones. El puente de la nariz estaba medio aplastado entre los ojos, y se desviaba a la izquierda en un ángulo alarmante. La piel de esa zona tenía un tono púrpura. Las fosas nasales y el labio inferior estaban incrustados de sangre reseca.

Su visión me despertó una piedad indecible, pero no me separé de la Diosa. Albergué compasión por el inquisidor y la víctima, y esperé. Esperé instrucciones. Esta vez no iba a poner en peligro a mi Amado.

El prisionero fue conducido hasta el poste y sujeto a él. Las gavillas estaban amontonadas alrededor de sus rodillas, hasta la altura de las caderas.

Y entonces el pavo real le formuló una pregunta:

—¿Tienes alguna última cosa que decir?

—¡Sí! —gritó el prisionero—. Lo que adoráis como Dios es en verdad un demonio, un demonio que controla vuestro mundo mediante el terror, y ciega vuestros ojos al verdadero Dios...

—¡Guardias! —gritó el futuro Enemigo y, en respuesta, el guardia que escoltaba al prisionero le golpeó ferozmente con el pomo de la espada en la sien izquierda, y el mango casi le arranca el ojo.

Cuando el joven lanzó un chillido de dolor, incapaz de contener el ojo lastimado, que colgaba sobre la piel de sus mejillas mediante filamentos verdes y azules, la multitud compuesta por nobles, mercaderes acaudalados y piadosos clérigos rugió en señal de aprobación.

El dolor y la indignación que experimenté amenazaron mi calma, pero me aferré a la compasión de la Diosa, incluso a la alegría de la Diosa, y Vi mi Camino. Desmonté, susurré una orden mágica a mi montura y corrí entre la muchedumbre, con rapidez y facilidad, más que humanas, a través de una muralla de cuerpos impasibles y chariots de madera. Ni siquiera me detuve en la hilera de guardias que rodeaban la berma, sino que pasé con facilidad entre ellos, pese a que no había hueco. No repararon en mí hasta que llegué junto al prisionero, hasta que me agaché y recogí su ojo aplastado y sanguinolento, tibio en mi mano, y lo devolví a su cuenca y compartí con su alma la dichosa comunión de lo Divino.

Sonreí y retiré mi mano, y el joven me devolvió la sonrisa, todo miedo y rabia desvanecidos, henchido ahora de un singular júbilo.

—He sido rescatado por un ángel —dijo con alegría. Sus dulces y atormentadas facciones se iluminaron de alegría cuando nos miramos en aquel instante infinito—. Un verdadero ángel enviado por el verdadero Dios.

La muchedumbre, ruidosa hasta ese momento, guardó silencio. El guardia que había propinado el golpe se hallaba cerca y contemplaba el diálogo, demasiado estupefacto para reaccionar. Por fin, algunos se persignaron y susurraron oraciones. Otros gritaron «¡Es un milagro!», «¡Es inocente!» y «¡Ella es un ángel!». Otros permanecieron en silencio, con el rostro teñido de incertidumbre, incluso de miedo. Miraron a los hombres sentados en la plataforma en busca de directrices. El más corpulento y mayor (el pavo real, mi Enemigo escarlata) miraba al prisionero y a mí con los dientes apretados de furia.

—¡Escuchadme! —gritó con voz atronadora a la multitud—. Este hombre es un hereje de la peor especie. Ya le habéis oído llamar demonio a nuestro amado Señor. Y la mujer que le ha curado no es más que su consorte en la magia, una bruja, llegada para engañaros y haceros pensar que es inocente.

—Pero eminencia... —empezó uno de los dominicos de la plataforma.

—¡Silencio! ¡Guardias! ¡Detenedla y traédmela aquí! Los demás, proceded con la ejecución.

Cuando un verdugo acercó una antorcha a los leños dispuestos a los pies del prisionero, los guardias me alejaron por la fuerza. Por un momento la Diosa no me concedió el poder de escapar. Mi corazón protestaba con

todas sus fuerzas, aunque yo sabía que esa era Su voluntad y tuve que resignarme, de lo contrario sucedería algo peor todavía. Pero al principio me debatí y grité a mi amado:

—¡Luc! ¡Luc de la Rose, juro que encontraré una forma de liberarte!

Fui conducida a la parte posterior de la plataforma, donde mi Enemigo, el cardenal, ya había descendido para encontrarse conmigo. Era corpulento y alto. Tuve que alzar la cabeza para verle. Bajo el casquete rojo, su pelo gris era espeso y ondulado. Tenía un lunar pálido y redondo a un lado de su corta nariz, y las bolsas que aparecían debajo de sus ojos tiraban de los párpados inferiores, dejando al descubierto el rojo de las cuencas. Le rodeaba un aire lúgubre. Su presencia parecía matar toda alegría, todo aire, toda luz. En otro tiempo, el miedo se habría apoderado de mí al verle. Ahora solo experimenté compasión y piedad, pues su poder nacía de un odio hacia sí mismo tan inmenso que se proyectaba hacia el resto del mundo; del odio hacia sí mismo, y de la desdicha acumulada de almas aterrorizadas.

Era esa desdicha, dirigida contra la madre de Luc, Béatrice de la Rose, lo que la había enloquecido.

¿Le había sorprendido mi repentina aparición? No lo sé, pero en su rostro se vio una expresión de satisfacción y orgullo malignos, como diciendo «Bien, ya has visto qué he hecho con tu Amado. Le has perdido para siempre. Y ahora tú también estás en mis manos. ¿Quién es ahora el más poderoso?».

Esperaba que yo llorara de horror por lo que había hecho a Luc, que temblara de miedo por lo que me haría a mí. Pero no había lágrimas en mis ojos.

Amparada por la Presencia, hice un esfuerzo y le sonreí. Incluso logré quererle. Lo vio en mis ojos, cosa que le enfureció.

—Por fin, vuestra eminencia —dije—, nos encontramos en carne y hueso.

—Pagaréis por ello, madre —amenazó. Lo imaginé devorando a mi Amado, miembro a miembro, devorando su propia esencia, mientras yo estaba a su lado, despojada de mi poder y sonriente—. Acabáis de realizar un acto de brujería ante cientos de testigos. —Dio media vuelta e indicó a los guardias que le siguieran.

Yo también le seguí, sin olvidar a los dos cuervos que continuaban en la plataforma y al prisionero todavía arrodillado en la pira, rodeado de



leña, alcanzada ya por las llamas.

Mi corazón se partía. Quedaba muy poco tiempo para que el alma de Luc se perdiera y yo no soportaba la idea de estar separada de él ahora que le había visto de nuevo. Pero la Diosa habló: Para salvarle, ahora has de abandonarle.

Era la única forma. No pude ver el desenlace. He tenido que vivir paso a paso este torturante juicio, sin rendirme jamás al dolor, solo a la dicha.

Nunca me di cuenta de lo duro que sería mi destino.

Su eminencia el cardenal nos guió por una puerta lateral que daba acceso al palacio papal.

Dicen que ese palacio es el edificio más sólido y hermoso del mundo, y es verdad. Recorrí largos corredores, atravesé estancia tras estancia, y mirara donde mirase (suelo, paredes, techo) veía una obra maestra, en forma de losa bajo mis pies, o creada en pintura y hoja de oro sobre mi cabeza. El anterior Papa, Clemente, había recibido en vida muchas críticas por sus escandalosos dispendios, y aún más después. Sin duda había pagado una fortuna al pintor Giovannetti durante los años que trabajó en el palacio. Mientras pasaba, vi recrearse relatos de la Biblia en las paredes, escena a escena, mientras santos y ángeles nos observaban desde lo alto y centelleantes mosaicos de caballeros perseguían animales fantásticos en jardines de flores estilizadas.

Todo esto alojado en estancias tan espaciosas que, aunque nos cruzamos con mucha gente (jerarquías de la curia, sacerdotes, nobles, cardenales, además de ayudantes y criados), en ningún momento nos rozamos con nadie.

Caminé entre belleza y fastuosidad, pero lo único que veía era la fealdad, el mal agazapado debajo. Lo único que sentía era el sufrimiento de las almas torturadas.

Mis anfitriones me escoltaron en silencio hasta lo que parecía una cámara privada. El pavo real llamó a la puerta con brusquedad, y luego la abrió con infinita confianza en sí mismo.

Entró con celeridad. Los guardias y yo le seguimos con idéntica presteza, y la puerta se cerró a nuestra espalda.

Esta estancia era más pequeña que algunas por las que habíamos pasado, pero su gloria no era menor, con murales de temas pastoriles, arqueros que disparaban contra ciervos y bañistas desnudas.

Sobre almohadones de terciopelo, en un trono dorado detrás de un escritorio, estaba sentado el papa Inocencio VI. Había visto un retrato de él en una ocasión, pero no se le parecía en nada. La propia Diosa me dijo a quién me enfrentaba.

No entendía por qué mi Enemigo me había traído aquí en lugar de llevarme directamente a una mazmorra. No cabía duda de que él (y la Diosa) tenían algo en mente.

Tras cinco años en el trono, a la edad de setenta y cinco, la barba de Inocencio aún conservaba una sorprendente cantidad de negro. En lugar de la gloriosa corona papal, se tocaba con un gorro de terciopelo púrpura que le cubría las orejas, pero su manto era de un pesado brocado escarlata, bordado con tanto hilo de oro que destellaba al menor movimiento.

No cabía duda de que en otros tiempos había sido un hombre robusto, de espalda y pecho anchos, pero ahora tenía la espalda encorvada, y el pecho y el estómago hundidos. Su piel poseía un tono amarillo enfermizo, y los labios eran pálidos, pero aún conservaba casi todos los dientes. Su nariz descendía en una línea recta y afilada que terminaba en una V, como la punta de una flecha.

—Santidad —dijo mi Enemigo al tiempo que se acercaba a él. Hizo una genuflexión y besó el anillo de Inocencio con tal rapidez que no dobló la rodilla, ni sus labios tocaron otra cosa que el aire.

—Domenico —dijo el anciano, irritado—. ¿No ves que estoy en mitad de...?

En lugar de terminar la frase, levantó la mano, surcada de venas azules, del apoyabrazos del trono y la volvió para señalar con el índice a un joven escriba que le leía de un pergamino.

—Os ruego me disculpéis, santidad —dijo el Enemigo—. Pero tengo una peligrosa prisionera con la que hemos de proceder rápidamente...

—¡Aja! —replicó Inocencio—. ¿Así que has traído el peligro a mis aposentos privados? Muy amable por tu parte. —Me miró con ojos empañados por la edad, y una comisura de su boca se curvó ante la idea de que una mujer tan menuda representara tanta amenaza—. ¿Quién es?

—La abadesa del convento franciscano de Carcasona, la madre Marie Françoise —dijo el Enemigo. Los guardias que me escoltaban no reaccionaron ante esta información, como si fuera lo más natural del mundo que un eminente cardenal reconociera a una humilde monja procedente de una ciudad lejana.

—Ah. —La expresión del Papa se concentró. Su mente seguía lúcida después de tantos años. Como Etienne Aubert, antes que Papa, había sido profesor de leyes en Tolosa—. Esta es la abadesa de Carcasona que curó al leproso, ¿verdad? Mucha gente cree que es una santa, Domenico. La opinión de la diócesis de Tolosa es que se trata de milagros inspirados por Dios. ¿Existe algún motivo para pensar lo contrario?

—En efecto —contestó mi Enemigo—. Ha vuelto a curar, pero esta vez a un malhechor enviado al cadalso, miembro de otro de esos cultos nacidos de la herejía gnóstica. Le habría ahorrado una muerte justa si no se lo hubiéramos impedido.

—Pero hasta Cristo curó pecadores... —repuso Inocencio con indulgencia, pero su boca se cerró de repente, sus dientes castañetearon y su cabeza se ladeó extrañamente hacia el cardenal, como manipulada por un titiritero inexperto.

Una vez más, los guardias no dieron muestras de que se tratara de un acontecimiento extraordinario.

Y el cardenal, con un brillo de triunfo en los ojos clavados en mí, los labios curvados en una mueca de satisfacción, dijo al Santo Padre:

—Dictaréis ahora mismo a este escriba una orden dispensando del número normal de testigos exigidos para formular cargos y proceder a un arresto; una orden que también dispense de los requisitos necesarios para sentenciar a muerte a un hereje. Madre Marie Françoise, este es el nombre del criminal.

Inocencio obedeció y su escriba tomó nota, mientras los guardias esperaban, y todos se comportaban como si no estuviera ocurriendo nada extraño, algo de índole mágica.

Mi Enemigo, que seguía mirándome, mostró los dientes y al fin comprendí por qué había expuesto al Papa a mi presencia, en teoría peligrosa: arrogancia cruel. Estaba orgulloso del control que ejercía sobre Inocencio y sus secuaces. Se refocilaba en el miedo que yo debía sentir al contemplar tanto control. No quería otra cosa que verme sufrir y saber que era él quien infligía el sufrimiento.

Tal vez pensaba que mi docilidad temporal se debía a su energía, no a mi devoción a la voluntad de la Diosa. Tal vez se refocilaba también porque creía que había ganado, que yo estaba en desventaja sin mi Amado. Que yo era la Diosa sin su consorte, la dama sin su señor, como mi Enemigo se había convertido, por propia elección, en un señor separado de

su dama, Ana Magdalena. Porque había nacido en Italia de madre italiana y padre francés, y se llamaba Domenico Chrétien.

Ay, pero no comprendía el sacrificio que Noni había hecho por mí. Solo comprendía el miedo, pero no el amor, y por tanto ignoraba mi suprema iniciación.

Se volvió por fin hacia el Papa para ver cómo cumplía sus deseos, y de repente me encontré libre en el seno de la Diosa, libre para moverme y cumplir su voluntad.

Una vez más, mi corazón lamentó que no me dirigiera al lado de mi Amado al punto, pero obedecí, confiada. Mientras Inocencio dictaba, me desvanecí del mundo visible y huí sin que nadie se diera cuenta, huí de los guardias, de mi Enemigo y del palacio papal.

Invisible, guiada por la Divinidad, corrí a una parte diferente del palacio, donde vivían los miembros de la curia con sus ayudantes y criados en magníficas estancias. Fui de habitación en habitación, recorrí un pasadizo mal iluminado y llegué a una espléndida cámara privada, con una vasta antesala calentada por el fuego que ardía en el hogar. Había sillas doradas con almohadones de brocado, suelos de losas cubiertos de alfombras de armiño, tapices que plasmaban escenas bíblicas, incluyendo una imagen escandalosa del Edén antes de la Caída. Un par de grandes candelabros de oro descansaban sobre una mesa oscura sobre cuya superficie había grabada una estrella de seis puntas. Habían encendido los diez cirios (hacía poco, a juzgar por su altura) a la espera de que regresara su propietario.

Cogí un candelabro, avancé hacia el tapiz del Edén y alcé una esquina, que reveló un mural: unos afligidos Adán y Eva expulsados del Edén, cubierta su desnudez con hojas de higuera, el pelo rubio de Eva cayendo en cascada sobre sus blancos pechos. Apreté con fuerza la mano sobre la imagen del arcángel, espada en mano, dispuesto a impedir el regreso de los expulsados del paraíso. Se oyó el crujido de piedra contra piedra cuando la pared se deslizó hacia dentro y se abrió a la oscuridad. Entré.

Ya había estado en este lugar con la Visión y sabía lo que me esperaba. Sin embargo, nada más entrar lancé una exclamación ahogada.

Los inviernos de Carasona y de mi Tolosa natal raras veces son crudos, pero hay ocasiones en que el mistral sopla con tal furia y frío que me roba el aliento. Tal fue la sensación que experimenté cuando entré en aquella habitación sin ventanas, oculta dentro de los gruesos muros del

palacio: un frío tan profundo que apenas pude respirar. Pero no se trataba de una sensación física. Era un frío que quemaba, los susurros de un millar de almas que habían perecido en el miedo y la agonía, la voz de mi Noni que llamaba: Domenico...

El olor a humo, tanto astral como físico, impregnaba la guarida de mi Enemigo.

Sostuve en alto el candelabro y proyecté su resplandor sobre la habitación circular. En cada una de las esquinas se alzaba un candelabro de pared alto como un hombre y la mitad de grueso, cada uno decorado con una imagen diferente: águila, león, hombre, toro. En la del este descansaba el altar de ónice centelleante.

Sobre el altar se exponía un repugnante espectáculo: un ave carbonizada rodeada de ceniza y astillas chamuscadas, los restos de una pequeña jaula. En el frío suelo de mármol había tres plumas blancas, dos de ellas moteadas de sangre. Cerré los ojos y recreé la imagen de la paloma que batía sus alas contra los barrotes en llamas que la aprisionaban.

Tú, la brisa traicionera cuando nació el bebé...

Una cadena que culminaba en un talismán dorado rodeaba las alas ennegrecidas y el cuello de la paloma. La leyenda grabada era ilegible, porque el metal se había fundido por completo y mezclado con el esternón del ave, hasta su pequeño corazón.

Sabía lo que representaba la paloma. El Enemigo sabía que yo había Visto a Luc antes de mi venida. Me había estado esperando, me había preparado una trampa. Al principio flaqueé y pregunté a la Diosa: «¿Por qué me has traído aquí? ¿Para abandonarme? ¿Para que me rinda a la llama?».

Pero enseguida supliqué perdón por esos pensamientos. Me concentré en buscar un medallón en particular, el Sello de Salomón que Jacob había regalado a Luc muchos años antes. No había duda de que estaba en las garras del Enemigo, tal vez en el altar, al lado o debajo de la paloma. Recordé que Noni había utilizado el mío para entorpecer mis poderes mágicos. Si podía encontrar el de Luc y destruir el mal vertido en él, recuperaría sus poderes y podría liberarse antes de que yo fuera capaz de hacerlo.

Encendí las velas, empezando por el este y avanzando de derecha a izquierda con la llama del candelabro. La penumbra se disipó un poco y reveló que me encontraba dentro de un círculo mágico dibujado en el

suelo. Imágenes de dioses lujuriosos, pintados en las paredes curvas y en el techo abovedado, oscilaron en las sombras.

Cuando hube terminado, dejé el candelabro y cerré los ojos de nuevo, pero esta vez no debido al dolor, sino en señal de entrega a la Diosa, porque necesitaba con desesperación su protección y ayuda en este lugar malvado.

Ayúdame, recé en silencio. Ayúdame a descubrir lo que hay oculto aquí...

Y por mediación de los ojos de la Diosa, Vi, oculto bajo los restos carbonizados de la paloma, una pieza de plata con un signo mágico inscrito. Estaba envuelta en seda negra y atada con un cordel.

Pero no era el talismán que tanto anhelaba encontrar, pues controlaba el corazón y la mente del papa Inocencio. Caminé hacia el altar, y en mi estado de calma aparté el cadáver del ave sin la menor emoción. Desenvolví el signo, y con la magia de la Diosa invertí la carga y liberé al Papa de las garras del Enemigo.

Susurré una promesa a las demás almas encarceladas en la habitación: «Volveré algún día para liberaros».

Después, me concentré en la Diosa, me abrí, abrí mi Visión, y formulé una pregunta: «¿Dónde encontraré el talismán de Luc?».

La respuesta fue pronta: el talismán no está aquí.

No estaba allí.

El pánico me amenazó, pero me serené y recé de nuevo: «¿Qué debo hacer aquí para que mi Amado se salve?».

No hubo respuesta.

De nuevo: «¿Qué debo hacer aquí para que mi Amado se salve?».

Nada.

No podía hacer nada para salvar a mi Amado. Nada. Y cuando lancé un gemido de dolor, perdí mi centro divino y supe que el Enemigo me había sentido, que sabía adonde había ido y que venía en mi persecución.

Lo único que podía hacer era huir.

Corrí, invisible. Corrí a través del gran palacio, con el alma abrasada. En mi mente yo era la paloma que batía las alas hasta que sangraban contra la gloriosa jaula dorada que me rodeaba. Era como si los cuadros de los santos me miraran a través de un muro de llamas. ¿Cuántos habían padecido también el martirio?, me pregunté.

Santos y sacrificio, muerte y fuego. Me sentí asfixiada por el humo,

pero llamé en silencio a mis templarios, a mis caballeros, pues sabía que me habían seguido hasta esa ciudad santa, celestial, profanada e infernal.

«¡Venid! ¡Venid! ¡A la berma de ejecuciones! El Enemigo me persigue, y no sé qué ha sido de nuestro señor...»

En la calle, los cielos se habían abierto. Era media tarde, pero reinaba la oscuridad de la noche. La lluvia no caía en gotas sino como una espesa cortina, y el viento la empujaba contra mi cara.

No malgasté mi poder en protegerme de la lluvia. No estaba con ánimos. Porque la plataforma de los inquisidores estaba vacía, se habían llevado los bancos, retirado y doblado el toldo, aunque el furioso viento ya lo había desgarrado y golpeado contra la pared del palacio.

La plaza estaba desierta.

Sobre la berma, el poste al que habían atado el prisionero estaba carbonizado y caído. Los troncos se habían consumido. Se habían llevado los huesos y restos del cuerpo. Me arrodillé y lloré, con una mano apoyada en las cenizas restantes, mientras el viento y la lluvia se las llevaban.

Mi Amado había muerto. Pregunté a la Diosa: «¿Por qué? ¿Por qué me has traído hasta aquí, solo para mostrarme la derrota? Ahora, pertenece al Enemigo más que nunca...».

Retumbar apagado de cascos sobre el barro. Mis caballeros habían acudido. Me habían traído un caballo. Me enjuagué las mejillas con una mano sucia, manché mi cara de lágrimas, ceniza y muerte antes de que la lluvia las lavara.

Al principio no pude levantarme. No podía abandonar el lugar donde había visto por última vez a mi Amado. Anhelaba seguir a los inquisidores, averiguar lo que quedaba de él.

Ojalá no hubiera sido humana, no hubiera tenido corazón.

El tío de Luc, Edouard, desmontó de su corcel para ponerme en pie y guiarme hasta mi caballo.

Cabalgamos hacia casa, hacia Carcasona. Era la mayor locura, y yo lo sabía, pues sería el primer lugar en que el Enemigo me buscaría. Pero era el Camino que la Diosa me había mostrado. Era como una antorcha. Solo podía Ver eso en el oscuro futuro, y nada más.

Al sentir el sabor de mi destino en la boca, ácido y metálico como sangre, escupí.

Cabalgamos durante horas, a través de la noche y la lluvia

interminables, sobre rocas resbaladizas, sobre colinas, a través de valles y prados hasta que olí la fragancia de la lavanda y el romero, aplastados bajo mis pies. Casi habíamos llegado a casa.

Por fin, el agotamiento y la oración me calmaron lo suficiente para Ver un poco más. En la huida no podía haber victoria, pues el futuro solo auguraba más enfrentamientos entre el Enemigo y yo, y ninguno de ellos lograría liberar a mi Amado de su horrisona prisión.

Ríndete, susurró la Diosa. Es la única oportunidad de la Raza. Ríndete.

Solo quedaba la más ínfima posibilidad de éxito, un hilo tan fino que cualquier tirón lo partiría. Pero como era la última esperanza, cedí. Pese a sus protestas, despedí a mis caballeros.

Y me rendí a la Diosa.

Me rendí a mi Enemigo.

Me rindo.

Esta es mi historia. No hay más que decir.



# Séptima Parte

## Luc

## 20

—Si vuestro relato es cierto, entonces yo soy el futuro Enemigo —dijo Michel en voz baja, apenado—. Y soy el culpable del sufrimiento y la muerte de Luc.

Porque había estado aquel día en la plataforma de los inquisidores de Aviñón, sentado entre el cardenal Chrétien y el padre Charles. Había sido lo que Sybille llamaba «el cuervo más joven», el futuro Enemigo. Fue él quien increpó encolerizado al guardia para que castigara la declaración herética del prisionero, para luego horrorizarse de los resultados de su acto. Fue su primera quema, la que le había obligado a salir de su celda para vomitar. Y Chrétien había sostenido su cabeza para consolarle.

Había visto a Sybille, es decir, a la madre Marie Françoise, sin saber quién era. Al igual que la muchedumbre, se había quedado atónito al verla aparecer de repente junto al prisionero, y aún más estupefacto cuando devolvió a su sitio el ojo arrancado del hombre.

Al punto, supo en su corazón que había presenciado un verdadero milagro de Dios. Supo al punto que era una santa, porque se había sentido invadido por lo que ella llamaba «la Presencia», la dulce, libre e innegable presencia de lo Divino. Cuando averiguó que era la abadesa de Carcasona, famosa por curar a los leprosos, se convenció por partida doble de que había evocado en él una verdadera experiencia mística, y que el cardenal Chrétien y el padre Charles se equivocaban al calificar el acto de brujería.

Por eso se sintió muy inquieto cuando Chrétien la había detenido y encarcelado.

Y presenciar, preocupado por lo que había sido de ella, la muerte del hombre al que acababa de curar se le antojó monstruoso a Michel. Dios había hablado. Dios había querido salvar la vida de aquel hombre, pero los dos hombres a los que Michel más amaba se ocuparon de que la curación fuera en vano, de que el hombre muriera en una espantosa agonía.

Comprender ahora que el prisionero había sido Luc...

Bajó la cara, se masajeó la frente y la sien con los dedos y sollozó.

—Sois el futuro Enemigo —confirmó en voz baja Sybille, incluso con ternura—, pero vos no matasteis a Luc de la Rose.

El monje alzó la vista, irritado consigo mismo y con su debilidad

moral.

—Tal vez no de una forma directa. El honor recae sobre Chrétien y Charles. Pero yo fui su cómplice, obligado a levantar la voz contra cualquier error, y no hice nada por detenerles...

—El padre Charles no es más que un inocente mal aconsejado, pero aún no habéis comprendido —le interrumpió Sybille. Sus labios se entreabrieron y su mirada reflejó pena, compasión, amor—. Luc de la Rose no ha muerto.

—¿Que no ha muerto? —Michel se incorporó en la silla, como alcanzado por un rayo—. Pero yo le vi morir. Avivaron las llamas, para que la ejecución se llevara a cabo con presteza, antes de que la tormenta...

—El prisionero al que curé no era Luc de la Rose.

—Sybille hizo una pausa y le miró—. Luc de la Rose está vivo. Y ahora está sentado delante de mí.

Durante un larguísimo momento Michel no comprendió nada.

—Por eso me rendí al Enemigo —añadió ella al cabo—. Porque Vi que su arrogancia le impulsaría a enviaros como escriba, y ese sería mi mayor tormento. Pero también me ha brindado la oportunidad de contaros vuestra historia e intentar liberaros. Porque si vos, el Señor de la Raza, os convertís en Enemigo de vuestro pueblo, estamos perdidos.

Por un instante, Michel vio en su mente la imagen de Sybille en la berma de ejecución, gritando «¡Luc de la Rose! ¡Juro que encontraré una forma de liberaros!». Se había dicho que estaba hablando al prisionero, pero ¿acaso no había visto que se volvía hacia la plataforma, tal vez hacia Michel?

Y en aquel momento (¿por qué no lo había recordado antes?) su corazón respondió con un reconocimiento y un amor tan intensos que no pudo negarlo. Se derramaron sobre él, sin trabas, y creyó.

Los sueños de Luc se le habían antojado tan reales porque eran sus propios recuerdos, que Sybille le había devuelto. Las lágrimas se agolparon en sus ojos. Ella se había dejado capturar, había padecido toda clase de torturas y ahora afrontaba la muerte, para salvarle.

Al punto, una angustia mental se apoderó de él con un dolor casi físico, la sensación de que unas garras de halcón se clavaban en su cráneo, e inclinó la cabeza.

—Imposible —susurró—. Imposible. Chrétien y Charles me

rescataron de un hospicio. Viví una vida muy diferente a la de Luc...

—Recuerdos falsos, inculcados por arte de magia una vez Chrétien tomó el control de vuestra mente.

—Sybille, conmovida por sus sufrimientos, se inclinó con cierta dificultad y apoyó una mano hinchada en la suya como para aplacar su dolor—. Conserváis el recuerdo del cardenal sosteniendo con afecto vuestra cabeza, cuando os sentisteis indispuerto después de la ejecución, ¿verdad?

Michel asintió, demasiado trastornado para hablar.

—Dime, amor mío, ¿cómo es posible? Durante ese rato Chrétien dirigió un registro del palacio papal en mi busca. A continuación salió en mi persecución a caballo. ¿Cuándo se mostró tan cariñoso Chrétien? ¿Antes del registro del palacio? ¿O antes aun, cuando me condujo ante el Papa? ¿Antes de que montara a caballo para seguirme hasta Carcasona?

Al instante, Michel recordó que el padre Charles había intentado prohibirle llevar a cabo el interrogatorio: Ella te ha hechizado. La voz de Sybille, cuando le había replicado: Estáis hechizado, hermano, pero no por mí.

Michel gimió en voz baja y dejó que ella alejara sus manos de su cerebro turbado. Carecía de respuestas para su lógica. De hecho, no deseaba otra cosa que ponerse en pie y sacarla de la celda, derribar al centinela, en caso necesario, para ayudarla a escapar...

Pero existía una barrera en su mente (tal vez religiosa, pensó, nacida de la educación de un monje) que le mantenía clavado en su asiento, incapaz de obedecer las órdenes de sus sentimientos.

—Se ha apoderado de tus recuerdos... y de tu poder —continuó Sybille mientras palmeaba con ternura sus manos. Al sentir su contacto, experimentó de nuevo aquella descarga de energía—. Tu madre no te mató, aunque el Enemigo asesinó tu mente. Aun así, me reconociste cuando me viste en Aviñón, y supiste que la curación era un acto de santidad. Por eso no gritas de indignación cuando acuso a tu «padre» de ser el Enemigo.

»La verdad es que no es tu padre. La verdad es que has estado bajo su dominio en Aviñón desde hace más de un año. Si te hubieras criado en el palacio del Papa desde niño, hijo del poderoso Chrétien, a estas alturas ya serías obispo. Pero eres un escriba, y esta es solo tu segunda inquisición. ¿Cómo es posible?

—No lo sé —susurró Michel, y se estremeció debido al esfuerzo de

pronunciar esas palabras—. Pero si me habéis dicho la verdad, ¿por qué no he recobrado la memoria?

—Chrétien aún la retiene. —Sybille hizo una pausa, y su expresión, serena hasta el momento, se tiñó de dolor, con la pasión y el anhelo de una mujer terrenal—. Amado Luc —dijo por fin, con voz temblorosa de emoción—. He esperado tanto tiempo encontrarte para decirte... Si pudieras confiar en mí por un momento...

Hizo ademán de abrazarle, aunque el dolor que le causaban sus movimientos era evidente. Michel anheló devolverle el abrazo, pero una vez más una barrera invisible le contuvo, y le obligó a retroceder.

Ella te ha embrujado, hijo mío. Todo es mentira, una seducción diabólica.

Combatió la voz silenciosa de Chrétien con un pensamiento desesperado: «Deja que me entregué a ella. La he esperado, la he conocido, durante toda mi vida. Durante cien vidas...». Pero no pudo levantarse y extender los brazos hacia ella.

Sybille dejó caer las manos y bajó la cabeza para que él no la viera llorar.

—Haría cualquier cosa por salvaros de la pira —dijo Michel, conmovido.

La mujer negó con la cabeza, con el rostro todavía oculto.

—Lo harías —dijo luego—. Pero no puedes, porque aún estás bajo el control de Chrétien. Si quieres ayudarme, antes has de recuperar tus poderes y recuerdos.

—¿Cómo?

Sybille levantó la vista, con las mejillas y los ojos brillantes de lágrimas.

—Tienes un Sello de Salomón idéntico al mío. Chrétien lo cogió cuando te capturó, pero aún no puedo ver dónde lo ha escondido. Si lo encontraras y me lo trajeras, podríamos devolverte tus poderes. Pero es una tarea muy peligrosa.

—No puedo hacer algo semejante —graznó Michel sin saber si lo hacía porque consideraba a su padre adoptivo incapaz de algo semejante (en caso de que dicho talismán existiera), o porque, como Sybille insistía, Chrétien le impedía acceder.

Ella asintió, comprendiendo que se refería a lo último.

—Será muy difícil pero puedes conseguirlo si te abandonas a la Diosa

y no te rindes al miedo. El Enemigo se alimenta del terror. Aumenta su poder y nos hace vulnerables. Por eso tuve que hacer frente a mi miedo de plantar cara a mi Amado convertido en el Enemigo —acarició su mejilla para consolarle—, antes de venir a Aviñón para encontrarme contigo. Así te capturó Chrétien, pues tu peor temor es que algún día me empujes a la locura, como creíste erróneamente que habías hecho con tu madre. —Hizo una pausa y se reclinó contra la pared de piedra—. Ve. Haz lo que te he dicho y medita en tu Sello de Salomón extraviado. Deja que la Diosa te guíe hasta él.

Michel se fue, a sabiendas de que quedaban escasas horas para tomar la decisión de dejarla escapar, ir con ella... o entregar su confesión al cardenal. Tanto su cuerpo como su mente estaban doloridos, y sus pensamientos se sucedían en rapidísima sucesión, como presa de un delirio febril.

La amo... Pase lo que pase, he de ayudarla a escapar. No puedo permitir que muera. Es una verdadera santa.

Es una bruja, y deberían condenarla. Eres un peón del diablo, Michel, si te dejas manipular así por una mujer. ¿Por qué crees que ardes en deseo ante su presencia? Es un hechizo, un simple hechizo, y tú eres un completo imbécil...

Que Dios me ayude. Que Dios me ayude. Me han hechizado, y no sé quién ha sido.

Mientras regresaba a toda prisa al monasterio, todavía de noche, vio el palacio del obispo al final de la calle, y mientras miraba las puertas se abrieron de par en par para dejar paso al gran chariot dorado que ostentaba el emblema del cardenal Chrétien.

Caminó sin rumbo. Pero al final llegó junto al lecho de su mentor.

Apenas vivo, el padre Charles yacía inmóvil en la cama, y tenía el aspecto de ir a morir de un momento a otro. El único sonido que se oía en la habitación, aparte del crepitar del fuego, era su respiración entrecortada. En la silla cercana, el hermano André dormía profundamente.

Michel, sin decir palabra, sacudió el hombro del anciano monje. André se despertó sin hacer ruido. Michel le indicó con un gesto que se retirara, cosa que él hizo con el mayor sigilo, como si existiera la remota posibilidad de molestar al paciente. Sin embargo, cuando el monje llegó al

umbral de la puerta, dio media vuelta y comentó en voz baja:

—He curado a muchos afectados por la peste. Nunca he visto a uno combatir a la muerte durante tanto tiempo, amigo mío. Guardaos vuestras oraciones para él. No me cabe duda de que Dios las escuchará.

Cuando André hubo salido, Michel se acercó a su amado mentor, apoyó una mano sobre su pecho y el lino recalentado por la fiebre que lo cubría. Los pulmones de Charles estaban inundados de líquido, sus labios agrietados y entreabiertos revelaban unos dientes amarillentos. Tenía las mejillas hundidas y cenicientas, y los párpados del tono púrpura del ocaso.

El joven monje se sintió abrumado de pena y dolor. Se arrodilló junto a la cama, y apoyó la otra mano en el pecho de Charles. Y lloró.

Al instante, una imagen se formó en su mente: la del niño Luc, que se deslizaba por el castillo en penumbra hasta la habitación de su padre enfermo.

El muslo hinchado de su padre, hasta alcanzar el doble del tamaño normal, bajo una cataplasma de mostaza. El hedor a carne podrida. La tristeza sustituida de repente por una sensación de bienestar, de calor, de hormigueo bajo la piel de Luc, dentro de sus órganos vitales, de una felicidad jamás conocida...

Y una sensación de cumplir un propósito. De sus pequeñas manos sobre la pierna de su padre, y el calor hormigueante, el amor que transmitía a su padre, que se renovaba sin cesar, de forma que Luc nunca se vaciaba...

—Diosa —susurró Michel con el rostro húmedo de lágrimas apretado contra las sábanas de Charles—. Diana, Artemisa, Hécate, comoquiera que os llaméis, escuchadme: yo también me rindo a vos. Me rindo. Me rindo, y devolvedme los poderes que me corresponden por derecho de nacimiento. Fluid a través de mí, como hicisteis cuando curé a mi padre hace tanto tiempo, y curad a este pobre hombre, el padre Charles. Es cristiano, pero un buen hombre, y aunque ha matado a muchos de la Raza, cuando comprenda su error se arrepentirá. ¡Ayudadme, Diosa...!

Rezó así hasta que su corazón se sosegó. Y entonces se puso en pie, con las manos todavía apoyadas en el esternón de Charles.

Una sensación de calor vibrante, de dicha, empezó a descender sobre él. Por un instante Michel sonrió, cuando imaginó al sacerdote, con sus ojos oscuros abiertos de sorpresa y alegría, diciendo: «Michel, Michel, querido sobrino, me has salvado...».

Mientras el joven monje le observaba, los ojos de Charles se abrieron

poco a poco, así como sus labios. Un leve toque de color apareció en sus mejillas.

—¿Padre? —preguntó Michel, transido de emoción.

—Michel —siseó el sacerdote, con los ojos mirando algo que había más allá. Tan débil era la voz de Charles, que el joven monje bajó la cara hasta que casi tocó los labios del anciano—. ¿Ella te ha ganado para su causa?

—Sí, padre, pero ahora estáis curado, por Dios, gracias a ella. Vais a ponerlos bien. ¿Lo comprendéis?

Sí. Los labios del sacerdote formaron la palabra sin emitir sonido alguno. Después, con repentina energía, como si una fuerza externa hubiera pronunciado las palabras por él, añadió:

—Me adentro ahora en las fauces del infierno.

Exhaló un largo suspiro.

El rostro de Charles se desencajó y sus ojos se desenfocaron, inexpresivos. Un repentino chorro de bilis negra rezumó por su boca y cayó sobre la sábana.

—¿Padre? —preguntó de nuevo Michel, esta vez con una nota de pánico en su voz.

Sybille le había advertido que no debía rendirse al miedo, pero no había dicho nada acerca del dolor. Retiró las manos, ahora temblorosas, del pecho del sacerdote y aplicó el oído sobre su corazón. Permaneció así durante un largo momento, pero el tórax del padre Charles no volvió a levantarse, ni su corazón a latir.

Michel, atormentado por el dolor más horrible, elevó la cara hacia el techo y aulló.

—Yo le he matado —gimió Michel, arrodillado a los pies de Chrétien y aferrando las faldas del cardenal, como un niño inconsolable tira de las faldas de su madre.

Había huido del monasterio al palacio de Rigaud y gritado ante la puerta hasta que por fin le dejaron entrar. En la antesala de uno de los aposentos de invitados, Michel se arrojó a los pies del sobresaltado cardenal.

—¡Querido padre, debéis ayudarme! He pecado. He dejado que su magia me tentara y sedujera...

Chrétien, descalzo y con la cabeza descubierta, vestido con un



camisón ribeteado de encaje, cubierto en parte por una capa de seda roja, extendió la mano y levantó al agitado monje.

—Michel, hijo mío, sea cual sea el problema, lo solucionaremos. Ven, siéntate y cálmate.

Condujo al monje al interior de su cámara, capaz de acomodar con holgura a treinta monjes y provista de todos los lujos imaginables: cirios de cera de abeja colocados en palmatorias de oro sobre una mesilla de noche (en apariencia, para invitar al impensable lujo de leer en la cama), un orinal con la tapa pintada, una jofaina de porcelana y un jarro de agua, suaves pieles que protegían los pies descalzos del frío mármol, una pesada cortina de brocado alrededor de la cama, a prueba de ojos curiosos y que impedía la entrada de la luz de la luna. En el techo había un fresco de una Eva de espesas pestañas, con el pubis rubio oculto casi por completo tras las plumas desplegadas de un pavo real, aunque su cabello dorado no conseguía ocultar por completo sus pechos, mientras ofrecía con aire seductor una manzana roja a un vacilante Adán.

Chrétien condujo a Michel hasta un par de sillas acolchadas y le obligó a sentarse, mientras iba a buscar un vaso de vino.

—Bebe —ordenó Chrétien, al tiempo que le tendía el vaso y se sentaba ante Michel—. Después habla.

Michel obedeció. Habló nada más tragar el líquido y recuperar el aliento.

—Vuestra eminencia, os suplico perdón. Me he dejado influir por la hechicera Marie Françoise. Casi me convenció de que siempre había sido su consorte y de que vos me habíais embrujado para persuadirme de que era Michel, vuestro hijo. Me había convencido de ayudarla a escapar, y también me persuadió de que yo poseía poderes mágicos. —No pudo reprimir un sollozo ronco—. Que Dios me asista. Intenté utilizarlos para curar al padre Charles, pero en lugar de eso provoqué su muerte.

—Pobre Charles —dijo Chrétien. No parecía sorprendido ni conmovido—. Deberíamos alegrarnos por él, hijo mío, en lugar de entristecernos. Ahora está con Dios. Y dedicó su vida a una gran causa.

—Pero es culpa mía —dijo Michel, y se cubrió los ojos con la mano para ocultar su vergüenza y las lágrimas—. Tenéis que escuchar mi confesión, eminencia, ahora mismo. —Se inclinó y dejó el vaso sobre la mesa. Luego, se arrodilló y persignó—. Perdonadme, padre, porque he pecado. Me enamoré de la abadesa y me dejé seducir hasta tal punto por su

historia mágica y el culto a una diosa, que llegué a creérmelo, y perdí mi fe. Peor aún, esta misma noche he sido el transmisor de su magia. Impuse las manos al padre Charles porque me creía capaz de curarle. En cambio, ella me utilizó para matarle.

Chrétien había juntado las manos, apretando los dedos índice contra sus labios y creando una profunda arruga entre sus finas cejas grises, mientras escuchaba con toda atención, como siempre hacía cuando atendía asuntos de importancia. Una vez Michel hubo terminado de hablar e inclinado la cabeza, el cardenal dijo:

—Tú no mataste al padre Charles.

Michel levantó la cabeza para decir «Sé que ella estaba detrás de esa muerte, pero fui yo quien le impuso las manos, el que posibilitó su muerte». Pero antes de que pudiera verbalizar sus pensamientos, el cardenal Chrétien dijo, con el mismo tono normal y decidido:

—Fui yo.

Michel tragó saliva. Las palabras del cardenal eran una broma, por supuesto, aunque cruel, considerando que el pobre Charles acababa de morir.

Pero, a medida que pasaban los segundos, la expresión seria de Chrétien no se alteró, antes bien, su ceño se frunció más, y Michel se dijo: No, lo que quiere decir es que se siente responsable de la muerte del padre Charles porque no pudo impedirla. Tal vez cree que habríamos debido llegar a Carcasona al principio, para supervisar el procedimiento.

Pero el joven monje recordó de repente la imagen del enfermo y delirante padre Charles:

Es mi arrogancia... Te he llevado por todas partes como un caballo bien entrenado, te he exhibido como diciendo es mío, todo mío...

Chrétien quería verte muerto ya.

—Todo lo que la criminal Sybille te ha dicho es verdad —dijo el cardenal con calma—. Tu verdadero nombre es Luc de la Rose. Naciste en Tolosa, no en Aviñón. Y no has estado conmigo desde que naciste, sino desde hace un año.

—Pero es una pagana, una hereje, y su historia lo demuestra. Su magia no proviene de Dios sino del diablo, al igual que su Raza. No obstante, se considera santa, la representante de la Diosa.

Michel se sentía como un demente que se aferrara en vano a la locura. Todo cuanto había considerado los detalles fundamentales de su vida (sus

años en el monasterio, su relación con el padre Charles y con el hombre que se hallaba ante él, cuyo vello grisáceo sobresalía por debajo del cuello de su camisón) eran simples sueños. Y lo que había considerado meros sueños eran la realidad de su vida.

Y la mayor verdad era su amor por Sybille, y el de ella por él, pero la había rechazado y negado.

Michel miró con repulsión al hombre que había querido como padre, y comprendió que Chrétien les consideraba a él y al padre Charles simples peones de un juego de poder. Miró a los ojos del cardenal y no vio afecto ni pena, solo astucia y fariseísmo. Toda confusión, toda duda, abandonaron a Michel y supo que todas las palabras de Sybille eran ciertas.

Pero aunque sus pensamientos erraban en libertad, sintió la presa inflexible de Chrétien sobre su voluntad, tan tangible como si el cardenal, semejante a un oso, le hubiera agarrado por el cuello con una gigantesca zarpa.

Aun así, replicó con odio apenas contenido:

—Entonces vos sois el diablo, cardenal. Y yo también, porque ella dijo que ambos somos de la Raza.

Un sentimiento entre la ira y la premura se apoderó de Chrétien. Estuvo a punto de levantarse de la silla.

—¡Idiota! ¿No comprendes lo que somos? Somos una raza de monstruos impíos, la semilla de Lilith, la que no obedeció ni a Dios ni a Adán. Nuestros poderes sobrenaturales provienen de un demonio hembra. Pregúntate esto: ¿cómo podría una mujer ser tan santa como nuestro Señor? Dios prohibió que adoptáramos una magia tan vil, salvo para utilizarla en favor de su causa, para destruir monstruos como nosotros.

»¿Evoco demonios? ¿Hago magia? Sí. En nombre del Señor. Ni las llamas ni el infierno posterior son castigo suficiente para la maldad de los crímenes de los herejes.

—¿Qué crímenes? —le interrumpió Michel—. ¿Ver el futuro? ¿Curar a los enfermos? ¿Resucitar a los muertos?

—Si se realizan sin la bendición de Dios, son crímenes. —El cardenal reflexionó—. Rehusarse a obedecer normas. Rebelarse contra el orden. Este es el pecado original. Solo nos redimimos al aferramos a las leyes, a las reglas de la Iglesia. He leído todas tus tablillas de cera, Michel. He Oído casi todas tus conversaciones con ella. ¡Escucha la experiencia que describe de la Diosa! Placeres desenfrenados y prohibidos. Éxtasis sin

normas, sin límites. Los hombres somos seres pusilánimes. Y los de la Raza, peor. Hemos de aferrarnos a la Madre Iglesia, seguir sus preceptos, cantar su liturgia, confesar nuestros pecados, recibir la absolución... Toda esa cháchara de libre albedrío es un disparate. Los hombres no pueden confiar en la guía de sus corazones. Hay que controlar este albedrío, amoldarlo al de Dios... mediante la fuerza, si es necesario.

—No justificuéis vuestros crímenes diciendo que serán útiles a la Iglesia —le interrumpió Michel, asqueado—. Sybille dice que devoráis las almas de los prisioneros ejecutados para así almacenar más poder mágico.

—¿Y por qué no, si sirve a Dios? —tronó Chrétien—. En mis oraciones pido que sea un purgatorio para ellas, y así conseguir lentamente su redención.

Michel cerró los ojos, horrorizado por todos los que habían muerto a manos del cardenal, incluido el pobre Charles.

—Supongo que ahora me mataréis.

La vehemencia del cardenal se calmó. Una leve sonrisa irónica se insinuó en sus labios.

—En absoluto, Michel. Te ayudaré a cumplir tu sagrada misión de convertirte en mi sucesor, de ser el más poderoso inquisidor jamás conocido. En ti recae el honor de descubrir y destruir a la Raza, pues tus poderes mágicos son mucho mayores que los míos.

—Me llamo Luc —replicó con apasionamiento el joven—, y no responderé a otro nombre ni a otro destino. Solo deseo estar con Sybille y descubrir mi verdadero Camino. Ya no creo que lo Divino pueda encontrarse en plegarias sin sentido o en rituales prescritos.

—Ah. —Chrétien se reclinó en su silla, divertido—. Así que por fin has recobrado el sentido, ¿verdad, mi Luc de la Rose? Supongo que tu Sybille y tú nos abandonaréis ahora. En ese caso, querrás llevarte algo antes de partir.

Rebuscó debajo del camisón, se quitó un pequeño medallón de oro que colgaba de una fina cadena y lo dejó sobre la mesa, al lado de Luc. Aunque Luc no recordaba haberlo visto antes, sabía que estaba contemplando el Sello de Salomón que Jacob le había dado mucho tiempo atrás.

Extendió la mano pero se detuvo a un dedo de distancia del objeto, incapaz de avanzar más, como si los dedos hubieran tropezado con una piedra invisible. Lo intentó de nuevo con todas sus fuerzas, hasta que los músculos del antebrazo se crisparon espasmódicamente, y empezó a sudar,

pero no se acercó ni un milímetro más.

—Adelante —dijo Chrétien con el júbilo de un niño—. Cógelo, Michel. Contiene tu destino.

Rió mientras Luc se esforzaba por tocar el Sello, hasta que su diversión se desvaneció.

—Ahora estás enfurecido y te sientes solidario con Sybille —dijo Chrétien al frustrado monje—, pero mañana todo cambiará. Porque arderá al amanecer. Y cuando muera, yo reclamaré sus poderes.

»En ese momento tu corazón y tu mente serán míos por completo, como en el caso de tu madre. Me ocuparé de que no sientas nada por ti, ni por la bruja Sybille. Te henchiré de un fanatismo que te conducirá a los confines de la tierra en busca de la Raza.

—Jamás lo permitiré —dijo Luc, y trató de levantarse.

Una vez más, el cardenal rió alegremente.

El muslo de Luc se esforzó por levantar la rodilla y la pantorrilla, pero era como si estuviera enterrado en piedra. Luchó hasta el límite de sus fuerzas, pero al final se rindió, agotado.

—Siéntate —dijo Chrétien.

Aplastado por una gigantesca mano invisible, Luc se dejó caer en el asiento, tembloroso de cansancio y rabia.

—De momento te quedarás aquí —dijo el cardenal—, y cuando procedamos a ejecutar a la abadesa, dentro de unas horas, tú me acompañarás en calidad de testigo.

Chrétien apagó la lámpara de un soplido y se dirigió hacia la cama cubierta de cortinas.

—¿Por qué? —preguntó Luc.

Chrétien se acostó y empezó a correr la cortina.

—¿Por qué te dejé interrogar a Sybille? Porque merecía verte en mi poder. Porque era preciso que se supiera derrotada antes de morir. Nunca hay castigo suficiente para los culpables, Michel. Nunca. Dios fue justo cuando creó un infierno eterno.

El cardenal corrió del todo la cortina.

Luc siguió sentado, iluminado por un pálido rayo de luz de luna, incapaz de tocar el Sello de Salomón, incapaz de ocultar la cara entre las manos y llorar, incapaz de hacer otra cosa que pensar en el sacerdote muerto, Charles, y en la mujer condenada, su Amada, Sybille.

# Octava Parte

## 21

—Michel, hijo mío —dijo Chrétien con su profunda voz de bajo—. Ha llegado el momento de que se cumpla su destino y el tuyo.

El cardenal había encendido las velas y se había vestido sin la ayuda de un criado, tras elegir un manto y una capa discretos.

Sin embargo, Luc continuaba aprisionado en su silla. Por la ventana vio que la luz de la luna había sido engullida por nubes oscuras, que pintaban la noche de negro. Faltaban horas para el alba. Estaba claro que Chrétien deseaba evitar la ira de la población. Por la mañana, cuando el público se congregara ante la carbonizada y desierta berma de ejecución, el cardenal ya estaría de vuelta hacia Aviñón en su carroza.

—Vámonos —dijo Chrétien con gesto autoritario.

Luc probó sus miembros. Después de horas de luchar periódicamente en vano por levantar un brazo, una mano, un dedo, se levantó con facilidad, con naturalidad, y cruzó la puerta al lado de Chrétien.

Fuera esperaba Thomas, con una linterna en la mano, y los tres hombres abandonaron el palacio obispal. El aire estaba húmedo, perfumado de la lluvia inminente, y lo bastante frío para erizar el vello de los brazos de Luc, que jubiloso, decidió poner a prueba la medida de su libertad. Se lanzó hacia delante, confiando en lo imposible, llegar antes que los dos hombres al lado de Sybille. Pero cayó de rodillas sobre la piedra, y apenas logró extender las manos para no caer por la escalera.

Chrétien rió en voz baja. Thomas, con los ojos abiertos de par en par a la luz de la linterna, no exhibió la menor reacción, en tanto Luc, demasiado furioso y desesperado para albergar un sentimiento tan insignificante como la vergüenza, se levantó y continuó caminando con calma junto a ellos.

Presta atención, se dijo Luc. Presta atención a todo, sobre todo a ella. Porque aquella, comprendió, era la última hora de libertad para su mente y su corazón, si no para su cuerpo. Era la última hora de esperanza para la Raza.

En las calles la noche era oscura, sin el menor atisbo del amanecer. Había poco que ver, solo formas imprecisas que desfilaban no muy lejos, desde la dirección de la prisión, y el vislumbre ocasional del disco plateado de la luna, poco después oculto por nubes negras y veloces, pero todo esto

era para Luc insoportablemente bello, porque era la última hora que ella adornaría la tierra.

Parecía apropiado que el mundo de Luc, tal como era, no continuara sin ella. Su amor era tan inmenso que su destino se le antojaba insignificante comparado con la tragedia de su Amada.

El viento sopló y arrojó polvo a sus ojos, y Luc dio un traspié, cegado, pero las largas y delgadas manos de Thomas le guiaron. Caminó durante un rato interminable sufriendo una atroz agonía, mientras se frotaba los ojos.

Y cuando las últimas lágrimas hubieron aclarado su visión, vio que no habían ido a la plaza y a la berma preparada para las ejecuciones. Por lo que pudo dilucidar, se encontraban en una callejuela detrás de la prisión.

A una distancia de pocos pasos, frente a tres inquisidores, Sybille estaba arrodillada en el poste. Un guardia papal estaba cerrando el grillete que sujetaba el poste entre sus espinillas. Otros dos ya habían empezado a amontonar leña y gavillas alrededor de sus pies. A la tenue luz oscilante de la linterna de Thomas, Michel no pudo distinguir sus facciones, solo el oscuro perfil de su cabeza y hombros, y el lino de su ropa interior.

Los guardias terminaron de amontonar gavillas hasta la altura de sus caderas, y uno cogió una rama larga y la entregó a Thomas, quien abrió la cubierta de cristal de su farol.

El viento sopló de nuevo, con tal fuerza que Luc cerró los ojos para protegerse del polvo. Cuando volvió a abrirlos, la llama de la lámpara estaba a punto de morir. Pero el viento se calmó de repente y el guardia encendió una rama.

El resplandor iluminaba la cara de Thomas. Con la clarividencia de un hombre condenado, Michel vio una fugaz expresión de profunda pena en el joven sacerdote. Nadie más lo vio, ni Chrétien ni los guardias, pero pese a la oscuridad Thomas dirigió una mirada de complicidad a Michel.

Es uno de los nuestros; siempre lo ha sido, pensó Thomas con repentino entusiasmo.

Pero la expresión de Thomas se endureció al punto, y vio cómo el guardia se agachaba y acercaba la rama encendida a la leña que rodeaba los pies y piernas de Sybille.

Chrétien ya se había alejado dos pasos.

El viento acarició la llama del guardia (una ráfaga de viento, imaginó Luc, como el que había penetrado en casa de Sybille la noche de su nacimiento) y prendió fuego a la leña de la abadesa.



Hasta entonces, el tenue resplandor de la lámpara de Thomas había mantenido a raya la oscuridad. Ahora, cuando el fuego prendió, iluminó su forma arrodillada de tal forma que solo parecían existir en el mundo la noche y ella, rostro, carne y lino incandescentes recortados contra la oscuridad.

En el monasterio dominico de Aviñón, Luc había rezado con frecuencia ante un pequeño altar de terracota dedicado a la Virgen María, sola, sin su marido ni su hijo. Se erguía en un nicho arqueado y estrecho, con los brazos caídos a los lados, las palmas hacia arriba como para dar la bienvenida al mundo, un presente depositado a sus delicados pies. Cuando la mecha estaba encendida de noche, la luz bañaba sus facciones hermosas y translúcidas de un resplandor sobrenatural. De hecho, el resplandor parecía emanar de su interior y llenaba el nicho en forma de vitral de catedral. Un milagro, habían dicho los hermanos, y por eso el altar estaba siempre lleno de flores, ofrendas y oraciones.

Luc pensó que las facciones de Sybille poseían la misma serenidad, la misma compasión ilimitada, el mismo brillo dorado que la rodeaba en forma de arco. De no estar sus brazos cruelmente sujetos a su espalda con cadenas, estarían abiertos en señal de bienvenida, incluso a su Enemigo, Chrétien. Y aunque Luc se encontraba de pie en la oscuridad, y ella estaba momentáneamente cegada por la potente luz, Sybille le miró a los ojos y sonrió.

—¡Dios te salve, María —gritó Luc, no con la humildad de un pecador sino con el júbilo de un creyente—, llena eres de gracia, el Señor es contigo! Bendita tú eres...

Chrétien, absorto en el disfrute del espectáculo, no le reprimió. Era imposible decir cuál era más aterradora: la llama que ardía a los pies de Sybille o la que alumbraba los ojos de Chrétien.

El viento aulló como en señal de duelo, y remolineó en el callejón con la furia de un huracán. El fuego consumió leña y ramitas con voracidad, y Luc vio con una sensación de insoportable impotencia que Sybille apretaba los dientes y cerraba los ojos para ocultar su agonía. Los troncos que rodeaban sus pies habían prendido enseguida, más rápido de lo normal a causa del viento. Los grilletes ya estarían lo bastante calientes para producir ampollas en su piel.

Con el viento había llegado un poco de lluvia. Una gruesa gota cayó en la mejilla de Luc. Que llegue la lluvia, Sybille, suplicó. Madre Santa,

que llueva a cántaros y apague el fuego...

Pero las gotas eran escasas y dispersas, y el viento empujó el fuego desde los troncos hasta el camisón de Sybille, que ardió en cuestión de segundos. Llamas anaranjadas devoraron el reborde del lino.

—¡Domenico! —gritó la mujer, casi cantando sobre una corriente oculta de dolor.

Crees que tu odio ha triunfado por fin...

¿No lo comprendes?

Solo ha permitido que el Amor triunfara de nuevo y se fortaleciera más que nunca.

Un ávido crepitar de leña. Sybille se mordió el labio pero al final cedió. Pese a la Diosa, a la Presencia, aún era humana, y gritó de dolor, intentó huir del fuego que envolvía su torso y lamía su mandíbula. Pero el viento azuzó las llamas hasta que remolinearon alrededor de su cuerpo, hasta que pareció emanar de su interior, como la luz de la pequeña estatua de la Virgen María en el monasterio.

Finalmente gritó con angustia incontenible mientras Chrétien miraba sus facciones teñidas de naranja, los ojos brillantes, los labios entreabiertos para liberar el aliento tembloroso de lujuria.

Dios, rezó Luc en silencio mientras luchaba contra los grilletes mágicos que aprisionaban su cuerpo, Dios, Diosa, Santa Madre... En su desesperación no sabía qué pedir, aparte de repetir las súplicas que ya le habían sido negadas. Y entonces recordó a Sybille, cuando había hablado con pena y ternura de la muerte de su abuela. Santa Madre, rogó, si no la salváis con la lluvia, si no traéis a sus caballeros para que la rescaten, dejadme compartir su sufrimiento. No soy un iniciado. He vivido siempre en el error. Pero de toda la gente que he conocido, ella es la que menos merece sufrir, y yo he de expiar muchas culpas...

Al punto, Luc se sintió devorado por un dolor tan agudo que se retorció, entre sollozos, incapaz de decidir si aquella desdicha era un pesar insufrible, agonía física, o ambas cosas a la vez.

No supo cuánto rato estuvo así, pero cuando el dolor pasó y pudo al fin abrir los ojos, miró a Sybille. Todos los vestigios de su persona humana habían desaparecido, sus facciones eran sobrenaturales y furiosas, su cabello ardía como el halo de un santo, y sus ojos estaban fijos en algo que no era el callejón o la prisión de piedra.

Chrétien se había acercado más a las llamas y miraba absorto, hasta el

punto de que no podía ver otra cosa. Su rostro traslucía un goce morboso, un ansia, una avidez. Estaba esperando, comprendió Luc, para devorar la más poderosa de las almas y así convertirse en ella.

Entonces los ojos de Sybille destellaron y se apagaron, y su barbilla cayó hacia delante, ocultando su rostro.

Ha muerto, pensó Luc, aunque no podía creerlo.

Justo cuando Chrétien exhalaba un suspiro de triunfo, ella levantó la cara y gritó:

—¡Tú crees que has ganado, Domenico! Pero la magia se ha producido: ¡la victoria es nuestra! —Y volvió su rostro ennegrecido por el humo hacia Luc, esta vez con voz quebrada, ronca, apenas humana—: ¡Recuérdalo, Luc de la Rose!

Su cabeza, cayó de nuevo sobre su pecho, y esta vez Luc supo con certeza que había muerto.

Chrétien suspiró, exaltado, satisfecho.

Luc se preparó para la oleada de dolor... y el asalto del Enemigo, que aplastaría sus recuerdos, sentimientos y voluntad.

Pero no sucedió nada de eso. En cambio, recordó.

Recordó con asombro, más que con miedo, el momento en que, aterrorizado, sujeto por las manos de su madre y caído en las garras del Enemigo, había visto el rostro de Chrétien rielar y transformarse en el del futuro Enemigo, el que Sybille más había temido: él, Luc, inquisidor. Recordó a papá, mamá, Nana, todos convertidos en figuras reales en su mente y corazón, y sintió por cada uno amor y añoranza.

Luc sollozó no de pena, sino de pura alegría, pues con la recuperación de su memoria había llegado la Presencia, y la certeza de que Sybille siempre había deseado morir para lograr su iniciación. En su corazón no había temor, pena ni sombra, solo amor y certidumbre tan infinitos que, cuando sintió caer los grilletes mágicos de su cuerpo, supo que Sybille los había soltado.

Y cuando recuperó más su memoria...

¡Caballeros templarios! ¡Acudid al callejón de detrás de la prisión!

Detrás de él, Thomas susurró, apenas un suspiro:

—Id, mi señor, id...

Luc se encaminó hacia Sybille.

Vio que entre los dos amantes no se interponían Chrétien o sus guardias, sino la aparición de Jacob, el hermoso Jacob, con sus ojos

oscuros, su larga barba rizada, el gorro en precario equilibrio sobre la mata de pelo gris. Junto a él había una mujer menuda y corpulenta, con mechones blancos en el pelo; a juzgar por su rostro familiar, la querida Noni.

Frente a ellos se erguía el fantasma de una mujer alta y delgada, con hábito franciscano y velo blanco. Aunque Luc nunca la había visto, supo que era la anterior abadesa, Geraldine.

—He aquí a los mártires de esta generación —dijo Geraldine con solemnidad y afecto—. Han venido a presenciar la culminación de su obra. Y ahora, como Ana Magdalena hizo por su nieta, Sybille ha hecho lo mismo por ti. Tú también te has vuelto más humano, merecedor del gran poder que ella ha adquirido mediante el sacrificio de la muerte combinado con el amor. Esta es la suprema iniciación, para que puedas ser más fuerte que tu Enemigo, para que puedas ser libre.

Jacob y Noni sonrieron y levantaron las manos para bendecirle, al igual que Geraldine. Los tres se desvanecieron poco a poco, y solo dejaron la visión de Sybille, muerta entre las llamas.

Un súbito trueno. No procedía del cielo sino de la tierra, del suelo, más fuerte a cada segundo. Siete jinetes anónimos, provistos de yelmos y capas, surgieron de la oscuridad y avanzaron hacia el fuego. Desenvainaron las espadas y las levantaron en alto. Los tres guardias papales, en clara desventaja, alzaron sus espadas obedientemente cuando Chrétien gritó:

—¡Matadles! ¡Matadles a todos!

Entrechocar de aceros. Los caballos se encabritaron a la luz de las llamas, mientras sus jinetes se inclinaban para replicar a los mandobles de los guardias. Las imágenes arrojaban sombras alargadas sobre el muro de la prisión.

Cuando empezó la pelea, Luc se detuvo un momento para mirar a sus camaradas, y luego continuó andando hacia el fuego para reunirse con Sybille, pero Chrétien se interpuso en su camino.

—Es posible que tus caballeros maten a mis hombres —dijo el cardenal—, pero a mí no podrán matarme, ni tú tampoco. Eres mi hijo, Michel, y siempre lo serás. Nunca te librarás de mi control.

—Lo siento por vos —dijo Luc con pesar—. No quiero haceros daño. Aún queda tiempo para que os liberéis, para que compenséis vuestras maldades y os unáis a nosotros. Nunca es tarde para seguir el verdadero destino.

Un destello metálico. Chrétien blandió un puñal y lo bajó con fuerza hacia el corazón de Luc. La hoja se detuvo a un dedo de distancia, temblorosa. El cardenal lanzó un grito de indignación y trató de forzarla hacia su destino.

—¿Por qué no usáis vuestra magia, eminencia? —preguntó Luc con tono de suave reproche—. ¿O habéis descubierto que aquí no sirve de nada?

De pronto, la imagen de Chrétien desapareció de su vista, no sin la silenciosa amenaza del cardenal: «Esto no es el final, De la Rose. No me venceréis...».

El hierro resonó contra la tierra cuando los tres guardias arrojaron sus armas y huyeron.

Pese a las últimas palabras de Chrétien, el miedo no encontró sitio en el corazón de Luc. Continuó con calma hacia el fuego, donde el cuerpo de la abadesa aún ardía.

Luc penetró en las llamas sin miedo, sin dolor, sin creer que pudieran dañar su carne o consumir su ropa. Bajo sus pies calzados con sandalias sintió el fuego frío como hierba mojada de rocío, y su hábito de monje ni siquiera se chamuscó. Era como si se moviera en el aire.

Con una sonrisa, que imaginó tan dulce como la que había aparecido en los labios de Sybille cuando tocó su corazón, se inclinó y soltó sus grilletes al rojo vivo. Su cuerpo notaba el calor, pero se negaba a aceptarlo.

Ella cayó hacia delante, y Luc la sostuvo entre sus brazos.

Ninguna magia podía ser tan poderosa para impedir aquel momento. Mientras sostenía a Sybille, Luc apretó una mano contra su pecho y ni siquiera se inmutó cuando sus dedos rozaron hueso y metal, el oro de su Sello de Salomón, fundido sobre su corazón.

Un corazón tan pequeño, tan inmóvil y tan caliente bajo sus manos. Una gota de lluvia cayó sobre él y se transformó en vapor. Pero Luc no lloró. Se entregó a la ternura, a la dulzura, a la misma Presencia que había acudido a él tantos años antes, cuando de niño había cedido al instinto y acudido al lecho de su padre enfermo.

Luc puso las manos sobre el corazón chamuscado, sobre el metal al rojo vivo, pero no sintió dolor, ni pesar, solo una dicha tan profunda que no existía mal, ni Enemigo, ni tiempo, separación o espera, solo él y su Amada, aquí, en este momento eterno...

Poco a poco, el oro que tocaban sus palmas se enfrió y recobró su

forma original. El corazón también se enfrió y empezó a latir de nuevo. El hueso carbonizado recobró su color marfil, se cubrió de carne, y después, aunque fuera imposible, de lino.

Mientras miraba, riendo, empezó a llover suavemente al principio, después más fuerte, y más... y su amor le cogió las manos y se sentó, entre risas, el cabello y la cara incólumes y hermosos, y sus ojos brillaban húmedos a través de la nube de vapor que se alzaba de los restos del fuego.

Se levantaron, con las ropas empapadas, y se besaron mientras se abrazaban en la oscuridad un momento, un rato, una eternidad...

# Epílogo

## Sybille

Mi amada y yo cabalgamos hacia el este. Cabalgamos junto a aquellos que nos han servido con fidelidad, que han trabajado durante años con medios astrales y físicos (aun en el campo del Enemigo, como nuestro fiel servidor Thomas) para reunirnos al fin, sanos y salvos. Geraldine está aquí, vestida como un hombre, al igual que la madre de Luc, Béatrice, y el obispo Rigaud, sorprendentemente corpulento, siempre joven. El querido tío de Luc también nos acompaña, y su rostro es una constante guirnalda de alegría. Edouard ha sufrido mucho durante años, pero ahora ha recuperado a su sobrino y a su hermana.

Sí, hay momentos en que el destino es duro y amargo, pero otros en que es infinitamente dulce.

Aun así, queda mucho por hacer. Aún hay que derrotar a Chrétien, y hay otros aparte de él, en diferentes ciudades y diferentes países, que nos querrían ver destruidos. Las almas continúan atrapadas en la cámara mágica oculta en el palacio de los papas de Aviñón.

Consciente de esto, me vuelvo y miro a mi Amado, que sujeta las riendas del corcel. Tiene la cara sonrosada y sus ojos (verde claro, moteados de oro, imbuidos de la Divinidad) me miran con amor y felicidad absolutos... y agradecimiento. Reímos juntos con dicha inexpresable.

Mi Amado me conoce, y en este mismo instante los cascos de los caballos pisan romero, y me embriago de su penetrante fragancia.

El romero trae recuerdos.

El primer desafío ha sido superado. Ay, pero queda tanto por hacer...



# Table of Contents

## En el tiempo de las hogueras

### Primera Parte Michel

1

2

3

4

### Segunda Parte Sybille

5

6

7

8

9

### Tercera Parte Michel

10

### Cuarta Parte Sybille

11

12

13

14

15

### Quinta Parte Michel

16

17

18

### Sexta Parte Sybille

19

### Séptima Parte Luc

20

### Octava Parte

21

### Epílogo Sybille

22

# Índice

En el tiempo de las hogueras	3
Primera Parte Michel	10
1	11
2	37
3	45
4	47
Segunda Parte Sybille	49
5	50
6	72
7	73
8	86
9	108
Tercera Parte Michel	141
10	142
Cuarta Parte Sybille	160
11	161
12	180
13	190
14	207
15	215
Quinta Parte Michel	226
16	227
17	230
18	257
Sexta Parte Sybille	259
19	260
Séptima Parte Luc	277
20	278
Octava Parte	290

21	291
Epílogo Sybille	299
22	300